

obras de Vivión Trías

TOMO 4
Historia
del imperialismo
norteamericano
VOLUMEN I



Ediciones de la Banda Oriental

SELECCION DE OBRAS DE VIVIAN TRIAS
SERIE ENSAYOS HISTORICOS
TOMO 4 - VOLUMEN 1

Vivián Trías

HISTORIA DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Volumen 1

Prólogo de Carlos Machado

Ediciones de la Banda Oriental
Montevideo



Ediciones de la Banda Oriental SRL.
Gaboto 1582 - Montevideo - Tel. 4.32.06
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1988

COMISION ESPECIAL DE SELECCION DE LAS OBRAS DE CARACTER DOCTRINARIO DEL PROF. VIVIAN TRIAS

(Resolución de la Cámara de Representantes de 6 de noviembre de 1985.
Diario de Sesiones Nº 1855)

José E. Díaz (Presidente)
José Felipe Bruno
Washington Cataldi
Hebert Rossi Pasina
Antonio Hernández (Secretario)

ASESORES:

María Julia de Izaguirre
Eduardo Galeano
Carlos Machado
Alberto Methol Ferré
Uruguay Ortiz
Jorge Rossi
Carlos Terzaghi

INVESTIGACION Y RECOPIACION:

Gladys Amato
Matilde Bianchi

SUBCOMISION DE IMPRESION:

José E. Díaz
Eduardo Galeano
Carlos Terzaghi

PROLOGO

No es necesario presentar a Trias ni pedir atención a su "Historia del imperialismo norteamericano", que culmina un trabajo porfiado y provechoso de investigación medular. Esa que acompañó con el rigor de su capacidad de análisis probada, la pasión que nutrió su vida militante.

Es la ocasión en cambio para destacar las duras circunstancias en que la escribió. Estaba silenciado y acosado. Contempló y desechó, por entonces, la posibilidad de salir al destierro, mientras era posible. Redobló su trabajo, como había sucedido casi diez años antes, en aquel anticipo de abusos mayores que fue la proscripción de su partido. Alumbró esos tres tomos que Peña Lillo se atrevió a editar en Buenos Aires al correr de diciembre del '75. Con ambos compartimos la conversación en la que se arriesgó la apuesta editorial.

Nutrida con dolores y esperanzas. Morales Bermúdez había derrocado a Velasco Alvarado torciendo a la derecha el proceso político peruano. Terrorismo y contraterrorismo salpicaban de sangre a la Argentina (lo de Monte Chingolo, ocurrió en esos días). Asomaba el duro liderazgo de Margaret Thatcher. Pero se liberaba el Vietnam y en Camboya también naufragaba el gobierno que impuso la CIA. Portugal acentuaba la transformación que impulsaron las fuerzas armadas, nacionalizando seguros y bancos. La Gulf, acorralada, confesaba sobornos luego traducidos en cuantiosa ganancia ilegal.

Historias de atropellos y despojos. De invictas resistencias. De un dilema de hierro: liberación o amarga dependencia. Un poder hegemónico, que anuda el predominio en la primera guerra que llamamos mundial en este siglo. Y enfrente un desafío: el de la rebelión de las orillas.

Por eso abordó el tema, entre dificultades. Sabía, como ya dijo Larra que "en tiempos como estos los hombres prudentes no deben hablar, ni mucho menos callar". Luis Iglesias Feljoo, que lo comenta, desprende la lección: "para el poder nada hay tan cómodo como que el escritor acepte que lo que no se puede decir, no se debe

decir". O repitiendo a Marx: "la censura no elimina la lucha, la vuelve unilateral; la transforma de lucha abierta en secreta".

Si en el 69, durante la prisión, hilvanó su "Juan Manuel de Rosas", en el 75, asediado, publicó en Buenos Aires su "cuaderno" sobre el Paraguay y produjo el primero de tres tomos sobre el imperialismo norteamericano ("La pugna por la hegemonía"). Allí estaban las claves. En Rosas la batalla por la soberanía, como testadurez. En el Paraguay, de Rodríguez de Francia a los López, el autodesarrollo como experimento cercado y arrasado por la prepotencia exterior. En la historia imperial de los americanos del norte un proyecto ambicioso primero y muy pronto abusivo detrás de su "destino manifiesto" como vocación: la conquista arrogante de la supremacía.

Estupenda lección. Sin trampa, contrabando ni propuesta forzada hacia la conclusión inducida con predisposición.

Historia y política, sí. Pero no la primera para prestar servicio a la segunda. Tampoco reducida al mero pasatiempo de contar historias.

Sencillo magisterio. El que signó su vida, generosa.

Carlos Machado

(*) La presente es la segunda edición de "Historia del Imperialismo Norteamericano" de Vivian Trías. La primera fue publicada en tres tomos por Peña Lillo Editor, Buenos Aires: Tomo 1 - "La pugna por la hegemonía", Buenos Aires, 1975; Tomo 2 - "La hegemonía", Buenos Aires, 1977; Tomo 3 - "De la cumbre a la crisis", Buenos Aires, 1977.

PRIMERA PARTE

LA PUGNA POR LA HEGEMONIA

I

LA ACUMULACION PRIMITIVA Y LA PRIMERA EXPANSION IMPERIAL

1. LA CRISIS DEL ALUMBRAMIENTO

El capitalismo no ha conocido ninguna forma de existencia capaz de prescindir de la expansión y explotación colonial. Siempre ha sido colonialista; genio y figura.

Lo que sí es cierto, es que los mecanismos del colonialismo han variado según las épocas y etapas evolutivas del sistema.

En una primera fase, el capital fue comercial y luego comercial y financiero.

Es el capitalismo mercantilista. A dicha modalidad corresponde un tipo específico de imperio colonial, que impera en el mundo durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

En la era del mercantilismo siempre hubo potencias hegemónicas, dominantes. Primero fue España, luego Holanda y en cierto sentido Francia; por último Inglaterra.

Es en ella, justamente, que madura la revolución industrial a fines del siglo de las luces. Gran Bretaña convertida en el imperio industrial del orbe, inaugura una nueva forma de dominio colonial: el imperialismo liberal.

En el último cuarto del siglo XIX el capitalismo accede a su fase monopolista y se abre camino un nuevo modo colonialista: el imperialismo monopolista. Es el que estudian Hilferding y Lenin en sus clásicos textos.

Todas las grandes potencias han atravesado estas tres fases, pero no lo han hecho de la misma manera, siguiendo las mismas pautas, recorriendo similares avatares.

En cada proceso rigen las leyes universales y particulares de la Historia.

Sobre una estructura básica común, se aprecian diferencias evidentes entre los imperios mercantilistas de España, Holanda, Francia e Inglaterra.

Marx llamó acumulación primitiva a la acumulación primaria e imprescindible de capitales que permite financiar la revolución industrial. Toda gran potencia capitalista actual ha realizado su acumulación primitiva, pero cada una lo ha hecho a su manera, según leyes propias, dibujando perfiles intransferibles.

La independencia de los Estados Unidos en 1776 es, entre otras significaciones, un episodio sobresaliente de la acumulación primitiva del capitalismo norteamericano, como más tarde lo serán la conquista del Oeste y la guerra colonial contra México.

Sin la liberación absoluta de la madre patria británica, el capitalismo mercantilista norteamericano no hubiera podido madurar plenamente y, por ende, no hubiera sido posible su tránsito a la fase industrial. (1) La independencia se produjo cuando las contradicciones entre el mercantilismo de la metrópoli inglesa (ya tramontando su plena sazón, hacia la revolución industrial), y el de las trece colonias americanas del Norte, se tornaron inconciliables y estallaron.

Louis M. Hacker da en el clavo: "El sesgo de las relaciones entre el Imperio Británico y sus colonias de Norteamérica hacen comprensibles los acontecimientos de 1763-75. Ni errores de los hombres, ni sueños de esplendor, ni una creciente diferencia de actitudes psicológicas, sino la ruptura económica del sistema mercantil; la impotencia del capitalismo mercantil metropolitano y colonial, para operar en una esfera que se contraía y en la cual se agudi-

(1) Samir Amin (*El desarrollo desigual*) sostiene que la sociedad norteamericana es una *formación central nueva*. Inglaterra no la ha organizado como dependencia. Es un subproducto de la proletarianización de la metrópoli. Su economía es de pequeños comerciantes, granjeros y artesanos; pobre pero autocentrada. Modelo de sociedad basado en el modo de producción (dominante) *mercantil simple*, que puede generar el capitalismo si las condiciones lo favorecen.

zaban las contraposiciones de intereses, fue la razón básica de la crisis y del estallido revolucionario..." (2)

La crisis de 1763-1775

Las oposiciones se habían ido acumulando. Según las leyes británicas, casi todas las mercaderías remitidas a las colonias norteamericanas desde Europa o Asia, debían pasar por puertos británicos y luego ser reembarcadas, lo que, naturalmente, las encarecía en favor del enriquecimiento de intermediarios ingleses.

Las Antillas, tanto francesas como inglesas, eran grandes productoras de azúcar y melaza muy apetecidas en las colonias del Noroeste. Con las melazas se elabora el ron y sin contar que por entonces a cada marinero se le adjudicaba una ración diaria del licor, el ron era esencial en el comercio de pieles con los indios y en las pesquerías. Pero el azúcar y la melaza de las colonias francesas eran más baratas y, por ende, preferidas por los colonos. El Parlamento inglés, integrado con 74 grandes propietarios de plantaciones de caña de azúcar en las Antillas, aprobó en 1733 la *Molasses Act*, por la cual gravaban fuertemente el azúcar y melazas de procedencia colonial extranjera.

Las colonias tenían prohibido manufacturar sombreros, o tejidos de lanas, o herramientas de hierro, pese a que contaban con abundantes materias primas y disponían de la tecnología para hacerlo. Pero el interés metropolitano imponía que dichas materias primas se exportaran a Gran Bretaña como tales y que fueran sus talleres y fábricas los que las transformaran en mercancías útiles, que luego se venderían a los consumidores americanos.

Todo ello respondía claramente a la doctrina mercantilista. De acuerdo a la misma, la riqueza de una nación consiste en acumular metales preciosos. La vía para obtenerlos es lograr una balanza comercial favorable; es decir exportar por valores monetarios superiores a los de las importaciones.

El pacto colonial es la fórmula perfecta para asegurar la balanza favorable de la metrópoli. Esta impone a sus colonias manufac-

(2) Louis M. Hacker, *Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano*. Buenos Aires, Sudamericana, 1942.

turas caras y las obliga a vender materias primas baratas. Pero ahí no termina todo. También les prohíbe o traba el comercio con otras naciones, o colonias de otras metrópolis. Se trata de una relación económica no sólo bilateral y desigual, sino también monopolista.

A medida que tanto el mercantilismo colonial, como el metropolitano, maduraban, sus contradicciones se fueron agudizando porque ambos exhibían desarrollos manifiestamente desiguales. El mercantilismo inglés estaba en su plenitud y en los albores de la era industrial; el norteamericano en el camino hacia el mismo fin. Durante un largo tiempo las oposiciones derivaron en querellas y en protestas, pero no pusieron en peligro el pacto colonial. ¿Por qué? Sencillamente, porque era posible el desarrollo de ambos mercantilismos entrabados, porque pese a las imposiciones y prohibiciones, el crecimiento económico de las colonias se desenvolvía y prosperaba.

Por lo pronto, no debemos olvidar que a lo largo del siglo XVIII Inglaterra obtuvo resonantes victorias en las guerras coloniales y cada tratado de paz significó un vigoroso ensanchamiento de su vasto imperio, con lo cual se abrían nuevos mercados para sus viejas colonias.

Primero fue la guerra de la sucesión española (1700-1713) que culmina con la Paz de Utrecht, reordenamiento del mundo que significa, en rigor, el acta de fundación del Imperio Británico.

Luego la guerra de la sucesión austríaca (1744-1748), que terminó con la Paz de Aquisgrán. Y, sobre todo, la guerra de los Siete Años (1756-1763) que desembocó en la Paz de París. Gracias a este tratado Inglaterra incorporó todo el Canadá, algunas posesiones antillanas, toda la región que se extiende de los Apalaches al río Mississippi, con excepción del puerto de Nueva Orleans, en su desembocadura.

Ese enorme enriquecimiento territorial multiplicaba las oportunidades para los comerciantes, cazadores y colonos de las trece colonias.

Además, como sagazmente lo subraya Leo Huberman (3), no todas las prohibiciones y leyes restrictivas inglesas se respetaban escrupulosamente en los territorios coloniales.

(3) Leo Huberman, *Nosotros, el pueblo*. Buenos Aires, Palestra, 1965.

Tal es el caso de la *Molasses Act*. Los impuestos tornaban más caras las melazas de origen francés, pero el contrabando zanjaba la dificultad; y el contrabando con las Antillas francesas es la raíz de numerosas y más tarde respetables fortunas americanas.

De 14.000 toneles de melaza en Rhode Island, 11.500 provenían de colonias extranjeras y lo mismo ocurría con 14.500 toneles que importaba Massachussetts (4). Por otra parte, las guerras coloniales, pero especialmente la de los Siete Años, eran ocasiones propicias para que los comerciantes, artesanos, agricultores y especuladores, realizaran pingües negocios. En la dura lucha contra los franceses y sus aliados indios que culminó en el Tratado de París de 1763, muchos traficantes y prestamistas de las colonias se enriquecieron, o llenaron sus ya opulentas faltriqueras, comerciando con los enemigos, abasteciendo sus ejércitos, contrabandeando con sus posesiones. Pero al terminar el conflicto las cosas cambiaron radicalmente.

Por lo pronto, los buenos negocios derivados de los requerimientos de los ejércitos cesaron y muchos soldados fueron desmovilizados. El comercio cayó verticalmente, el trabajo de los artesanos empezó a escasear, muchos operarios fueron despedidos, cuantiosas cosechas quedaron sin vender. La crisis post-bélica golpeó implacablemente a los habitantes de las colonias y cundió el descontento, la inquietud, la protesta.

Por otro lado, Inglaterra se encontró con un Imperio notablemente acrecentado y, por ende, mucho más costoso. Sus estadistas empezaron a efectuar cálculos sobre quiénes costeaban su mantenimiento y la conclusión fue que los colonos de América apenas si contribuían con una parte muy pequeña. La deuda pública colonial ascendía a 18 chelines per cápita y la de la metrópoli a 18 libras. ¡La comparación era irritante! (5).

El gobierno de Su Majestad resolvió organizar y ajustar los torniquetes de la explotación colonial.

Un primer problema a resolver era el de las vastas tierras ganadas al Oeste y de la rebeldía de las tribus indias que las poblaban. Los cazadores y comerciantes emborrachaban a los indios con

(4) Huberman, *op. cit.*

(5) H.C. Allen, *Historia de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

ron y los estafaban al marcar sus pieles. Además, los colonos que emigraban en busca de mejorar su condición, los despojaban de sus comarcas ancestrales. Las tribus habían peleado junto a los franceses y era necesario pacificarlas y atraerlas. Por otra parte, si las tierras conquistadas se iban a valorizar e iban a ser objeto de especulaciones provechosas, los ingleses querían que ello redundara en su beneficio. De ahí la proclama de 1763, que prohibió a los colonos y a los mercaderes en pieles pasar más allá de los montes Apalaches. Las compañías de bienes raíces, voraces especuladores, pusieron el grito en el cielo y encontraron amplio eco en los fuertes traficantes en pieles y en los miles de familias víctimas de la crisis post-bélica, a las cuales se les cerraba cruelmente el desahogo del peregrinaje hacia el Oeste. La furia contra los ingleses se tornó una fiebre eruptiva.

Por otra parte, en 1764 se sancionó la Ley del Azúcar. Era una nueva versión, más habilidosa, que la vieja y desgastada Ley de las Melazas. Por la misma, se redujo el precio del galón de melaza de 6 a 3 peniques, pero se adoptaron enérgicas y eficaces medidas contra el contrabando. Múltiples e influyentes intereses se sintieron mortalmente heridos.

La animosidad antibritánica se propagaba como un incendio en el pastizal reseco.

Como si esto fuera poco, en 1765 se dictó la Ley del Timbre, por la cual se hacía obligatorio adherir un pequeño sello a los almanques, naipes, documentos jurídicos, certificados, avisos, diplomas de colegio, licencias, etc. La recaudación se destinaba a sostener las tropas coloniales.

La resistencia fue estridente y eficaz. Los abogados, afectados por el impuesto, le dieron lustre doctrinal y los cabecillas y agitadores populares empezaron a emerger como hongos después de la lluvia.

El impuesto de los timbres unió a los ricos destiladores de ron, comerciantes contrabandistas en melaza, dueños de las compañías dedicadas a la especulación con nuevas tierras, con el populacho, con los operarios, artesanos, peones, agricultores, modestos tenderos, gente del común ya muy excitada por la penuria económica que siguió a la guerra de los Siete Años. Se fundaron los comités de "Hijos de la libertad" y los disturbios estallaron aquí y allá,

como una epidemia. Hubo violencia, incendios, turbamultas.

Los revoltosos coincidieron en una táctica certera y afilada como un puñal: decretaron que nada se importaría de Inglaterra. "[No comprar mercaderías de Inglaterra]" fue el alarido de guerra encendido en la masa popular.

También Gran Bretaña sufría los efectos de la paz de 1763. Los negocios no rendían normalmente y el boicot fue ácido en la herida. El Parlamento fue presionado por el comercio y en 1766 abolió el Bill del Timbre. El júbilo se encendió en las colonias y la resolución derogatoria fue calificada de "gloriosa noticia". (6)

Pero esta victoria era parcial y pasajera. La política de ajustar los mecanismos del imperialismo mercantilista iba en serio, era una política de fondo y a largo plazo.

Sir Francis Bernard, gobernador real de Massachussetts, definió claramente las relaciones entre Imperio y colonias: "Los dos grandes objetivos de Gran Bretaña respecto del comercio americano deben ser: 1) obligar a sus súbditos americanos a tomar exclusivamente de Gran Bretaña todas las manufacturas y mercaderías europeas de que ésta puede proveerlos. 2) Regular el comercio exterior de los americanos de manera que los beneficios que éste devengue (7), puedan finalmente centrarse en Gran Bretaña, o ser aplicados al mejoramiento de su imperio". Londres estaba decidido a ceñirse a esta definición hasta sus últimas consecuencias. Así lo exigía la madurez del capitalismo mercantilista inglés, que ya merodeaba los inicios de la fase industrial. Pero la tentativa se hacía cuando el desarrollo del capitalismo mercantilista americano era incapaz de tolerar tal asfixiante ortopedia.

La nueva política imperial se tradujo en las Leyes Townshend de 1767. Impusieron gravámenes al plomo, al té, al vidrio y otras mercaderías de tráfico corriente con Norteamérica. Eran los tradicionales impuestos indirectos que jamás habían levantado protestas. Es cierto que esta vez los acompañaban disposiciones que entrañaban riesgos evidentes. Por ejemplo, una de las razones del relativo éxito que tenían las presiones americanas sobre los funcionarios ingleses consistía en que los sueldos de éstos se pagaban con

(6) Huberman, *op. cit.*

(7) Citado por Huberman, *op. cit.*

dinero de las cajas coloniales y los agentes del rey siempre actuaban temerosos de perder sus emolumentos.

Esa situación cesaba con las Leyes Townshend. Ahora los nuevos impuestos sufragarían esas erogaciones y los funcionarios de la Corona ya nada tenían que temer de los americanos. El pueblo fue nuevamente soliviantado y menudearon los atropellos, tumultos, incendios. El boicot al comercio británico se reanudó con vigor.

Los dirigentes de la revolución en ciernes comenzaron a perfilarse. Benjamín Franklin derrochó su agrio sarcasmo en su alegato: "*Reglas para reducir un gran imperio, convirtiéndolo en uno pequeño*".

Los incidentes arrojaron las primeras víctimas y en marzo de 1770 fueron muertos cinco colonos en una riña con soldados en Boston.

Es interesante puntualizar que a esta altura la burguesía americana ya empezaba a alarmarse por el avance y por las ínfulas del pueblo, el atrevimiento o la intrepidez de los que por entonces se llaman *radicales*. El gobernador Morris fue verdadero portavoz de los ricos cuando afirmó: "Los cabecillas de la gentuza se tornan peligrosos para la clase acomodada y la cuestión es cómo mantenerlos sujetos". (8)

Los americanos obtuvieron otro triunfo: en 1770 el Parlamento abolió las Leyes Townshend, con excepción del impuesto al té. Era, sin duda alguna, la oportunidad de las clases altas para tornar a su quicio a las clases populares en pleno fermento.

Hubo tres años de calma. Pero la propaganda radical no cesaba. Samuel Adams escribía en la *Gaceta de Boston*: "Es buena hora de que el pueblo de nuestro país declare explícitamente si éste ha de ser de hombres libres o de esclavos..." (9).

Se constituyeron los "Comités de Correspondencia" que intercambiaban noticias y sugerencias entre unas colonias y otras. De ese modo se fue conformando el esbozo de lo que más tarde sería la unidad nacional norteamericana y, lo que es muy importante, el *sentimiento* de ella.

(8) Citado por Huberman, *op. cit.*

(9) Citado por Huberman, *op. cit.*

El proceso maduraba a ojos vistas y un nuevo paso en falso del Parlamento inglés precipitó la tormenta: la ley del té, en 1773.

La East India Company, gigantesca compañía colonial británica, atravesaba por dificultades financieras y el Parlamento resolvió adoptar disposiciones para auxiliarla. La compañía tenía sus depósitos abarrotados con 17 millones de libras de té, sin poder venderlo. Se entendió que lo mejor era facilitar su colocación en las colonias. Allí se consumía, por cierto, mucho té, y su comercio daba de ganar a mucha gente. La propia East India Company lo vendía a comerciantes exportadores, que lo revendían con ganancia a los importadores en América. Estos, a su vez, obtenían sus beneficios al vendérselo a los comercios esparcidos en pueblos y ciudades, los que, por supuesto, sacaban su tajada al expendirlo al consumidor. Además, una gran cantidad de té entraba de contrabando, traído desde Holanda y generando otra ringla de beneficiarios.

La nueva ley otorgó a la compañía el privilegio de llevarlo en sus propios barcos, abrir sus propios comercios en las colonias y venderlo directamente a los minoristas. La cadena de intermediarios quedaba eliminada y el té resultaba más barato que el contrabandeado. Pero eran incontables los americanos perjudicados.

No tardaron en aparecer, y circular febrilmente, apasionados alegatos contra la East India Company. El *Boston Evening Post* alertaba que vendiendo té más barato la empresa inglesa arruinaría a los competidores y luego de obtener el monopolio, impondría su mercadería a precios muy caros. (10) El *Pennsylvania Chronicle* anunciaba que tras la East India, vendrían otras compañías británicas y que los empresarios locales serían arrojados a la indigencia. (11) La agitación se tornó multitudinaria al grito de: "¡El té no debe ser desembarcado!". Hubo grandes mítines y centenares, miles de discursos. Una cosa lleva a la otra y pronto fue cuestionado el propio derecho del Parlamento inglés para imponer gravámenes a los colonos americanos.

En noviembre de 1773 arrojaron al agua, en Boston, un cargamento de té por valor de 75 mil dólares. En Londres estimaron que las cosas habían ido demasiado lejos. Jorge III escribió a Lord

(10) Huberman, *op. cit.*

(11) *Ibid.*

North: "El dado ha sido echado; las colonias o bien triunfan o bien se someten". (12)

Las "Comisiones de Correspondencia" organizaban la resistencia y extendían la agitación. El general Gage no pudo conseguir en ninguna colonia trabajadores para mejorar sus fortificaciones. La solidaridad popular unía a unos con otros, donde antes no existía el menor vínculo. El 19 de abril de 1775, en Lexington, estalló la chispa; se produjo el primer enfrentamiento armado entre tropas inglesas y americanos armados.

En mayo se reunió el Segundo Congreso Continental en Filadelfia. Los representantes de las colonias designaron a George Washington comandante en jefe del ejército continental. En enero de 1776 Thomas Paine publicó su famoso *Sentido Común*, en que abogaba abiertamente por la independencia. Su escrito, penetrantemente persuasivo, tuvo un éxito resonante. En tres meses se vendieron 120.000 ejemplares.

El desenlace no se hizo esperar. El 4 de julio de 1776 el Congreso de Filadelfia aprobaba la Declaración de la Independencia. En gran parte fue redactada por un brillante joven de Virginia, Thomas Jefferson.

La lucha popular llevó el proceso mucho más lejos de lo que supusieron los instigadores de la burguesía mercantil norteamericana y su huella quedó honda en algunos pasajes de la Declaración:

"Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas; que todos los hombres nacieron iguales, que su Creador los ha dotado de ciertos derechos inalienables, entre los cuales figuran la vida, la libertad, y la búsqueda de la felicidad. Que para asegurar estos derechos se instituyeron Gobiernos entre los hombres, cuyos justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados. Que toda vez que una forma cualquiera de gobierno destruya esos fines, el Pueblo tiene el derecho de modificarlo o derogararlo, y de instituir un nuevo gobierno, estableciendo sus bases de acuerdo con tales principios y organizando sus facultades en forma tal que, a su juicio, le garanticen su seguridad y su felicidad". (13)

La historia de Estados Unidos ha sido, en muy buena medida,

(12) *Ibid.*

(13) *Ibid.*

una pugna entre su pueblo por afianzar tales principios y su burguesía por trampearlos.

La insurrección y la guerra internacional

Una de las razones por las que Gran Bretaña no pudo contener a los patriotas americanos, consistió en su impotencia para impedir que la revolución colonial se convirtiera en guerra internacional.

El siglo XVIII es recorrido por sucesivas y cada vez más amplias y encarnizadas guerras coloniales. La concepción, tanto como el funcionamiento de la economía mercantilista, conducen, inevitablemente, al nacionalismo económico y a la agresiva competencia económica y política de los Estados por el control de los mares, las fuentes de materias primas y los mercados extranjeros.

La ley del desarrollo desigual y combinado rige el notable proceso en que los Austria pierden la Corona española y en que culmina la decadencia del formidable Imperio donde, en tiempos de Carlos V, "jamás se ponía el sol"; en que Holanda pierde su fugaz supremacía mercantil y Francia la batalla por el dominio mundial, frente a Inglaterra.

En este juego de imperios que se hunden o pasan a segundo plano, o se transforman en satélites de otro mayor, como Portugal de Gran Bretaña, mientras otros ascienden la escala de su poderío y terminan por imponer su hegemonía, Norteamérica fue, desde el principio, una especie de "niña mimada" de la ley del desarrollo desigual.

Ello ya puede observarse en el mismo acto de su independencia, pero a lo largo del libro iremos puntualizando cómo el desarrollo desigual operó siempre en su favor y en circunstancias cruciales de su historia.

La victoria patriota de Saratoga, el 17 de octubre de 1777, fue una baza poderosa en manos de la delegación americana que, encabezada por Benjamín Franklin, viajó a Francia en procura de ayuda. Lo cierto es que allí encontró terreno fértil, abonado por el revanchismo, remanente de la derrota en la guerra de los Siete Años y del tremendo golpe que significó para el poderío francés.

Cuando Burgoyne se rindió con cinco mil hombres al general

Gates en Saratoga, el gobierno francés apreció que no se trataba de una rebelión sin porvenir, ni mucho menos. La ocasión fue asida por los cabellos y en febrero de 1778 se incorporó a la lucha. La alianza francesa no sólo implicó, para los americanos, la presencia del marqués de Lafayette, sino que, además, recibieron el refuerzo de un ejército de 6 mil hombres a las órdenes de Rochambeau, considerables subvenciones y armamentos y gran parte de los siete millones de dólares que los insurgentes recolectaron en el extranjero.

Pero no todo terminó ahí. En 1779 España, otra potencia con viejas heridas causadas por el león británico, declaró la guerra a los ingleses, pero sin formalizar alianza con los americanos.

Las propias peripecias de la guerra, la prepotencia británica con el comercio neutral y su propio revanchismo empujaron a Holanda a la contienda un año después. Y aun las potencias del Norte de Europa asumieron una hostil neutralidad para defender su propio comercio de Gran Bretaña.

En suma, que ésta se vio absorbida por una gravísima guerra internacional cuya significación relegó la misma importancia de las colonias rebeladas. Es natural que los americanos se beneficiaran grandemente con la coyuntura.

Entre 1780 y 1781 Inglaterra perdió, por períodos breves pero vitales, el control sobre las costas marítimas norteamericanas, cuyo bloqueo constituía una de sus armas esenciales.

En 1782 el gabinete North fue sustituido por el de Rockingham, y a nadie extrañó que éste iniciara negociaciones con los insurgentes.

El 19 de octubre de 1781 Cornwallis se rindió a Washington con sus siete mil hombres en Yorktown. Se afirma que los soldados ingleses se entregaron al son de la melodía "*El mundo se ha trastornado*" (14). ¡Y vaya que se había trastornado! Antes de 200 años los vencedores serían la superpotencia del capitalismo mundial y el imperio inglés tramontaría un poco glorioso y definitivo ocaso.

Benjamín Franklin, John Adams, Jay y Laurens fueron puntos altos de la delegación norteamericana que firmó el tratado anglo-norteamericano de 1782. En rigor, sus consecuencias efectivas

(14) Allen, *op. cit.*

no se produjeron hasta que Francia e Inglaterra firmaron la Paz de París en 1763. A pesar de la paz por separado con Inglaterra, Franklin pudo obtener de los franceses un empréstito de seis millones de libras. (15) En cuanto a los términos reales del convenio, es difícil que en tierra americana se hubiera soñado con nada mejor.

El primer artículo estipula que los Estados Unidos son "Estados libres, soberanos e independientes".

La nación había nacido y al nacer obtuvo una extensa frontera que comenzaba al norte en Nueva Inglaterra, desde allí seguía a lo largo del San Lorenzo, bajando por el curso del Mississippi en el oeste y una frontera con la Florida siguiendo el paralelo 31 en el sur. Eran unos límites plenos de ambigüedades e indefiniciones, semillas de futuros conflictos y puntos de partida del crecimiento arrollador del nuevo Estado.

Gran Bretaña hubo de ceder el este y el oeste de la Florida a España en 1763; otro cabo para atar en el porvenir.

Estados Unidos obtuvo vitales derechos de pesca en las costas británicas de lo que hoy es Canadá y la libre navegación del Mississippi.

Las compensaciones arrancadas por los ingleses no son, en verdad, gran cosa:

a) los acreedores ingleses podían *tratar* de obtener el pago de sus deudas en América y

b) se *recomendaba* a varios Estados restaurar las propiedades confiscadas a los realistas.

Para un devenir más o menos mediate, quedó el planteo de un posible tratado comercial anglo-norteamericano.

El miedo a los radicales

La independencia, la gestación de una nueva nación, el surgimiento de una verdadera burguesía nacional que procurara la unidad del mercado interno y el desarrollo industrial mediante el proteccionismo, es un paso decisivo en el proceso de la acumulación primitiva, en el tránsito del mercantilismo, aun en agraz, a la revolución industrial.

(15) Allen, *op. cit.*

Pero el país debería atravesar por otras instancias decisivas antes de que adviniera aquélla: la Constitución Federal aprobada en 1787, la conquista del Oeste, la rebatía de más de la mitad de su territorio a México, hasta culminar en la victoria del norte industrial en la guerra de Secesión.

¿Por qué la sanción de la Constitución es un episodio fundamental en la gestación del capitalismo industrial norteamericano?

Conviene detenerse en la respuesta.

Los "Artículos de la Confederación", aprobados en 1781, eran un nexo de muy escasa consistencia y el poder central —el Congreso, de ellos emanado— excesivamente débil. En rigor la sustancia del poder político radicaba en cada Estado. A esta dispersión institucional, a esta laxitud en la arquitectura jurídica, se sumaba el avance, el empuje, desordenado y a veces caótico, pero indiscutiblemente vigoroso de los llamados "radicales"; pequeña burguesía activista, trabajadores, agricultores pobres, ex soldados y obreros. El retoño de burguesía nacional no sólo no disponía de un gobierno federal fuerte, sino que se encontraba muchas veces acorralado por las exigencias de los radicales en un vastísimo campo de lucha. No es de extrañar la tensa situación que los historiadores norteamericanos llaman "el período crítico".

La revolución de la independencia fue, en más de un sentido, una revolución social en que vetustas normas, poderosos intereses se vieron irreversiblemente afectados. En todos los Estados se abolieron los mayorazgos; muchos grandes propietarios realistas fueron expropiados. Se calcula que el total de pérdidas realistas, por esta razón, fue de unos 40 millones de dólares. (16)

El fundo de Fairfax en Virginia superaba los seis millones de hás., el de los Phillips en New York las 300 millas cuadradas, el de Sir William Pepperell se extendía por más de 30 millas a lo largo del Maine, etc. (17) Estas fincas fueron repartidas entre muchos productores; a veces, 250 nuevos propietarios o más, sustituyeron al antiguo dueño *tory*.

También se adelantó mucho en la extinción de la esclavitud. La primera sociedad antiesclavista de la historia se constituyó

(16) Hacker, *op. cit.*

(17) Huberman, *op. cit.*

4 días después de la batalla de Lexington. En muchos Estados se prohibió la importación de esclavos; en otros se escalonaron medidas que culminaban en la total abolición de la esclavitud. (18)

El signo revolucionario en estas y otras disposiciones, no podía menos de chocar frontalmente con las clases dominantes que constituían, por entonces, el germen de la burguesía nacional.

La paz entregaba al nuevo país vastos territorios que se extendían desde los Apalaches hasta el Mississippi; el Territorio Noroeste. La práctica histórica de las grandes naciones de la época era que un nuevo territorio adquirido se convirtiera en colonia. Pero el influjo de las nuevas ideas en "el período crítico" se expresa muy bien en el hecho de que el nuevo gobierno adoptó otra solución. Se aprobó en el Congreso que en cuanto cinco mil personas se agruparan en una comarca, podían elegir su propia legislatura y dictar sus propias leyes y sesenta mil podían conformar un nuevo Estado e integrarse a la Unión. Ello abría grandes posibilidades de lucro a los especuladores en tierras, pero no podían concretarse porque el gobierno era demasiado débil, no poseía fuerzas para combatir a los indios y garantizar seguridad a las oleadas de colonos que esperaban su oportunidad. En muy alta medida la guerra fue financiada con emisiones de papel moneda realizadas por diferentes Estados. Los soldados fueron pagados con esos billetes y también los proveedores del ejército patriota. El resultado fue la inflación, la depreciación del papel moneda, al punto de que 100 dólares llegaron a no poseer valor adquisitivo por más de 10.

La revolución y los primeros y difíciles tiempos dejaron el tendal de deudores pobres o muy pobres. A éstos les convenía, sin discusión alguna, que las deudas contraídas se pudieran pagar con billetes depreciados diez veces en su valor. Pero los acreedores, los ricos prestamistas, ponían el grito en el cielo y reclamaban un gobierno central, fuerte, que garantizara el contenido oro de la moneda e impidiera a los Estados inundar el mercado de papeles desvalorizados.

El Estado se había endeudado hasta los tuétanos con la guerra.

Eran muchos los americanos que habían comprado bonos por precios reales irrisorios, pagando por 5 lo que nominalmente

(18) Huberman, *op. cit.*

valía 500. Los soldados cuyas pagas se cubrieron muchas veces con bonos fueron presas fáciles de los especuladores con la deuda pública, ya que acosados por la miseria los vendieron por un poco de pitanza o tabaco, o ron. Pero estos bonos poco valdrían mientras no hubiera un gobierno central fuerte que garantizara su conversión por su valor nominal.

Durante la guerra y el consiguiente bloqueo inglés, muchas industrias locales se desarrollaron al amparo de un mercado desabastecido. Cuando la paz se firmó y las manufacturas de Europa y Gran Bretaña anegaron el mercado americano, esos flamantes industriales clamaron por leyes proteccionistas, pero no había un gobierno central fuerte capaz de dictarlas y hacerlas cumplir. Lo mismo ocurrió a los armadores y comerciantes que sufrían restricciones y vejaciones en los puertos extranjeros. Pedían un gobierno nacional que impulsara una gran flota mercante y que fuera capaz de responder con agresividad y energía a las medidas antiamericanas de las naciones competidoras.

La lucha entre la burguesía y los radicales se agudizó durante la crisis económica de 1785-1786. Hubo disturbios, choques; las clases dominantes pedían en todos los tonos un gobierno federal que dispusiera de tropas para implantar el orden. Quizá la revuelta del capitán Daniel Shays, en Massachusetts, colmó el vaso. El general Knox escribió a George Washington asustado de las ideas de Shays, que proclamaba la "propiedad común de todos". (19)

Es natural que fueran las clases ricas, grandes propietarios, opulentos comerciantes, recientes y ambiciosos industriales, prestamistas, especuladores en tierras y en bonos (la deuda pública interna del gobierno central ascendía a 46.400.000 dólares y la de los Estados a 25 millones (20)), etc. —matriz de la burguesía nacional— quienes promovieron decisivamente la reunión de una Convención para redactar una Constitución con un gobierno central provisto de las facultades necesarias para proteger sus intereses que eran, hay que reconocerlo, los del capitalismo en desarrollo.

No se puede afirmar, como lo hace R. C. Allen (21), que la

(19) Hacker, *op. cit.*

(20) Hacker, *op. cit.*

(21) Allen, *op. cit.*

tesis de Charles A. Beard, según la cual los constituyentes defendieron ante todo sus intereses privados, sea un "invento". Pero su labor no se concretó sólo a salvaguardar sus negocios; más allá de ello otorgó al capitalismo norteamericano las andaduras político-jurídicas sin las cuales no hubiera podido acceder a la revolución industrial.

Charles Beard documenta su punto de vista inapelablemente. El resumen de sus minuciosas investigaciones sobre los constituyentes es impresionante. (22)

"La mayoría eran abogados... Ninguno representaba por sus intereses personales directos a las clases de pequeños agricultores y menestrales. La abrumadora mayoría, por lo menos cinco sextos, estaban de manera directa, inmediata y personal, interesados en el resultado de su labor en Filadelfia y se beneficiaron con la Constitución en mayor a menor grado. Los interesados en papeles públicos tenían una extensa representación en la Constituyente. De los 55 miembros que asistieron a las sesiones, no menos de 40 registran en los archivos del Departamento del Tesoro con sumas que varían desde unos pocos dólares a más de cien mil". (23)

La Constitución fue una obra maestra de equilibrio entre un fuerte Ejecutivo, un Congreso bicameral y una Suprema Corte de Justicia; con una ajustada combinación de elecciones indirectas y directas, como para garantizar, razonablemente, el poder a las clases dominantes. También es muy importante no olvidar que incorporó a sus disposiciones la filosofía económica de Adam Smith. La adopción del liberalismo económico que costó a Inglaterra años de dura lucha política y lenta maduración, se realizó vertiginosamente en Filadelfia.

Los Estados perdieron muchas de sus potestades y conservaron otras, con lo que el derecho político se enriqueció con una concepción práctica del federalismo llamada a tener grandes repercusiones en el mundo.

Cuando el 21 de junio de 1788 New Hampshire se pronunció a favor de la Constitución, se cubrieron los nueve Estados que se

(22) Charles A. Beard, *Interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos*. Buenos Aires, 1953.

(23) Beard, *op. cit.*

requerían para considerarla vigente. Desde entonces la burguesía norteamericana dispuso de un mercado interno sin barreras aduaneras interiores, de un gobierno fuerte, de un marco jurídico liberal, etc.; en una palabra, del "habitat" político-jurídico imprescindible para continuar su marcha ascendente.

Charles A. Beard demostró que esa burguesía en formación, en la etapa de la acumulación primitiva, era voraz, interesada, sórdida.

No hay ninguna, en la historia, que se haya comportado de modo diferente.

2. LA DOCTRINA MONROE: EL ROSTRO Y LA MASCARA

La independencia significó para Estados Unidos, y como contrapartida, el quedar fuera de los protegidos circuitos mercantilistas del Imperio Británico. Su comercio no estaba preparado para la intemperie del agresivo nacionalismo económico de la época; pero pronto habría de recuperarse.

Es más; las dificultades de la coyuntura fueron estímulo poderoso para el desarrollo. Apenas establecida la paz en 1783, Inglaterra regula el comercio con sus ex colonias. La situación mejora bastante. La madera y el tabaco, destinados a la reexportación, son liberados de derechos. El hierro, los pertrechos navales y las maderas en bruto pagan los mismos derechos que similares productos provenientes de colonias británicas. En cambio, se cierran líneas esenciales de las exportaciones americanas y se excluye a los barcos de esa bandera de las rutas del Imperio, salvo para transportar sus propias mercaderías.

La marina mercante y el desarrollo desigual

La nueva nación contaba con un factor muy importante a su favor; su experiencia en construcciones navales y la abundancia de materias primas para sus astilleros.

En el momento de la independencia, el 30% de la marina mercante inglesa se había construido en las colonias norteamericanas. (24) Dueños de su propio destino comercial, no es de extrañar que la marina mercante nacional experimentara un salto de siete leguas. En 1789 el 23,75% de su comercio exterior es conducido en sus propios barcos. En 1826 ese porcentaje se ha elevado al 92,50. (25)

El desarrollo desigual y las consiguientes pujas entre los imperios mercantillistas, configuran el otro factor que hinchó las velas del comercio de Estados Unidos.

Hacia 1780 España, Francia y Holanda han liberalizado el acceso a sus colonias americanas. Nuevos mercados se abren y pronto los barcos norteamericanos navegan en todas direcciones y hacia los más exóticos confines.

En 1784 arribó a Cantón el primer barco norteamericano, con escala en El Cabo y en la India. En 1786 abrió allí su primer consulado y en 1789, de 46 barcos extranjeros que llegaron a ese puerto, 18 provenían de la flamante nación. (26)

En 1790 el comercio exterior suma 43 millones de dólares, en 1795, 118 millones, en 1801, 204 millones y en 1861, 500. (27)

Las importaciones predominan sobre las exportaciones, por lo menos hasta la década de 1880.

En el cuadro N° 1 se muestra cómo se distribuía su comercio en 1831: (28)

CUADRO N° 1

Europa	u\$s	113.000.000
Gran Bretaña	„	75.000.000
América Latina	„	44.000.000
Cuba	„	13.000.000
Asia	„	7.000.000
Total		252.000.000

(24) Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*. La Habana, Editorial Casa de las Américas, 1968.

(25) Medina Castro, *op. cit.*

(26) *Ibid.*

(27) *Ibid.*

(28) *Ibid.*

En las importaciones prevalecen las manufacturas hasta el filo del siglo XX. En las exportaciones, las materias primas hasta casi las vísperas de la primera guerra mundial; de 1791 a 1860, el algodón cubre los 2/3 del total. (29)

Es importante para diseñar el marco en que se gestó la Doctrina Monroe, puntualizar que mientras Europa consume las materias primas de U.S.A., América Latina absorbe principalmente sus manufacturas. Los tejidos de algodón se venden en México y América Central y en América del Sur se colocan harinas. Estados Unidos se va erigiendo en un importante intermediario mercantil entre Europa y América Latina. Hacia el viejo continente reexporta azúcar, melaza y café; desde allí trae y revende en el Sur manufacturas, especialmente británicas.

Es importante consignar la evolución del comercio norteamericano con América Latina en esta época.

CUADRO N° 2

*Exportaciones norteamericanas hacia América Latina,
incluidas las reexportaciones ³⁰*

1790		u\$s	5.000.000
1795		,,	14.000.000
1800		,,	28.000.000
1805		,,	30.000.000
1810		,,	18.000.000
1815		,,	13.000.000
1820		,,	30.000.000

Se aprecia la brusca caída provocada por las guerras de independencia al sur del Río Grande, de 1810 a 1820.

Al comenzar el siglo XIX, Estados Unidos es una respetable potencia comercial en el mundo.

(29) *Ibíd.*

(30) *Ibíd.*

CUADRONº 3

Estados Unidos en el comercio mundial
*Porcentaje de cada país en las operaciones totales de ventas ***

	1800	1850
Inglaterra	22,3	20,3
Alemania	11,9	8,4
Francia	7,8	8,9
Estados Unidos	5,6	7,5
Italia	3,3	4,6
Holanda-Bélgica	4,6	1,6
India Británica	3,3	3,6
Rusia	3,6	3,7
Austria-Hungría	2,6	3,5

Es un cuarto puesto auspicioso para una nación recién emergida de su matriz colonial.

Guerras internacionales y diplomacia

En 1793 estalla una nueva guerra entre Inglaterra y la Francia revolucionaria. Estados Unidos está atado a la segunda por los compromisos de 1778, pero George Washington se opone a la guerra. En su perspectiva el gran negocio de los Estados Unidos es la prescindencia en los continuos conflictos europeos y la explotación comercial de su neutralidad. En rigor, y desde ese enfoque, la neutralidad es un negocio.

Esa política es la raíz de la doctrina aislacionista que durante tantos períodos ha de presidir la política exterior de la nueva potencia.

Washington es, sin duda, quien primero la formuló con claridad:

“Europa tiene un sedimento de intereses primitivos del cual carecemos nosotros, o con el cual, no tenemos más que una remota relación. De ahí que ella pueda ser arrastrada a frecuentes controversias que nos son fundamentalmente extrañas. Por lo tanto, debe considerarse desacertado que nos liguemos por lazos artifi-

(31) *Ibid.*

ciales a las vicisitudes ordinarias de su política o a las habituales alianzas o choques que provienen de sus amistades o enemistades. Nuestra posición apartada y lejana nos induce a seguir por otro camino... Nuestra buena política ha de consistir en mantenernos alejados de alianzas permanentes con cualquier parte del extranjero... Cuidando siempre de mantenernos, tomando las medidas necesarias, en una actitud defensiva que imponga respeto, podemos ensayar alianzas temporales en contingencias extraordinarias". (32)

Esta regla de oro guía a la joven diplomacia.

En 1795 se firma el Tratado de Pinckney con una España debilitada, por el cual se obtiene el derecho al depósito de mercancías en la desembocadura del Mississippi y garantiza la libre navegación por dicho río, que se erige en el límite natural con la Louisiana por encima del paralelo 31.

Un año antes John Jay ha firmado en Londres el convenio más discutido de la historia norteamericana. A tal punto que el Senado lo aprobó apenas, en sesión secreta y luego de agrio debate. Según el mismo U.S.A. reconoció al Reino Unido el dominio de los mares. Pero a cambio se aseguró la paz, la personería de la nación y, como consecuencia, la solidez de su crédito en la economía mundial. Tan es así, que en 1800 se habían colocado en el extranjero más de la mitad de los valores federales y de las acciones del Banco de los Estados Unidos. (33)

Además, Inglaterra terminó por evacuar los fuertes del Oeste, donde los americanos habían ido sometiendo a los indios. De esta manera todo el territorio de Ohio quedó abierto a la colonización.

Fueron los dos grandes éxitos diplomáticos de Washington: el libre curso del río Mississippi y la exploración del Oeste.

Las relaciones con Francia se enturbiaron a causa del Tratado de Jay, pero finalmente pudieron superarse las ligaduras del Tratado de 1778 y en 1800 se firmó un nuevo convenio con el gobierno de Napoleón Bonaparte por el cual aquél era derogado expresamente.

Las guerras napoleónicas significan la gran oportunidad

(32) Samuel Eliot Morison y Henry S. Commager. *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

(33) Hacker, *Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano*, op. cit.

para el "negocio de la neutralidad". Napoleón conducía la lucha de la burguesía francesa contra la hegemonía del capitalismo inglés en el mundo. Su primera estrategia consistió en golpear al Imperio en lo que él consideraba, con acierto, su punto más vulnerable: la India. En busca de una ruta que le abriera paso a ese objetivo realizó la expedición a Egipto.

Fracasada esa primera concepción (sin duda la más lúcida), ensayó la estrategia de la invasión directa a las Islas Británicas. La Tercera Coalición y el fracaso naval de Trafalgar la echaron por tierra.

Dueño del continente, pero habiendo perdido el acceso a los mares, pone en juego su tercera estrategia: el bloqueo continental instituido en los decretos de Berlín y Milán.

A la asfixia que para las industrias británicas significaba cerrarles sus mejores mercados europeos, Londres respondió con sus "*Order-in-Council*", por las cuales contrabloqueó al continente usando su indomable flota, dueña de los mares.

Bloqueo y contrabloqueo fueron la *jauja* para comerciantes y armadores norteamericanos, que llenaban sus faltriqueras vendiendo a unos y a otros, bajo el manto de la sagrada neutralidad.

La guerra franco-inglesa era a muerte y ello habría de erizar las relaciones de Londres con los americanos.

El reclutamiento forzoso que los británicos practicaban en el mar y en los puertos, arrasando también con marinos americanos e ingleses desertores que trabajaban en barcos de banderas americanas, es una de las causas de la guerra de 1812.

Otra causa decisiva fue la disputa en torno a los "derechos de la neutralidad", con los que se cubrían los pingües tráfico norteamericanos con los territorios dominados por Bonaparte. De las controversias jurídicas, muy pronto se pasó a los hechos.

El gobierno inglés recurrió a los embargos de los barcos extranjeros y de ese modo el comercio con Europa cayó verticalmente. Una grave depresión en Nueva Inglaterra marítima y en el Sur exportador de algodón y tabaco fue la consecuencia.

Desde ambos lugares se realizaron presiones por la ruptura definitiva con Gran Bretaña.

Pero tal vez la causa principal de la guerra tenga sus raíces en el Oeste.

Madison acusó a Londres de estimular la hostilidad de las tribus de pieles rojas, pero en rigor en esa región ardían las ganas de invadir y apoderarse de Canadá.

Los "jóvenes halcones" del Oeste, encabezados por Henry Clay, portaban un nacionalismo entusiasta y agresivo, preludio del "Destino Manifiesto", y sus ojos miraban hacia las prometedoras tierras canadienses. La victoria de W. H. Harrison sobre los indios en Tippecanoe —1811— avivó los fuegos de su pasión chauvinista. (34)

La guerra de 1812 entre Estados Unidos y Gran Bretaña fue breve y muy importante. En ella surgió la avasallante popularidad del general Jackson y al amparo del eventual desabastecimiento, la industria americana avanzó a zancadas. Terminó en diciembre de 1814 con el Tratado de Gante. Inglaterra no pudo con sus ex colonos, lo que afianzó su orgullo nacional. A tal punto que se habla de una "segunda independencia".

Bien escribe H. C. Allen que la guerra de 1812 "infundió nuevo fervor al nacionalismo norteamericano". Por otro lado, fue un golpe de gracia para sus vinculaciones europeas. Las energías de la nación se orientaron a su inmediato contorno; el Oeste y las vastas áreas al Sur del Río Grande.

Un oleaje inmigratorio sacudió sus costas. El censo de 1810 arroja la cifra de 7.239.881 habitantes. En 1850 la población se ha triplicado: 23.191.867 habitantes. (35)

Las grandes haciendas agrícolas trabajadas por esclavos en el Sur, multiplicaron su producción. La desmotadora de algodón de Eli Whitney contribuyó, decisivamente, a que la producción de "oro blanco" creciera de 178.000 fardos en 1810, a 2 millones en 1850. (36)

La industria americana empezaba a usar pantalones largos al firmarse la paz. Pero la marejada de manufacturas británicas posterior al Tratado de Gante, mostró su inexperiencia y debilidad. El clamor proteccionista subió rápidamente de tono y en 1816 se instituye el primer arancel vigorosamente protector de la his-

(34) Allen, *Historia de los Estados Unidos*, op. cit.

(35) Allen, op. cit.

(36) Allen, op. cit.

toria norteamericana: los derechos variaban entre el 7,5 y el 30% *ad valorem*. (37)

Tales eran las tendencias profundas de la nación, cuando hubo de enfrentar el hecho irreversible de la independencia de la "otra América".

La independencia de la otra América

Los años de 1809 y 1810 fueron los de la erupción juntista en Hispanoamérica. En líneas generales, la lucha se prolongó diez años, aunque la última y definitiva batalla, Ayacucho, se ganó a fines de 1824. En 1821 se produjo el primer reconocimiento de la independencia hispanoamericana: fue el del breve régimen liberal de Portugal. Al año siguiente sobrevino el reconocimiento de Estados Unidos. De los primeros, sin duda. Una versión oficial, y con indisimulable sabor "panamericano", sostiene que se trató de un arriesgado acto de generosidad diplomática.

Sin contar con que es muy difícil que ninguna nación del mundo adopte una decisión de política internacional trascendente y comprometida por puras motivaciones de nobleza, no cabe duda de que el reconocimiento norteamericano de la independencia de las Repúblicas del Sur fue parte de su interesada política de neutralidad, con los ojos puestos en sus requerimientos mercantiles y como un factor en el complicado juego de sus relaciones con Inglaterra y España.

Samuel Flagg Bemis, pese a sus esfuerzos por idealizar la decisión de 1822, reconoce:

"En lugar de hacer de las guerras de Europa una ocasión para una extensa política de ayuda a la liberación de la América española, Jefferson y Madison subordinaron su política latinoamericana a las exigencias de la disputa con Inglaterra". (38)

Y con respecto a la metrópoli ibérica:

"Una cosa era cierta en 1815, al terminarse las guerras con Europa y Norteamérica: Estados Unidos, habiendo conseguido

(37) *Ibid.*

(38) Samuel Flagg Bemis. *La diplomacia de Estados Unidos en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

salir indemne del embrollo de las guerras europeas, no quería enzarzarse seguidamente en otra guerra con España —para no mencionar los posibles aliados de ella— con el fin de libertar a la América española. Prefería, más bien, aprovecharse del agotamiento de España en Europa y de sus constantes angustias en América, con objeto de conseguir por la diplomacia la posesión de los estratégicos territorios fronterizos tan vitales para su propia seguridad. En consecuencia adoptó una política de neutralidad". (39)

En efecto, desde 1810 Estados Unidos estaba al acecho de las Floridas y el Gral. Jackson dio sus buenas dentelladas en ellas, pero hubo de abandonar los trozos del pastel sin deglutirlos. Sin embargo, y a raíz de su invasión de 1818, Madrid llegó a la conclusión de que era más conveniente venderlas que perderlas en una guerra sin esperanzas. El tratado se firmó el 22 de febrero de 1819. Se lo conoce como el tratado Adams-Onís (por U.S.A.) firmó John Quincy Adams y por España el Ministro Luis de Onís) o Trascontinental, porque merced a él la nación se extendió de océano a océano.

España cedió sus tierras al Este del Mississippi, y sus antiguos derechos sobre Oregon por cinco millones de dólares. Además se determinaron los límites entre Estados Unidos y México.

España pretendió incluir el no reconocimiento de los nuevos Estados australes en vías de independizarse de su tutela, pero Adams se negó a título de que ello equivalía a violar la neutralidad. La diplomacia española recurrió, entonces, a las demoras, a dejar pasar el tiempo y enfriar el problema, dilatando el reconocimiento. Bien sabía Madrid que hasta que el convenio Adams-Onís no se ratificara, U.S.A. no reconocería la independencia hispanoamericana. Pero la revolución liberal de Riego y la convicción de que el postergado acto era inevitable, indujo al gobierno español a ratificarlo el 24 de octubre de 1820.

Entre tanto, en Estados Unidos había fuerzas que pugnaban por el reconocimiento. Henry Clay, el hombre del oeste, "el joven halcón" expansionista de 1812, vislumbró las posibilidades comerciales de América Latina y realizó una terca y muy eficaz campaña

(39) Flagg Bemis, *op. cit.*

en su favor. Sus esfuerzos tropezaron con muchas resistencias. El litigio con España sólo fue una de ellas. La insistente y hábil presión del Ministro español Luis de Onís logró que, a propuesta de Madison, el Congreso sancionara una nueva ley de neutralidad el 3 de marzo de 1817. En los hechos fue un acto abierto contra la lucha independentista del Sur. En efecto, disponía que cualquiera que armara un buque privado contra un Estado en paz con Estados Unidos, sería castigado con 10 años de prisión o 10 mil dólares de multa.

Por otra parte, el contrabando de armas para los ejércitos españoles no era infrecuente, ni mucho menos. Las frases de la siguiente carta de Bolívar —20 de agosto de 1818— son muy expresivas:

"Mr. Cobbet ha demostrado plenamente en su semanario la parcialidad de los Estados Unidos a favor de España en nuestra contienda. Negar a una parte los elementos que no tiene y sin los cuales no puede sostener su pretensión cuando la contraria abunda en ellos es lo mismo que condenarla a que se someta, y en nuestra guerra con España es destinarnos al suplicio, mandarnos exterminar. El resultado de la prohibición de extraer armas y municiones califica claramente esta parcialidad. Los españoles que no las necesitaban las han adquirido fácilmente al paso que las que venían para Venezuela se han detenido". (40)

El curso practicado por los insurgentes fue otro tópico de árida disputa. Estados Unidos, como potencia comercial, apoya la tesis de que "el pabellón libre hace igualmente libres las mercaderías". Pero para las nuevas naciones, peleando a brazo partido por su libertad, el principio correcto es otro: el pabellón libre no hace libres las mercaderías, y si éstas proceden o son para el enemigo, pueden ser incautadas. Ya veremos cómo Estados Unidos impuso su tesis en el primer tratado firmado con Colombia en 1824. La marina mercante norteamericana hacía gran negocio con el comercio español y de ahí su negativa a reconocer amplios derechos a los barcos corsarios al servicio de la lucha independentista. Con todo, muchos norteamericanos favorecieron los intereses del sur y a los tribunales les era engorroso condenarlos.

(40) Citado en Medina Castro, *op. cit.*

Tampoco fue muy galante el tratamiento concedido a los primeros representantes consulares de las nuevas Repúblicas. Madison se negó a recibir a los representantes de Buenos Aires, Diego de Saavedra y Juan Pedro de Aguirre, en 1811. La misma actitud adoptó con Alvarez Thomas en 1816 y tampoco el presidente Monroe quiso recibir a Manuel Hermenegildo Aguirre, que representaba tanto a Buenos Aires como a Chile. (41)

Los argumentos de Clay fueron, sin duda, sembrando interés y reflexiones sobre la conveniencia del reconocimiento. El 10 de marzo de 1820 eleva el vuelo de su concepción: "Está ahora a nuestro alcance crear un sistema del cual seríamos el centro, y en el cual toda la América actuaría de concierto con nosotros. Respecto al comercio, seríamos los mayores beneficiados..." (42) El Oeste, ávido de mercados para su producción en ascenso, hacía resonar tan proféticas palabras.

En el mensaje al Congreso del 8 de marzo de 1822, Monroe —¡por fin!— se pronuncia por el reconocimiento. Habían pasado diez años desde que arribaron a Estados Unidos los primeros representantes de la revolución hispano-americana. Morosidad contrastante, como bien lo hace notar Manuel Medina Castro, con otros "reconocimientos" relámpagos.

El siniestro aventurero William Walker desembarcó en Nicaragua en julio de 1855 y su espurio gobierno fue reconocido el 10 de noviembre de ese año.

La "República de Texas" se independizó en 1836 y fue reconocida en 1837.

Panamá se segregó de Colombia el 3 de noviembre de 1903 y fue reconocida ¡tres días después!

Parece que Bolívar lo hubiera adivinado, cuando escribió a Santander el 13 de junio de 1826: "...recomiendo a usted que haga tener la mayor vigilancia sobre estos [norte]americanos que frecuentan las costas; son capaces de vender a Colombia por un real..."

(41) Medina Castro, *op. cit.*

(42) *Ibid.*

La "ley de no transferencia"

La definición aislacionista de George Washington (más arriba citada) es, en buena medida, una vertiente en la gestación de la Doctrina Monroe.

Pero su antecedente más cercano, concreto y rectamente apuntado a la sustancia de la Doctrina, es, sin duda, la llamada "ley de no transferencia" de 1811.

La disgregación, a ojos vistas, del antaño poderoso Imperio Español sembró de inquietudes y expectativas los círculos dominantes de Estados Unidos. Por un lado las apetecidas Floridas abrían perspectivas tentadoras al hambre de territorio que extendiera la nación a lo ancho de la masa continental. Por otro, temían que Inglaterra, con el pretexto de prevenir cualquier acción de algunas naciones de la Santa Alianza, ocupara cualquiera de esos "vacíos de poder" que dejaba el Imperio hispánico en retirada. El temor podía corporizarse bien en las Floridas, bien en la isla de Cuba, tan rica en azúcares y melazas, y hacia la cual los norteamericanos miraron desde muy temprano. Existía además el antecedente del traspaso de la Louisiana española al dominio francés, de acuerdo al segundo Tratado de Fontainebleau firmado por el ministro Godoy y el régimen de Bonaparte.

El Congreso respondió a tales escozores autorizando al presidente a ordenar, con fines preventivos, la ocupación del país situado al este del río Perdido, al sur de Georgia y el propio territorio del Mississippi. Por otro lado, autorizó a tomar en custodia y de acuerdo con las "autoridades locales" la Florida oriental. Ya veremos que lo de "autoridades locales", tanto podía interpretarse como una referencia a los pocos y aislados funcionarios españoles, como a rebeldes alentados desde Estados Unidos.

Dichos avales son el carozo de la ley del 15 de enero de 1811 —"ley de no transferencia"— que expresa:

"Teniendo en cuenta la peculiar situación de España y de sus provincias americanas; y considerando la influencia que el destino de los territorios contiguos a la frontera sur de Estados Unidos puede ejercer sobre su seguridad, su tranquilidad y su comercio;

Por lo tanto,

El Senado y la Cámara de Representantes de los Estados

Unidos de América, reunidos en Congreso, resuelven: que Estados Unidos, en las circunstancias especiales de la crisis actual no pueden ver sin graves inquietudes que una parte cualquiera de dichos territorios pase a manos de cualquier potencia extranjera; y que la debida consideración de su propia seguridad le obliga a proveer en ciertas contingencias a la ocupación temporal de dichos territorios; al mismo tiempo, declara que dichos territorios continuarán, en sus manos, sujetos a futuras negociaciones''. (43)

El principio así formulado para las Floridas, sería retomado por Adams en relación con Cuba en 1823. Es un escalón hacia la Doctrina Monroe, aunque en su texto no se le menciona. Pero sí existe una declaración paralela en ese sentido, leída al ministro ruso en Washington.

Canning y Monroe

En 1823 la Santa Alianza declinaba ostensiblemente, pero no por eso dejaba de ser una amenaza peligrosa. Era una posibilidad, no una disparatada conjetura, que apoyara efectivamente a Fernando VII para reconquistar sus posesiones del Nuevo Mundo. Sobre todo, después que los "100.000 hijos de San Luis" (así se designó el ejército francés) lo ayudaron a liquidar la revolución liberal del general Riego y a reimplantar el absolutismo. No se podía descartar, tampoco, la ambiciosa política del zar Alejandro II en el área americana del Océano Pacífico y a partir de sus tierras de Alaska.

El imperio inglés se preocupaba con ese flanco de la situación. Pero también le hormigueaba la chance, muy tangible, de una vigorosa expansión norteamericana hacia el antiguo imperio español.

S. Flagg Bemis sintetiza insuperablemente en cinco puntos la política británica después de derribar a Napoleón y de pulsar las probabilidades de la alianza surgida en el Congreso de Viena.

1) Lograr la paz internacional, mientras el victorioso león inglés se lamía las heridas y se recuperaba. Le era esencial el reordenamiento de su economía, en la fase culminante de la revolución

(43) Citado por Flagg Bemis, *op. cit.*

industrial, para aprovechar los nuevos y suculentos mercados que se abrían en el mundo y, muy especialmente, en las nuevas naciones hispano-americanas. Allí ya se estaban firmando tratados comerciales con el Reino Unido a perpetuidad y las bancas Baring y Rothschild cursaban préstamos multimillonarios que endeudarían financieramente por años y años a los jóvenes estados.

2) Para ello era necesario cumplir el fin específico de la cuádruple alianza (Austria, Gran Bretaña, Rusia y Prusia); mantener la paz en Europa y ahogar cualquier retorno revolucionario en Francia. No debe olvidarse que este último tendría signo burgués y capitalista, insoslayable.

3) Defender la institución monárquica, pero sin arriesgar demasiado. Salvo en Francia y por las razones aludidas.

4) Conservar en Europa el equilibrio de poderes que le dejaba las manos libres en ultramar.

5) Impedir el surgimiento de cualquier imperio naval capaz de disputarle el dominio de los mares y de las colonias. Acababa de liquidar la pretensión napoleónica; pero ahora emergía, inquietante, la novísima y voraz potencia constituida por sus ex colonias de América del Norte. (44)

Es en el marco de esta compleja e inteligente política que hay que insertar la habilidosa carta enviada por el titular del Foreign Office, George Canning, al ministro plenipotenciario de Washington en Londres, Richard Rush, el 20 de agosto de 1823. Es el origen directo del famoso mensaje del presidente Monroe:

"Muy estimado señor: Antes de salir de la ciudad quiero dejar a usted de un modo más preciso, aunque siempre en forma extra-oficial y confidencial, mis ideas sobre la cuestión que discutimos brevemente en la última ocasión que tuve el gusto de verle.

¿No habrá llegado aún el momento en que nuestros gobiernos concluyan un acuerdo sobre las colonias hispanoamericanas? Y si podemos ultimar ese arreglo, ¿no sería conveniente para nosotros y benéfico para el mundo entero que los principios en que se basara nuestro pacto quedasen claramente definidos y que los confesásemos sin embozo?

Por lo que a nosotros respecta, nada hay oculto.

(44) Flagg Bemis, *op. cit.*

1) *Consideramos imposible la reconquista de las colonias por España.*

2) *Consideramos la cuestión de su reconocimiento como Estados independientes, sujeta al tiempo y a las circunstancias.*

3) *No estamos, sin embargo, dispuestos a poner obstáculos para un arreglo entre ellas y la madre patria, por medio de negociaciones amistosas.*

4) *No pretendemos apropiarnos ninguna porción de esas colonias.*

5) *No veríamos con indiferencia que una porción de ellas pasase al dominio de otra potencia.*

Si hubiera una potencia europea que acariciara otros proyectos o que quisiera apoderarse de las colonias por la fuerza, con el fin de subyugarlas para España o en nombre de España, o que meditara la adquisición de una parte de ellas para sí misma, por cesión o conquista, la referida declaración del gobierno de usted y del nuestro sería el medio más eficaz y a la vez el menos violento para intimar nuestra desaprobación común de tales proyectos.

...¿Cree usted que, de acuerdo con los poderes que acaba de recibir, esté debidamente autorizado para entrar en negociaciones sobre el particular, y firmar una convención? Y si esto no se hallara dentro de sus facultades, ¿querría usted cambiar algunas notas oficiales conmigo?" (45)

Tales los párrafos esenciales de la nota recibida por Rush. Su sorpresa y su satisfacción fueron grandes y legítimas. Era visible la preocupación de Canning porque alguna potencia de la Santa Alianza se pusiera efectivamente del lado de España en la empresa de la reconquista de su perdido imperio colonial y muy posible que dicha potencia aprovechara la ocasión —que pinta al ladrón— para quedarse con su buena tajada. Eso de "alguna potencia", era, en rigor, un eufemismo diplomático. La aludida era Francia, única en condiciones de aventurarse en tales andanzas.

Pero la oportunidad para convertir a Estados Unidos en potencia mundial de primera fila, con un solo y afortunado envite diplomático, tampoco escapó a la perspicacia de Rush. Firmar, codo a

codo, con la potencia dominante del capitalismo mundial, en situación paritaria, una declaración llamada a zanjar, sin más ni más, asunto internacional de tamaño trascendencia, no era poca cosa.

Mr. Rush no tenía facultades para aceptar de plano, ni mucho menos. Pero ágilmente recordó sus últimas instrucciones y respondió que si Inglaterra estaba dispuesta a reconocer ya la independencia de las nuevas Repúblicas, él se arriesgaba a suscribir, por su cuenta y responsabilidad, la declaración conjunta planteada. De inmediato, naturalmente, comunicó las refulgentes novedades a su gobierno, presidido por Monroe.

El entusiasmo de Rush tuvo nuevas ocasiones para encenderse. Sin esperar su respuesta, Canning volvió a escribirle desde Liverpool el 23 de agosto. Acababa de enterarse, vía Francia, que, en cuanto terminara la guerra en España (ya a punto de expirar), se convocaría un Congreso para considerar el tema colonial. Esos Congresos quitaban el sueño a Washington. Canning lo sabía bien y su jugada no pasó desapercibida al representante norteamericano. (46)

El inglés subrayaba en su misiva: "No necesito señalarle todas las complicaciones a que esta proposición, la encaremos como la encaremos, podría conducir". (47)

Pero aún habría más leña para la fogata.

Hasta ahora todo había sido reservado, confidencial. Dos días después de esta segunda carta, Canning concurre a una cena ofrecida en Liverpool, en la cual también fue comensal el nuevo enviado norteamericano en Suecia, Christopher Hughes (de paso para su destino). Canning volvió a jugar con maestría. Al brindar por el diplomático estadounidense, describió la unidad entre ambas potencias "por un lenguaje común, un espíritu común de empresa comercial y una consideración común hacia la libertad bien regulada [...]. La fuerza de la sangre vuelve a predominar, y la hija y la madre están juntas contra el mundo". (48)

Si ardoroso fue el afán de Rush, en Washington el revuelo

(46) Arthur P. Whitaker, *Estados Unidos y la independencia de América Latina*. Buenos Aires, Eudeba, 1964.

(47) Citado en A. P. Whitaker, *op. cit.*

(48) *Ibid.*

sacudió a todas las expectativas. El presidente Monroe consultó a las dos sagradas venerabilidades de la política norteamericana; en la nota adelantaba su opinión favorable.

El ex presidente Jefferson meditó el punto en su residencia virginiana de Monticello. El ex presidente Madison lo hizo en su también retiro virginiano de Montpelier.

Dos ex presidentes y otro en el ejercicio de su alta función, reflexionando en Virginia (pues Monroe estaba en sus plantaciones de Cakhill) sobre el gambito de Canning.

Morison y Commager comentan: "No habría podido menos de divertir a George Canning el saber la conmoción que había producido entre los patriarcas, en un momento en que ya daba por terminado el incidente". (49)

En efecto, en Londres Rush no salía de su angustia y de su asombro. Después de un arranque tan espectacular y prometedor, nada más había sabido del asunto británico. Pasó setiembre y nada. Pasó octubre y nada. La correspondencia de Rush exudaba ansiedad y nerviosismo. Hasta que un día, el 7 de noviembre, Canning extrajo negligentemente un papel de una gaveta y develó la incógnita al atónito e ingenuo diplomático. (50) El 9 de octubre Canning y el príncipe de Polignac, a nombre de Francia, celebraron una reunión de la que se redactó un memorándum con dos ejemplares; uno para el gobierno francés y otro para el británico.

Inglaterra, en la voz de Canning, había manifestado:

1) A pesar de su neutralidad, la intervención de una tercera potencia en favor de España plantearía un hecho nuevo, ante el cual se reservaba una actitud acorde con sus intereses.

2) No ambicionaba ninguna ex posesión española.

3) No aspiraba a tener con las nuevas naciones, otras relaciones que las del comercio y la amistad.

Por su lado Polignac expresó:

1) Francia considera irrealizable la reconquista de las ex colonias españolas.

(49) S. E. Morison y H. S. Commager, *Historia de los Estados Unidos*, op. cit.

(50) Camilo Barcia Trelles, *Doctrina Monroe y cooperación internacional*. Editorial Mundo Latino, Madrid, 1931.

2) No se propone adquirir ningún territorio en América.

3) Que tampoco aspira a obtener ventajas de las recientes Repúblicas y que repudia toda tentativa violenta contra ellas. (51)

Siendo Francia la única potencia "santaliancista" capaz de contribuir afectivamente a la reconquista, las declaraciones formales y solemnes de Polignac significaban la clausura del asunto. Como Canning dijo a Rush, la Santa Alianza había dejado de ser un peligro y la declaración conjunta anglo-norteamericana ya no era necesaria. (52)

El mensaje Monroe

Pero la maquinaria que se había echado a andar en Estados Unidos ya no podía detenerse. Jefferson y Madison se habían pronunciado a favor de un acto político que encumbraba, definitivamente, a la nación en el mundo internacional. John Quincy Adams, Secretario de Estado, enfocó el asunto en forma global. Por conducto de Gallatin sabía que la Santa Alianza ya no preocupaba a Canning. Pero pensó que la proposición del inglés tendía una sutil trampa en la formulación de que "ninguna de las dos potencias", Estados Unidos y el Reino Unido, aspiraban a ninguna ex posesión española. Eso significaba renunciar, por ende, a Cuba. (53) Y siempre quedaría en pie, con declaración o sin ella, que la perla de las Antillas cayera en manos francesas o inglesas. Eso por un lado. Por el otro, los avances y contoneos rusos no podían dejar de inquietar a la Unión.

Ya Alejandro II la había invitado a integrar la Santa Alianza, lo que motivó una respuesta negativa de Adams, en la que se decía: "...para tranquilidad de Europa y para la de América, los sistemas políticos europeos y norteamericanos deben mantenerse tan separados y distintos uno de otro como sea posible". (54) En setiembre de 1821 el zar publicó un úkase que extendía Alaska hasta el paralelo 51, o sea bien adentro de Oregón, y declaraba *mare clausum* las

(51) Pereyra, *op. cit.* y Barcia Trelles, *op. cit.*

(52) Pereyra, *op. cit.*

(53) Morison y Commager, *Historia de los Estados Unidos*, *op. cit.*

(54) Citado en Morison y Commager, *op. cit.*

aguas, desde allí hasta el estrecho de Behring. En octubre de 1823 el ministro ruso en Washington, barón de Tuyl, elevó dos notas. Por la primera comunicaba su áspera negativa a admitir un representante de Colombia. La segunda deslizaba expresiones sobre "el republicanismo expirante". (55)

Lo de Rusia, en verdad, no era desdeñable. En opinión de Adams, ofrecía una oportunidad excelente para deslindar campos con la Santa Alianza. Pero también era imprescindible no cerrarse el camino futuro hacia Cuba.

De estas entretejidas y complejas vertientes, emergieron los pasajes relativos a política exterior del 2 de diciembre de 1823, enviado por el presidente Monroe al Congreso según el mandato constitucional. Es lo que más tarde se conocerá como la "Doctrina Monroe". En ella es inocultable el pensamiento de Adams.

Morison y Commager la resumen:

1) Principios positivos:

a) *"Los continentes americanos, gracias a la libre e independiente condición por ellos alcanzada y conservada, no deben ser considerados ya como objeto de futuras colonizaciones por parte de las potencias europeas"*.

b) *"El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente distinto [...] del de América [...] Cualquier tentativa de ellas para extender su sistema a cualquier porción de nuestro hemisferio sería considerada por nosotros como peligrosa para nuestra paz y seguridad"*.

2) Principios negativos:

a) *"No hemos intervenido ni en adelante intervendremos en las colonias o dependencias actuales de cualquier potencia europea"*.

b) *"En las guerras entre potencias europeas por cuestiones propias de ellas no hemos tomado nunca parte alguna, ni interesa a nuestra política que la tomemos"*. (56)

(55) Morison y Commager, *op. cit.*

(56) *Ibíd.*

La interpretación rosada de la Doctrina, se sintetiza en la frase "*América para los americanos*". Pero la realidad rara vez es color rosa. Como hemos de verlo, U.S.A. intervendrá a destajo en la América pobre del Sur y siempre a socaire de sus intereses. También lo harán las potencias europeas y entonces, Washington, siempre también de acuerdo con sus intereses, mirará para otro lado, cuando no incurrirá en actitudes ambiguas o desembozadamente cómplices. Bien habría de sufrirlo Juan Manuel de Rosas cuando, desde 1845 a 1850, defendió valerosamente la soberanía rioplatense del embate anglofrancés.

La experiencia histórica, las amargas vicisitudes de la historia, han hecho pensar a los latinoamericanos que más bien la versión sintética debería ser: "*América para los norteamericanos*".

3. LA RAPIÑA DE MEXICO

La acumulación primitiva de todas las sociedades que lograron culminar exitosamente su revolución industrial por vía capitalista, es inseparable de una vigorosa expansión territorial.

Las potencias europeas, en general, la realizaron en ultramar, en comarcas lejanas y rezagadas, pobladas por pueblos de color. Es el caso de Inglaterra, de Francia, de Holanda, de Bélgica. En cambio, los Estados Unidos, se suele afirmar, protagonizaron esa expansión de la época mercantilista *dentro de su propio territorio*. Es una expansión, se explica, *interna*, una especie de "*intra-imperialismo*".

Un ejemplo de lo dicho es la siguiente cita de Fritz Sternberg:

"El capitalismo norteamericano no tuvo que socavar un sistema feudal y destruirlo, como lo hizo el europeo, sino que se expandió en regiones que anteriormente apenas estaban pobladas. *Tampoco se extendió materialmente más allá de sus propias fronteras*

en la segunda mitad del siglo XIX, sino que siguió realizando su expansión dentro de su propio territorio, ampliándolo constantemente. En Europa, el hecho de que el capitalismo fuese el centro de una gigantesca periferia que se hallaba económica y a menudo políticamente dominada por los centros metropolitanos europeos, tuvo una importancia decisiva para el desarrollo de las crisis económicas y para la estratificación de clases en conjunto, pero en Norteamérica la influencia más vigorosa a este respecto la ejerció la tremenda expansión que se realizó en el interior del país". (57)

Todavía, H.C. Allen resalta, según vimos, como un sesgo visiblemente democrático en la formación de los Estados Unidos, que en los nuevos territorios conquistados no se establecieran colonias, al uso europeo, sino nuevos Estados incorporados a la Unión. (58)

Unos y otros olvidan algo esencial: gran parte de esos territorios colonizados por la formidable explosión norteamericana en el siglo XIX, *no eran norteamericanos*. Pertenecían a la flamante República independiente de México, que fue sometida a una mutilante e inexcusable rapiña. Perdió el 55% de su territorio nacional, 1.528.241 km².; tanto como el área ocupada por Inglaterra, Irlanda, Escocia, Francia, España, Portugal, Italia y Alemania juntas. (59) En tierras anteriormente mexicanas en su totalidad, se organizaron los nuevos Estados de Nuevo México, Arizona, Utah, Nevada y California. Con el 66% de tierras mexicanas se fundaron los Estados de Wyoming, Nebraska, Arkansas, Oklahoma y Colorado. Y por supuesto Texas, que antes fue íntegramente mexicana. (60)

La acumulación primitiva de Estados Unidos se nutre, también, como la de todos los imperios mercantilistas, de territorios ajenos, a los cuales no tenía otro derecho que el de su fuerza y rapacidad. Lo que lo diferencia y singulariza es, eso sí, que en esta primera ola expansiva, esos territorios estaban junto a sus fronteras iniciales, eran parte de la masa continental que habría de ocupar desde el Atlántico al Pacífico.

(57) Fritz Sternberg, *¿Capitalismo o socialismo?* México, Fondo de Cultura Económica, 1954 (subrayado nuestro).

(58) H. C. Allen, *Historia de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Paidós, 1964.

(59) Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*. La Habana, Casa de las Américas, 1968.

(60) Gastón García Cantú, *Las invasiones norteamericanas en México*. México, Era, 1971.

Las causas de la expansión norteamericana en la primera mitad del siglo XIX

La historia registra muchas expansiones territoriales de imperios conquistadores, pero todas no son de la misma índole, ni responden a causas similares. La naturaleza de la expansión imperial depende de la formación económico-social dominante en la sociedad metropolitana. Es más, deriva de las leyes específicas que rigen esa sociedad y del modo como se combinan, dialécticamente, la formación económico-social dominante y los remanentes de formaciones superadas y ahora mediatizadas por la primera.

Así se explican, por ejemplo, las notables diferencias entre la expansión asiria y la expansión del capitalismo monopolista, desde fines del siglo XIX hasta los primeros años del siglo XX.

La sociedad norteamericana al filo del siglo XIX era predominantemente capitalista, pero su capitalismo era mercantilista, su producción se basaba mucho más en el taller que en la fábrica. Al mismo tiempo, en el seno de esa sociedad se desenvolvía la peculiar estructura económico-social del Sur esclavista y agrícola.

Se puede decir que convivían dos modos de organización económico-social, ambos enmarcados en el capitalismo mercantil, ambos irresistiblemente expansivos, pero destinados a enfrentarse en un choque a muerte cuando la conquista de nuevas tierras hubiera cesado y tuvieran que dirimir qué modalidad habría de predominar dentro del territorio nacional.

Llegó un instante en que la expansión territorial del Sur esclavista estaba clausurada y en que el capitalismo mercantil del Norte estaba en sazón para pasar a la fase industrial. Entonces la oposición se tornó inconciliable y sólo dilucidable por la guerra. Eso fue, en esencia, la guerra de Secesión.

Los motivos por los cuales el capitalismo mercantilista, ávido de mercados y materias primas, de oportunidades para la especulación y el agio, es irreductiblemente expansivo, no vale la pena estudiarlos por sabidos. Otro cantar es la expansión de la sociedad de grandes terratenientes esclavistas prevaleciente en el Sur de los Estados Unidos.

El trabajo esclavo, aunque muy barato, es tecnológicamente muy atrasado, por lo que los cultivos de algodón y tabaco significan

una devastadora erosión de la tierra. Muy pronto ésta merma alarmantemente en su rendimiento y deben desbrozarse nuevas tierras para continuar aumentando la producción, o, por lo menos, mantenerla al mismo nivel. Ello crea un difícil problema a los terratenientes dueños de esclavos cuyas haciendas pierden su fertilidad.

En rigor, cambian el negocio; de productores de algodón o tabaco, se convierten en *productores de esclavos*. Aunque esto parezca horriblemente bárbaro e inhumano, es lo que realmente ocurría. El culto y elegante caballero sureño se transforma en un criador de hombres y mujeres de color, para venderlos a aquellos propietarios que trabajan tierras con buen rendimiento. Para que el negocio de criar y vender negros prospere, es imprescindible que su mercado se ensanche, que se desbrocen nuevos territorios donde se requiere mano de obra esclava. Tal el núcleo expansivo de la sociedad sureña.

Carlos Marx y Federico Engels han escrito al respecto:

"Para los Estados esclavistas de la Unión, la constante expansión del territorio y de la esclavitud más allá de sus viejos límites, constituye un problema vital.

"El cultivo de los artículos del Sur de exportación, algodón, tabaco, azúcar, etc., efectuado únicamente por los esclavos, es tan sólo remunerativo cuando lo realizan cuadrillas de esclavos en gran escala y en enormes extensiones de tierra, naturalmente fértil, que sólo requiera un trabajo simple. El cultivo intensivo, que depende menos de la fertilidad del suelo que de una inversión de capitales, inteligencia y energía en el trabajo, es contrario a la naturaleza de la esclavitud. De ahí la rápida transformación de Estados como Maryland y Virginia, que antes empleaban esclavos en la producción de artículos de exportación, en Estados que criaban esclavos para poder exportarlos al lejano sur. Hasta en Carolina del Sur, donde los esclavos constituyen las cuatro séptimas partes de la población, el cultivo del algodón ha estado, durante años, casi por completo estacionario, como consecuencia del agotamiento del suelo.

"En verdad, por la fuerza de las circunstancias, Carolina del Sur ya se está transformando, en parte, en criador de esclavos,

puesto que ya los vende a otros Estados del extremo sur y sudoeste a razón de cuatro millones de dólares por año. Tan pronto como se llega a este punto, se torna necesaria la adquisición de nuevos territorios, con el objeto de que a una parte de los esclavistas le sea dado suministrar esclavos a nuevos y fértiles Estados, y para que, por este medio, puedan crearse nuevos mercados para la crianza de esclavos, y, por consiguiente, para la venta". (61)

La expansión de la sociedad esclavista se inserta, también, en las coordenadas del capitalismo mercantil. No hay que confundir este tipo de esclavitud al servicio de la venta de materias primas en los mercados mundiales, con la esclavitud del Imperio Romano. Tan es así, que dicha forma de trabajo languidecía cuando ocurre la invención de la desmotadora mecánica de algodón, lo que imprime un pujante progreso al cultivo algodonero y, por ende, amplía extraordinariamente la necesidad de nuevos esclavos para atender el trabajo.

Pero, a la vez, es de naturaleza distinta a la expansión capitalista mercantil del norte, basada en la venta de manufacturas, en la construcción de medios de transporte, en la especulación con tierras, en el agio del dinero, etc.

Ambas líneas expansivas pudieron coexistir durante algunas décadas porque dispusieron del Oeste y de las tierras arrebatadas a México, para derramarse. Ello atenuó los choques, permitió las soluciones de compromiso por un tiempo.

En 1819 se trató la creación del Estado de Missouri, parte de la antigua Louisiana, y que reclama al Congreso incorporarse como estado esclavista. La mayoría nordista votó en contra de su solicitud. La agitación fue creciendo amenazante, hasta que se pactó una solución que se conoce como el "Compromiso de 1820". Missouri fue admitido como estado esclavista, pero en el futuro quedaba prohibida la esclavitud en los territorios del Oeste al norte de la latitud 36°30'.

Un vistazo al mapa nos muestra que el margen territorial reservado al Norte es amplio, mientras que el que resta a disposición del Sur es muy reducido. Para restablecer el equilibrio con el Norte

(61) Karl Marx y Friedrich Engels, *La guerra civil en los Estados Unidos*, Buenos Aires, Lautaro, 1946.

y posibilitar su insoslayable expansión, al Sur no le queda otro remedio que empujar conquistas más allá de las fronteras, hacia México. La vinculación causal entre la expansión de la sociedad esclavista y la absorción de Texas y otras zonas mexicanas, ha sido elocuentemente documentada.

En 1829 una ley promulgada en Louisiana, que prohibía la exportación de esclavos, produjo una inmediata baja de sus precios, por la consiguiente restricción de mercados donde venderlos. Abel P. Upsur —quien en 1843 sería Secretario de Estado— expresó en la Convención de Virginia en 1829: “Nada más fluctuante que el valor de los esclavos; una de las últimas leyes de Louisiana lo redujo en 25% a las dos horas de conocerse el proyecto. Si nos tocara la suerte —y confío en que así sucederá— de adquirir Texas, el precio de los esclavos aumentaría”. (62) Ya sancionada la anexión, Green, Encargado de Negocios norteamericano en México, explica al Ministro de Relaciones Exteriores, Bocanegra, que la posibilidad de que la presión británica impusiera la abolición de la esclavitud en Texas, significaba un riesgo muy severo para los Estados Unidos.

“Era imposible para los Estados Unidos presenciar con indiferencia los esfuerzos de la Gran Bretaña para abolir la esclavitud en ese territorio. No podía dejar de ver que la Gran Bretaña posea los medios, en vista de la efectiva condición de Texas, para cumplir los objetivos de su política, salvo que fueran evitados con eficientes medidas, ya que, de consumarse, conducirían a un estado de cosas peligroso, en exceso, para los Estados adyacentes y para la Unión misma”. (63)

Pero no debe olvidarse que esta indudable corriente expansiva se mezcla, inextricablemente, con la otra, para promover la conquista de vastos territorios mexicanos.

Se ha hecho mucho hincapié en la *condición popular* de la conquista del Oeste.

Federico Jackson Turner, en su famoso libro *La significación de la frontera*, desarrolló la tesis de que la emigración hacia el oeste de los trabajadores sin empleo, evitó la constitución de un “ejérci-

(62) Cit. por García Cantú, *op. cit.*

(63) Cit. por Medina Castro, *op. cit.*

to de desocupados de reserva" en el Norte y en el Este, descongestionó el mercado de trabajo y facilitó la mejora de los salarios de los obreros que allí desempeñaban sus labores.

Louis M. Hacker ha corregido ese punto de vista. (64) Las tierras occidentales no eran verdaderamente libres. Por más que los gobiernos se preocuparan por aliviar las condiciones económicas que permitían el acceso a ellas, era necesario comprarlas y, por ende, se necesitaba un modesto capital inicial para emprender la gran aventura. Máxime que, como lo veremos, esas tierras fueron cayendo en manos de especuladores, lo que acrecentó su precio para el emigrante.

Pero no sólo era imprescindible un cierto desembolso para adquirir la tierra; había que llevar herramientas, enseres, semillas, algún ganado y tener con qué alimentar a la numerosa familia mientras se arrancaba al suelo la primera cosecha.

Hacker estima que una familia tipo de colonos requería, por lo menos, de mil a mil quinientos dólares para trasladarse al Oeste. Esa suma no estaba al alcance de un jornalero, y menos si se encontraba sin empleo.

Por otra parte, para levantar una cabaña, desbrozar la tierra, abrir surcos, sembrar, había que tener una cierta experiencia en este tipo de actividades. De ahí que los emigrantes se reclutaran, en general, entre granjeros empobrecidos, o cuyas tierras ya no rendían, o que, simplemente, deseaban mejorar su suerte. Vendían lo que tenían y con ese dinero financiaban el viaje y los gastos indispensables de instalación. También fueron al oeste muchas familias recién llegadas de Europa, que allá habían sido agricultores y que poseían el capital indispensable.

Eso significa que una gran parte de la población que en el Noreste hubiera arrastrado una vida difícil, que posiblemente hubiera tenido que vender sus granjas erosionadas, o las herramientas y útiles traídos de Europa, para engrosar la clase de los asalariados, evitó este destino marchando al Oeste.

Es en este sentido que la emigración cumplió una función niveladora y descongestionó el mercado de trabajo, aliviando la situa-

(64) Louis M. Hacker, *Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano*. Buenos Aires, Sudamericana, 1942.

ción de los obreros en el Norte y el Este. Muchos obreros potenciaron los salarios, por ende, no presionaron los salarios a la baja. La ola emigratoria fue particularmente importante en el período 1837-42; lapso clave de la conquista de tierras mexicanas y años de honda depresión económica. (65)

Hacker concluye: "Esta modificación de la pura teoría del Oeste como «válvula de seguridad», estabilizador del descontento social y corrector de una sociedad de clases cada vez más rígida, no supone, sin embargo, desconocer el papel de aquella región como fuerza niveladora". (66)

Tan es así, que el propio Hacker afirma: "Las opresiones de clase que parecían inevitables como resultado de la victoria de los grupos de grandes propietarios, en 1789, disminuyeron en forma milagrosa. La puerta abierta de las tierras del Oeste y el gran aumento de población debido a la inmigración, suministraron oportunidades extraordinarias de progreso social a los labradores norteamericanos, a los pequeños comerciantes y productores y aun a los obreros". (67)

En suma, que la expansión hacia el Oeste fue, entre otras cosas, un exultante acontecimiento popular, una marejada de familias modestas en busca de una vida mejor. La emigración se intensificó entre 1770 y 1840. Al comienzo fueron algunos puñados de familias, luego centenares de ellas, más tarde cientos de miles, villas enteras. "Norteamérica bullía", explica Leo Huberman.

En 1770 había apenas 5 mil personas en el Oeste; en 1840 eran 8 millones. (68) Las aldeas se convertían en villas, éstas en ciudades. Michigan tenía 4 mil habitantes en 1810; 8 mil en el 20, 31 mil en el 30 y 212 mil en 1840.

Huberman describe vivamente esa formidable y abigarrada corriente humana en movimiento:

"El búfalo y el ciervo transitan primero, por maravilloso instinto animal, a través de los resquicios en las montañas, las rutas practicables más cortas, que conducen a los manantiales de agua

(65) Hacker, *op. cit.*

(66) *Ibíd.*

(67) *Ibíd.*

(68) Leo Huberman, *Nosotros, el pueblo*. Buenos Aires, Palestra, 1965.

salada; el indio rastrea la senda del búfalo; el traficante blanco destrás, sobre la pista del indio; en busca de presa viene el cazador por la misma huella; a la saga se aproxima el pionero agricultor que despeja su rincón de espesura, construye su cabaña de troncos y deja caer su ganado en la pradera salvaje; no pasa mucho tiempo y avanza otra ola de emigrantes, entonces el pionero agricultor, anhelando más espacio abierto, vende su finca a los pobladores más recientes y se interna en el Oeste para proseguir su misión de explorador en otro punto, en tanto el comprador introduce mejoras en la que fue su cabaña de troncos, coloca una chimenea de ladrillos y ventanas con cristales y agranda el claro que su antecesor desbrozó; invade el lugar una nueva ola de colonizadores; los terrenos mejorados se han valorizado y el propietario está dispuesto a vender y repetir exactamente el proceso anterior, unos cuantos centenares de millas al Oeste. Lo que hasta hace poco fue una línea fronteriza, ahora se convierte en región de amplias haciendas, casas bien construidas, caminos transitables, escuelas, fábricas, ciudades-civilización mientras que, en el Oeste, se crea una nueva frontera". (69)

Esa familia pionera que vive su vida roturando nuevas tierras, que se radica allí y luego de pocos años se traslada más al Oeste, se afina de nuevo y de nuevo se desplaza, fue muy común en esos años.

La familia de Lincoln se trasladó de Pennsylvania a Kentucky, donde nació el futuro presidente en 1809. Cuando Abraham tenía sólo siete años, su familia volvió a emigrar a Indiana.

En 1830, cuando el joven Lincoln tenía 21 años, se mudó de Indiana a Illinois.

El pionero es un personaje singular. Provisto de un rifle para la caza y la defensa de la vida, de un hacha para despejar el bosque, hacer leña y cortar troncos para la cabaña y de una bolsa de maíz, que requiere pocos cuidados y prende fácil en la tierra apenas arañada; abre las rutas, señala los rumbos, encabeza la inquietud del movimiento. Nombres famosos han quedado tanto en la historia

como en la leyenda. No hay escolar norteamericano que no se haya emocionado con las hazañas de Daniel Boone.

Entre la naturaleza agresiva y salvaje y el hombre duro y emprendedor, se fue anudando una estrecha relación; uno influye sobre el otro. El pionero aprende a ser independiente, audaz, sencillo, cree en la igualdad de los hombres —puesto que en las inhóspitas tierras de nada sirven las jerarquías—, tiene confianza en su inventiva y en su coraje.

No sólo los pioneros domaron la llanura y la montaña; los hubo, también, que domesticaron al bravío río Mississippi, “el río malvado”, como solían llamarlo. La frontera un día se instaló en el propio y largo río. Entonces la situación y el paisaje cambiaron radicalmente.

Al este del Mississippi la civilización se sostiene sobre tres puntales: tierra, agua y madera. Al oeste no hay agua, ni madera; sólo tierra.

La línea del meridiano 98° es, todavía, una frontera del peligro. Una cosa es el indio que vive hacia oriente, sedentario, adversario débil y escurridizo.

Al Oeste son centauros prodigiosos, guerreros indomables, cuya destreza les permite tener ocho flechas en el aire al mismo tiempo. Ahí se detuvo la civilización agrícola de la cabaña de troncos. Pero hubo quienes se arriesgaron más allá.

La caza era muy prometedora; nutrias, armiños, zorros, osos y búfalos. Del cazador individual muy pronto se pasó a las organizadas y ricas compañías: la Compañía de Pieles de Missouri de Manuel Lisa, la American Fur Company de Astor. (70)

La mayor parte de esos territorios transitados y descubiertos por el cazador y el trampero, no eran norteamericanos. Sólo una parte de la Louisiana lo era; pero el Oregón se disputaba con los ingleses y al oeste de Louisiana y sur de Oregón, yacían inmensas extensiones bajo la soberanía mexicana. Su población era escasa y desprovista de muchas cosas y enseres necesarios. A los cazadores siguieron los traficantes para la célebre ruta de Santa Fe, inaugurada en 1822. (71)

(70) *Ibíd.*

(71) *Ibíd.*

En un principio el tráfico de mereaderías no pasaba de 15 mil dólares, pero en 1843 ascendía a casi medio millón y ya había comerciantes que se aventuraban hasta Chihuahua y, aun, hasta California. (72)

Por otra parte, también eran frecuentes los viajes de capitanes avispados que llegaban a la costa californiana por mar y cambiaban ron, cuchillos, telas, armas por pieles. Luego canjeaban las pieles en los puertos chinos y regresaban a Boston con apetecidas mercaderías de aquella procedencia. Muchos tripulantes se fueron quedando y apreciaron las facilidades del clima, la feracidad de la tierra. Las noticias acerca de los nuevos territorios de promisión se propagaron por el Este y una nueva oleada de emigrantes partió hacia aquel destino y también hacia el disputado Oregón. La frontera detenida en el meridiano 98°, reemprendió su inquieto desplazamiento.

La visible presencia popular en la expansión norteamericana hacia el Oeste, no debe escamotear los intereses reales y poderosos que se movían tras ella. Los ricos comerciantes del Este y del Norte realizaban excepcionales beneficios aprovisionando a las caravanas y a los colonos ya establecidos, así como a las poblaciones que fueron surgiendo. También se enriquecían con los cereales, cueros, materias primas, etcétera, que el Oeste producía cada vez en mayores cantidades. Los especuladores de tierras constituyeron otro infatigable motor de la conquista de los nuevos horizontes.

"La liberalización de las leyes de tierras, después de 1820, no fue más que un gesto piadoso. Hasta ese año se vendieron aquéllas en grandes parcelas (originariamente 640 acres y más tarde 160, como compra mínima) mediante subasta y con facilidades. Más tarde fue abolido el sistema de créditos reduciéndose la compra mínima a 80 acres y posteriormente a 40. Sin embargo, fue precisamente esta disposición la que dio a la especulación inmobiliaria sus características más desenfrenadas entre 1833 y 1837".

"Quien por no tener capital no tenía medios de adquirir tierra fiscal, la compraba a crédito con cláusulas leoninas, o se instalaba en ella como squatter". (73)

(72) *Ibid.*

(73) Hacker, *op. cit.*

Y todavía:

"Puede afirmarse que el agio sobre tierras representó la principal actividad del capital norteamericano entre 1816 y 1819, entre 1833 y 1837 y entre 1854 y 1857. Jurisdicciones municipales enteras pasaron entonces a manos de los especuladores y de las compañías constituidas para esos efectos, de modo que fueron frecuentes las propiedades de 5.000 a 10.000 acres y de 50.000 hasta 100.000". (74)

Los intereses financieros sacaron su buena tajada de la expansión. Los bancos financiaban la especulación con la tierra, las caravanas de colonos, el comercio. Los primeros establecimientos norteamericanos en Texas, se debieron al apoyo recibido por su promotor, Austin, de un rico banquero de Nueva Orleans. (75)

"La afluencia norteamericana a la región española y la ulterior República de Texas, se convirtió en creciente marea porque la financiación de las empresas agrícolas de esa región fue emprendida por los especuladores y por el público, que adquirió con rapidez los valores que aquéllos lanzaron al mercado". (76)

Por supuesto, que, más adelante, las empresas constructoras de carreteras, canales y ferrocarriles levantaron enormes fortunas uniendo ambas costas oceánicas.

También la minería tuvo su parte en el fenómeno. En 1828 ya se producían un millón de libras de plomo en el Oeste y los capitales del Este acudían en busca de promisorias ganancias. (77) En prieto resumen: dos modalidades expansivas se entrecruzan, superponen y entremezclan en la expansión norteamericana que habría de redondear el territorio nacional del continente; la agro-esclavista y la capitalista mercantil propiamente dicha.

(74) *Ibíd.*

(75) *Ibíd.*

(76) *Ibíd.*

(77) *Ibíd.*

Es cierto que puede discutirse si la sociedad sureña, basada en la esclavitud, es una forma peculiar del capitalismo (según Marx el capitalismo se define por el trabajo libre en oposición a la sociedad esclavista y a la servidumbre feudal), pero no hay duda de que constituía parte esencial de un sistema dominado por el capitalismo, tanto en el seno de la nación latinoamericana como en la economía mundial, a la que proveía de algodón y tabaco.

Los primeros bocados

El comercio entre California y China suscitó la rivalidad de españoles, rusos, ingleses y norteamericanos. El estrecho de Nootka era el epicentro de ese tráfico.

Finalmente, la pugna hispano-británica estalló y Jefferson llegó a la conclusión de que la única manera de proteger la neutralidad en una guerra entre Gran Bretaña y España, consistía en apoderarse de toda la orilla occidental del Mississippi.

La política exterior de los Estados Unidos, el ímpetu de su bandera y de su comercio marítimo, se vieron alentados por su éxito contra los piratas berberiscos del Mediterráneo. Durante mucho tiempo, para evitar los abordajes, secuestros y saqueos tuvieron que pagar cerca de 2 millones de dólares a título de tributos o rescates y a la usanza europea. (78) Pero a medida que la escuadra americana fue creciendo, pudo entablar eficaces combates y acumular triunfo tras triunfo hasta que se firmó el tratado de Trípoli, sin duda el más favorable obtenido de los berberiscos por ninguna otra potencia.

Si este suceso inflamó el orgullo norteamericano y alentó su autoconfianza, con más razón gravitaría en ese sentido la adquisición de la Louisiana en 1803. Napoleón la obtuvo de España con el fin de ir constituyendo un imperio colonial en el Nuevo Mundo. En 1801 partió de Francia una expedición cuyo objetivo era sofocar la rebelión de Toussaint Louverture en Santo Domingo y luego, ocupar Nueva Orleans y la Louisiana.

(78) Samuel E. Morison y Henry S. Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

Es natural que ello preocupara a Jefferson, que estaba plenamente convencido de que mientras la desembocadura del Mississippi estuviera bajo control extranjero, la Unión sería arrastrada a cuanta guerra estallara entre las grandes potencias marítimas europeas.

Hacia fines de 1802 el Intendente negó a los americanos el "derecho de depósito", lo que implicaba un golpe de muerte para todo el comercio de la zona del Mississippi. Jefferson obtuvo recursos del Congreso y envió a Robert Livingston a negociar. Sus instrucciones eran claras, concretas. Ofrecer cincuenta millones de francos por Nueva Orleans y las Floridas; si Francia no aceptaba, tres cuartos de dicha suma sólo por la isla de Nueva Orleans. Si tales prioridades fracasaban, obtener, por lo menos, una concesión a perpetuidad de los derechos de navegación y depósito. Hasta ahí podía llegar. Pero si volvía con las manos vacías, habría de buscarse una alianza agresiva con Gran Bretaña. Livingston inició las negociaciones con dificultades y se fueron alargando morosamente.

A esa altura se produjo un cambio esencial en la estrategia de Bonaparte. La guerra directa con Inglaterra se erigió en el eje de sus reflexiones y ansiedades. En ese marco, era evidente que la defensa de Nueva Orleans contra la armada británica era imposible. ¿Por qué no venderla, entonces y a buen precio, a los norteamericanos?

Tamaño fue la sorpresa de Livingston cuando, el 11 de abril de 1803, formalizó su habitual oferta a Talleyrand y éste le respondió: "¿Cuánto darían ustedes por toda la Louisiana?" (79).

El 20 de abril se firmaba el convenio de cesión. Estados Unidos pagó 80 millones de francos por 348 millones de hás. que incluían las cuencas de los ríos Missouri y Mississippi. El negocio más extraordinario de su historia.

Poco antes, el propio Jefferson había puesto en marcha la expedición de dos oficiales del ejército, Mariwether Lewis y William Clark, con el objetivo de explorar un vasto territorio y encontrar una ruta que uniera los dos océanos. La aventura fue un suceso resonan-

te y el 23 de setiembre de 1806 Lewis y Clark habían cumplido su misión.

Ya vimos la compra de la Florida en 1819.

Pero recordemos que estuvo precedida de agresiones y dentedallas con la inspiración directa e indirecta del general Jackson.

Bajo el gobierno Madison la audacia norteamericana se encendió. Colonos norteamericanos asociados a algunos funcionarios españoles, constituyen una "junta" rebelde y atacan Baton Rouge. El 26 de agosto de 1810 declaran "independientes" los distritos de Florida occidental. El esquema del futuro operativo "Texas" estaba trazado. Por orden del presidente se ocupa la Florida occidental.

En 1812, con el general Jackson al mando, invaden la Florida oriental y asaltan y toman Pensacola.

En 1817 el Congreso acepta la incorporación de Baton Rouge a la Unión.

El espíritu del Conde de Aranda ronda los sucesos. Su clarividencia asombra. En 1783 elevó su célebre Memoria a Carlos III, en la que prevenía:

"Esta república federal ha nacido pigmea... Vendrá un día en que será un gigante, un coloso temible en esas comarcas... El primer paso... será apoderarse de las Floridas para dominar el Golfo de México. Después de habernos hecho dificultoso el comercio con la Nueva España, aspirará a la conquista de este vasto imperio que no nos será posible defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente y, a más de eso límite... ¿Cómo podemos nosotros esperar que los americanos respeten el reino de la Nueva España cuando tengan facilidad de apoderarse de este rico y hermoso país?". (80)

Mucho más cerca de los hechos, cuando la profecía de Aranda empezaba a convertirse en historia, Luis de Onís advirtió al Virrey de México, Francisco Xavier Venegas. Corría el año 1812:

"Cada día se van desarrollando más y más las ideas ambiciosas de esta república, y confirmándose sus miras hostiles contra España. V.E. se halla enterado ya por mi correspondencia que este go-

(80) Cit. por Manuel Medina Castro, *op. cit.*

bierno se ha propuesto nada menos que fijar sus límites en la embocadura del río Norte o Bravo, siguiendo su curso hasta el grado 31, y desde allí, tirando una línea recta, hasta el mar Pacífico, tomándose, por consiguiente, las provincias de Texas, Nueva Santander, Coahuila, Nuevo México y parte de la provincia de Nueva Vizcaya y la Sonora. Parecerá un delirio... pero... el proyecto existe...". (81)

La estrella solitaria

Morison y Commager escriben: "La conquista de Texas y California por los Estados Unidos fue como un largo capítulo de un libro iniciado con la fundación de Jamestown en 1607 y concluido con la guerra de 1898 entre España y los Estados Unidos". (82) Así es. Esa es la historia de la acumulación primitiva del joven capitalismo norteamericano, la satisfacción de su hambre insaciable de espacio y riquezas. Apenas se había firmado el tratado de 1819, cuando ya se reprochaba a Adams el haber renunciado a Texas.

La Unión no podía esgrimir derecho razonable, ningún antecedente más o menos válido para apuntalar sus pretensiones, pero Adams sólo llevaba tres semanas en la presidencia cuando ordenó al representante Poinsett en México que propusiera la compra parcial o total del territorio texano. El argumento es *épatant*, difícil de saber si por su ingenuidad o por su cinismo: en caso de acceder "la ciudad de México se hallaría mejor centrada en medio de todo el territorio nacional". (83)

En 1823 se precipita la avalancha expansionista. El Emperador Iturbide concede a Stephen F. Austin una de las regiones más fértiles de Texas para instalar 200 familias norteamericanas. En 1834 habitaban aquellas tierra 18.000 norteamericanos blancos y 2.000 esclavos negros.

El Congreso mexicano y varios presidentes decretaron, una y otra vez, la abolición de la esclavitud en el territorio nacional. Pero Austin siempre logró alguna "interpretación" de aquellas normas, por la cual la esclavitud seguía impertérrita en Texas.

(81) *Ibid.*

(82) Morison y Commager, *op. cit.*

(83) *Ibid.*

Por esa fecha la ola emigratoria hacia allí ya no se componía de colonos inquietos, ansiosos de radicarse en tierras feraces. Por el contrario, un torrente de aventureros, especuladores y hombres de "armas llevar" inundaron la región.

"... Mutatisetex como Sam Houston, antiguo subordinado del general Jackson, senador y gobernador de Tennessee después y residente durante algún tiempo en el país de los indios comanches; Burnet, de New Jersey, que había seguido a Miranda hasta Caracas en 1806; Archer, de Virginia, que había matado en duelo a un contrincante; los hermanos Bowie, de Louisiana, contrabandistas de esclavos, inventores del largo y temible cuchillo que lleva su nombre; David Crockett, forajido profesional de la zona boscosa de Tennessee y muchos otros hombres de ambición desmedida y áspera personalidad que habían abandonado su país por fortuna para éste", (84)

La ruptura encontró un buen pretexto en la caducidad del federalismo decretada por Santa Anna, en favor de una Constitución centralista. Es importante consignar que en 1828 se había firmado un nuevo tratado de límites, dejando a Texas mexicana.

El 17 de noviembre de 1835 se constituyó el primer gobierno texano. Henry Smith era gobernador general, Sam Houston general en jefe, y un consejo de 15 miembros, de los cuales sólo uno, J.A. Padilla, apellido latino. Santa Anna atravesó el río Grande con 3 mil hombres. En El Alamo, misión fortificada de San Antonio, se atrincheraron 200 rebeldes. El 6 de marzo de 1836 fue arrasada.

A esta altura se había proclamado la república independiente de Texas y se enarbolaba su bandera con una estrella solitaria.

Sam Houston lanzó el grito revanchista: "¡Remember El Alamo!" (¡Recordad El Alamo!). Millares de soldados de fortuna acudieron a la ejecución de la venganza. García Cantú describe: "El espejismo de Plata", que brillara ante los ojos de la generación de John Adair, impulsaba a los nuevos muchachos de mocasín a organizarse en el batallón Georgia, los "mustangs" de Kentucky, los "piratas rojos" de Alabama o los "grises" del capitán Burkee. De

las tabernas de Nueva Orleans, los tugurios de Nueva York o las aldeas de Missouri, salían, rifle al hombro, para defender El alamo". (85)

El ejército agrupado por Houston derrotó a las fuerzas mexicanas junto al río San Jacinto e hizo prisionero a Santa Anna.

La "Estrella Solitaria" se afianzó. Ratificaron la Constitución, eligieron a Sam Houston presidente, legalizaron la esclavitud de los negros y enviaron un representante a Washington a reclamar la anexión a Estados Unidos.

El entusiasmo por la nueva república y su posible incorporación a la Unión inflamó a millares de americanos, colonos o perdularios, que emigraron a Texas, sin que el Presidente Jackson moviera un dedo para impedir tan flagrante violación de la neutralidad. El 3 de marzo de 1837, al expirar su mandato, reconoció su independencia. La aceptación de la incorporación demoró puesto que en ella iba involucrada la lucha entre estados esclavistas y antiesclavistas. Un escritor abolicionista, Lundy, publicó un punzante folleto, "La guerra en Texas", donde demostraba, palmariamente, que la anexión desequilibraba la relación de fuerzas internas de la Unión, en favor de la esclavitud. (86) El 1o. de noviembre la legislatura de Vermont protesta contra la misma. Pero la de Alabama la apoyó en la Navidad de ese mismo año.

Houston tendió sus líneas en otras direcciones: conseguir el reconocimiento de Francia y de Inglaterra para presionar a México en el sentido de que admitiera la independencia de Texas y constituir una firme garantía internacional de la misma. No era una utopía descabellada. Texas podía ser un Estado Tapón, una pieza del equilibrio de poderes en América. Idea muy cara a la tradicional política europea y, muy especialmente, británica. Sería una cuña entre las dos Américas y una fuente autónoma de algodón, tabaco y azúcar. Aberdeen jugó, sin duda complacido, con la idea.

Por supuesto que en los medios oficiales norteamericanos se produjo la consiguiente alarma y a ella se sumó el temor de los estados sureños de que Aberdeen impusiera la condición de la abolición de la esclavitud para otorgar su aval a la independencia texana. En-

(85) Morison y Commager, *op. cit.*

(86) *Ibíd.*

tonces habría allí un refugio seguro para los negros fugitivos. El Sur se erizaba de sospechas. En 1844 el asunto seguía sin resolverse. Fue un año de elecciones presidenciales y las ganó el candidato demócrata James K. Polk, con la consigna: "Reocupación de Oregon y reanexión de Texas". (87)

La guerra de conquista

La presidencia de James K. Polk marca el ápice del expansionismo correspondiente a la acumulación primitiva. Es entonces que la famosa expresión "destino manifiesto" encarna su cabal significado. Fue *La Revista Demócrata* la que primero hizo uso de ella en 1845, (88) J.L. Hawgood, citando al autor de la expresión, John L. O'Sullivan, la define: "El futuro trascendente, el futuro sin límites, será la era de la grandeza norteamericana. En este magnífico dominio de espacio y de tiempo esta nación de naciones está destinada a manifestar la excelencia de sus principios divinos. *Su suelo será un hemisferio*, su techo el firmamento tachonado de estrellas". (89)

Las amarguras y privaciones de la crisis 1837-1840, se desahogaron en la explosión de fervor y en las apetencias que despertaron la "República de la Estrella Solitaria", el suelo californiano y la llamada "vereda de Oregon".

Morison y Commager escriben: "«El destino manifiesto» de los Estados Unidos de extenderse hacia el Oeste y hacia el Sur, y probar los principios democráticos en una escala en que hasta entonces no se había soñado, vino a ser el tema de innumerables artículos periodísticos, de discursos del Cuatro de Julio y de piezas de oratoria política". (90)

No hay que equivocarse en cuanto al arraigo de esta doctrina. Sus lemas —"Recuperación de Oregon y anexión de Texas", "Cincuenta y cuatro, cuarenta o la guerra" (aludiendo al paralelo 54o. 40' como frontera Norte) no sólo eran patrimonio de las clases dominantes, de quienes sacaban la tajada del león del expansionis-

(87) H. C. Allen, *op. cit.*

(88) *Ibid.*

(89) *Ibid.* (subrayado nuestro).

(90) Morison y Commager, *op. cit.*

mo, sino también de amplias capas del pueblo. En la correntada se codeaban labradores arruinados, comerciantes honestos venidos a menos, gente sin trabajo y apremiada por sus deudas y aventureros y buscavidas de toda laya. El párroco Wilbur dijo en los *Boglow Papers*: "Todas aquellas habladurías sobre nuestros destinos eran una mezcla, mitad y mitad, de ignorancia y ron". (91)

Teniendo muy presentes las temidas aspiraciones inglesas, el Congreso sancionó por unanimidad una resolución, aprobada el 18 de febrero de 1845 admitiendo a Texas en la Unión. Polk puso los ojos en California por motivos similares: el miedo a que Francia o Gran Bretaña se adelantasen, tal como los ingleses lo habían hecho con Nueva Zelandia en 1840, para ganarles de mano a los franceses. En 1842 el almirante Dupetit-Thouars se apoderó de las Marquesas y expulsó de Papeete a la reina Pomaré. El gobernador de Hawai, Kamehameha, amigo de los yanquis, se dispuso a solicitar el protectorado de la Reina Victoria. En ese clima de rebatifiñas interimperialistas, no es extraño que prosperara el rumor sobre los apetitos de Aberdeen acerca de California.

Son manifestaciones tempranas de las llamadas "anexiones anticipantes", que estarían en la orden del día a fines del siglo. Un juego de "yo me quedo con esto para que tú no lo tengas"; como el reparto de un botín de chucherías en una banda de pilletes.

En California se aplicó el esquema texano. Primero la invasión de colonos y andariegos sin ley. Para los mexicanos eran *gringos* y éstos llamaban *greasers* a los mexicanos. Unos cuatro mil indios, siete mil *gringos* y siete mil *greasers* poblaban el territorio californiano.

México, naturalmente, protestó por la anexión de Texas y rompió relaciones. Polk envió al general Taylor a tomar posiciones en el río Nueces, en el sudoeste de Texas, para protegerlo de un posible ataque mexicano. Desde el punto de vista de México, eso ya significaba la invasión de su territorio nacional. El comodoro Sloat recibió órdenes de apropiarse de San Francisco, en cuanto se enterara del estallido de la guerra. El capitán Frémont fue enviado a explorar California. "Al mismo tiempo que se preparaba la rebelión de Cali-

(91) Cit. en Morison y Commager, *op. cit.*

fornia. Polk trataba de ver qué cosa podía sacar de México a cambio de reclamaciones pendientes⁹¹. (92)

Esta técnica de reclamaciones más o menos fundadas, o imaginarias, es un aspecto importante de toda política imperial. Más adelante lo abordaremos. Pero ya fueron muy útiles como presión sobre el gobierno mexicano y para cubrir el acto de rapiña territorial.

Había, por supuesto, bonos impagos, concesiones revocadas, distinto tipo de perjuicios causados por las ininterrumpidas conmociones políticas que caracterizan la historia de México en el siglo XIX. Se estimaron en tres millones de dólares que en 1843 México se comprometió a pagar en veinte plazos trimestrales con intereses, pero no estaba en condiciones de cumplir. El desorden interno, la quiebra financiera lo habían tornado insolvente y bien lo sabía Polk. El 10 de noviembre de 1845 nombró a John Slidell plenipotenciario en México con instrucciones para ofrecer, a cambio del reconocimiento de la frontera en el Río Grande, que Washington se haría cargo de las reclamaciones de sus ciudadanos. Además, debía ofertar cinco millones de dólares por Nuevo México y no debía "reparar en la cantidad" si estaban dispuestos a vender California.

El presidente Herrera se negó a reconocer las credenciales de Slidell, pese a lo cual el general Paredes se sublevó acusándolo de preparar la entrega del territorio apetecido por los voraces vecinos del Norte.

Al comenzar el año 1846 México tenía un gobierno militar dispuesto a combatir. Polk no vaciló. El 13 de enero ordenó la ocupación de la orilla izquierda del Río Grande. A pesar de que el régimen mexicano tentó una solución conciliatoria, Polk siguió adelante con su guerra de conquista. Ante el Congreso la justificó con el rechazo de Slidell y en las reclamaciones impagas; exactamente la suma de 3.208.314,96 dólares, según cálculos norteamericanos de 1851.

El valle del Mississippi hormigueaba con millares de voluntarios; 49.000, si le sumamos los de Texas. Los Trece Estados originarios sólo proporcionaron 13.000. Los intereses esclavistas fueron ardientemente denunciados:

(92) *Ibid.*

*Sólo quieren esa California
para meter más Estados de esclavos
para engañarnos y burlarse de nosotros
y saquearnos por completo. (93)*

Lincoln se opuso al atropello.

Al empezar la guerra ya se había proclamado la "República de California", con su bandera en que figuraban un oso y una estrella. Hubo resistencia, pero a fines de 1846 toda California ya era norteamericana. Taylor tomó Monterrey y venció a Santa Anna en Buena Vista.

El triunfo bélico fue fácil y cruento. "De hecho, la victoria tuvo más relieve que la guerra". (94)

Nuevamente Estados Unidos resultó "el niño mimado" del desarrollo desigual. La sociedad mexicana era heredera del coloniaje español; vale decir, de una metrópoli decadente y atrasada. Escaso y deformado desarrollo económico, tremendas desigualdades sociales, caos político y una oligarquía sin patria, que apreciaba mucho más su riqueza y posición que la soberanía nacional.

México fue agredida desde fuera y traicionada desde dentro. Ya Poinsett, en 1825, confirmaba la existencia de un "partido americano", de altos funcionarios venales y trepadores. (95) De 1835 a 1848 ocho generales y un civil acceden a la presidencia. En 1846 se suceden los generales Paredes y Gómez Farías. En 1847, con las fuerzas enemigas cerca de la capital, los generales Santa Anna, Anaya y Herrera.

"La servidumbre del indio y la gran propiedad eclesiástica definen el México invadido... En la cúspide, un Estado mendigo y una iglesia millonaria. A la hora de la invasión, la iglesia niega la ayuda que impetra la República. Entonces comienza la Reforma. Y entonces la iglesia conspira contra la República en beneficio del invasor". (96) Es en ese cuadro que se produce la traición de Santa Anna. Luego de su derrota en el río San Jacinto, vivía exiliado en La Habana y hasta allí llegó el largo brazo corruptor de Washington. La transac-

(93) *Ibíd.*

(94) *Ibíd.*

(95) Medina Castro, *op. cit.*

(96) *Ibíd.*

ción fue simple: apoyo para restaurarlo en el poder, a cambio de algunos territorios en el norte.

Así ocurrió. La cólera popular, la indignación nacional lo obligan a pelear, pero con mentalidad derrotista. Fue fácil montar una vasta red de cómplices. Moses Y. Beach cumplió hábilmente su cometido. Un precursor de la CIA. Hasta los influyentes obispos de Puebla, Guadalupe y Michoacán fueron ganados para sabotear la resistencia. (97)

Veracruz fue bombardeada durante varios días. "Fue horrible y enteramente innecesario", dice Bancroft. (98) El general Taylor escribe al Departamento de Guerra el 6 de octubre de 1846, explicando el retiro de los voluntarios texanos: "Espero que con su salida la tranquilidad y el orden serán restaurados en Monterrey, pues tengo la pena de informar que algunas atrocidades vergonzosas han sido perpetradas por esos voluntarios..." (99)

En cambio hubo heroicidad y vergüenza en las masas mexicanas. La guerrilla vengó muchos crímenes y los adolescentes inmolados de la Academia Militar de Chapultepec, enorgullecen a la nación mexicana con su martirio.

Hubo negociaciones frustradas. La guerra se reanudó y el 17 de setiembre se rendía la ciudad de México. Días antes el ejército norteamericano hizo una carnicería en Molino del Rey.

El discutido Mr. Trist, "absurdo caballerito" —según Morison y Commager— (100) firmó la paz. Es el Tratado de Guadalupe Hidalgo del 2 de febrero de 1848. México cedió Texas, reconoció la frontera en el Río Grande, cedió Nuevo México con Arizona y Alta California. El vencedor se hizo cargo de las reparaciones y pagó encima, 15 millones de dólares. Tres quintas partes de lo que habría ofrecido Slidell al principio.

En esos días se descubría el oro en California. El precio era mucho mayor de lo esperado; de 1849 a 1860 produjo 27 millones de onzas de oro; dos mil veces más que lo producido por la minería norteamericana en 60 años. (101)

(97) *Ibid.*

(98) *Ibid.*

(99) *Ibid.*

(100) Morison y Commager, *op. cit.*

(101) Medina Castro, *op. cit.*

Y todavía se renovó por ocho años el tratado comercial de 1831.

El saqueo de México se completó con la compra del valle de la Mesilla en 1853, por diez millones de dólares. Santa Anna —¡cuándo no!— había pedido cincuenta, transó por 20 y aceptó 10. Después se vanagloriaba de que había obtenido el doble de lo que se recibió por más de la mitad del territorio nacional. El imperialismo siempre encuentra, en su carrera expansionista, hombres muy baratos.

Y todavía Oregón

El 15 de junio de 1846 se firmó el Tratado de Oregón que fijó la frontera con Columbia Británica. Corre a lo largo del paralelo 49 hasta Puget Sound y desde allí al océano a través de los estrechos de Juan de Fuca. Canadá quedaba con la isla de Vancouver. La conquista del territorio continental había sido completada. Ahora sí se podrá hablar de "intra-imperialismo".

4. EL CAZADOR DE SOBERANIAS

La conquista del territorio continental, ya sea por la guerra, la compra o arreglos diplomáticos, es, sin duda, el hecho sobresaliente de la acumulación primitiva del capitalismo norteamericano. Pero no el único, ni mucho menos.

Aprovechando la larga y rica experiencia de las metrópolis europeas, los Estados Unidos utilizan los ya consagrados instrumentos de explotación económica de las sociedades dependientes. Incluso aquellas que apuntan hacia la conformación del imperialismo liberal, cuyo centro principal y hegemónico será Inglaterra.

Tal es el caso de: a) la cláusula de la nación más favorecida; b) la libre navegación de los ríos y c) el uso de las reclamaciones de connacionales, como medios de presión y extorsión sobre los países débiles.

La cláusula de la nación más favorecida

El origen de esta norma se remonta al desastre de la Armada Invencible española y al subsiguiente Tratado de Londres, impuesto por Inglaterra a España el 28 de agosto de 1604. España reconoce la libertad de los mares y la estricta organización monopolista en sus vastas posesiones sufre un inquietante descalabro.

Algunos años después, es Holanda, que gana su independencia e impone a Felipe III el mismo tratamiento que España concediera a Gran Bretaña en 1604.

En 1659 y luego de guerrear por más de dos décadas con Francia, España debe concederle las mismas ventajas ya otorgadas a ingleses y holandeses.

"La cláusula de la nación más favorecida está ahora en marcha. Y el uso la consagra ya como elemento de equilibrio entre las potencias vencedoras, para asegurarse todas y cada una condiciones similares respecto al vencido [...] Gracias a ella, todos los vencedores tendrían igual posibilidad de expoliar al vencido. Así entra en la historia la cláusula de la nación más favorecida. Como instrumento de rapiña del capitalismo naciente, de la acumulación originaria del capital". (102)

En 1779 Rusia extrae determinadas ventajas en Turquía y Francia se apresura a exigir igual trato. Esgrime el antecedente no sólo de lo cedido a Rusia, sino, también, a Austria. La respuesta de Constantinopla fue: "Si los ladrones nos han robado nuestra pelliza, no es ésta una razón para que nuestros amigos pretendan despojarnos a su vez". (103)

De ahí nació la diferencia de las "naciones más amigas", que John Adams llamaría más tarde "gentis amicissima". Designaciones equivalentes, en el uso diplomático, de "nación más favorecida".

Ya hemos visto el vertiginoso crecimiento del comercio exterior y de la marina mercante norteamericanos. También, al estudiar

(102) Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*. La Habana, Casa de las Américas, 1968.

(103) Cit. en Medina Castro, *op. cit.*

la "Doctrina Monroe", subrayamos que su expansión comercial marítima se orienta, esencialmente, hacia América Latina.

En la década de los 20, el Reino Unido había impuesto tratados comerciales y empréstitos a casi todos los flamantes Estados al sur del Río Grande, y, por cierto, que no faltaba en ellos la cláusula de la nación más favorecida.

Tras esa huella se lanzó Estados Unidos, y en el curso de sus presiones, gestiones e intrigas para arrancar la famosa norma a sus vecinos meridionales, no dejó de argüir la "generosidad de su reconocimiento de la independencia, anterior al de Gran Bretaña". En la América austral la fórmula de "gentis amicissima", exhibe otra significación, cuya trascendencia es imposible de exagerar.

Durante y después de la independencia actuaron fuerzas disgregantes —y entre ellas, el largo e insidioso brazo de las grandes potencias con Inglaterra a la cabeza— que fueron logrando y consolidando la balcanización del continente. Vale decir, el curso contrario al seguido por las 13 colonias primitivas de Norteamérica. De modo que la unión que hizo la fuerza de éstas, para las colonias españolas fue trabada, obstaculizada, interferida, por todos los medios, por las potencias imperiales. Era muy claro para ellas, luego de la experiencia de U.S.A., que la desunión, la división en pequeñas repúblicas desconectadas entre sí y proyectadas hacia el mercado mundial, era la garantía segura de su debilidad y, por ende, de que serían presas fáciles del colonialismo.

A esas fuerzas centrífugas, a esas presiones divisionistas se opusieron ingentes esfuerzos de los estadistas y jefes militares de más visión, por unir, aglutinar, integrar a las naciones emergidas de la independencia. El Congreso convocado por Bolívar en Panamá hacia 1826, es un ejemplo de esa línea política integrista.

Pero en un plano más modesto, inmediato, pero, sin duda, efectivo, existió la visible inclinación a concederse ventajas comerciales mutuas, preferencias, privilegios económicos mutuos, no extensibles a las naciones extra latinoamericanas, y cuya función consistía en ir anudando solidaridades, atando conveniencias en un proceso de más vastos objetivos unificadores.

Es muy claro que la cláusula de la nación más favorecida fue

el arma de las grandes potencias contra aquella tendencia integradora. En efecto, la norma de "las naciones más amigas" es incompatible con los acuerdos bilaterales entre Estados vecinos, estableciendo privilegios exclusivos mutuos, creando circuitos económicos no accesibles a los magnos poderes de la economía capitalista internacional.

Los norteamericanos fueron implacables en sus afanes por imponer la "gentis amicissima". Veamos algunos ejemplos:

En 1823 se inician las negociaciones para firmar un convenio entre Estados Unidos y Colombia. John Quincy Adams, Secretario del Departamento de Estado, envía precisas instrucciones al ministro Anderson —27 de mayo de 1823—, que serán el modelo al que deben atenerse todos los diplomáticos norteamericanos en el sur. En su contenido se destacan:

a) La justificación de la neutralidad norteamericana en la guerra independentista del sur.

b) La historia del reconocimiento, que se califica de desinteresado.

c) Se debe solicitar, tan pronto se llegue a destino, "sin que haya de aguardarse hasta la conclusión de los tratados", (104) que el comercio y la navegación de Norteamérica sean considerados como los de "la nación más favorecida". Por supuesto, la norma se incluyó en el convenio.

Las instrucciones a César A. Rodney, ministro en Buenos Aires —17 de mayo de 1823—, expresan:

"La base de todo nuestro intercambio con las potencias extranjeras es la reciprocidad. No hemos solicitado ni habríamos aceptado privilegios especiales de ninguna clase en cambio de un reconocimiento de independencia. Pero tenemos el derecho de insistir en que lo que no hemos deseado ni habríamos aceptado para nosotros no sea concedido a otros. Por su naturaleza, el reconocimiento no es sujeto equivalente, reclamándosele con derecho o no. Por lo tanto, usted sostendrá con energía el derecho de los Estados Unidos a ser tratados en todos respectos bajo la base de

la nación más favorecida; o, como se expresa más propiamente: *Gentis amicissima*; y, caso de que usted negocie un tratado de comercio, hará de ese principio la base de sus estipulaciones". (105)

Luego tocó el turno a Centroamérica.

Medina Castro comenta:

"El modelo colombiano sufre alteraciones sustantivas. La cláusula condicional de la nación más favorecida protege el comercio y la navegación en general —artículo 2º—, y el intercambio de los productos y manufacturas nacionales —artículo 5º—. Pero se establece el tratado nacional para la actividad comercial de los ciudadanos de una de las partes en el territorio de la otra, exceptuando el cabotaje —artículo 3º— y la introducción de mercaderías extranjeras en buques de una u otra de las partes, incluida la reexportación —artículo 4º—."

"Centroamérica y Colombia habían convenido el tratamiento nacional para sus reexportaciones. Pero Estados Unidos había logrado el tratamiento nacional no sólo para sus reexportaciones sino para toda la importación centroamericana transportada en buques norteamericanos, cualquiera fuese su procedencia, de puertos norteamericanos o de cualesquiera otros". (106)

Rippy afirma que este tratado es "el más favorable negociado con algún país de América Latina durante el período". (107)

A principios de 1835 Chile y Perú acuerdan preferencias mutuas sobre derechos de importación y tonelaje. Es el bolivarismo en acción. La respuesta imperial no se deja esperar. El representante norteamericano en Santiago, Mr. Pollard, entra en escena:

"Me siento perplejo con respecto a las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Chile. En mi despacho del 18 del mes pasado informaba a usted que se había concertado un tratado entre los gobiernos de Chile y Perú por el cual se imponían a las importaciones procedentes de los demás países el doble de los derechos

(105) *Ibíd.*

(106) *Ibíd.*

(107) *Ibíd.*

que pagarían cada uno de los dos por las importaciones procedentes del otro. Le demostraré cómo esta disposición funcionaría en perjuicio de los Estados Unidos.

"Es de lamentar que en el tratado entre Estados Unidos y Chile se haya incluido una cláusula dándole derecho a Chile para discriminar a favor de comunidades suramericanas... y contra los Estados Unidos". (108)

Propone que el representante Larned intervenga en Lima para impedir la ratificación. A su vez, Pollard se moverá en Santiago para "detener la tramitación".

Se sucede un agitado período de gestiones, hostigamientos e intrigas. Larned interfiere en la vida política del Perú y en sus luchas intestinas. El general Salaverry se levanta contra el gobierno del presidente Obregoso y asume el poder. Uno de sus primeros actos consiste en ratificar el cuestionado convenio peruano-chileno. Chile, por supuesto, se apresura a reconocer su régimen.

Pero los naipes se dan vuelta; Obregoso derrota a su rival y retoma las riendas del gobierno. La coyuntura es muy propicia para las intenciones yanquis. Obregoso está mal dispuesto contra Chile, que ha apoyado a su enemigo.

Resultado: el tratado queda sin efecto.

Pollard no puede ocultar su regocijo:

"...recibí una comunicación del Sr. Larned confirmando el rechazo por parte del gobierno peruano del tratado negociado entre ese país y Chile que fuera ratificado por el usurpador Salaverry. Esto es importante para los Estados Unidos ya que nuestro comercio, que se veía amenazado por las disposiciones del mencionado tratado, se mantiene en pie de igualdad... con los otros países, incluyendo los que no tienen fronteras naturales con Chile". (109)

Se trataba de imponer la harina americana en Perú contra la harina chilena. El 3 de julio de 1836 Larned informa que está a punto de concretar un excelente negocio de importación de harina.

(108) *Ibid.*

(109) *Ibid.*

Estos son sólo algunos ejemplos de la pertinaz presión ejercida por Estados Unidos sobre la América meridional, para imponer la cláusula de la nación más favorecida y desarticulando, así, toda tentativa por anudar circuitos internos, que vincularan en estrecha solidaridad económica a las débiles repúblicas latinoamericanas.

La libre navegación de los ríos

El imperio inglés, poder hegemónico a lo largo del siglo XIX, encabezó las presiones para abrir a la navegación internacional los grandes ríos interiores de los distintos continentes. "Libre navegación internacional" significaba, en los hechos, libertad de navegación y comercio en los mercados interiores de las naciones para las grandes potencias. Entre ellas, la primera: Gran Bretaña.

Las cláusulas de "nación más favorecida" y "libre navegación de los ríos" van de la mano para imponer un mercado internacional multinacional, quebrando los intentos bilaterales y transformando al mundo en un vasto e irrestricto coto de caza para los imperios dominantes. Es la filosofía del "zorro libre en el gallinero libre".

El Congreso de Viena de 1815 sancionó los apetitos ingleses en la materia. Hasta entonces los ríos navegables se consideraban patrimonio de las soberanías de las naciones ribereñas. Pero el Congreso resolvió que "es enteramente libre la navegación de ríos, y no podrá obstaculizarse el comercio en ellos".

Así las mercaderías de las potencias comerciales pueden llegar al último rincón del mercado interno de aquellos países atravesados por grandes vías fluviales y, de ese modo, arruinar sus manufacturas y artesanías nativas.

La "Doctrina de Viena" para los ríos es la base, el punto de partida para la acción diplomática, las presiones políticas y aun descaradas intervenciones e insolentes desembarcos de tropas.

Tras la ruta abierta por los ingleses, se mueve el naciente imperio norteamericano. Aprovecha su experiencia, usa la "Doctrina de Viena" y, al mismo tiempo, compite con sus mercaderías. Es natural que América del Sur fuera el escenario de esta contumaz pretensión de abrir las extensas rutas navegables a la "libre navegación internacional".

El río Amazonas fue su principal objetivo. Es el tercero entre los mayores de la tierra e irriga una cuenca de incalculables riquezas potenciales. Recorre 5.500 kilómetros, de los cuales 3.000 en territorio brasileño, Brasil, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela son los condóminos del mismo y han litigado por el Alto Amazonas durante los siglos XIX y XX. U.S.A. no dejó de aprovechar e interferir en tales querrelas. En especial, en la puja peruano-ecuatoriana de mediados del siglo XIX.

Pero, como es natural, sus más acuciantes requerimientos se dirigieron sobre Brasil. En 1853 intereses norteamericanos promovieron una activa campaña para internacionalizar al río y su cuenca. Su inspirador fue el superintendente de los servicios hidrográficos de USA, teniente Matthew Fontaine Maury. Su libro *The Amazon River and Atlantic Slopes of South America* suscitó considerable agitación. (110)

Es justamente de ese año el mensaje del presidente Pierce al Congreso, donde revela las gestiones norteamericanas para establecer la libre navegación del Amazonas y de los ríos de la cuenca del Río de la Plata.

"Teniendo en cuenta las vastas regiones de aquel Continente y el número de Estados que se harían accesibles por medio de la libre navegación del Amazonas, hemos prestado una atención particular a este asunto. El Brasil, a través de cuyos territorios pasa aquella corriente en su curso hacia el Océano, ha persistido hasta aquí en una política tan restrictiva respecto al uso de este río, que esa política ha obstruido y casi excluido del todo el intercambio comercial extranjero con los Estados que se encuentran sobre sus tributarios y sus ramas superiores. Nuestro Ministro en aquel país ha sido encargado de obtener una modificación de aquella política y de emplear sus esfuerzos para inducir al gobierno brasileño a abrir al uso común y al comercio internacional bajo sus propios resguardos, ese gran camino natural. Varios estados sudamericanos están profundamente interesados en esta tentativa para asegurar la libre navegación del Amazonas, y es razonable esperar su cooperación en el proyecto. A medida que

(110) Vivian Trias, *Imperialismo y geopolítica*. Buenos Aires, Cimarrón, 1972.

se entienden mejor las ventajas del libre intercambio comercial entre las naciones, se abrigan vistas generalmente más liberales sobre los derechos comunes de todos al libre uso de aquellos medios que la naturaleza ha provisto para comunicación internacional. Es de esperar que el Brasil ajustará su política a esas vistas más liberales e ilustradas, y levantará todas las inútiles restricciones opuestas al uso libre de un río que baña tantos Estados y atraviesa tan gran parte del continente. Tengo el agrado de informaros que la República del Paraguay y la Confederación Argentina han cedido a la política liberal, resistida todavía por Brasil, respecto a los ríos navegables que se encuentran dentro de sus respectivos territorios. Hemos negociado con aquellos gobiernos tratados que abarcan esta materia entre otras y que serán sometidos al Senado en la presente legislatura". (111)

El Presidente Pierce calla que la Confederación Argentina "entendió" la "Ilustrada política de la libre navegación" luego que fuera derrocado Juan Manuel de Rosas, quien resistiera victoriosamente, durante cinco años, el embate de las escuadras de guerra de Francia e Inglaterra. (112) "La civilización" se imponía a cañonazos, cuando fallaban las intrigas y los sobornos.

Estados Unidos acordó con el vencedor, Justo José de Urquiza, la libre navegación de los ríos Paraguay y Paraná en términos de la nación más favorecida. Pero el presidente López del Paraguay resistió las presiones para que siguiera el ejemplo de Urquiza. Entonces entra en acción un aventurero americano, Mr. Hopkins, que con capitales americanos había formado la "Compañía de Navegación de Estados Unidos y Paraguay". Las relaciones entre la Compañía y el gobierno de Asunción se deterioraron. Un barco yanqui, el *Water Witch*, burla la prohibición de remontar el río Paraguay y las baterías de Itapirú lo detienen a cañonazos. Hopkins, que era empresario y cónsul, es desconocido como tal. (113) Abandona Asunción y recurre al Departamento de Estado.

Es en ese momento cuando Paraguay se niega a adherir

(111) Cit. en Medina Castro, *op. cit.*

(112) Vivían Trías, *Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.

(113) Cit. por Medina Castro, *op. cit.*

a lo convenido entre Estados Unidos y el gobierno argentino de Urquiza. Washington pide autorización al Congreso para declarar la guerra al Paraguay. Zarpan veinte unidades de guerra y 2.500 hombres. En el Plata nunca se ha visto fuerza igual. López se apresura a pelear y todo el continente se conmueve. Urquiza media. Las gestiones vienen y van. Hasta que López se vio obligado a ceder.

Es claro que a Inglaterra nunca se le ocurrió abrir a la libre navegación el río San Lorenzo; ni a Estados Unidos el río Mississippi. No consideraron necesario que la "ilustrada política" de la libertad de los ríos llegara hasta allí.

Las reclamaciones

Los imperios afinaron la "técnica" de las "reclamaciones" hasta configurar una especie de orfebrería diplomática. Hubo en ellas sutilezas, presiones encubiertas y oblicuas y desvergonzadas agresiones. Se combina el amaneramiento del Embajador, con la brutalidad de la soldadesca de desembarco.

Dice Medina Castro: "De uno u otro modo, las «reclamaciones» figuran a lo largo de toda la historia de las relaciones de los Estados Unidos con los países latinoamericanos en el siglo XIX. Podría decirse que son una de las constantes de la política norteamericana para América Latina en este período". (114).

John Quincy Adams instruye a su representante en Buenos Aires, M. Forbes —12 de julio de 1820— "...el Presidente desea que usted apoye y ayude a Mr. Halsey o a sus agentes para que se les haga justicia..." (115)

Forbes es designado ministro y averigua acerca del compatriota apoyado por todo el peso del Departamento de Estado en sus reclamos. Sus conclusiones son inequívocas. Le escribe a Adams: "Thomas Lloyd Halsey, el sujeto más inmoral e inescrupuloso en este o en cualquier otro país..." (116) Ese era el hombre que el Presidente ordenaba apoyar en su querrela con el gobierno de Buenos Aires.

(114) *Ibíd.*

(115) *Ibíd.*

(116) *Ibíd.*

El 14 de junio de 1844, William M. Blackford, encargado de negocios norteamericano en Bogotá, urde la trama de otra reclamación. Escribe al Secretario de Estado John C. Calhoun:

"Por lo tanto sugiero que se me instruya para demandar a este gobierno una cantidad por indemnización equivalente a los \$ 18.000 pagados por Venezuela; que estas instrucciones sean traídas a Santa Marta por un oficial al mando de un pequeño escuadrón de cuatro o cinco chalupas de guerra, y que se le ordene se queden en la costa hasta que sepan de los resultados de mis exigencias; y que en caso de rechazo tengan autorización para bloquear los puertos de Santa Marta y Cartagena, propósito para el cual tal fuerza será suficiente, a pesar de que sería aconsejable sea algo mayor". (117)

En 1850 la víctima fue Brasil, que, el 20 de mayo, ratificó la convención brasileño-norteamericana del año anterior, por la cual se obligaba a pagar unos 300.000 dólares por concepto de reclamaciones.

Geo P. Fisher fue encargado por el gobierno de pagar a los reclamantes. Una vez cumplida su tarea, informa al Departamento de Estado: "La cantidad entregada por el gobierno del Brasil, por virtud de la convención de 1849, fue de 500 millones de reis, que hacen 300.000 dólares. Ahora bien, pagadas las cantidades que ya fueron aplicadas, y las reclamadas, quedará un saldo de 130.000 a 150.000 dólares, esto es, más o menos, la mitad de lo que entregó el Brasil. Veo que nuestro gobierno va a quedar en posición difícil ante aquél, que con razón se quejará de la injusticia de que ha sido víctima". (118) Es una prueba de la seriedad de las "reclamaciones".

En 1859 el Ministro en Chile, John Bigler, escribe al presidente Buchanan sobre el mejor modo de obtener éxito en ciertas reclamaciones.

(117) *Ibíd.*

(118) *Ibíd.*

(119) *Ibíd.*

"En mi opinión sólo existe una manera para obtener un ajuste adecuado y correcto de estas cuestiones y esto es mediante un despliegue de fuerzas y la seguridad de que serán utilizadas si la justicia no sigue su curso". (119)

Toda una doctrina.

Ya vimos, por otra parte, cómo fueron usadas las "reclamaciones" contra México. Más de una vez la Unión se alineó con otras potencias para estrangular a la nación deudora. Al filo del siglo XX fue Venezuela la presa. Entre ocho potencias le exigían 154.943.311 bolívares. El monto más alto corresponde a U.S.A.: 82 millones. Más o menos la mitad del total. Un tribunal designado las examinó cuidadosamente. De los 82 millones reclamados por los norteamericanos ¡sólo fueron reconocidos 2! (120)

Los pasillos del Congreso y de la Casa Blanca, eran el ámbito dedicado al fructífero negocio de "reclamar". Se desarrolló una verdadera fiebre especulativa con las "reclamaciones".

El 11 de mayo de 1880 *El Mercurio*, de Valparaíso, lo denuncia sin pelos en la lengua: "¿Por qué no decirlo clara y públicamente? El Sr. Buchanan está totalmente a merced de ciertos *especuladores en reclamaciones a Sudamérica* que deambulan por aquí y que desgraciadamente se encuentran entre los que frecuentan la Casa Blanca o, como es llamado, el «gabinete de cocina» del presidente". (121)

Tal vez por eso Gorki escribió: "un norteamericano no rehúsa dinero ni siquiera al día siguiente de su muerte". (122)

5. LOS PIRATAS ANDAN SUELTOS

Flagg Bemis sostiene que el expansionismo norteamericano del siglo XIX, el que impulsó la rapiña de México, tenía como señero

(120) *Ibíd.*

(121) *Ibíd.* (el subrayado en el texto).

(122) *Ibíd.*

objetivo la conquista del espacio nacional, del territorio continental. (123) Que ése fue el significado del "Destino Manifiesto" en su primera época. Satisfecha esa meta, el imperialismo reaparecerá recién al filo del fin del siglo, cuando las estructuras dominantes de la sociedad norteamericana sean de índole capitalista monopolista.

Sin embargo, los hechos dicen otra cosa.

En los tiempos de la primera expansión hubo tentativas de llevar la aventura de la conquista a la América Central. Responden a las mismas causas que la invasión de México. Son fenómenos históricos encuadrados en los mismos condicionamientos. Que hayan sido exitosos o no, es harina de otro costal. La siguiente opinión del Senador Brown prueba que la conquista de Centroamérica rondaba el pensamiento de los altos círculos oficiales: "...acaso se encontrará extraordinario que yo... manifieste la necesidad en que estamos de tomar posesión de la América Central; pero si tenemos necesidad de eso, lo mejor que podemos hacer es obrar como amos, ir a esa tierra como señores". (124)

William Walker, el insólito filibustero

William Walker es el fruto de su época, un hombre de la naturaleza y la catadura de Sam Houston o Dave Crockett. Sus extraordinarias aventuras, su carencia de escrúpulos, su audacia sin límites, e incluso su crueldad, son parte de la historia de esos años febriles en que todo parecía posible, en que cualquier tierra ajena estaba al alcance de la mano para cierto tipo de norteamericanos.

En 1853 desembarcó, con un grupo de mercenarios yanquis, en La Paz, capital de la Baja California, y se proclamó su Presidente. En mayo de 1854 se anexó Sonora. Su tentativa seguía las huellas de Texas. Agotados sus medios se rindió, y a solicitud de México fue procesado por las autoridades norteamericanas.

Pero los aventureros de su estirpe no se arredran fácilmente.

(123) Samuel Flagg Bemis. *La diplomacia de Estados Unidos en la América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

(124) Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*. La Habana, Casa de las Américas, 1968.

En 1855 el general Castellón —jefe de los liberales de Nicaragua— se rebela contra el gobierno conservador y legítimo del general Chamorro. La fama de Walker ha llegado hasta allí y Castellón lo llama "Desembarca en El Realio" y los insurgentes no sólo le otorgan la ciudadanía nicaragüense, sino que lo nombran coronel y le prometen pagar sus servicios en dinero y con 52 mil acres de tierras.

El gobierno de Managua protesta una y otra vez, pero el presidente Pierce y el secretario de Estado Marcy permanecen impasibles y sordos.

Walker es soldado de fortuna. Gana combates y el 13 de octubre toma Granada. Desde allí proclama: "Continuaré la ocupación de otras ciudades del Estado, y ordenaré la muerte de todo aquel que se oponga a la marcha imperial de mis fuerzas..." (125) Saquea la ciudad y los habitantes huyen. Les promete respetar sus vidas y retornar. Entonces los fusila en grupos. Negocia con el general Ponciano Corral, jefe de las fuerzas gubernamentales, la deposición de Chamorro y la designación de Patricio Rivas como presidente.

Luego fusila a Corral, sustituye a Rivas por Ferrer, deponiendo a Ferrer y asume personalmente la jefatura del Estado.

En su discurso inaugural afirma con desenfado: "...se establecerá la mayor libertad posible de comercio con vistas a hacer de Nicaragua lo que la naturaleza pretendía que fuese, *el camino real del comercio entre ambos océanos*..." (126)

El 22 de setiembre de 1856 las patas de la sota son inocultables. Dicta un decreto restableciendo la esclavitud que los "bárbaros" centroamericanos habían abolido hacía más de 30 años: "En la conservación de la esclavitud descansan las relaciones vitales entre el capital y el trabajo, porque poniendo al trabajo sobre una base sólida, permite a la sociedad inteligente avanzar resuelta a la conquista de nuevas formas de civilización..." (127) El inglés se convierte en idioma oficial, en paridad con el español;

(125) *Ibid.*

(126) *Ibid.* (subrayado en el texto).

(127) *Ibid.*

Nicaragua se "civiliza" con rapidez. John H. Wheeler, ministro norteamericano, escribe al Secretario de Estado:

"Esta república se está llenando rápidamente de emigrantes de los Estados Unidos. Una gran cantidad de capitalistas, hacendados, comerciantes, mecánicos y obreros han llegado en los últimos buques de vapor de Nueva Orleans, Nueva York y California. Algunos de ellos con molinos de harina, y otros con aserraderos y otros con maquinarias. Conjuntamente vinieron cuatrocientos hombres los cuales se unieron al ejército de Nicaragua, lo cual incrementa dicho ejército a 1.300 rifles de la ayuda extranjera". (128)

En otra carta: "La fuerza de este gobierno es cerca de 1.200 prácticamente todos americanos..." (129)

Nicaragua emula a Texas, a California. El ministro continúa su entusiasta informe:

"Colonos en pos de la minería, de la agricultura y de otros propósitos, se están reuniendo en Nicaragua, localizando tierras, y levantando sus maquinarias; el ruido de las cuales y el bullicio de los carros de los yanquis a través de las calles, le muestran y advierten a los ciudadanos de Nicaragua, que la indolencia debe dar paso a las empresas..." (130)

Por otra parte, Walker distribuye tierras entre los hombres de su falange y cancela la licencia del cónsul británico.

Por fin, sus tropelías despertaron la resistencia popular. La solidaridad continental envolvió al pueblo nicaragüense, Perú facilitó 100.000 pesos al gobierno de Costa Rica para financiar la campaña contra Walker. Costa Rica, Guatemala, Honduras y El Salvador unieron sus fuerzas contra el filibustero. Su último gesto de audacia consistió en proclamarse presidente de El Salvador. Pero ya había sido vencido en Santa Rosa el 20 de marzo de 1856.

(128) *Ibid.*

(129) *Ibid.*

(130) *Ibid.*

En Estados Unidos se recolectaba dinero y se reclutaban voluntarios para sus fuerzas; sólo en un mes, se le sumaron 1.200 ranquas.

Irremediablemente derrotado, incendió Granada. Washington ordenó a la flota cubrir su retirada. El buque de guerra *Saint Mary's* lo condujo con 360 secuaces a Nueva Orleans, donde fueron recibidos en triunfo.

Pertinaz, porfiado, prepara una segunda expedición. El 11 de noviembre de 1857 desembarca 400 hombres en Punta Arenas, protegido por el *Saratoga*, de la flota de guerra americana. Pero un capitán de la misma, falto de instrucciones, impide la culminación de la aventura.

En 1860 reincide. Desembarca en Trujillo, Honduras; saquea la ciudad y ocupa sus fortalezas. Esta vez la suerte le da la espalda. La armada británica resuelve intervenir y con la armada de Su Majestad no se juega, máxime si corren riesgos sus intereses imperiales. Walker es capturado y entregado al gobierno hondureño que lo fusila sin vacilaciones. Quien a hierro mata, a hierro muere.

El general Grant y Santo Domingo

El manotazo lanzado a Santo Domingo por el héroe de la guerra de Secesión ya no responde, estrictamente, a la época del robo de tierras a México y de las piraterías walkerianas en Centroamérica. Como lo veremos, la guerra de Secesión tuvo consecuencias muy profundas para las estructuras económico-sociales de la Unión. La victoria del capitalismo industrial y el vertiginoso desenvolvimiento de las grandes empresas monopolistas, caracterizan los tiempos de Ulises Simpson Grant en la presidencia.

Tras la expansión imperial allentan nuevas causas. Pero el estilo del fallido zarpazo a Santo Domingo, es de años anteriores. Recuerda a Houston y a Polk. En cierto sentido, puede afirmarse que es el último grito de aquel tumultuoso y rapaz expansionismo.

El gobierno de la isla era ejercido, con legitimidad turbia y vergonzante, por un inescrupuloso político, Baez, que no sintió el menor estremecimiento al vender su soberanía al coronel Babcock, se-

cretario de Grant, en un millón y medio de dólares. El tratado de compra se suscribió el 29 de noviembre de 1869. Grant lo remitió al Congreso y lo justificó como una "anexión anticipada". Si U.S.A. no ponía las manos allí, las podía poner alguna otra potencia. Otra vez Texas. "En caso de guerra —decía en el mensaje— nos dará un dominio sobre todas las islas mencionadas, y así se impedirá que un enemigo se establezca en nuestra propia costa". (131) Es verdad que Francia y España habían tanteado la posibilidad de un protectorado. Es más: Francia propuso arrendar o comprar la bahía de Samaná e interfirió en el arrendamiento concedido a Estados Unidos en 1854.

El Congreso da larga al asunto y en mayo de 1870 Grant envía un segundo mensaje, en que alude a las deudas que agobian a la República Dominicana e insiste en la anexión. Pero en julio de 1871 el Senado rechaza sus pretensiones.

En cambio resultó mucho más afortunada la compra de los extensos y promisorios territorios de Alaska, que desde 1790 pertenecían a los zares de Rusia.

En 1867 y por 38 millones de francos (siete millones y medio de dólares), pasaron a la soberanía norteamericana. (132) Otro brillante negocio al estilo de la primera época del "Destino Manifiesto".

¿Y Monroe?

Las islas Malvinas pertenecen, sin duda ni alegato posible, a la República Argentina. Ocupadas por España en 1774 y como consecuencia del tratado anglo-hispánico de 1771, pasaron a la soberanía de las Provincias Unidas y luego de la Confederación Argentina. El gobierno de Buenos Aires ejecutó la "solemne" posesión en 1820 y los gobiernos extranjeros fueron informados de la tajante prohibición de pescar en sus aguas y de cazar el ganado de su suelo.

Pese a ello, el 30 de julio de 1831 tres goletas norteamericanas

(131) *Ibíd.*

(132) Morison y Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

fueron sorprendidas in fraganti, en plena violación de aquellas disposiciones. Una fue sujeta, otra fue dejada en libertad y se retuvo a la *Harriet*, que fue conducida a Buenos Aires. Entonces gobernaba don Juan Manuel de Rosas. Vale decir, que las cuestiones atinentes a la soberanía eran cosa muy seria y firmemente atendidas. El capitán fue procesado. El cónsul norteamericano no sólo protestó, sino que se negó a reconocer la jurisdicción argentina en las islas. Rosas rechazó la protesta y reafirmó los derechos legítimos de la nación a la posesión de aquellas.

El presidente Jackson refiere el suceso al Congreso y resume las medidas asumidas:

"Por consiguiente, he dado órdenes para el despacho de un buque armado que se reúna con nuestra Escuadra en aquellos mares y proporcione toda la ayuda que sea necesaria para la protección legal de nuestro gobierno, y enviaré sin demora a un ministro que investigue la naturaleza de las circunstancias, así como la reclamación de soberanía establecida por aquel gobierno sobre dichas islas. Entre tanto someto el caso a consideración del Congreso, a fin de que provea al Ejecutivo de la autorización y de los medios necesarios para formar una fuerza adecuada a la completa protección de los derechos de pesca y de comercio de nuestros conciudadanos en aquellos mares". (133)

El 3 de diciembre la corbeta de guerra *Lexington* arribó a Buenos Aires. El cónsul Slacum comunicó al gobierno que la *Lexington* "demoraría su viaje hasta el 9, esperando que se ampararan los derechos norteamericanos al comercio y a la pesca en las Malvinas, que fuera devuelta la *Harriet* y se retirase al comandante político y militar de las islas de toda gestión en que intervinieran ciudadanos o intereses norteamericanos. Un ultimatum con toda la barba.

El gobierno de la Confederación no cedió. El 28 de diciembre la corbeta se presentó en Puerto Soledad, de las Malvinas. Enarbolaba bandera francesa y su actitud aparentaba normalidad y mansedumbre. Era una treta para facilitar el desembarco.

La colonia argentina fue arrasada, sus defensas desmanteladas y se declaró el territorio "libre de todo gobierno".

La Cancillería argentina interrumpió las relaciones con el cónsul y reclamó con energía.

En 1832 llegó a Buenos Aires el nuevo encargado de negocios americano, Mr. Baylies.

Entre sus muchas insolencias, se destaca la negativa a reconocer la soberanía argentina y reconocer, en cambio, la de Inglaterra que designaba a las islas con el nombre de Falkland. La "Doctrina Monroe" en acción. En un litigio entre un país americano y una potencia europea, en que al primero le sobraban razones, U.S.A. se coloca del lado de la segunda.

Buenos Aires aclaró que nada tenía que tratar con el ministro y que plantearía sus reivindicaciones directamente a Washington. Baylies hizo sus maletas y se volvió a sus lares. Antes incluyó en la delegación al cónsul Slacum y pretendió que se le extendiese el correspondiente pasaporte diplomático. La Cancillería respondió que lo consideraba "un delincuente asilado en la casa de un ministro".

Hubo tratativas y acuerdos anglo-norteamericanos sobre las Malvinas en Londres y a principios de 1833 los ingleses se apoderaron de ellas.

El fallo de la "Doctrina Monroe" se reitera una y otra vez. Inglaterra extiende su vieja colonia de Belice, se apropia de Ruatán, declara su protectorado sobre la estafalaria Mosquitia, etc. La actitud de Washington es el entendimiento y el reparto con el imperio rival.

Tal el convenio Clayton-Bulwer de 1850, por el que se dispone el control conjunto, anglo-norteamericano, sobre las vías interoceánicas a construirse en el istmo centroamericano. Los ejemplos son infinitos. Un libro sobre el desprecio del pretendido "monroismo", sería un tratado en varios tomos.

El buen monroísta Perkins resume muy bien la larga historia: "Los Estados Unidos no opusieron veto alguno durante el siglo XIX al castigo de los ingobernables Estados del Nuevo Mundo por sus fechorías o su turbulencia..." (134)

El espíritu de Monroe, estuviera donde estuviese, aplaudía de gozo. Lo habían interpretado a la perfección.

(134) *Ibid.*

II

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y LA "DIPLOMACIA DEL DOLAR"

6. LA GUERRA DE SECESION Y EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA

La guerra de Secesión es un hito clave en la historia de la nación norteamericana. Marca el fin de su constitución binaria, dual, en que dos tipos de sociedad expansivos e incompatibles entre sí, pugnan por el predominio en todo el territorio.

Señala, a la vez, el fin de la acumulación primitiva y la vía libre para un impetuoso crecimiento del capitalismo industrial; formación dominante —después del triunfo del Norte— en todo el ámbito nacional. Tan rápido y tumultuoso, que muy pronto, y en medio de desigualdades flagrantes de desarrollo, se adentra, incontinentemente, en su fase monopolista e imperialista.

La victoria del Norte y sus consecuencias

Al filo de los 60 la situación interna de la Unión era explosiva. Un barril de pólvora seca en un edificio en llamas.

Mas arriba estudiamos el carácter insoslayablemente expansivo de la sociedad sureña, fundada en las grandes plantaciones y la mano de obra esclava. También consideramos el rol de válvula de escape, y mecanismo desahogante que tuvieron la movilidad de la frontera y las guerras de conquista del espacio continental —en rigor dos fases de un mismo fenómeno— para las contradicciones primordiales del conjunto de la sociedad norteamericana. Entre

ellas, la principal entonces, el enfrentamiento de vida o muerte entre el sistema agrícola-esclavista del Sur y el capitalismo industrial del Norte. Ambos inapelablemente expansivos y constreñidos a disputar su predominio que significaba la destrucción del perdedor, en el escenario cerrado del espacio continental norteamericano, una vez que éste hubo sido adquirido. Como dos gatos furiosos encerrados en una bolsa y con una sola ración de carne para subsistir.

Cuando la válvula por donde se posponía el conflicto frontal se obturó, cuando el mecanismo de desahogo se atascó, la colisión se hizo inevitable y terrible.

Hay historiadores que la califican como la primera de las guerras modernas; sangrienta, movilizadora de toda la sociedad y donde el desarrollo económico de los contendientes resulta capital.

La génesis de la burguesía industrial norteamericana se asemeja más a los modelos de Inglaterra y Francia, que a los de Alemania o del Japón.

Lenin define la "revolución de tipo norteamericano" como "supresión de la economía terrateniente". El campesino se convierte en granjero libre. El poder del pueblo. Régimen democrático burgués. La mayor igualdad en la población campesina "*como punto de partida y condición del capitalismo libre*". (135)

La siguiente y extensa cita de Louis M. Hacker es definitiva al respecto:

"¿De dónde provino, entonces, la clase de los industriales? Como en la Inglaterra del siglo XVIII, procedieron en su mayor parte de los agricultores medios. Fueron a menudo los labradores o sus hijos quienes comenzaron a trabajar en el aserradero o en el molino a orillas de los ríos y a montar pequeñas instalaciones textiles en los mismos lugares. Fueron otras veces jóvenes bien dispuestos quienes trabajaron con máquinas viejas, hasta estar preparados para hacerlo en pequeños talleres; o campesinos sagaces en el regateo quienes se dedicaron a corretear las mercaderías de los comerciantes o a llevar sus libros de contabilidad, hasta convertir-

(135) V. I. Lenin, *Fuerza y debilidad de la revolución rusa*. Obras completas. Buenos Aires, Editorial Cartago, 1970. Los subrayados son nuestros.

se en pequeños capitalistas que abrían un taller. Eli Whitney, Cyrus McCormick y Philip D. Armour tuvieron tal origen, antes de la guerra civil. Lo mismo puede decirse de esa multitud de industriales que hicieron tan extraordinaria nuestra historia económica de la post-guerra.

"El padre de Andrew Carnegie fue tejedor rural; el de John Rockefeller fue un buhonero errante y traficaba en las pequeñas poblaciones; el de Henry Clay Frick, lo mismo que el de John W. Gates, fueron simples labradores". (136)

Esos grupos sociales colmaron los ejércitos de Cromwell en la revolución inglesa del siglo XVII y condujeron la revolución francesa de 1789.

Justamente, en las vísperas de la guerra civil, cuando Abraham Lincoln fue electo presidente por el joven Partido Republicano, la burguesía industrial norteamericana estaba en situación semejante a la de la burguesía francesa en el momento de la convocatoria de los Estados Generales. Necesitaba imperiosa, impostergablemente, el poder político sobre toda la sociedad, *el poder político nacional*. Lo requería para imponer el trabajo libre, asalariado, y aventar definitivamente la posibilidad de que la esclavitud se extendiera a todo el país. Lo precisaba para garantizar el dominio *total* del mercado interno, la preservación de la *unidad nacional*, para incorporar la agricultura sureña a su régimen.

Marx y Engels sintetizaron admirablemente la esencia de la guerra de Secesión: "La actual contienda entre el Sur y el Norte no es otra cosa que una lucha entre dos sistemas sociales, entre el sistema de la esclavitud y el sistema del trabajo libre. La guerra ha estallado porque los dos sistemas ya no pueden coexistir pacíficamente en el continente norteamericano. Sólo puede terminar mediante la victoria de uno u otro sistema". (137)

El famoso discurso pronunciado por Lincoln en agosto de 1862 es inequívoco:

"Mi objetivo primordial en esta lucha es salvar a la Unión, no el de salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar a la Unión sin

(136) Louis M. Hacker, *Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1942.

(137) Karl Marx y Friedrich Engels, *La guerra civil en los Estados Unidos*. Buenos Aires, Lautaro, 1946.

liberar ningún esclavo, lo haría; y si pudiera salvarla liberando a algunos y dejando de lado a otros, también lo haría...'' (138)

La unidad nacional era, asimismo, vital, absolutamente vital, para los estados del Oeste. Los de la costa atlántica, vinculados de una y mil maneras a los circuitos económicos y políticos europeos, podían concebir su existencia segregados de la Unión.

Pero no los del Oeste, creados por la Unión, sólo vinculados a ella, sin otro acceso ni otra salida más allá de sus fronteras. Para el Noroeste el dilema era, aún, más grave; la red fluvial del Mississippi, con su puerto en Nueva Orleans, era la fuente de su vida, el oxígeno de sus pulmones. La segregación del Sur implicaba la asfixia irremediable. Es claro que no es fácil deslindar la cuestión nacional, el problema del dominio económico y político de *todo* el espacio nacional, del sistema de trabajo.

Dos tendencias hondas, vigorosas, gravitantes, de la sociedad norteamericana pugnan tenazmente por la abolición de la esclavitud.

Por un lado, la numerosa pequeña burguesía de intelectuales, artesanos, modestos fabricantes y comerciantes, agricultores, etc., del Norte y del Oeste. Sus motivaciones son ético-doctrinarias y encuentran gran eco en las masas trabajadoras. La esclavitud es una infame violación de la democracia rústica, igualitaria, individualista, dinámica que inspira el "espíritu de la frontera".

Por otro lado, la burguesía industrial; la clase más madura, la que expresa cabalmente a las nuevas fuerzas productivas que se abren paso, la que accede clamorosamente al poder con el triunfo militar del Norte. Para ella el trabajo libre, el régimen del salario y la plusvalía, son sustentos claves del sistema que aspiran a construir.

Ambas tendencias se entrelazan en el pensamiento de Lincoln. Nos parece errónea e injusta la apreciación de que su decreto sobre la libertad de los negros fue una mera maniobra táctica, oportunista y afortunada. Esa tesis confunde la *oportunidad* del decreto, con sus razones de fondo.

En efecto, Lincoln lanza su proclama de emancipación el 23

de diciembre de 1862, inmediatamente después de la victoria militar nortea de Antietam y en circunstancias peculiares.

Hasta dicho combate, el Norte viene siendo vapuleado y la guerra amenaza con transformarse en un conflicto muy largo y sangrante, perspectiva propicia para los gambitos diplomáticos de Londres y de Napoleón III, que apoyan descaradamente al Sur.

El plan francés es simple; reconocer la beligerancia sureña, proponer una mediación franco-inglesa y al ser rechazada por el Norte, intervenir en beneficio de sus protegidos.

No hay que olvidar que la guerra de Secesión se inscribe en esa decisiva década que transcurre entre la crisis mundial de 1857 y la crisis mundial de 1872, en la que culminan su constitución los estados nacionales de Alemania, Italia, Japón y Estados Unidos. Pero en la que, también, las grandes potencias imperiales de entonces —Inglaterra y Francia— se oponen, con uñas y dientes, al surgimiento de estados nacionales capitalistas y soberanos, que entren a tallar en la economía mundial.

Es un período de intensificación del colonialismo mercantil y financiero, puesto que, como con tanta perspicacia lo señala Paul Bairoch, (139) en esos años ocurre la gran revolución de los transportes, que permite a las metrópolis acceder a los más lejanos y antes aislados confines de la tierra. Es cierto que Bismarck, Cavour, Lincoln y los "Meiji" resultan vencedores pero, a la vez y dialécticamente, son aplastadas la rebelión de los "cipayos" en la India, la de los "taiping" en China, México es invadida por los franceses y el Paraguay de los López es arrasado en la guerra de la Triple Alianza.

Para el joven capitalismo industrial norteamericano la amenaza franco-británica es muy peligrosa y una lucha prolongada favorece al enemigo. De modo que en cuanto una victoria militar rodea del prestigio y la credibilidad imprescindibles a las decisiones de Lincoln, éste decreta la abolición de la esclavitud respondiendo a las mentadas tendencias profundas de su país y asestando, al mismo tiempo, un golpe demoledor a la posible intervención europea. En efecto, es imposible para Londres, sobre todo, combatir a un

(139) Paul Bairoch, *El tercer Mundo en la encrucijada*. Madrid, Alianza Editorial, 1971.

gobierno que lucha por la abolición de la esclavitud, su bandera preferida desde comienzo del siglo.

La guerra civil fue una guerra *total*, que agudizó al máximo las contradicciones de ambos campos y tensó hasta los últimos límites sus fuerzas económicas y sociales. Para el Norte la guerra fue un promotor, un poderoso estimulante de fuerzas latentes, una soleira eficaz de procesos inmaduros, una partera experta de la nueva sociedad industrial. Para el Sur significó el colapso. Su economía envejecida, su sociedad cristalizada, su anacronismo político y cultural no podían resistir la prueba de una guerra moderna.

Algunas cifras simbolizan esta desigualdad de destinos. En 1863 el dólar papel del Sur se cotiza a razón de 3 por 1 dólar oro; en enero de 1865 se ha depreciado a 53. En cambio, en 1864 el dólar papel de la Unión se encuentra en la relación 1,5 x 1 dólar oro.

En julio de 1861 el Norte posee 186.000 soldados y el Sur 150.000. En marzo de 1865 el Norte tiene 990.000 y el Sur 175.000; sin contar con las enormes diferencias de equipo y alimentación. (140)

La era premonopolista

El desarrollo del capitalismo monopolista es precedido por breves años de intenso y febril capitalismo liberal, en que ya surgen las condiciones que han de preparar y enmarcar la nueva fase.

Son un conjunto de factores que estimulan y aceleran el nacimiento del capitalismo monopolista y que, también, crean las coordenadas en que éste se ha de desenvolver vertiginosamente.

1) En primer lugar, la propia guerra es un poderoso catalizador del desarrollo capitalista.

"El capital que hizo posible el progreso industrial durante la guerra civil, procedió de la propia guerra. El Gobierno Federal, mediante la emisión de valores y "greenbacks" —papel moneda de reverso verde [green] emitido desde 1862— añadió unos 3.000 millones de dólares a las disponibilidades del crédito, y el aumento en la velocidad de circulación debida a las compras y grandes bene-

flecos en tiempo de guerra, permitió una acumulación considerable. Los gastos del Gobierno, los contratos de suministro, el acaparamiento y la especulación, son las verdaderas claves de ese enigma. Por algo un hombre joven como Andrew Carnegie, con clara visión de las posibilidades de su tiempo, se hizo millonario en sólo cinco años". (141)

El gobierno republicano estimuló abiertamente el proceso con diversas medidas.

El proteccionismo es creciente: antes de la guerra el porcentaje medio de las tarifas aduaneras era del 18,9% y al fin de la misma ascendía a 47%. (142)

Su política agraria, destinada a soldar la alianza con el Oeste, multiplicó las granjas familiares, aceleró la distribución de tierras públicas; la producción agrícola y ganadera creció espectacularmente, al punto de que las exportaciones de sus productos sostuvieron la balanza de pagos positiva. Es uno de los rasgos de lo que Lenin llama "el modo norteamericano".

Otro aspecto se refiere a la política financiera y bancaria.

"En la historia financiera de Estados Unidos la guerra civil ha sido tan importante como la producción del oro. Todo conflicto interior modifica el desarrollo ordenado y previsto; y la guerra civil no fue una excepción de esa regla. Los gastos anteriores, durante los tiempos de paz, se reducían a cifras triviales, en tanto que los gastos del Gobierno del Norte, durante la guerra y con esa finalidad, se aproximaron a tres mil millones de dólares. Las medidas adoptadas para hacer frente al esfuerzo dejaron una herencia de nuevos métodos financieros, por ejemplo: una circulación de billetes inconvertibles y la nacionalización de todo un sistema bancario y de nuevos deseos de experimentaciones". (143)

2) La explosión inmigratoria es un factor decisivo del crecimiento capitalista.

(141) Hacker, *op. cit.*

(142) *Ibid.*

(143) Edward C. Kirkland, *Historia económica de Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

En la década 1850-60 llegaron al país 2 millones y medio de inmigrantes. De 1860 a 1900 la cifra subió a 14 millones. En los primeros treinta años del siglo XX pasó a 30 millones. Hubo además un cambio cualitativo en el origen de la inmigración. A partir de 1890 decreció notablemente la proveniente de Alemania y Gran Bretaña, cuyos integrantes tendían a radicarse como agricultores en el Oeste. A fin de siglo ya era un torrente anegador la inmigración proveniente del Sur y del Este europeo, que se instalará en las ciudades y surtirá de mano de obra a las nuevas industrias, presionando a la baja los salarios.

En 1861-70 la corriente procedente del Este y Sur de Europa, significa apenas un 1,4% del total. En 1901-10 ese porcentaje es del 70,8%. (144)

3) Una verdadera revolución en los transportes, sobre todo por la extensión inusitada de los ferrocarriles. En 1865 la Unión poseía 56.000 km. de vías, casi todas al este del Mississippi.

En los siguientes ocho años, esa cantidad se dobló. En 1900 había 321.000 km. de rieles que recorrían el territorio nacional en todos los sentidos, constituyéndose en las fluidas arterias de un acrecentado mercado interno, al cual se han incorporado millones de granjeros y trabajadores. (145)

4) Otra condición esencial de la era premonopolista es el agotamiento de la "frontera móvil". Durante la guerra civil se inició una verdadera inundación del Oeste, por centenares de miles de agricultores y miles de mineros en busca de nuevos yacimientos. Lo que forma parte de la honda revolución agrícola que se fusiona con el explosivo crecimiento industrial. La invención del alambre de púas en 1874 por J.F. Glidden resolvió el problema de los cercos y facilitó el dominio de las infinitas llanuras por el trabajo del hombre. En 1883 la compañía Glidden despachaba mil kilómetros diarios de alambre y el costo de las cercas se había reducido a una fracción insignificante de su costo inicial.

El pozo artesiano también contribuyó a esta colonización masi-

(144) Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager. *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

(145) *Ibid.*

va del Oeste, resolviendo el problema de la sequía y permitiendo satisfacer la insaciable demanda de trigo en el mercado interno e internacional.

De 1870 a 1890 se produce la más grande expansión de la frontera. Ferrocarriles e inmigrantes contribuyeron a ello. En ese lapso la población de California se duplicó, la de Texas se triplicó, la de Kansas se cuadruplicó, la de Nebraska se multiplicó por ocho. En el Oeste trans-Mississippi, pasó de 6.877.000 a 16.775.000. (146)

Entre la ola que desde el Atlántico buscaba las costas del Pacífico y la ola inversa, desapareció la zona intermedia, colonizable, "frontera" en el sentido norteamericano.

Esa región media abarcaba unos 1.600 km. hacia 1870. En 1890 se había esfumado. La "nueva frontera" consistía en la transformación de las estructuras económico-sociales internas. Era la hora del capitalismo industrial y su desarrollo se erigió en uno de los cursos más dinámicos y tumultuosos de la historia del hombre.

5) La revolución tecnológica es otro rasgo sobresaliente de la era premonopolista y monopolista.

Hasta 1860 se habían concedido 36.000 patentes de invención. Un débil arranque de la avalancha de invenciones que se precipita desde la misma guerra civil en adelante. Entre 1860 y 1890 se extendieron 440.000 patentes y en el primer cuarto del siglo XX, 969.428. (147) Prácticamente no hay sector en la vida humana que no haya sido revolucionado por la inventiva tecnológica.

Desde la máquina de coser de Elías Howe en 1846, pero popularizada por Isaac Singer después del 60, hasta los prodigios —sobre todo en el campo de la electricidad— del "hechicero de Menlo Park", Thomas Edison.

6) Una honda y auténtica revolución agraria condiciona el proceso. De 1860 a 1910 se triplica el número de granjas. La superficie cultivada se duplica, superando los 351 millones de hás.

La producción de trigo crece —siempre en el mismo lapso— de 173 a 635 millones de bushels, la de maíz de 838 a 2.886 millones de

(146) *Ibid.*

(147) *Ibid.*

bushels y la de algodón, de cerca de 4 millones de balas a más de 11 millones y medio. (148)

Las innovaciones técnicas transformaron el agro, como a toda la sociedad norteamericana. La población agrícola aumentó en términos absolutos, pero descendió en términos relativos; la máquina sustituye cada vez más al hombre en el campo.

Es fundamental el crecimiento vertiginoso de las exportaciones agrícolas, que preservan —según quedó dicho— el signo positivo de la balanza de pagos. En 1875 se estiman en 389 millones de dólares; 72,2% del total. En 1881, 738 millones; 80,3% del total. (149)

7) Desde la guerra de Secesión se intensifica la competencia industrial al máximo, preparando, en la selva implacable y destructiva de la guerra económica, las absorciones, entendimientos y fusiones de la era monopolista.

El crecimiento de la industria es impresionante.

CUADRO N° 4

Crecimiento industrial ¹⁵⁰

Millones de dólares - N° de obreros en miles

Aumento en % de 1850 - 1880

	1850-60	1870	1880	
Capital invertido	533.2	1.694.6	2.790.3	435.5 %
Valor de los productos	1.019	3.386	5.369.6	426.9 %
Valor agregado por la manuf.	463.9	1.395.1	1.792.8	325.2 %
Salarios abonados	236.8	620.5	947.9	300.4 %
N° de asalariados	958.1	2.054	2.732.6	185.2 %

Los trusts con las banderas desplegadas

El desarrollo acelerado y pujante del capitalismo monopolista norteamericano forma parte de un proceso general que trastoca

(148) *Ibíd.*

(149) Hacker, *op. cit.*

(150) *Ibíd.*

a todo el sistema capitalista mundial, regido por la ley del desarrollo desigual. Es, justamente, en esta época de los monopolios y del imperialismo, que aquella ley se convierte, según Lenin, en la ley clave del curso histórico.

Al iniciarse el desenvolvimiento de los monopolios, Gran Bretaña es la potencia dominante y en un lejano segundo plano, Francia. La nueva época se caracteriza por el ascenso vertiginoso de las nuevas potencias a expensas de las viejas. La hegemonía inglesa es gravemente cuestionada por los jóvenes capitalismo de Alemania, Japón y Estados Unidos. Muy pronto la potencia económica de los capitalismos recientes aventaja a la de los anticuados. Una lucha implacable, inescrupulosa, tremenda, se entabla entre unas y otras potencias por el control de las colonias y de las esferas de influencia. La primera guerra mundial es su natural desemboque. Aunque a ella se arriba por etapas que iremos considerando más adelante.

Por ahora nos interesa el rol desempeñado, en ese complejo, intrincado y cruento proceso, por los EE.UU., los "niños mimados" del desarrollo desigual.

La historia del capitalismo monopolista e imperialista norteamericano se puede dividir en tres grandes etapas que pautan su ascenso a potencia dominante e integradora del conjunto del capitalismo internacional.

a) La primera etapa —es la que estudiamos en esta parte— es la de su maduración y plenitud, pero todavía sigue siendo una *economía deudora* de Europa. Se extiende, aproximadamente, y teniendo en cuenta las dificultades de establecer periodizaciones demasiado nítidas, desde la crisis general de 1873 hasta la primera guerra mundial.

b) La segunda etapa se inicia con un cambio sustancial y decisivo de situación: de nación deudora, U.S.A. pasa a ser nación *acreedora* de Europa.

Durante su transcurso, Wall Street sustituye a la City como centro financiero internacional.

Pero sigue subsistiendo una pluralidad de potencias imperialistas, independientes, con cierto equilibrio entre sus posibilidades —aunque U.S.A sea la más rica y poderosa— empeñadas en una lucha franca y mortal, que desagua en el holocausto de la segunda guerra mundial.

c) La tercera etapa se desarrolla desde la fase final de la segunda guerra de redistribución a nuestros días, y es la historia del capitalismo monopolístico-estatal y de la integración mundial capitalista en torno a los Estados Unidos.

Gran beneficiario del desarrollo desigual, U.S.A. asciende al cenit de su poderío; configura el *mayor poder* jamás habido en la historia.

Al filo de la década de los 70 estalla una crisis profunda del sistema, cuyo curso vivimos y que puede marcar el punto de partida de una nueva etapa histórica.

La primera etapa es, ahora, nuestro tema. En ella podemos distinguir dos períodos claramente diferenciados:

El primero se inicia con la crisis de 1873 —que Lenin consideraba un suceso histórico fundamental— y se prolonga hasta la crisis de 1892-1896.

En rigor, la larga depresión de 1892-96 es una inflexión muy importante en una onda larga de prosperidad, que se prolonga desde el fin de la crisis del 73, hasta la recesión de 1907. En ella madura, hasta su completa sazón, el capitalismo monopolista, no sólo en Estados Unidos, sino en el mundo.

El ejemplo norteamericano no hace otra cosa que ratificar las ideas de Lenin al respecto. Escribe:

"...el balance principal de desarrollo de la historia de los monopolios es el siguiente:

1) 1860-1880, punto culminante de desarrollo de la libre concurrencia. Los monopolios no constituyen más que gérmenes apenas perceptibles.

2) Después de la crisis de 1873, período de vasto desarrollo de los cartels, pero éstos constituyen todavía una excepción, no son aún sólidos, representan un fenómeno pasajero.

3) Período de prosperidad de fines del siglo XIX y crisis de 1900-1903; los cartels se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se transforma en imperialismo".
(151)

(151) V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1961.

Es lo ocurrido en U.S.A., pero con la singularidad de que la recesión de 1892-96 juega un rol muy importante y precipita la plena sazón de la nueva estructura del capitalismo.

Esta tesis coincide con la teoría del capital monopolista de Baran y Sweezy. Según dichos autores, éste genera una enorme cantidad de excedente económico, pero no crea mecanismos apropiados y eficaces para su *realización*; de ahí su tendencia profunda y persistente a la crisis crónica.

Si ésta no se produce, si el capitalismo monopolista la evita y logra largos períodos de expansión y prosperidad, es porque se conjugan factores externos que contrarrestan aquella tendencia y facilitan la realización del excedente.

Tales factores externos son de dos clases: 1) innovaciones tecnológicas "que hicieron época" y 2) "las guerras y sus consecuencias". (152)

Los definen así: "Llamamos innovaciones «que hacen época» a aquellas que sacuden todo el patrón de la economía creando así vastas salidas a la inversión, además del capital que absorben directamente". (153) Solo tres innovaciones son de ese tipo en la historia de la técnica: a) la máquina a vapor —eje de la revolución industrial en Inglaterra—; b) el ferrocarril y c) el automóvil.

En U.S.A. ello es evidente. Baran y Sweezy explican: "...durante las dos últimas décadas del siglo XIX, época en que echó raíces el proceso de monopolización, entre el 40 y el 50 por ciento de la formación de capital privado estaba en ferrocarriles". (154)

¿Cuándo termina la gravitación de la inversión ferroviaria en la realización del excedente generado por el capital monopolista norteamericano? Los autores responden que su incidencia se agota recién en la depresión de 1907, aunque "hubo en verdad una marcada disminución de la inversión durante la década de 1890, especialmente durante la larga depresión de 1892 a 1896, pero luego tuvo lugar un fuerte renacimiento..." (155)

A partir de 1907 —los datos lo confirman plenamente—, se

(152) Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *El capital monopolista*. México, Siglo XXI.

(153) *Ibíd.*

(154) *Ibíd.*

(155) *Ibíd.*

extiende un extenso lapso de estancamiento económico, en que el capitalismo norteamericano tropieza con graves dificultades para realizar su excedente. Recién sale de él con la guerra 1914-18. La crisis 1892-96, pues, es causada, principalmente, por la caída circunstancial de la inversión ferroviaria. Se inaugura con la quiebra de la "National Cordage Company", pero luego se desbarrancan el ferrocarril de Eric, el Northern Pacific, el Union Pacific y el de Santa Fe. La depresión agrícola iniciada en 1887 merma la capacidad de consumo y perjudica, en primer término, a los ferrocarriles. No es una casualidad el estallido de la gran huelga ferroviaria de esos años. Por supuesto que también otros motivos concurren a la depresión: las repercusiones de la crisis en Europa y Australia, etc.

Lo cierto es que esa recesión prueba a los capitalistas las ventajas de la trustificación, condena a la desaparición a muchas empresas pequeñas y medianas, provoca la derrota del Partido Demócrata en las elecciones de 1896 y la asunción de la Presidencia por el republicano Mc Kinley, que pone en marcha una vigorosa política proteccionista de la gran industria, instituye el patrón oro y se lanza a la expansión imperial en la guerra contra España por el control de Cuba.

O sea, es el punto de partida del segundo período de la primera etapa, en la evolución del capital monopolista.

La inversión ferroviaria retorna con brío, la prosperidad vuelve y asegura a Mc Kinley su reelección en 1900 y un extraordinario desarrollo de los monopolios.

Morison y Commager señalan que el movimiento de trustificación "llegó a su climax en los años de prosperidad coincidentes con la guerra contra España". (156)

Por su parte, Hacker confirma: "Al terminar la depresión de 1893-96, comenzó una era de integraciones gigantescas, cuya dirección había sido ya asumida por los capitalistas financieros". (157)

En efecto, como bien lo observa Sweezy, el triunfo del Norte no sólo significó la victoria del *capitalismo industrial*, sino de *todo* el capitalismo y especialmente del *financiero*. Sus primeras expe-

(156) Morison y Commager, *op. cit.*

(157) Hacker, *op. cit.*

riencias de control de la industria se realizan, justamente, en los ferrocarriles, (158). Y agrega:

"En resumen, Wall Street conquistó muy pronto una posición económica de predominio como resultado de la guerra civil y de la importancia capital del ferrocarril en el desarrollo norteamericano. Cuando la manufactura se puso los pantalones largos, quedó bajo el ala protectora de Wall Street". (159)

Sweezy recuerda asimismo que el ferrocarril ha sido designado como "la encarnación de la revolución industrial".

No hay historiador de la economía norteamericana que no recuerde que el primer trust importante lo organizó John D. Rockefeller en 1870: la Standard Oil.

Pero en esos años finales del siglo XIX y en los iniciales del XX, el eje del crecimiento del capitalismo monopolista, el área de imbricación del capital financiero con el industrial, es el ferrocarril.

De ahí la trascendencia de mostrar un breve cuadro del control financiero de los ferrocarriles en esa época.

A la vuelta del siglo estaban dominados por seis grupos: los grupos Morgan y Morgan Belmont controlaban 38.912 kms. de líneas férreas. El grupo Harriman 32.776 kms., el grupo Gould 26.023 y el grupo Hill 16.973. (160) La red ferroviaria en manos de los banqueros y financieros superaba los 108 kms. En manos independientes restaban cerca de 38.000. Tal era el panorama en 1900.

Es en torno a este sector "de punta", donde la concentración capitalista se desarrolla primero y donde el capital financiero asume, anticipadamente, su papel rector, donde se producirá la avalancha de fusiones, entendimientos, pujas a muerte, etcétera, que acompaña a todo proceso acelerado de trustificación.

Ya en 1873 una Comisión del Congreso se alarma ante las "gigantescas sociedades" y su poder ascendente. (161)

En 1860 había 140.433 establecimientos industriales, que giran

(158) Paul M. Sweezy, *Capitalismo e imperialismo norteamericano*. Buenos Aires, Jorge Alvarez Editor, 1963.

(159) *Ibid.*

(160) Morison y Commager, *op. cit.*

(161) *Ibid.*

productos por más de 1.895 millones de dólares. En 1900 el número de establecimientos pasa a 207.514; no llega a duplicarse, pero el valor de la producción roza los 11.500 millones de dólares; se multiplica por ocho.

En 1860, 2.116 fabricantes de maquinaria agrícola producen un valor medio de 9.845 millones de dólares. Cuarenta años después las empresas se han reducido a 715, entre tanto la producción se multiplica por 15.

También en 1860, 542 empresas productoras de hierro y acero, producen por un valor medio de 100.000 dólares. Veinte años más tarde el número de empresas se mantiene y la producción se multiplica por 12. (162)

En 1849 los establecimientos industriales empleaban un promedio de 7,7 obreros y producían promedialmente 8.202 dólares anuales. En 1919 empleaban un promedio de 31,4 obreros y producían una media anual de 215.160 dólares. Ello se debe a que el 3,6% de los establecimientos ocupan el 56,9% de los trabajadores y producen el 67,8% del valor de la producción total. (163)

El ascenso de la trustificación fue especialmente acelerado desde el fin de la crisis 1892-96 hasta los primeros años del siglo XX.

Luego se torna más lento, de acuerdo al lapso de estancamiento que se prolonga hasta la primera guerra de redivisión.

Las asociaciones tomaron primero la forma de "acuerdo de caballeros" o de "pools", pero a partir de 1880 proliferaron los trusts, en que los accionistas de varias compañías coaligadas entregan la dirección a manos de un directorio único.

No sólo los ferrocarriles y el petróleo irrumpen, con pasos de siete leguas, en esta fase.

En la época de la guerra contra España cinco mil empresas se habían consolidado en 300 trusts o corporaciones (ésta es la denominación propia en Estados Unidos), de los cuales 196 se constituyen entre 1898 y 1902. Sólo las consolidaciones de 1899 suman casi 2.244 millones de dólares, cifra superior a la deuda nacional en ese momento. (164)

(162) *Ibid.*

(163) Kirkland, *op. cit.*

(164) Morison y Commager, *op. cit.*

Las combinaciones más poderosas, aparte de la Standard Oil, son la United States Steel Corp., la Amalgamated Copper Co., la American Sugar Refining Co., la American Tobacco Co., la United States Leather Co., la International Harvester Co., y la Pullman Palace Car Co. Ninguna de ellas poseía un capital inferior a los 50 millones de dólares. (165)

La Western Union obtuvo el monopolio virtual de las comunicaciones telegráficas y la American Telephone & Telegraph Co. —con 250 millones de capital— iba en camino de ocupar el vértice de los gigantes en 1900. En los años siguientes se configuran los dos grandes del automóvil: General Motors y Ford. (166)

Se inaugura la era del auge para el banquero inversor.

A fin de siglo la alianza Standard Oil-Harriman-Rockefeller-City Bank controlaba los ferrocarriles, los metales de cobre y hierro, servicios públicos, etc., y le quitaba el sueño a J.P. Morgan.

En 1908 ya Morgan y el National City Bank se habían unido en un solo grupo financiero, que en 1912 había participado en 67 operaciones, invirtiendo, en conjunto, más de mil millones de dólares. (167) Los *holdings* están en la orden del día.

Los comienzos impetuosos del capitalismo monopolista significan un crecimiento espectacular de las fuerzas productivas y de la riqueza nacional.

CUADRO N° 5

Riqueza Nacional ¹⁶⁸

1850	7 mil millones de dólares
1870	30 mil millones de dólares
1900	88 mil millones de dólares
1912	186,3 mil millones de dólares

(165) *Ibid.*

(166) Kirkland, *op. cit.*

(167) *Ibid.*

(168) J. B. Duroselle, *Política exterior de los Estados Unidos, 1913-1945*. México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

El desarrollo desigual sigue inflando las velas del capitalismo americano. En 1912 la riqueza nacional de Inglaterra era de 79,3 mil millones de dólares, la de Alemania de 77,8 mil millones y la de Francia de 57,1 mil millones. (169)

El Cuadro No. 6 sobre la evolución de la fundición de acero evidencia los efectos del desarrollo desigual en estos años.

CUADRO N° 6

Fundición de acero en millones de toneladas ¹⁷⁰

	1880	1900	1913
Inglaterra	1,3	4,9	7,7
Alemania	0,7	6,4	16,9
Francia	0,4	1,6	4,7
E.E.U.U.	1,2	10,2	31,3

El poderío funambulesco que los trusts fueron adquiriendo y la jungla inhumana, al margen de toda ética, que signaba su loca carrera, levantaron naturales recelos en el pueblo norteamericano.

Su código moral lo resumió H.O. Havemeyer, presidente del trust del azúcar, ante una comisión del Congreso, en 1889: "El negocio no es filantropía... vuestra ética no me importa un comino. No la conozco lo bastante para aplicarla. Como principio para los negocios, os diré que es legítimo sacar de ellos todo lo que sea posible". (171)

La opinión pública en ebullición se tradujo en la ley antitrust, conocida por "Ley Sherman". Pero su aplicación es prueba excelente de la hegemonía que las corporaciones ya ejercen en la vida norteamericana.

Morison y Commager escriben: "...no hay que cargar exclusivamente al poder judicial la responsabilidad del fracaso de la ley contra los trusts. La legislatura claudicó al no enmendar la ley y el ejecutivo al no aplicarla". (172)

Más claro, agua.

(169) *Ibid.*

(170) L. Vladimirov, *La diplomacia de los Estados Unidos durante la guerra hispanoamericana*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1958.

(171) Morison y Commager, *op. cit.*

(172) *Ibid.*

El imperio deudor

Hacia 1897 —vísperas de la guerra con España— las inversiones norteamericanas en el extranjero sumaban un monto nada desdiable. La mitad se concentraba en América Latina.

Su distribución por países y por rubros y su evolución de 1897 a 1914, se exhiben en el Cuadro No. 7.

CUADRO N° 7

Inversiones norteamericanas en América Latina por países en millones de dólares

	<i>Inversiones directas</i>			<i>Total invertido</i>		
	1897	1908	1914	1897	1908	1914
Cuba y Antillas	49	196	281	49	226	336
México	200	416	587	200	672	854
América Central	21	38	90	21	41	93
América del Sur	38	104	323	38	130	366
Total América Latina ...	308	754	1.281	308	1.069	1.649
Total mundial	635	1.639	2.652	685	2.525	3.514

Inversiones norteamericanas en América Latina por rubros en millones de dólares

	1897	1908	1914
Agricultura	58	162	243
Minería	79	303	549
Producción petrolera	5	57	110
Ferrocarriles y servicios públicos	141	162	274
Industrias manufactureras	3	30	37
Distribución	20	37	57
Varias	2	3	11
Totales	308	754	1.281

A diferencia de las inversiones europeas en este período, que en gran parte se dirigían a valores públicos, las norteamericanas se orientan a empresas privadas, principalmente de servicios públicos (ferrocarriles) y explotaciones agrícolas y mineras que exportan al

mercado estadounidense. En materia agrícola el azúcar y las bananas recogen la preferencia. En materia mineral, el oro y la plata y luego el petróleo y el cobre.

Veamos el panorama de la inversión extranjera global en América Latina hacia 1897 y hacia 1914: (174)

CUADRO N° 8

1897:	<i>en millones de dólares</i>
Inglaterra	587 (estimada)
E.E.U.U.	308
1914:	
Inglaterra	3.700
E.E.U.U.	1.700
Francia	1.200
Alemania	900
Otros países	1.000

Sin embargo, y pese a que en 1897 se lanza el primer empréstito extranjero en U.S.A., o sea, que a las inversiones directas empiezan a sumar las inversiones de cartera, el país sigue siendo deudor del capital ajeno.

Hacia el fin del período 1874-1895, las inversiones foráneas se estiman en 3 mil millones de dólares (más de cuatro veces las inversiones americanas fuera de fronteras en 1897). (175)

La balanza de pagos de ese lapso es muy ilustrativa.

(174) *Ibid.*

(175) Hacker, *op. cit.*

CUADRO N° 9

Balanza de pagos para 1873-95 en millones de dólares ¹⁷⁸

	<i>Entradas</i>	<i>(créditos)</i>
Exportaciones de mercaderías y plata	17.231.1	
Exportaciones de oro	809.5	
Fletes ganados	148	
Aportes de inmigrantes	180	
Nuevo capital invertido por extranjeros	1.000	
Total	19.368.6	
	<i>Salidas</i>	<i>(débitos)</i>
Importaciones de mercaderías y plata	14.738.3	
Importación de oro	697.6	
Fletes pagados	708	
Gastos de ciudadanos americanos fuera de frontera ..	770	
Remesas de inmigrantes y varios	440	
Intereses abonados a los inversores extranjeros	1.870	
Total	19.223.9	

En suma, balanza comercial favorable en casi 2.500 millones de dólares, balanza de pagos apenas favorable por 134.7 millones. La razón es la elevada suma pagada por intereses devengados por la inversión extranjera; unas tres veces más que el total de la inversión americana en el exterior.

7. EL PRIMER GEOPOLITICO: ALFRED THAYER MAHAN

El estudio de la gravitación determinante de la geografía sobre la política puede rastrearse muy lejos, pero es a fines del XIX y prin-

cipios del XX cuando realmente se consolida como disciplina diferenciada y cultivada con ahínco.

En rigor, el término "geopolítica" fue creado por el profesor sueco Rudolf Kjellen, pero en general, se considera su fundador al alemán Federico Ratzel.

Lo cierto es que en esos años, montados sobre el filo del cambio de siglo, se aglomeraban los más reputados teóricos en la materia.

No es una casualidad que sea en ese lapso, precisamente, que el imperialismo madure hacia su plenitud. La geopolítica nace vinculada a la expansión imperial de las magnas potencias. Cada imperio tiene su maestro geopolítico.

El imperio inglés a Halford J. Mackinder; el imperio alemán exhibe una galería de ellos, hasta culminar con Karl Haushofer en la era nazi. También los Estados Unidos poseen su riguroso sistematizador y teórico del "destino manifiesto", su primer geopolítico de la época de la "diplomacia del dólar": el Almirante Alfred Thayer Mahan, nacido el 27 de setiembre de 1840 en la academia militar de West Point, donde su padre era afamado catedrático y entusiasta admirador de Napoleón Bonaparte.

Su vocación lo llevó a la marina y allí hizo una carrera sin sobresaltos ni resplandores. Fue guardiamarina en 1856 y se retiró como capitán de navío en 1896; en 1906 fue designado almirante de la reserva. Murió el 1 de diciembre de 1914. (177) Tal vez su *capo lavoro* sea *The influence of Sea Power upon history*, su primer libro, publicado en 1890. También escribió una obra sobre la influencia del poder naval en la Revolución Francesa y durante el Primer Imperio, una vida de Nelson y más de 150 artículos.

Toda una generación de políticos, estadistas, intelectuales y periodistas, partidarios vehementes de la expansión imperial norteamericana, fueron sus discípulos. Entre ellos, Henry Cabot Lodge y Theodore Roosevelt son los más destacados.

Es esta influencia sobre los "mandarines" de la política americana lo que transforma el mahanismo en la verdadera doctrina de la segunda época del "destino manifiesto". A tal punto, que J.B. Duroselle habla, con acierto, de una "Era de Mahan". (178)

(177) J. B. Duroselle, *Política exterior de los Estados Unidos. 1913-1945*. México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

(178) *Ibid.*

Pero el almirante es hijo de su tiempo, condicionado por las grandes coordenadas que enmarcan el poder imperial en esos intensos años. Entre ellas, dos sobresalientes: el principio del "equilibrio de poderes" y la hegemonía mundial del imperio británico.

Quieras que no, Mahan es hombre del "siglo victoriano"

El equilibrio de poderes

Nicholas J. Spykman escribe: "Desde el Renacimiento y la Reforma, el equilibrio del poder ha venido siendo tema predilecto de especulación de los filósofos políticos de Europa.

"Cuando el Emperador y el Papa dejaron de ser las piedras angulares del orden político del Viejo Continente, se comenzó a buscar un nuevo principio integrador, y se encontró el «Equilibrio de poder», que se convirtió en tema de cultas disertaciones". (179)

Pero, en definitiva, los supuestos esenciales del equilibrio de poderes no maduran hasta el siglo XIX. Ellos son:

a) El triunfo del capitalismo industrial y sus inherentes e incontenibles tendencias expansivas. Ninguna de las ásperas querellas, ni de las feroces guerras de esta época entre las potencias, pone en cuestión la vigencia del capitalismo.

Napoléon, vencido en Moscú, sólo tiene una posibilidad: un incendio campesino, una turbulenta *jacquerie* al estilo de la rebelión de Pugatchef en tiempos de Catalina II. Pero lo detiene el miedo al desborde *sans-culotte*, lo paraliza el recuerdo de la república igualitaria y pequeño burguesa de Robespierre. Por ningún motivo se propone atentar contra los cimientos del sistema que él expresa. Prefiere retirarse hacia su ocaso irreversible. Después de la Primera Guerra Mundial, los magnates de las finanzas de la City y Wall Street proveen generosamente a los reaccionarios germanos —sus enemigos a muerte de la víspera—, con tal de salvarlos de la revolución proletaria.

b) La existencia de varias potencias capitalistas independientes, expansivas y con cierta equivalencia en sus posibilidades.

(179) Nicholas J. Spykman, *Estados Unidos frente al mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

Es que, como tan bien lo expresa Spykman: "...la política de equilibrio de poder, es en primer término una política para uso de grandes potencias. Los pequeños estados, a menos que se unan entre sí, no pueden ser más que pesas de la balanza usada por otros.

Pero aun siendo más bien postores que jugadores, no por ello estarán menos interesados en el desenlace de la partida. El pequeño estado es un vacío en el área de alta presión política.

No vive por razón de su propia fortaleza, sino porque nadie necesita su territorio o porque su conservación como estado amortiguador o como pesa en la balanza del equilibrio de poder interesa a otra nación más poderosa". (180)

¿En qué consiste, en fin, la política del equilibrio de poderes?

Spykman responde: "Se codicia aquella forma de equilibrio que, *neutralizando* a los demás estados, deje al nuestro *en libertad para ser la fuerza y la voz que decidan*" (Los subrayados son nuestros). (181)

La enconada puja entre las potencias imperiales, que por dos veces llevó a millones de hombres al matadero, no sólo se produce por acrecer sus áreas coloniales, sus zonas de influencia, sino, también, por retener en sus manos las riendas, el timón del equilibrio de poderes.

Ese rol lo cumplió Inglaterra desde su revolución industrial hasta la primera guerra mundial; es el siglo de la Paz Británica.

Luego fue ardorosamente disputado, hasta que los Estados Unidos se alzaron con él en la segunda guerra.

Pero en los años de la "diplomacia del dólar", durante la "era Mahan", Gran Bretaña seguía en el pináculo, jugando, con maestría, los envites del equilibrio de poderes.

Por entonces, era el emporio industrial del mundo; economía exportadora por excelencia, vende fuera de fronteras el 70% de las manufacturas que produce. Para ella exportar es vivir. Por otro lado, es un pequeño territorio insular, pero dotado de una ubicación geográfica excepcional.

Situada en pleno hemisferio Norte, escenario principal de la historia, campo concentrado de las máximas fuerzas históricas, se

(180) *Ibid.*

(181) *Ibid.*

interpone entre la masa continental de Europa y los Estados Unidos. Ninguna potencia europea puede atacar el hemisferio occidental sin su ayuda o su conquista. Y lo mismo ocurre a la inversa, para un posible ataque americano sobre Europa.

Esta, desde el punto de vista del poder marítimo inglés, se encuentra encerrada dentro de un triángulo cuyo vértice es el Peñón de Gibraltar. El lado occidental de ese triángulo mira hacia las Islas Británicas, ubicadas más o menos a mitad de camino del litoral que se extiende desde el Cabo Norte a Marruecos.

Del interior de ese triángulo puede salir, y ha salido, la potencia capaz de desafiar la supremacía ultramarina de Gran Bretaña.

Los intereses del imperio inglés, de los cuales no es el menor el normal funcionamiento de la economía liberal, determinan la política británica.

Por un lado, procura controlar las llaves de las rutas marítimas. Las bases de Alejandría, Malta y Gibraltar le aseguran la ruta del Mediterráneo que conduce al Océano Atlántico. La isla de Chipre y la tutela sobre Egipto (a partir de 1882) le aseguran la ruta del Canal de Suez que lleva al Mar Rojo y al Océano Índico. Era ésta lo que solía llamarse la *life line* (línea de vida) para el Reino Unido, ya que conduce directamente a su mayor posesión, la India, y, más tarde, al petróleo del Medio Oriente. Las islas Shetland y sus propias costas le aseguran el control de las salidas del Mar del Norte al Océano Atlántico. Y así podríamos seguir describiendo esta estratégica red de bases y estaciones carboneras que cubre todo el orbe.

Por cierto que no fue construida en un día. Tres guerras victoriosas en el siglo XVIII, la de la sucesión española, la de la sucesión austríaca y la de los siete años que culminan en tres trabajosos y elaborados acuerdos —la Paz de Utrecht, la Paz de Aquisgrán y la Paz de París—, diseñaron la trama principal de aquélla.

Y también concurrieron a montar el complejo dispositivo equilibrante, de pesas y contrapesas, estados amortiguadores y cuñas oportunas, con que Londres se aísla de los conflictos intracontinentales y a la vez mantiene la mano en su pulso, para guiarlos siempre al equilibrio.

En efecto, la situación óptima, para los ingleses, es mantener en equilibrio y rivalidad tal a las potencias continentales, de modo que en la tarea de vigilarse y compensarse mutuamente se desgastan.

ten, y nada les sobre para disputar la hegemonía británica en las tierras de ultramar y en las rutas oceánicas.

En la época del imperialismo la clave de ese equilibrio radicaba en la relación Francia-Alemania. Dos expedientes utilizó el Foreign Office para lograrlo: a) Las alianzas pendulares, los cambios continuos de aliados que hicieron proclamar a un Canciller inglés que "Gran Bretaña no tiene amigos permanentes, sino intereses permanentes" y que le valieron el título poco halagador de la "perfidie Albion".

En efecto, cuando surge una potencia continental que logra superar la telaraña del equilibrio de poderes y desafiar el poder marítimo inglés, Londres la enfrenta buscando "un soldado afortunado en Europa", o financiando coaliciones contra el enemigo. (182)

Pero en cuanto lo ha vencido y el peligro ha desaparecido, cambia de aliados. Se acerca al perdedor para evitar que el triunfador—su socio de la víspera— crezca demasiado y sea la próxima potencia retadora.

Así la banca de Lombard Street financió ocho coaliciones contra la Francia bonapartista (sólo en la última, pelearon soldados y generales británicos; lo que demuestra que las brasas quemaban) hasta reducirla. Prusia y Austria fueron pilares de las mismas. Pero en 1914 se ligó con Francia para enfrentar al Imperio Alemán, asistido por el Imperio Austro-Húngaro.

c) El otro expediente fueron los "estados taponés". Países que reúnen cuatro condiciones:

1) Constituyen una cuña entre dos grandes potencias y garantizan el equilibrio de la región. Basta que una de esas potencias lo conquiste, o se asocie con él, para que aquélla se destruya.

2) Son la llave de alguna gran vía fluvial.

3) No son demasiado grandes, para que no puedan desprenderse de la protección, ni de la guía inglesa.

4) Ni demasiado pequeños, que no puedan funcionar como estado independiente.

(182) Vivian Trás, *La crisis del dólar y la política norteamericana*. Barcelona, Península, 1971.

Los Países Bajos en Europa y el Uruguay en el Río de la Plata son ejemplos conspicuos de "Estados Tapones".

Todo este complicado y sutil edificio se basa en el poder marítimo británico.

En los tiempos de paz —clima óptimo para la economía liberal digitada desde la City—, la flota del Reino Unido debe ser lo suficientemente fuerte como para batir a las flotas combinadas de las demás potencias.

Las ideas de Mahan

La clave de la concepción de Mahan es el "poder marítimo" (*Sea Power*).

Escribe Duroselle: "Para Mahan, el poderío durable, esencial, es el poder marítimo.

"A la larga, el que domina los mares vence siempre. La supremacía mundial de Inglaterra —notable en la época victoriana— se debe al hecho de que Inglaterra es dueña del mar. Al decir «poderío naval», Mahan no entiende sólo la superioridad en la marina de guerra. Para él, existe una relación indisoluble entre marina de guerra poderosa, comercio marítimo y colonias. Un país adquiere colonias si tiene una fuerte marina.

"Las colonias —bases o fuentes de riqueza económica— incitan al tráfico comercial por mar y la amplitud de la marina mercante contribuye a fortalecer la marina de guerra. Todo, la fuerza y la riqueza, se deriva, pues, del poderío marítimo". (183)

El mahanismo es una reacción radical, con respecto a la tesis predominante desde el fin de la guerra civil— que no es otra cosa que la herencia teórica de las ideas napoleónicas—, acerca de que el eje del poder militar es el ejército de tierra. Su padre enseñó esa doctrina. Era —según dijimos— admirador de Bonaparte.

Pero el ejemplo, para el hijo, es Inglaterra. Dedicó su obra a evitar que la Unión sea ganada por una especie de "pereza" naval (Duroselle). (184)

(183) Duroselle, *op. cit.*

(184) *Ibid.*

Cree en la grandeza de su nación y predica el egoísmo nacional: "El interés egoísta (*self interest*) es un objeto no sólo legítimo, sino fundamental para la política nacional... Resulta vano esperar que los gobiernos actúen permanentemente con fundamentos distintos del interés nacional. No tienen derecho a hacer otra cosa". (185)

¿Cuál es el interés de los Estados Unidos?

El ideal de la frontera ha caducado, pero no por eso debe detenerse el impulso expansivo de la nación. Hay que ir más allá de las fronteras continentales, adquirir bases, conquistar colonias.

Ese es el nuevo sentido del "destino manifiesto".

Debe ponerse en marcha el ciclo del éxito; marina fuerte-colonias-flota comercial.

Es la lección de Europa: "Los armamentos de los Estados europeos se constituyen menos para su protección contra la conquista que para asegurarse ellos mismos la mayor participación posible en las regiones inexploradas o imperfectamente explotadas del mundo". (186)

De acuerdo a este esquema, la expansión imperial norteamericana, es, según Mahan, un hecho "natural".

Su principal y primera preocupación son las bases y estaciones carboneras; la infra-estructura imprescindible para una gran flota. En 1911 reclama: "una marina tan fuerte como cualquiera, con excepción de la marina británica". Comenta Duroselle que esa "reserva se debe a su realismo, no a su falta de ambiciones". (187)

La idea clave de la estrategia naval de Mahan es una fuerte marina de guerra concentrada en *un solo océano*. El corso es un recurso secundario y la defensa "lineal" de las costas le parece una propuesta absurda y riesgosa.

La guerra ruso-japonesa de 1904-1905 sirve de apoyo a su tesis. Rusia dividió su flota en dos: la del Pacífico y la del Báltico. De esa forma Japón derrotó primero a la del Pacífico y luego a la del Báltico en Tsoushima.

A la luz de tales reflexiones, el canal interoceánico se torna imprescindible, vital.

(185) *Ibid.*

(186) Citado por Duroselle, *op. cit.*

(187) Duroselle, *op. cit.*

Mahan entiende que en las circunstancias finiseculares, debe concertarse un equilibrio naval norteamericano-japonés en el Pacífico. Pero es intransigente en cuanto a la hegemonía de la Unión en el Golfo de México y en el Mar de las Antillas. El Mar Caribe debe ser, para los americanos, un "Mare Nostrum".

No puede tolerarse ninguna estación carbonera extranjera a menos de 300 millas de San Francisco. "Esta debe ser una resolución inviolable de nuestra política exterior", (188)

La prédica de Mahan produjo frutos tangibles. A partir de la disputa por las islas Samoa —1889-1890— la política de Washington se orienta, decididamente, hacia la construcción de una poderosa flota de guerra. Por entonces la marina de guerra de U.S.A. era la sexta del mundo con 122.000 toneladas, y por debajo de la inglesa con 802.000 toneladas, de la de Francia con 515.000, de la rusa con 246.000, Italia con 203.000 y Alemania con 188.000. El secretario de Marina, Benjamín F. Tracy —sin duda mahanista—, dirige un vasto plan de construcciones navales. En 1900 la marina norteamericana ocupa el cuarto lugar, por encima de Italia y de Alemania. Bajo la presidencia de Theodore D. Roosevelt pasa al tercer lugar, pese al gran esfuerzo alemán. En 1907 es la segunda, con 611.000 toneladas.

Sigue en ese sitio hasta 1911.

El presupuesto naval trepa de 21 millones de dólares en 1885 a 31 millones en 1891, 104 millones en 1906 y 137 millones en 1907. (189)

El mahanismo sufre un eclipse durante la administración Wilson, cuando éste prohíbe a los oficiales de marina —en actividad o retiro— expresar sus opiniones en materia política o militar.

El presupuesto naval desciende a 127 millones y se pierde la meta mahanista: "second to none but British". Se afirma que todo ello precipitó la muerte de Mahan.

Pero después de la guerra, sus ideas retornan al primer plano y su consigna, "second to none", conduce la política naval; la cifra destinada a la marina se multiplica por dieciocho.

Cabot Lodge y Roosevelt fueron los más ardientes discípulos

(188) Citado por Duroselle, *op. cit.*

(189) Duroselle, *op. cit.*

del gran geopolítico y los más entusiastas ejecutores de sus ideas, el primero como miembro de la comisión de marina de la Cámara de Representantes y el segundo como subsecretario de marina de McKinley y luego como Presidente. El periplo de la flota americana por el Pacífico, de 1907 a 1909, destinado a inquietar al Japón, fue ordenado por Roosevelt con el apoyo de Mahan.

En los artículos reunidos en el libro *El interés de América en la potencia marítima*, desarrolla la idea de redistribuir las áreas coloniales en favor de Estados Unidos y postula el aprovechamiento de las contradicciones entre las demás potencias para incrementar el comercio exterior, la exportación de capitales y la conquista de nuevos mercados. (190)

Mahan es la estrella mayor de una constelación de teóricos de la expansión imperial norteamericana, en que también se destacan el profesor John W. Burgess y el sociólogo Frank H. Giddings. (191)

El siguiente párrafo de un artículo de Henry Cabot Lodge sintetiza vivamente las aspiraciones inmediatas del joven imperio:

"Desde el Río Grande hasta el Océano Artico no debía haber más que un país y una bandera [...] En interés de nuestro comercio [...] debíamos construir el canal de Nicaragua y, para proteger dicho canal y mantener nuestra supremacía comercial en el Pacífico, debíamos controlar las islas Hawaii y mantener nuestra influencia en Samoa. Inglaterra ha sembrado las Antillas de plazas fuertes que son una amenaza constante a nuestra navegación atlántica. Debíamos tener en aquellas islas al menos una fuerte estación naval y, cuando el canal de Nicaragua esté listo [...] Cuba será una necesidad [...]. Los tiempos modernos tienden a la consolidación. Los Estados pequeños pertenecen al pasado y no tienen porvenir. Las grandes naciones están absorbiendo rápidamente, para su defensa actual y su futura expansión, todos los espacios libres de la tierra.

"Es un movimiento en bien de la civilización y del progreso de la raza. Como una de las grandes naciones del mundo, los Estados Unidos no pueden apartarse de este camino". (192)

(190) L. V. Vladimirov, *La diplomacia de Estados Unidos durante la guerra hispano-americana*. Moscú, Ed. en Lenguas Extranjeras, 1958.

(191) Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

(192) Citado por Morison y Commager, *op. cit.*

8. CUBA: LA PERLA Y LA PRESA

La guerra hispano-norteamericana es el episodio central del primer pujo expansionista de la Unión fuera del territorio continental. Pero antes de abordar su análisis, son necesarias algunas precisiones preliminares.

En primer lugar, esta segunda etapa del "destino manifiesto" responde a una nueva estructura de la formación económico-social de U.S.A. Ahora es una sociedad predominantemente industrial y en la fase monopolista del capitalismo.

La tendencia imperialista del capitalismo monopolista es un tema agotado por los textos clásicos: Lenin e Hilferding en primera fila. Lo que nos exime de ocuparnos de ella.

Sin embargo, se ha cuestionado el carácter de "necesidad económica" del expansionismo americano finisecular. Es tópico que merece atenta consideración.

Estrategia geopolítica y monopolios en el pujo imperialista de Estados Unidos a fines del siglo XIX

Hasta 1876 la balanza comercial americana fue deficitaria. A partir de entonces, fue casi continuamente favorable.

Además, y según quedó dicho, la exportación de manufacturas adquiere creciente gravitación.

En 1865 el volumen del comercio exterior era de 404 millones de dólares y en 1890 ha ascendido a 1.635 millones. En 1897 había 308 millones de dólares invertidos fuera de fronteras.

De ahí que sea corriente la interpretación de que el capitalismo norteamericano ya no cabía dentro de su territorio, requería imperiosamente derramarse hacia fuera para colocar excedentes, que cada vez tropezaban con mayores dificultades para invertirse en el mercado interno.

A ella se afilian autores justamente encumbrados, como Scott Nearing y Joseph Freeman. (193)

Sin embargo, en 1900 la riqueza total del país cifraba 88 mil millones; o sea, que las inversiones en el exterior eran apenas el 0,0000035% de ese monto.

En cuanto al total del comercio exterior, era un porcentaje ínfimo de la riqueza nacional; alrededor del 0,02%.

Sobre la base de estos cálculos se afirma que el imperialismo norteamericano se inicia como consecuencia de la propaganda chauvinista, (194) del jingoísmo (195) delirante de la prensa, de la demagogia sin frenos de ciertos políticos, pero que no enraíza hondamente en las estructuras económicas de la sociedad.

La verdad es que el eje del imperialismo son los intereses económicos del capitalismo monopolista, pero éstos, para obtener satisfacción, requieren cumplir determinados objetivos políticos y estratégicos imprescindibles.

No hay duda de que la estrategia, la geopolítica, son esenciales en el primer pujo imperial-monopolista de la Unión.

Su territorio nacional posee extensas costas en ambos océanos, pero sólo puede comunicarse, conectarse entre sí por tierra o por el lejano Cabo de Hornos. Desde el punto de vista económico y militar ello significa una real y muy peligrosa debilidad. La necesidad de un canal ístmico que una al Pacífico con el Atlántico y permita una rápida movilidad de la marina de guerra, así como su concentración en el sitio conveniente (tesis clave de Mahan) se hizo vital, como el agua para el sediento, cuando la economía industrial norteamericana maduró. La guerra civil mostró la debilidad estratégica que significa esa incomunicación marítima, así como la avalancha hacia California que produjo el descubrimiento del oro probó la insuficiencia económica y política que de ella derivan.

Una ojeada al mapa del Mar Caribe demuestra que un canal ístmico, sin la hegemonía político-militar de U.S.A. en el área, no significaría más que un aumento de su flaqueza estratégica. En efecto, la nación quedaría a merced de la flota de guerra inglesa.

(193) Scott Nearing y Joseph Freeman, *La diplomacia del dólar*. La Habana, Ed. El Faro, 1961.

(194) De Nicolás Chauvin, soldado de Napoleón de patriotismo exacerbado.

(195) De la exclamación "By jingo!", nombre que dan, en Inglaterra y Estados Unidos a los patrioterros exagerados.

El Reino Unido posee las Bahamas, que controlan el acceso por el estrecho de La Florida, importantes posesiones en las Antillas y las Guyanas, que custodian el otro paso desde el Atlántico. A ello debe agregarse Jamaica, la Malta del Mediterráneo americano, y Honduras Británica.

Un canal istmico que asegure la interconexión de ambas costas atlánticas de los Estados Unidos, que complete sus circuitos mercantiles *internos*, que fortalezca adecuadamente sus defensas militares, exige bases y posesiones (directas o indirectas), que implican la hegemonía indiscutida de la Unión en el Caribe. Una vez que el territorio continental fue colonizado, que el capitalismo industrial triunfó, que se agotó la frontera del oeste, el Mar Caribe debe ser un "Mare Nostrum" *indispensable* para la nación.

Motivaciones estratégicas y geopolíticas primordiales en la primera explosión imperial-monopolista norteamericana, pero cuyas raíces son, precisamente, las necesidades económicas del sistema.

Por otra parte, el desarrollo desigual otorga a los trusts una incidencia decisiva en la política interior y exterior.

El comercio y las inversiones relativas a Cuba no son esenciales para el conjunto de la economía americana, pero son fundamentales para los trusts azucareros, y éstos pesan incontrastablemente en el Departamento de Estado y en la política militar del país.

La redistribución de las colonias antes de la I. guerra mundial

L. Vladimirov acierta cuando afirma que la guerra hispanoamericana de 1898 es la primera guerra de redivisión colonial de la época imperialista. (196)

Desde el último cuarto del siglo XIX a 1914 hay un dramático *crescendo* en las rebatiñas interimperialistas, una pugna de vida o muerte entre las potencias satisfechas (con amplios imperios coloniales) y las insatisfechas, sin suficientes colonias y por eso mismo, retadoras.

El clímax del proceso es la primera guerra de redivisión, en que millones de muertos y mutilados pagan la voracidad insaciable de los monopolios.

(196) L. Vladimirov, *La diplomacia de los Estados Unidos durante la guerra hispano-americana*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1958.

La primera guerra es el acontecimiento axial de una larga e intensa época crítica del sistema monopolista-imperialista.

Pero, en rigor, se llega a aquélla por etapas, a través de otras fases o instancias críticas en que se va preparando el gran holocausto final.

Una de ellas, la más próxima a la guerra mundial, su antesala, es la que transcurre, aproximadamente, entre 1910 y 1914. Sus hechos principales son la crisis económica de 1913, las dos guerras balcánicas, la revolución mexicana, la revolución china, etc.

Pero la primera época crítica, la que inaugura el *molto vivace* hacia la guerra, discurre desde mediados de la década 1890-1900 hasta fines de la década 1900-1910.

Sus hechos principales son la guerra chino-japonesa de 1895, la crisis económica de 1892-96, la guerra hispano-norteamericana de 1898, la crisis económica de 1900, la rebelión boxer en China, la guerra anglo-boer, el incidente de Fashoda que enfrenta a Gran Bretaña y Francia en África, la guerra ruso-japonesa de 1904-05, la revolución rusa de 1905, la crisis económica de 1907, etc.

En ambas épocas críticas previas a la primera guerra mundial de redivisión se producen guerras coloniales como la chino-japonesa, o la anglo-boer, insurrecciones antiimperialistas como la revuelta boxer en China y guerras de redistribución colonial en que las nuevas y pujantes potencias cuestionan las áreas de influencia colonial de los viejos imperios. Por supuesto, los primeros perdedores en esta terrible vigencia de la ley de la selva entre las potencias son los eslabones más débiles; los antiguos imperios en decadencia como los de España y Turquía, duramente golpeados en la guerra hispano-americana y en las guerras balcánicas. Pero también la derrota del imperio ruso en la guerra con Japón exhibe ese carácter.

Otro aspecto del proceso es que el mayor y más agudo cuestionamiento afecta al imperio inglés, potencia dominante durante muchos años y la más vasta área colonial de la historia hasta entonces.

Ello resulta fundamental para explicar la facilidad con que Estados Unidos derrotó a España y se alzó con un espléndido botín.

Para convertirse en la potencia hegemónica del Caribe, U.S.A. debe retar y vencer la supremacía británica en la zona.

Por el tratado Clayton-Bulwer de 1850, según el cual ambas

naciones se comprometen a no ejercer dominio exclusivo sobre el canal istmico que ha de abrirse, Londres frena la expansión norteamericana hacia el sur.

En definitiva, la victoria contra España y más tarde el episodio panameño, son sucesos que no hubieran ocurrido sin antes destruir el compromiso Clayton-Bulwer, lo que acaeció en dos fases.

Ahora nos interesa la primera, que nace con la disputa entre Inglaterra y Venezuela por los límites con la Guayana Británica.

Los ingleses habían duplicado su territorio colonial *de facto* a expensas de Honduras, merced a la debilidad adolescente de los Estados Unidos. Corrían los años de 1823 a 1836.

Otro gallo ha de cantar cuando pretendan hacer lo mismo a costa de Venezuela, a fines de la década de 1880-90.

Londres se vio acicateado por el descubrimiento de oro en la región y por su afán de controlar la desembocadura del río Orinoco. En 1886 reclamaba un territorio 40% más grande que el que poseía en 1885. (197) Washington se opuso, sin mucho fervor al principio. Era un desafío a la "Doctrina Monroe", pero más de una vez había cerrado los ojos ante situaciones similares. La administración demócrata de Cleveland no expresaba cabalmente los nuevos y vigorosos intereses imperialistas que despertaban ávidamente en la nación, como pichones hambrientos.

Pero la presión monopolista era fuerte y creciente.

Washington reclamó, ante el pedido de ayuda de Caracas, que el litigio se sometiera a arbitraje. Londres se negó.

La prensa chauvinista puso el grito en el cielo y el clima antibritánico se fue enardeciendo. El Secretario de Estado, Olney, definió la Doctrina Monroe como "de legislación pública norteamericana" y alardeó audazmente: "...además de todas las otras razones, sus infinitos recursos unidos a su posición aislada hacen (de los EE.UU) que domine la situación y que sea prácticamente invulnerable contra todas las demás potencias.

"Todas las ventajas de esta superioridad se ponen a la vez en peligro si se admite el principio de que las potencias europeas pue-

(197) Samuel Flagg Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

den convertir estados americanos en colonias o provincias suyas". (198)

Ya no se trata de motivaciones éticas, ni de principios; se trata, lisa y llanamente, de la fuerza, del poder. Hacía muy poco que U.S.A. podía usar tal lenguaje.

Lord Salisbury demoró la respuesta y luego declaró que en este caso la "Doctrina Monroe" no era aplicable. Cleveland reaccionó con rapidez llevando el tema al Congreso y poniendo el asunto en incandescencia, con el apoyo entusiasta de Theodore Roosevelt y de Cabot Lodge. Hasta el profesor Woodrow Wilson aprobó su conducta.

La opinión pública se indignó y el reto bordeó los límites del conflicto.

En Londres cundió la alarma. Jaqueada por Rusia en el Lejano Oriente, por Francia en Africa, con la noticia del telegrama solidario del Kaiser al Presidente Kruger de los boers, lo que menos deseaba el León británico era una guerra con Estados Unidos. Lord Salisbury capituló y accedió al arbitraje.

De ahí en adelante, el gobierno británico procurará concretar una alianza con la nueva y audaz potencia.

Renunció al equilibrio de poderes en el Caribe y cedió el terreno a los U.S.A.

Disraeli había sido profético; en 1856, refiriéndose a EE.UU. expresó: "Es un deber del hombre de Estado reconocer la necesidad de un aumento en el poder de dicho país". (199)

La Unión salió triunfante y con las manos libres en las Antillas.

S. Flagg Bemis escribe: "La aceptación de la doctrina Monroe bajo esas circunstancias por la mayor potencia naval del siglo dio a aquélla un prestigio y una fuerza sin precedentes". (200)

La verdad es que los ingleses demostraron sagacidad, perspicacia para la apreciación del futuro. Comprendieron que la real potencia insatisfecha era Alemania y, por ende, que su desafío era

(198) Citado por Flagg Bemis, *op. cit.*

(199) Citado por Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*. La Habana, Casa de las Américas, 1968.

(200) Flagg Bemis, *op. cit.*

irreducible por vías diplomáticas. En cambio, las necesidades americanas no pasaban, entonces, del Caribe. Cediendo allí, tendría a los yanquis, satisfechos, al lado de las potencias cuestionadas. Cuando en 1917 la Unión entró en la guerra contra los Imperios Centrales y al lado de la madre patria, se probó la sabiduría británica.

La guerra hispano-americana

Desde los tiempos de Jefferson, Cuba se consideraba comprendida en la esfera de influencia norteamericana.

John Quincy Adams escribió: "Al examinar el curso probable de los acontecimientos difícilmente puede resistirse la convicción de que la anexión de Cuba a nuestra república federal se hace indispensable para la continuidad y la integridad de la unión misma". (201)

Los antecedentes, las tentativas de compra de la isla, los manifestos anexionistas (como el de Ostende), etc. constituyen un verdadero *embarras de richesse*.

Por otra parte, la soberanía española estaba seriamente deteriorada. La larga, extenuante decadencia del anacrónico imperio español se prolongaba desde el siglo XVII. Ahora vivía su crepúsculo sangriento, tratando de reprimir ferozmente los anhelos independentistas del pueblo cubano.

En 1868 estalló una revolución que se prolongó hasta 1878, en medio de cruentos sucesos, de heroicidades asombrosas y crueldades repudiables de los opresores.

Esa década terrible forjó, a golpes de yunque, la conciencia nacional cubana. En ella crecieron hacia la leyenda sus grandes libertadores.

El general Máximo Gómez, dominicano de nacimiento, cubano por decisión propia y entrañable, genio de la guerra popular, emerge de la guerra perdida como el caudillo militar indiscutible.

Extraña combinación de coraje, fiereza y ternura, cuando años después sale, con José Martí, de su casa en Monte Cristi, en las

(201) Citado por Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, en *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

sombras de la noche, para embarcarse hacia la nueva aventura libertaria de Cuba, su esposa le pide que bese a su hijita. "No, respondió, porque es un crimen turbar el sueño de los niños". (202)

Antonio Maceo, mulato, pequeño propietario, tenía 23 años cuando Carlos Manuel Céspedes se rebeló en "La Demajagua". Era arriero y entró en la guerra, como soldado. Aprendió a combatir con Gómez y junto a él creció en la admiración popular. No cedió ante la derrota del 78. Bajo unos mangos de Baraguá reunió hombres para seguir la pelea. Fue la "Protesta de Baraguá", que encendió a los cubanos y lo rodeó de un prestigio místico.

Los negros de Cuba lo llamaban el "general Antonio". Murió en 1896, en un encuentro sin importancia. Pero ya su acción y su mito habían calado muy hondo en la historia de Cuba.

La "perla antillana" había madurado para la independencia, para la soberanía plena. Poseía tradiciones heroicas, muchos muertos que recordar, caudillos inconfundibles y capaces, sufrimientos insoportables y cadenas corroídas que ya no podían sujetarla.

Si los Estados Unidos no hubieran intervenido, es más que probable que su pueblo hubiera triunfado igual. Con más sacrificios, con más años de lucha, con más dolores, pero hubiera sido verdaderamente libre.

En la contienda de 1868-78 los americanos no intervinieron, ni se entusiasmaron. Pese a que también fue asesinada una tripulación suya, la del *Virginius*.

¿Qué diferencia hay entre la capacidad desencadenante que tuvo el *Maine* y no tuvo el *Virginius*?

En general, el triunfo irreversible del capitalismo monopolista en la Unión.

En particular, que en 1895 había 50 millones de dólares invertidos en la isla y el comercio con ella superaba los 100 millones. Sobre todo, que los intereses del trust azucarero no podían prescindir de los cañaverales cubanos.

El ministro norteamericano en Madrid confesó: "La industria azucarera de Cuba es tan vital para nuestro pueblo como lo son para la Gran Bretaña el trigo y el algodón de la India y Egipto". (203)

(202) Juan Bosch, *Cuba, la isla fascinante*. Santiago, Ed. Universitaria, 1935.

(203) Citado por Morison y Commager, *op. cit.*

La insurrección cubana de 1895 se inscribe en la crisis de esos años. Fue precipitada por las nuevas tarifas proteccionistas de Estados Unidos sobre el tabaco y el azúcar cubano. La tarifa Mc Kinley elevó los derechos sobre el tabaco y el azúcar y abolió los que gravaban al azúcar crudo.

El golpe fue duro para los cultivadores de tabaco, pero estimuló la extensión de las plantaciones de caña en la isla.

De 1889 a 1894 la producción de azúcar creció de 630.000 a 1.044 millones de toneladas. Pero la tarifa Wilson, consecuencia de la crisis económica 1892-96, impuso al crudo tarifas hasta del 40% y el mercado azucarero se desplomó.

El precio del azúcar había sido de 18 centavos en 1884 y bajó a 2 centavos en 1895. (204)

Tal fue el gatillo, el detonante de una situación explosiva por razones de fondo.

La economía isleña quedó derruida luego de la guerra de "los diez años" y apenas si se había recuperado cuando las nuevas tarifas la sumieron de nuevo en la ruína.

Las contradicciones profundas entre las masas populares, la incipiente burguesía local y la oligarquía española dominante asociada a la rígida administración de la metrópoli, fueron agudizadas a temperatura de estallido. Las viejas tensiones hirvieron. El nacionalismo, ya maduro, barrió la isla y la guerra de liberación se renovó con pasión y fiereza.

Es una revolución singular, que no puede asimilarse a las luchas independentistas de la década 1810-1820. Participa, más bien, de los rasgos de las nuevas insurgencias de los pueblos colonizados en el siglo XX. El antiimperialismo ha dejado de ser una noción vaga, confusa, intuitiva. José Martí se ha encargado de ello. Formidable e infatigable organizador, orador de palabra mágica, ideólogo inspirado, iluminó el caudillaje popular de Gómez y Maceo.

Para Martí resulta muy claro que el enemigo no es sólo el carcomido y reumático imperio español. Conoce muy bien el riesgo del naciente imperialismo yanqui:

Viví en el monstruo y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David" (205)

'Una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella? ¿Ni por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera —no del pueblo que es, propio y capaz— sino como una nacionalidad artificial creada por razones estratégicas? Bases más seguras quiero para mi pueblo'. (206)

Es un nacionalista empecinado, ama lo suyo: "El vino, de plátano; y si sale agrio ¡es nuestro vino!" (207)

Ha percibido, con sagacidad, que el destino de una real patria soberana para su isla, no puede deslindarse de la Patria Grande: la de Bolívar, San Martín y José Artigas.

Para Cuba, más que para cualquier otra nación latinoamericana esto es cierto, puesto que está a un paso del coloso del norte, ya que aquel poderoso polo magnético la envuelve en su campo de fuerzas

el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana..." (208)

A la vez, el pueblo norteamericano, movido por su tradicional democratismo, por el ideal fundador, es una fuente de ayuda preciosa para los revolucionarios. Martí crea el Partido Revolucionario Cubano y es esta activa organización la que reúne fondos, propaga las reivindicaciones legítimas de los cubanos, denuncia las atrocidades del opresor, edita un periódico, compra armas, adiestra combatientes. Los intereses imperiales dejan hacer. Piensan utilizar hábilmente fuerza tan diligente y prestigiosa.

Con la madurez del imperio ha nacido la prensa "amarilla" jingoísta, inescrupulosa en la explotación del patrioterismo y repugnante en el uso mercantil de los padecimientos del guajiro. Pugnando por ensanchar sus tirajes, Pulitzer y Hearst remueven a

(205) Citado por Emilio Roig de Leuchsenring en *Martí, antiimperialista*. La Habana.

(206) Leuchsenring, *op. cit.*

(207) Citado por Leuchsenring, *op. cit.*

(208) *Id.*

funde las emociones populares del norteamericano medio, al tiempo que predicán el expansionismo como sinónimo de grandeza nacional.

El siguiente editorial del *Post* es un paradigma de ese tipo de periodismo:

"Una nueva conciencia parece haberse revelado entre nosotros: la conciencia de la fuerza; y con ella un nuevo deseo; el de hacer gala de ella. Ambición, interés, hambre de tierra, orgullo, la mera alegría de luchar; sea lo que fuere, estamos animados por una nueva llama. Nos enfrentamos a un extraño destino. El sabor del imperio está en la boca del pueblo, como el sabor de la sangre en la selva. Significa una política imperial: la república renaciente ocupando su puesto entre las naciones armadas". (209)

Las reticencias de la administración demócrata de Cleveland eran juguete de las presiones de los grandes intereses y de la marejada de opinión pública, manipulada por el nuevo estilo periodístico sin ética ni ideales nobles, pero eficaz y desprejuiciado.

El *Alliance* fue cañoneado por un barco español y el oleaje intervencionista se encrespó. A un incidente sucedía el otro. La parsimonia de Cleveland es, justamente, una de las razones de la victoria republicana en las elecciones de 1896.

Comicios de la crisis y del griterío imperial. El programa republicano expresa puntualmente el nuevo "destino manifiesto" y el nuevo Presidente, William Mc Kinley, es hombre muy vinculado al trust petrolero, como Cabot Lodge lo es al grupo Morgan.

Empieza la presión diplomática norteamericana. Propone una mediación, reclama humanidad en el trato a los insurrectos. Madrid comprende que las cosas han cambiado en Washington. Retira al general Weyler, llamado "el carnicero", promete abandonar la práctica de amontonar a los patriotas en verdaderos campos de concentración y conceder cierta autonomía a la isla. Pero el caballo está desbocado. Ya nada puede detener las ambiciones imperiales, ni a la opinión pública encendida por la candela de la prensa "amarilla".

El 9 de febrero de 1898 el *Journal* de New York revela una carta privada del embajador español, Enrique de Lóme, que ha sido robada del correo. Son palabras imprudentes: descalifica a Mc Kinley por débil ante los "jingos" de su partido y por "oportunista". (210)

Más leña en la hoguera, pese a que de Lóme dimitió. La leche está a punto de derramarse, la olla lleva mucho tiempo al fuego, cuando en el puerto de La Habana estalla el buque de guerra norteamericano *Maine*, con pérdida de 260 vidas.

Todo el mundo atribuye la responsabilidad a los españoles, aunque una investigación posterior sembró fundadas sospechas sobre un acto de provocación de parte del chauvinismo americano.

El grito de "Remember the Maine", rememora el de "Remember El Alamo". El Congreso vota 50 millones para gastos militares.

Mc Kinley envía a Madrid un memorándum que tiene la traza de un ultimátum. El gobierno Sagasta retrocede. Busca desesperado la mediación del Papa. Trata de montar una especie de nueva Santa Alianza con las potencias europeas, para contener a la novel competidora. Pero las contradicciones interimperialistas absorben las preocupaciones de aquéllas en Asia, Africa y los Balkanes. Además, Londres se mueve sutilmente para despejarle el camino diplomático a U.S.A. Madrid apenas logra una nota desabrida y desdeñable. (211)

Mc Kinley vacila, pero está cercado. El 11 de abril envía un mensaje al Congreso. Indica, al pasar, que España ha capitulado ante todas las exigencias americanas, pero, afirma, "Si fracasa será una nueva justificación a la acción que contemplamos". (212)

Morison y Commager comentan: "Esta acción era, naturalmente, la guerra". (213)

El 20 de abril se autoriza a las fuerzas yanquis para liberar a Cuba. Es una resolución a no olvidar, porque en ella se ha introducido la Enmienda Teller, de acuerdo con la que "declinan toda dis-

(210) Morison y Commager, *op. cit.*

(211) Vladimirov, *op. cit.*

(212) Morison y Commager, *op. cit.*

(213) *Ibíd.*

posición o intención de ejercer la soberanía, jurisdicción o control sobre dicha isla...'' (214). Palabras al viento.

Fue una guerra popular, como la de México. El pueblo americano fue confundido y engatusado. Se alistaron 200 mil voluntarios. Theodore Roosevelt comanda sus "Rough Riders" sin caballos.

Los patriotas llevan tres años de lucha, las fuerzas españolas están desgastadas y hartas. La oposición interna en España es acuciante. Al gobierno le es muy difícil sostenerse.

O sea, que la victoria rebelde no estaba lejos cuando los americanos entran en acción. Es importante consignarlo para que no prospere la patraña "panamericanista" de que merced a EE.UU. Cuba obtuvo su independencia.

En diez semanas los españoles están liquidados. El almirante Dewey ha destrozado a la añosa flota española en la bahía de Manila. La escuadra del almirante Cervera queda atrapada en Santiago, sale y es destruida en pocas horas. Los modestos contingentes de tierra americanos, desembarcan sin contratiempo y vencen con facilidad. Los cubanos han ablandado al adversario, lo han desmoralizado.

Bismarck comenta el triunfo yanqui en Cuba: "Hay una Providencia especial para los locos, los borrachos y los Estados Unidos". (215)

La conquista de Puerto Rico es un paseo militar. La cosa es algo más compleja en las Filipinas. Allí también está en marcha una insurrección popular y liberadora. Ha explotado en 1896 y es conducida por la Katipunán (organización clandestina: "Alianza Suprema y Honorable de Hijos del Pueblo"). Sus líderes son Andrés Bonifacio, el caudillo popular, y Aguinaldo, hombre de prestigio entre las clases acomodadas filipinas.

Dos meses antes de estallar la guerra, el subsecretario de marina, T. Roosevelt, ordenó al almirante Dewey, al mando de la flota del Pacífico, que se dirigiera a Hong Kong, se abasteciera de carbón, cuidara que la flota española no se alejara de la costa asiática y atacara a las Filipinas. (216)

(214) *Ibid.*

(215) Citado por Morison y Commager, *op. cit.*

(216) Morison y Commager, *op. cit.*

Como en Cuba, los americanos montaron su operativo bélico sobre el esfuerzo de los patriotas filipinos que ya habían asestado golpes demoledores a la ocupación hispánica.

Aguinaldo residía entonces en Hong Kong y allí se selló un pacto con los americanos, por el que se les ayudaría a derrotar a los españoles y se respetaría la independencia filipina. (217)

Es importante destacar que ya existía un gobierno provisional rebelde, que había declarado la independencia el 12 de junio en Cavite.

Cuando el primer transporte de tropas norteamericanas llegó a Luzón —30 de junio— el poder español estaba corroído hasta los tuétanos.

La inconsistencia de las promesas formuladas a Aguinaldo, queda en evidencia en el pacto secreto sellado por Dewey con las autoridades hispánicas de Manila, para entregar la ciudad a los yanquis y no a los patriotas. El "asalto" fue más bien una operación concertada. Ocurrió el 13 de agosto; un día después de firmado el Protocolo de Paz entre España y E.E.U.U. La isla de Guam había sido ocupada sin inconvenientes el 21 de junio. (218)

La historia de esta guerra relatada por la mayoría de los historiadores americanos subestima la contribución militar de cubanos y filipinos. Pero los propios datos recogidos de los jefes de las fuerzas americanas, prueban que su desorganización, indisciplina e ineficacia eran tales, que difícilmente hubieran podido ganar sin la lucha enconada y valerosa de los patriotas.

Morison y Commager exponen con honestidad la situación:

"Había bastantes rifles para los regulares; pero los doscientos mil voluntarios que el Presidente se empeñó en movilizar tuvieron que ser armados con fusiles Springfield y pólvora negra [...] millares de soldados tuvieron que luchar en Cuba, en pleno verano, vestidos con los uniformes azules de invierno [...] Los voluntarios desatendían los principios fundamentales de sanidad [...] por cada uno de los doscientos ochenta y nueve hombres muertos en combate, murieron trece de enfermedades. El transporte de dieciocho mil

(217) Vladimirov, *op. cit.*

(218) *Ibíd.*

hombres a Cuba causó más confusión que el de dos millones a Francia, veinte años más tarde" (219)

Vladimirov sostiene que la conferencia de paz de París, es la primera conferencia de redistribución colonial de la época imperialista. (220) Las negociaciones no fueron sobre ruedas. España resistió con uñas y dientes la cesión de las Filipinas, pero su declinación, su deteriorada situación interna, la obligaron a capitular. El 10 de diciembre de 1898 se firmó la Paz de París. Por la misma España renunció a Cuba, cedió a EE.UU. Puerto Rico, las demás islas que estaban bajo su soberanía en las Indias Occidentales, y la isla de Guam. También les cedió las Filipinas a cambio de 20 millones de dólares.

Morison y Commager comentan: "...los Estados Unidos quedaron oficialmente convertidos en potencia mundial. En efecto, no sólo dieron una larga zancada para convertir al Caribe en «su Mar» (221) sino que echaron los cimientos para erigirse en una gran potencia en el Océano Pacífico.

Los filipinos, estafados, engañados, levantaron, bien pronto, las banderas de la insurrección. Al ganar la primera guerra de redistribución colonial, ya U.S.A. se encontró enredada en otra guerra colonialista contra el pueblo filipino que duró mucho tiempo y costó muchas vidas y mucha destrucción.

Morison y Commager reconocen: "Al poco tiempo, los Estados Unidos se encontraron haciendo en las Filipinas exactamente lo mismo por lo que habían condenado a los españoles en Cuba". (222)

Es importante subrayar que hubo una hermosa reacción antiimperialista en el pueblo americano. Políticos de la talla de Bryan, el sindicalista Samuel Gompers, *The Nation*, el rector Eliot de Harvard, el filósofo William James, el escritor Mark Twain, tuvieron amplio auditorio para su condena al imperialismo naciente. El viejo y sano democratismo fundacional de la nación norteamericana reverdeció y dio una gran batalla por una causa perdida.

(219) Morison y Commager, *op. cit.*

(220) Vladimirov, *op. cit.*

(221) Morison y Commager, *op. cit.*

(222) *Ibid.*

La Suprema Corte se vio en serios apuros para conciliar la nueva condición imperial con la Constitución de 1789.

No vale la pena ocuparse de sus subterfugios y leguleyerías para condenar la adquisición real y concreta de colonias, lo que era inconciliable con los sustentos jurídicos de la democracia americana.

Basta con leer el siguiente galimatías del Juez Supremo Fuller: "...si una provincia organizada y poblada perteneciente a otra soberanía es adquirida por los Estados Unidos, el Congreso puede mantenerla como una sombra incorpórea, en una situación intermedia de existencia ambigua, por un tiempo indefinido; y aún más; después de haberla sacado del limbo, el comercio con ella está sujeto en absoluto a la voluntad del Congreso, sin consideración a los preceptos constitucionales". (223)

El colmo del cinismo acerca de la "sombra incorpórea y del limbo", es lo ocurrido con Cuba. La enmienda Teller era inconvenientemente clara y precisa para una anexión lisa y llana y, sobre todo, el pueblo cubano demasiado decidido y valiente para permitirlo.

El general Wood convocó una Constituyente para organizar la nueva nación y se obligó a sus integrantes a incluir en el texto constitucional una fórmula del secretario de guerra, Elihu Root, que hizo suya el Senador Platt. Se la conoce como la "Enmienda Platt" y otorgó a la Unión el veto sobre las relaciones exteriores de Cuba, y el derecho de "intervenir para el mantenimiento de la independencia cubana, y un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual, así como para el cumplimiento de las obligaciones relativas a Cuba, impuestas a los Estados Unidos por el Tratado de París".

Con la luz verde de la Enmienda Platt, U.S.A. intervino militarmente en Cuba en 1906, 1909 y 1912.

Luego de una serie de tentativas frustradas, en 1917 compraron las islas Vírgenes a Dinamarca por 25 millones de dólares. Pasaron a ser una dependencia política del departamento de marina.

(223) Citado por Morison y Commager, *op. cit.*

Hawái y Samoa

Las islas Hawái o Sandwich constituían una escala obligada para el comercio con China y un centro de reclutamiento para los balleneros yanquis. Luego de algunos intentos fracasados de anexión, en 1875 se firmó con el rey un convenio que aseguraba privilegios comerciales a la Unión, y nueve años más tarde, otro que cedía Pearl Harbor, en la isla Oahu. El capitalismo americano afluyó, la producción azucarera se multiplicó por cinco y en 1890 el 99% de los 20 millones de dólares de exportaciones de Hawái se vendía en Estados Unidos. En 1881 el secretario Blaine afirmó que formaban parte del "sistema americano" (224) y aplicó a ellas el principio de "no transferencia" a ninguna potencia extranjera. Pero en 1891 la reina Liliuokalani inauguró una vigorosa política antinorteamericana. Se puso en marcha el reiterado y exitoso operativo de la "revolución promovida". Desembarcaron *marines* del *Boston* y se constituyó un "Comité de Salud Pública" con los hijos de los misioneros, en más que presumible connivencia con el ministro norteamericano John L. Stevens. La reina fue depuesta el 17 de enero de 1893 y se formó un gobierno provisional que abrió negociaciones para pactar la anexión a los Estados Unidos. El presidente Cleveland se mostró contrario a ella, pero se vio obligado a reconocer la "república". Pero el gobierno Mc Kinley, fiel a su programa imperial, y ante el temor fundado o artificial de que los alemanes rondaban la presa, decretó la anexión en julio de 1898, como una necesidad de guerra y porque las islas son parte "del continente americano".

Las islas Samoa son en el Pacífico Sur lo que las Hawái en el Pacífico Norte.

En 1898 se ratificó definitivamente un tratado, tramitado algunos años atrás, que otorgó a la Unión el control exclusivo del puerto de Pago-Pago, en la isla de Tutuila.

Pronto se trabó una intrincada puja con Inglaterra y Alemania; cada potencia sostenía a un pretendiente propio al trono. La rivalidad desembocó primero en un acuerdo tripartito, pero en 1900 se reinició la triple querrela, con la consiguiente guerra entre los indí-

(224) Morison y Commager, *op. cit.*

genas, y finalmente se repartieron entre U.S.A. y Alemania, compensando al Reino Unido en otra parte. Tal es el origen de lo que William Appleman llama el "imperio informal" (225) de los Estados Unidos.

9. CHINA: LA POLITICA DE "PUERTAS ABIERTAS"

La era republicana inaugurada con Mc Kinley a raíz de la crisis 1892-96, y que se tradujo en el primer y triunfal pujo imperial de Estados Unidos, acarreó un período de prosperidad que se prolongó, con una breve interrupción en 1900, hasta la crisis de 1907. En ese clima de victoria y holgura no puede sorprender el nuevo triunfo de Mc Kinley en las elecciones de 1900. A los seis meses fue asesinado por un anarquista y lo sustituyó el vice Theodore Roosevelt. Con él, pero de un modo distinto, salpicado de picantes sucesos y sorprendidos arranques presidenciales, continuaron el expansionismo y la bonanza económica. Muy poco costó a Roosevelt hacerse reelegir en 1904, e imponer a William Taft en 1908. Pero en 1907 una profunda recesión había inaugurado un lapso de estancamiento y dificultades económicas que minaron el prestigio republicano y abrieron cauce al auge progresista. Así como el populismo obtuvo un gran éxito en los comicios de 1896, con el trasfondo de la crisis que recién terminaba, la elección de 1912 se realizó en el marco crítico, tenso, de la onda depresiva iniciada en 1907. El profesor Woodrow Wilson, candidato progresista del Partido Demócrata, ganó, el Partido Progresista de Roosevelt entró en segun-

(225) William Appleman Williams. *La tragedia de la diplomacia norteamericana*. México, Ed. Grijalbo, 1960.

de lugar, interesados los republicanos y los socialistas recogieron casi un millón de votos.

La política de "puertas abiertas" para el Lejano Oriente se inscribe, pues, en ese lapso en que expansionismo y prosperidad van de la mano. Como dice W. Appleman: "La generalización sobre el vínculo entre la expansión, la democracia y la prosperidad llegó a ser bien conocida como la tesis de la frontera presentada por Frederick Jackson Turner en 1893". (226)

En octubre de 1896 se inicia un ascenso vertical de las exportaciones y la balanza internacional del oro se vuelca en favor de la Unión en 1897. No es correcta la objeción de que la expansión económica americana en ultramar apenas llegaba al 10 o 12 por ciento de la producción nacional antes de la primera guerra, puesto que el 10% puede ser la frontera de la riqueza y la prosperidad para cualquier empresa importante. (227)

Ya explicamos que en el primer flujo imperial las motivaciones estratégicas y geopolíticas fueron decisivas desde el punto de vista de la nación en su conjunto, pero que para determinados y muy influyentes intereses afiliados con pasión al expansionismo, éste era imprescindible por razones económicas.

Para el caso del Lejano Oriente ello es aún más evidente.

También fue considerable la influencia de la convicción de que el imperialismo había sustituido a la "frontera", como válvula de desahogo para las tensiones sociales.

Esta relación entre imperialismo y conciliación de clases en la metrópoli, ha sido definitivamente esclarecida por Lenin, pero tan bien como él la percibieron Bismarck, en Alemania y Benjamín Disraeli, en Inglaterra.

El senador norteamericano William Frye fue muy explícito: "Necesitamos el mercado (de China), o tendremos una revolución". (228)

(226) William Appleman Williams, *La tragedia de la diplomacia norteamericana*. México, Ed. Grijalbo, 1960.

(227) *Ibid.*

(228) Cit. por Appleman Williams en *op. cit.*

Antecedentes

Más arriba hemos aludido al vuelo que iban tomando las operaciones comerciales con China. En 1844, Washington envió la misión Cushing, reclamando las ventajas que otras potencias venían obteniendo, en especial después de la primera "guerra del opio" y del Tratado de Nanking. En ese año la dinastía manchú, presionada por los americanos, firmó el Tratado de Wanghai. (229)

En 1855 el gobierno hizo llegar instrucciones a su enviado Parker, siguiendo las huellas de la estrategia británica, por las que exigía el cumplimiento de tres puntos primordiales:

1) Permiso para que los diplomáticos yanquis residieran en Pekín.

2) Supresión de todas las restricciones al comercio con EE.UU.

3) Abolición de toda restricción a las actividades de los americanos en el territorio chino.

En la intervención imperialista para sostener el régimen manchú contra la rebelión campesina Taipíng, los norteamericanos tuvieron participación relevante.

Entonces ya tenían importantes posiciones para defender. En 1858, en plena rebelión y cuando las potencias extranjeras empezaban sus operaciones militares, el gobierno manchú firmó una serie de tratados con Rusia, Estados Unidos, Inglaterra y Francia llamados los "tratados de Tientsin", que satisfacían casi totalmente las exigencias anglo-americanas ya mencionadas.

Un americano, Ward, organizó una considerable fuerza militar, designada por los manchúes como el "Siempre Victorioso Ejército". Es verdad que al estallar la guerra civil en 1860, la flota americana fue retirada de los puertos chinos, pero el grupo entrenado por Ward quedó como una fuerza "privada". (230). Tuvo actuación destacada en la represión de los Taipíng, hasta que Ward fue muerto en el combate de Tsechi. El ministro Anson Burlingame fue el

(229) Hu Shen, *Historia de las relaciones entre China y las potencias imperialistas*. Montevideo, Ed. Pueblos Unidos, 1960.

(230) *Ibid.*

campeón de la ayuda militar a la dinastía y el primer diplomático que pasó a residir en Pekín.

Pero, en rigor, la penetración norteamericana en China no alcanza verdadera enjundia hasta la guerra hispano-americana de 1898.

Con una facilidad sorprendente, los yanquis se erigieron en potencia asiática al conquistar las Hawai, Filipinas y las Samoa.

Al año siguiente, John Hay anunciaba la política de "puertas abiertas". (231)

La política de "puertas abiertas"

A fines del siglo XIX las grandes potencias, que ya se habían repartido el continente africano, estaban empeñadas en enredada pugna por adquirir privilegios y "esferas de influencia" en China.

La guerra chino-japonesa de 1894-95 reveló la debilidad del Celeste Imperio y permitió al Japón hacerse de un lugar de primera fila en la rebatiña interimperialista. Se puede decir que, luego de la revolución meiji que los pusiera en camino de ser una potencia industrial, la guerra chino-japonesa fue, para los nipones, lo que la guerra hispano-americana para los norteamericanos: su estreno como gran potencia imperial a los ojos del mundo.

Japón se apoderó de la isla de Formosa y de las islas Ryukyu, y estableció su dominio sobre Corea. Pero la victoria sobre China y el Tratado de Shimonoseki no sólo le significaron reparaciones y nuevos territorios, sino que lo situaron en pie de igualdad con las poderosas metrópolis europeas.

Hasta entonces había jugado como una especie de mastín guardián al servicio, especialmente, de Gran Bretaña y de los EE.UU. Ahora empezaba a jugar por su cuenta y con impactante vigor. De inmediato las demás potencias se lanzaron en busca de mayor botín en China. En 1897 y 1898 Rusia tomó Puerto Arturo y la península de Liaotung, que le dio acceso al interior de Manchuria. Alemania se apoderó de Kiaochow en Shantung. Francia arrendó la bahía de Kwamanchow junto a Indochina, Italia

(231) Cit. por Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager en *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

pescó la bahía de Senmun, al Sur del río Yangtzé, y el Reino Unido, la potencia más poderosa en China, acrecentó sus enormes ventajas con el Puerto de Wei-hai-wei. (232)

Pero un nuevo problema se planteaba en China: el peligroso ascenso japonés. Rusia propuso a Francia y a Alemania ejercer presión sobre Tokio para frenar sus ambiciones. El hostigamiento rindió sus frutos; Japón debió devolver la península de Liaotung a cambio de una mayor indemnización y los rusos echaron en seguida su zarpa sobre aquélla. En cambio, Inglaterra y E.E.U.U. continuaron apoyando a la nación nipona.

Tal el alineamiento de fuerzas en el momento en que Hay envía su primera nota a las demás potencias, el 6 de setiembre de 1899. Hay reconoce allí la existencia de las "esferas de influencia" y requiere a cada potencia la declaración de que, en su esfera, mantendrá la tarifa china vigente e impondrá los mismos derechos portuarios y los mismos fletes en los barcos y mercancías de todas las naciones.

Todos aceptaron, menos Rusia, aunque sólo Londres dio su formal consentimiento. (233)

No es de extrañar. Las "puertas abiertas" favorecían a U.S.A. pero más a Gran Bretaña.

En efecto, significaba igualdad de oportunidades y en esas condiciones los americanos confiaban en su superioridad económica y los ingleses en su superioridad imperial, en el dominio que ya poseían sobre territorios y puertos claves de China, para competir victoriosamente con sus rivales. En rigor, la idea fue concebida por Mr. Hippisley, antiguo funcionario británico en las aduanas chinas, y fue transmitida a Washington por medio de su ministro en China, Mister Rockhill. (234)

La política de "puertas abiertas" venía a institucionalizar una compleja situación de rivalidades mutuas, que ninguna potencia tenía la seguridad de poder alterar en su provecho.

Luego del Tratado de Shimonoseki, la rebatiña furiosa de los imperios acarreó efectos tremendos para China. Los puertos más

(232) Morison y Commager, *op. cit.*

(233) *Ibíd.*

(234) Hu Shen, *op. cit.*

importantes de sus costas fueron arrendados a los extranjeros. China perdió el derecho de construir vías férreas y explotar sus propios recursos minerales. Todo indicaba que su territorio sería distribuido en pedazos como el de África, pero ello no era posible porque la larga tradición unitaria de la nación china, la combatividad de su pueblo en insurrecciones multitudinarias como la de los Taiping, prevenía de los graves riesgos que podría significar una partición que quebrara irremediabilmente la soberanía nacional.

Era, evidentemente, más seguro sostener a los corruptos manchúes en el poder, usarlos para reprimir las rebeldías de las masas y arrancarles todas las concesiones apetecibles.

La política de "puertas abiertas" vino a convalidar esta trama intrincada, este equilibrio inestable y difícil; ésa es la razón de que fuera aceptada rápidamente por todas las potencias. Con el fin de institucionalizar el *statu quo*, obligaron a la dinastía reinante a comprometerse a no ceder en arriendo ningún territorio que ya estuviera dentro de la "esfera de influencia" de alguna de las potencias.

Los manchúes también aceptaron la nueva política. Los asistían razones de peso. En primer lugar, los imperios extranjeros los consideraban el único poder legítimo de China, a ellos acudían a formular sus demandas y los apoyaban contra las insurgencias campesinas. Por entonces era muy popular en la corte manchú el dicho: "Preferible dar a las naciones amigas que a los esclavos del interior". Por otra parte, la dinastía manchú se beneficiaba con los empréstitos que les concedían los bancos extranjeros. Cada empréstito se acompañaba de nuevas concesiones territoriales y ferroviarias. Era un negocio pingüe para ambos contratantes.

¿Cuál era el punto de vista norteamericano? ¿Cuáles las ventajas que U.S.A. obtenía de las "puertas abiertas"?

Hu Shen lo desentraña con perspicacia: "En primer lugar, la "política de puertas abiertas" tal como fue sugerida por Estados Unidos, no significaba que ese país se opusiera a la agresión a China. Sólo significaba que Estados Unidos exigía su parte en el botín. Esa fue la razón por la que Estados Unidos no elevó ninguna protesta contra las "esferas de influencia" establecidas por las potencias europeas, sino que se limitó a oponer el principio de "igualdad de oportunidades" para todos. Con lo cual quería decir: "Yo también

quiero compartir los privilegios que vosotros gozáis en China. Vosotros obtenéis vuestra parte, yo la mía. Compartámoslo todo. Continuemos reconociendo al actual gobierno de China y gocemos en común todos los privilegios en China". (235)

Pero era Gran Bretaña la más beneficiada con la propuesta de Hay, puesto que ahora se sentía aliviada de la terrible presión a que la venían sometiendo sus rivales por ser la metrópoli con mayores concesiones en China: todo el valle del Yangtsé era su "esfera de influencia" y había arrebatado el puerto de Wei-hai-wei.

Las "puertas abiertas" eran un aspecto del entendimiento anglo-norteamericano establecido a raíz de la querella venezolana. U.S.A. obtuvo manos libres en el Caribe, a cambio de apoyar a Inglaterra en China, pero extrayendo, también, su propio botín.

La rebelión Yi Ho Tuan

Después de la guerra chino-japonesa las contradicciones internas de la sociedad china se agudizaron; la inquietud y la protesta latentes ganaron a crecientes sectores de la población.

Las concesiones de los manchúes a las potencias foráneas causaban pronunciado descontento y la explicación de la corte acerca de que se "aprovechaban de las contradicciones entre aquéllas" no engañaba a nadie.

Al principio el régimen fue jaqueado por un movimiento reformista de la nobleza media, encabezado por Kan Yu-Wei.

Pero el golpe de estado de 1898, inspirado por la emperatriz madre, lo hizo abortar. (236)

Luego fue el turno de algo mucho más hondo y grave; la insurrección Yi Ho Tuan, una gran rebelión campesina y de las clases populares de Pekín dirigida esencialmente contra los extranjeros. El Yi Ho Tuan era una rama de la sociedad secreta "Loto Blanco".

Su nombre era "Sociedad de los puños armoniosos"; de ahí el nombre de "boxers" (boxeadores) con que se le conoce fuera de China. (237)

(235) *Ibíd.*

(236) *Ibíd.*

(237) *Ibíd.*

La insurgencia se extendió en llamaradas y sembró el pánico en la corte, al punto que la dinastía no tuvo otro remedio que asumir una actitud ambigua ante los insurgentes.

Por un lado, los apoyó con dinero y la incorporación a ellos de altos funcionarios y por otro, trató de no perder la ayuda de las potencias para poder, al fin, aplastar a las masas rebeldes. También influyó en esta actitud dual el hecho de que las potencias no reconocieron al hijo del príncipe Tuan, impuesto por la emperatriz madre en el golpe de estado de 1898. La siguiente nota, enviada a los diplomáticos extranjeros por el gobierno desnuda la ambivalencia de su actitud:

"...los rebeldes de Chihli y de Shantung han unido sus fuerzas y no pueden ya ser dominados. Por mucho que la corte desee reprimirlos, tememos que, debido a que están tan cerca, cualquier acción imprudente pueda dejar a las legaciones sin protección y causar grandes calamidades. Las potencias deben comprender que China, aun en el caso de que no estuviera al tanto de sus propias limitaciones, no llegaría al extremo de iniciar hostilidades con todas las potencias simultáneamente, y no confiaría en la plebe rebelde para combatir a las potencias..." (238).

Pero los asesinatos de misioneros, la quema de negocios y almacenes, el cariz intensamente antiimperialista que fue adquiriendo el movimiento, alarmó a los imperios.

Estados Unidos tomó la iniciativa de una intervención militar conjunta.

En su nota del 3 de julio, Hay explica a las demás potencias:

"La política del gobierno de los Estados Unidos consiste en buscar una solución que traiga la seguridad y la paz permanente a China, mantenga la integridad territorial y administrativa de China, proteja todos los derechos garantizados a las potencias amigas por tratados o por derecho internacional y deje a salvo para el mundo el principio del comercio igual e imparcial con todas las partes del imperio chino". (239)

(238) Cit. por Hu Shen, *op. cit.*

(239) Cit. por Morison y Commager, *op. cit.*

En suma, defender el *statu quo* de las "puertas abiertas" contra la embestida popular.

Una fuerza de cinco mil soldados fue la contribución americana a la alianza imperialista que aplastó a los boxers y expulsó de Pekín a la emperatriz-madre y al emperador.

Bien lo hace notar Hu Shen; ésa es la gran diferencia con la intervención conjunta contra los Taiping. Entonces la guerra se había hecho contra los sublevados y en favor de los manchúes.

Ahora también se combatió a la dinastía. Pero las razones por las que las potencias sostenían al régimen manchú, seguían vigentes. El nuevo sentido de la política de "puertas abiertas" fue, precisamente, preservar al decrépito Celeste Imperio con los manchúes en el poder, para poder digerirlo económicamente.

En setiembre de 1901 el gobierno chino inició negociaciones de paz y el 7 capituló al firmar el llamado "Protocolo Boxer". Merced a él la dinastía manchú se mantuvo en el gobierno, no sin antes reconocer su error al asociarse a los boxers y sin haber castigado a los funcionarios que más se comprometieron con ellos.

Por supuesto que, además, tuvieron que admitir nuevas y más humillantes concesiones. Una indemnización de 450 millones de "taels" de plata, que con los intereses acumulados se elevó a la suma de 980 millones. Permitir a las potencias mantener tropas en Pekín y otros puntos de China. También las "aduanas nativas", o sea las que afectaban sólo al comercio local, pasaron a ser fiscalizadas por los funcionarios extranjeros. (240)

La penetración imperialista en China se acentuó. En 1900 y luego de ardua puja, Gran Bretaña, Alemania, Francia y Estados Unidos constituyeron un consorcio para construir el ferrocarril Cantón-Sechuen y concedieron un empréstito de siete millones de libras al gobierno. El National City Bank instaló sucursales en territorio chino.

A partir de entonces, los intereses americanos crecieron verticalmente.

En 1850 las exportaciones a Asia y Oceanía sólo eran el 2,2% del total; en el quinquenio 1926-30 subieron al 15,7%.

En 1900 había 50 millones de dólares invertidos en el Lejano Oriente; en 1929 la suma ascendía a 1.443.400.000. (241)

Wall Street se relamía con el nuevo "sabor del imperio".

10. EL TAJO DE PANAMA

La clave de bóveda de la primera expansión norteamericana es el canal istmico.

Su apertura es un viejo sueño de los navegantes; se remonta al siglo XVI, cuando la geografía lindaba con la leyenda.

Pero no se convierte en una necesidad histórica hasta que los Estados Unidos se constituyen como Estado nacional capitalista, e incorporan definitivamente California a su comunidad económica.

El siguiente pasaje del mensaje del Presidente Hayes al Congreso, en marzo de 1880, muestra hasta qué punto la cuestión del canal era *un problema interno nacional* de los Estados Unidos:

"Un canal interoceánico a través del Istmo americano, modificará radicalmente las relaciones geográficas entre nuestras costas del Atlántico y el Pacífico, virtualmente una parte de la línea de costas de los Estados Unidos. Nuestro interés comercial, por sí sólo, es mayor que el de todos los otros países, a la vez que las relaciones del canal con nuestro poder y nuestra prosperidad como nación, con nuestros medios de defensa, nuestra unidad, nuestra paz y nuestra seguridad, son materias de un interés preferente para el pueblo de los Estados Unidos". (Los subrayados son nuestros).

Pero no sólo la Unión ha puesto los ojos en la futura llave de la navegación internacional.

(241) Edward C. Kirkland, *Historia económica de Estados Unidos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

La pugna interimperialista por el control del canal interoceánico

EE.UU. y la Gran Bretaña son los grandes postores del juego; en un segundo plano, también Francia hace lo suyo.

La querella se desata sobre tres puntos geográficos posibles; Panamá, provincia Colombiana, Nicaragua y Tehuantepec en México.

El gobierno inglés reclama, a nombre de su protegido, el Rey de los indios Mosquitos, la posesión de la boca del río San Juan, uno de los extremos de la vía indicada para construir el canal por Nicaragua. Un buque inglés irrumpe en la zona y el pueblo allí ubicado cambia de nombre; desde ahora se llamará Greytown.

Por otro lado, mientras se negociaba el convenio comercial entre Washington y Bogotá, llegó la noticia de una expedición española con el propósito de reconquistar Nueva Granada. Su gobierno se alarmó y solicitó a Estados Unidos protección para su soberanía, a cambio de un favorable trato mercantil.

Es el origen del importante convenio Mallarino-Bidlack, de diciembre de 1846, por el que los americanos garantizan la soberanía granadina en el istmo (Panamá). Fue ratificado por los yanquis en 1848, cuando la conquista de California convirtió el canal en un objetivo primordial. (242)

A su vez, el norteamericano Efreim George Squier firma con Nicaragua, en setiembre de 1849, un convenio que abre la puerta a otras naciones para que se sumen a la garantía que Washington concede al futuro canal por tierras nicaragüenses.

Se refiere a un contrato firmado en agosto de ese año entre Nicaragua y la "American Atlantic and Pacific Ship Canal Co.", para construirlo. (243)

Los ingleses responden lanzándose sobre la isla hondureña del Tigre, en el golfo de Fonseca.

Esta incisiva puja anglo-norteamericana culmina en un arreglo, el Tratado Clayton-Bulwer, del 19 de abril de 1850, que estipula:

(242) Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina. Siglo XIX*. La Habana, Ed. Casa de las Américas, 1968.

(243) Gregorio Selser, *El rapto de Panamá*. Buenos Aires, Ed. Alcandara, 1964.

"Los gobiernos de Estados Unidos y de la Gran Bretaña declaran por el presente que ni el uno ni el otro obtendrá ni sostendrá jamás para sí ningún predominio sobre dicho Canal..."⁽²⁴⁴⁾

Los U. S. A. acaban de digirir el 52% del territorio mexicano; con el Tratado Clayton-Bulwer, Londres detiene su avance hacia el sur, pone límite a la expansión.

Pero, por su lado, Washington acepta, en violación inocultable de la "Doctrina Monroe", compartir con Inglaterra, una potencia europea, el control de tierras americanas tan esenciales como son aquellas por donde se abrirá el futuro canal y también las que sirvan para preservarlo militarmente.

Todavía hubo lucha en torno al istmo de Tehuantepec. Los ingleses obtienen una concesión en 1846 y la traspasan a contratistas yanquis en 1848. Sobre el juego de transferencias se desata un pleito que durará hasta 1937. (245)

"Yo tomé el Canal": Theodore Roosevelt

El 20 de marzo de 1878 el ministro de relaciones de Colombia (ex Nueva Granada) firma con el francés Lucien Napoleón Bonaparte Wise un contrato para construir un canal por Panamá.

La empresa era francesa y su dirección estaba a cargo del famoso Lesseps, constructor del Canal de Suez. El privilegio duraba 99 años, pero la obra debía terminarse en doce, plazo que podría prorrogarse por acuerdo entre las partes.

La "Compañía Universal del Canal de Panamá" no estaba vinculada a ningún estado europeo. Tanto que buscó, afanosamente, fondos en Estados Unidos y, al no obtenerlos, se hundió en una quiebra escandalosa, plagada de maniobras dolosas y estafas flagrantes, el 4 de febrero de 1889.

El barro salpicó al mundillo bolsístico y parlamentario de París. Desde entonces la palabra "panamista" fue sinónimo de malandrín.

Washington se interesa, naturalmente, en el asunto. Estamos al filo del siglo XX, la Unión es ya una potencia mundial y el convenio Clayton-Bulwer la incomoda y restringe como un corset estre-

(244) Medina Castro, *op. cit.*

(245) *Ibid.*

cho. En el marco de la "entente" anglo-norteamericana de entonces (más arriba considerada) se llega a un nuevo acuerdo que deroga expresamente lo estipulado en el viejo tratado, fruto de otra época y de otra correlación de fuerzas.

El entendimiento fue convenientemente enfatizado por la designación de James Bryce en la embajada americana en Londres.

John Hay y Sir Julian Pauncefote signaron el nuevo *statu quo* el 5 de febrero de 1900.

Se adoptan las reglas de la Convención de Constantinopla, que rigen la navegación por Suez, y se le agrega sugestivamente:

"Los Estados Unidos, sin embargo, quedan en libertad de mantener la política militar que creyeren necesaria para proteger el canal contra cualquier desorden..." y *"Dicho Gobierno tendrá y gozará de todos los derechos incidentales de la construcción, así como el derecho exclusivo para regular y gobernar el canal"*. (246)

Otra compañía ha sustituido a la de Lesseps. Retuvo los derechos, pero tampoco obtuvo los capitales imprescindibles.

La situación se tornó dramática para la "Nueva Compañía del Canal de Panamá", puesto que el 31 de octubre de 1904 se le vencía el plazo para terminar la obra y no podía cumplirlo de ninguna manera. Corría el riesgo de que Bogotá se quedara con todas sus pertenencias y la concesión caducara.

Su única salvación consistía en vender sus derechos, antes de que se redujeran a papel pintado, al único cliente viable: Estados Unidos.

Monsieur Philippe Bunau-Varilla, representante de los accionistas (también se decía que era el principal poseedor de acciones, pero siempre lo negó), lo entendió rápidamente y se puso en movimiento con rara sagacidad y muy pocos escrúpulos.

Dueño del diario *Le Matin*, hombre de fortuna y acostumbrado a deslizarse por pasillos y antecámaras donde se barajan los naipes del poder, contrató al cabildero (*lobbyist*) William Nelson Cromwell, miembro de la notoria firma de abogados Cromwell & Sullivan y con los nexos debidos en la banca, la política y la diplomacia.

El primer éxito del cabildero sucedió en la convención del partido republicano, donde se nombró a Mc Kinley por segunda vez. En el programa figuraba la construcción de un canal en Nicaragua y Cromwell logró que se sustituyera el *item* por "Canal en el Istmo". Por este primer triunfo cobró 800 mil dólares. Bien encaminado, en la ruta correcta, habiendo apostado al caballo ganador, donó 60 mil dólares a las arcas de los republicanos. (247)

Una comisión legislativa, presidida por el almirante Walker estudiaba el tema.

Dos posibilidades tenía ante sí: a) El canal por Nicaragua con un costo de 189.864.062 dólares y b) El canal por Panamá con costo de 144.141.000 dólares, más casi 110 millones para adquirir los derechos de los accionistas franceses. Con esta suma la opción panameña era más cara; de ahí que la Cámara de Representantes se pronunciara por el proyecto Hepburn, que significaba elegir a Nicaragua. Bunau-Varilla ya estaba en Washington como pez en el agua. Tenía amistoso trato con Mark Hanna, capitosté republicano, y con otros hombres de influencia. Manióbró sin perder un minuto. Rebañó los derechos de la compañía a 40 millones de dólares y de ese modo la opción panameña resultó más barata. (248)

Los audaces, con ética y sin ella, suelen hacer buenas migas con la suerte. Por lo menos las hizo el avispaño francés.

En mayo de 1902 el volcán Mont Pelé de Martinica vomitó lava y llamas, resquebrajando la tierra y matando a más de 30 mil seres humanos. También el Momotombo de Nicaragua entró en actividad. El Gobierno se desgañitaba diciendo que en su territorio no había volcanes, pero Bunau-Varilla mostró sonriente a los congresistas una estampilla nicaragüense con una montaña llameante.

El 28 de junio de 1902 se aprobó la Ley Spooner, que autorizaba al Presidente a comprar los derechos de la compañía francesa por 40 millones de dólares, siempre que Colombia cediera, en condiciones razonables, una franja de terreno para construir el canal. (249)

El 22 de enero de 1903, el secretario de Estado Hay obtuvo del

(247) Selser, *op. cit.*

(248) *Ibid.*

(249) Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

encargado de negocios de Colombia, Herrán, un convenio por el cual se arrendaba la zona necesaria a la Unión por 100 años a cambio de 10 millones de dólares y de una renta anual de 250 mil.

Sin embargo, el pacto Hay-Herrán no permitía a Colombia entablar negociaciones independientes con la compañía, lo que implicaba que nada verían los colombianos de los 40 millones de dólares que los yanquis pagarían a la empresa de Bunau-Varilla. Además, establecía tribunales americanos en la zona del canal. (250)

Hasta el propio y desaprensivo francés admitió que era una lesión intolerable de la soberanía de Colombia. El Congreso de Bogotá dio largas al asunto y, pese a las presiones y amenazas el Senado rechazó el tratado por unanimidad el 12 de agosto de 1903.

Theodore Roosevelt ya era Presidente. Cuando se habla de él, siempre se trae a cuento la amargura de M. Hanna al morir Mc. Kinley y su exclamación: "Este maldito cowboy es ahora Presidente de los Estados Unidos". (251)

En rigor, los jefes del aparato del partido lo designaron vice para sacudírselo como gobernador de New York.

La imagen de furibundo imperialista, irrazonable y fanático, que de Teddy se ha hecho circular al sur del río Bravo, es demasiado simple para ser real. No fue, por cierto, un "malo" de historietas.

Personalidad brillante y extrovertido, *causeur* cautivante, orador arrebatado, fue un moralista y un progresista que se atrajo la adhesión de las masas. Pero era más ruido que nueces.

Hombre de charangas y banderas, de agitaciones y ademanes, cazador de leones y soldado en Cuba, atacó a los trusts sin casi rozarles la piel y defendió a los pobres más con ilusiones que con hechos.

El asunto del canal lo tomó con la pasión, en negro y blanco, bien a un lado y mal al otro, con que se pronunciaba en los grandes tópicos; poco importaba que estuviera en lo cierto, o en lo falaz. En definitiva, su política exterior, pese a sus evidentes contradicciones y en su singulársísimo estilo, expresa cabalmente los intereses del joven imperio.

Pese a que el Senado colombiano resolvió reanudar las tratati-

(250) Selser, *op. cit.*

(251) Cit. por Morison y Commager, *op. cit.*

vas con Estados Unidos de inmediato y que con algunas concesiones el proyecto hubiera salido adelante, la ocasión de un tajo espectacular era demasiado tentadora para los intereses imperialistas y para el propio Roosevelt, como para dejarla pasar.

El Presidente no ahorró insultos a las "criaturillas colombianas"; "corruptores insensatos y homicidas"; "obstruccionistas" de la civilización, "llebres de monte". (252)

Ya antes de que se produjera el rechazo, Hay había escrito a su patrón de la Casa Blanca: "...habrá una insurrección en el Istmo contra el gobierno desafortunado y malversador de Bogotá. Nuestra intervención no debe ser una intervención al azar ni casual... juegue un poco con la idea..."

Dos días después Roosevelt contestaba: "Apruebo enteramente su idea..." (253)

En una coyuntura así, Bunau-Varilla estaba en su salsa. Había anudado sus conexiones en Panamá; Joshua Lindo, banquero, y Manuel Amador, médico de la compañía de ferrocarril, subsidiaria de la Compañía del Canal y, por ende, subordinado suyo.

De estos contactos salieron los hilos para tejer la conjura que como siempre, nunca se sabrá por qué cabo suelto empezó.

Así como todos, Bunau-Varilla, Cromwell y Pierpont Morgan negaban que fueran accionistas. Ya habían salido hacia Panamá oficiales norteamericanos a reconocer la región. Una junta de hombres de negocios y políticos ambiciosos tomó a su cargo la conspiración "revolucionaria".

Con los bomberos y los trabajadores del ferrocarril se constituyó el "ejército libertador". Para mayor seguridad, el 19 de octubre tres barcos de guerra yanquis se dirigieron a la escena del levantamiento y recibieron órdenes de ocupar el ferrocarril y de impedir el desembarco de tropas colombianas en un radio de 80 kms. del istmo.

El secretario Hay escribió a su cónsul: "Avísese levantamiento en el Istmo. Tenga al corriente al departamento inmediatamente y con todo detalle". La respuesta fue: "Todavía no; dícese que será de noche". Y horas después otro despacho: "Efectuado levanta-

(252) Selser, *op. cit.*

(253) Cit. por Selser, *op. cit.*

miento esta tarde a las seis sin derramamiento de sangre. Esta noche se organizará el gobierno". (254)

Bueno, lo de "sin derramamiento de sangre" era algo exagerado. Un barco colombiano llegó a efectuar unos disparos, hirió a un burro y mató a un chino. Las únicas víctimas registradas en la "gloriosa revolución".

Roosevelt y Hay manipularon como los magos bajo las candilejas, sin que se les vieran las manos, pero dando el truco por sobreentendido. Bunau-Varilla era mucho mejor entendedor que eso; se sobraba. El mismo redactó el telegrama que le debía enviar el flamante gobierno, designándolo Ministro Plenipotenciario para obtener el reconocimiento del Departamento de Estado, negociar un nuevo tratado y obtener créditos.

Consiguió los dólares con que se sobornó al gobernador de Panamá, a las tropas colombianas y a sus jefes. (255)

Las ceremonias fueron sencillas en el istmo. Amador arengó a la tropa: "¡El mundo está asombrado por vuestro heroísmo! Ayer éramos esclavos de Colombia; hoy somos libres. El Presidente Roosevelt ha cumplido...". De inmediato procedió a entregar 50 dólares a cada uno. (256)

Roosevelt fue notificado de la buena nueva a las 11.35 de la mañana del 6 de noviembre. A las 12.51 se ordenó el reconocimiento de la nueva nación. (257) Prisa indecente.

Según Bunau-Varilla, él mismo redactó el proyecto del nuevo tratado que fue firmado el 18 de noviembre y que es conocido como "Tratado Hay-Bunau-Varilla". Panamá cede a la Unión la zona del canal y autoriza a la nueva compañía del canal y a la del ferrocarril de Panamá a traspasarle sus bienes y derechos.

La ratificación en el Senado norteamericano dio lugar a otra entusiasta y combativa campaña antimperialista que conmovió a toda la nación. Esa corriente democrática y honesta que desde la independencia no deja de actuar en la sociedad norteamericana. Roosevelt estuvo infeliz en la elección de sus argumentos. Se basó en el tratado Mallarino-Bidlack de 1846, que, justamente, garantizaba la

(254) Cit. por Morison y Commager, *op. cit.*

(255) Selser, *op. cit.*

(256) *Ibíd.*

(257) *Ibíd.*

soberanía de Colombia y no autorizaba a quebrantarla y desconocerla.

También fueron cedidas varias islas en la Bahía de Panamá; la concesión es a perpetuidad; y en el momento de la ratificación se pagaron 10 millones de dólares a la República de Panamá y nueve años después se pagará una anualidad de 150 mil mientras dure el convenio. (258)

Años después, en una conferencia dictada en la Universidad de California, Theodore Roosevelt expresó: "Estoy interesado en el Canal porque yo lo empecé. De seguir los métodos tradicionales, yo hubiera sometido al Congreso un serio y digno documento de Estado, de doscientas páginas, probablemente. El debate sobre el mismo duraría aún..."

Pero yo tomé el Canal (Y took the Canal) y dejé al Congreso debatir el asunto..." (259)

Y luego...

El Canal se abrió al tráfico comercial en 1914. Su costo fue de 145 millones de dólares. Hasta 1927 rindió una ganancia anual de casi siete millones, pero Panamá sólo recibía 250 mil.

Recién a partir de 1934 se le pagaron 430.000 anuales.

Después de larguísimas discusiones, de idas y venidas, y ya muerto Teddy Roosevelt, en 1921 se indemnizó a Colombia con 25 millones de dólares para "remover todos los desacuerdos surgidos de los acontecimientos políticos de Panamá en noviembre de 1903". (260)

Las intervenciones militares yanquis asolaron a la débil república en 1918 y en 1921.

Luego sobrevendrían cambios importantes y sorprendentes.

Pero se trata de otra historia que relatamos más adelante.

(258) Demetrio A. Porras, *Tratado del Canal de Panamá*. Buenos Aires, Américalce, 1947.

(259) Selser, *op. cit.*

(260) *Ibid.*

11. MAR CARIBE: MARE NOSTRUM

Las intervenciones militares norteamericanas en Santo Domingo, Haití y Nicaragua que se suceden a partir del gobierno de Theodore Roosevelt, siguen en el de William Taft y culminan en el de W. Wilson, son las que dieron pie para que la política de Washington en la región caribeña se designara como "diplomacia del dólar". Sobre todo durante la presidencia de Taft, la expresión se popularizó.

Dichas intervenciones no son más que un capítulo de la primera expansión imperial, cuyo objetivo es la hegemonía en el Mar Caribe y cuyo eje estratégico es el Canal de Panamá.

Una vez que el taño de Panamá se hubo producido, determinadas posiciones y hegemonías se convirtieron en necesidades históricas del "destino manifiesto"; maduraron como frutas en el árbol a punto de ser cosechadas por el joven e insaciable imperio.

Scott Nearing y Joseph Freeman definen muy bien la transformación del Mar Caribe en un "Mare Nostrum" para los yanquis:

"La importancia estratégica del mar Caribe ha obligado a los Estados Unidos a adquirir estaciones navales en esa región.

"Además de varias bahías buenas en el golfo de México y de la base naval de Cayo Hueso (Florida), en su propio territorio, han adquirido puertos pertenecientes a las pequeñas Repúblicas del Sur. Desde Guantánamo (Cuba) los Estados Unidos dominan el Paso de Barlovento entre Cuba y Santo Domingo; los Estados Unidos han adquirido el muelle de San Nicolás en el primero y la bahía Semana en el último, como bases navales de primera clase. Un tratado con Nicaragua concede a los Estados Unidos la posesión de las islas Great Corn y Little Corn y el derecho de establecer una estación naval en el golfo de Fonseca.

"Las islas Vírgenes, adquiridas a Dinamarca en 1917, también prestan grandes facilidades para una excelente base naval, en tanto que el Canal de Panamá constituye el centro del poder naval yanqui". (261)

En rigor, si bien la descripción del poderío norteamericano en la zona es casi exhaustiva, se queda corta. Durante esos años, Cuba es, de hecho, un protectorado norteamericano y ello significa no sólo el control del paso Barlovento (canal del Viento), sino del estrecho de Florida que une el Atlántico con el Caribe y del estrecho de Yucatán que une el Caribe con el Golfo de México.

De modo que, decidida la superioridad yanqui sobre la inglesa en la región y teniendo en cuenta el "principio de no transferencia" y la Doctrina Monroe, eran de esperar drásticas intervenciones políticas y militares en Centroamérica, para impedir que su hegemonía fuera siquiera discutida por ninguna potencia extra-hemisférica, y para consolidar el propio poder.

Todo ello desde una óptica geopolítica y estratégica, a la que hay que sumar el interés en las materias primas y en los mercados centroamericanos por parte de influyentes grupos económicos de Wall Street.

Los orígenes de la "Diplomacia del dólar"

Al comenzar el siglo XX Venezuela se vio amenazada por una intervención extranjera multipartita, originada en deudas impagas con bancos europeos y norteamericanos.

A las deudas se agregaron reclamos de distintos ciudadanos pertenecientes a otras naciones europeas y todo fue sometido al Tribunal Internacional de La Haya, merced a la presión del gobierno de Roosevelt y a la aquiescencia británica.

Alemania, Gran Bretaña e Italia eran las potencias que habían recurrido a la fuerza en apoyo de sus exigencias, y cuando el 22 de febrero de 1904 el Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya dictó su fallo, otorgó preferencia a esas tres potencias con respecto al activo asignado para satisfacer las reclamaciones, y sobre los derechos de otras que se habían avenido a una solución pacífica desde un principio.

El fallo es un verdadero desafío a la Doctrina Monroe. El Tribunal de La Haya respaldó el uso de la fuerza para obtener la satisfacción de deudas impagas, dando prioridad a los estados que recurrieron a ella.

En buen romance eso significaba que las potencias europeas disponían, ahora, de un aval jurídico internacional para sus entrometimientos forzados en los asuntos internos de países turbulentos, inestables y casi siempre endeudados e insolventes frente a la banca internacional.

Todo el edificio de bases, posesiones, controles que el nuevo imperio venía construyendo en torno al Canal de Panamá, resultaba, a los ojos de la administración Roosevelt, peligrosamente amenazado.

Estados Unidos optó por la solución consagrada por la práctica imperialista: lo que en sus casos más extremos se ha llamado la "anexión anticipada".

Es decir, organizar su propia intervención y tomar a su cargo que las cuentas impagas de los inquietos estados caribeños fueran puntualmente saldadas para que nadie tuviera motivos de intervención con el respaldo jurídico del Tribunal de La Haya. (262)

En su Mensaje al Congreso de 1904, Roosevelt expresó: "El desacierto crónico o una impotencia que produce un aflojamiento general de los lazos de la sociedad civilizada pueden [...] requerir la intervención de alguna nación civilizada [...] y la fidelidad de los Estados Unidos a la doctrina Monroe puede obligarles [...] en casos flagrantes de mal proceder o impotencia, a ejercitar la policía internacional". (263)

Muy pronto se presentó la ocasión de concretar la tesis en Santo Domingo.

Morison y Commager dicen al respecto: "Roosevelt anunció en seguida un corolario a la doctrina Monroe, a saber: que como no podíamos permitir a las potencias europeas que se cobraran por la fuerza sus créditos en el hemisferio occidental, debíamos asumir la responsabilidad de que los Estados "atrasados" hicieran honor a sus compromisos financieros". (264)

Esta compleja coyuntura no sólo dio nacimiento al "corolario

(262) Samuel Flagg Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

(263) Cit. por Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

(264) *Ibid.*

Roosevelt de la Doctrina Monroe", sino también a la "Doctrina Drago".

A raíz de la intervención europea en Venezuela en 1902, el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, doctor Luis María Drago, envió una nota a las potencias —29 de diciembre de 1902— en la que desarrollaba la tesis de que las deudas no pueden ser cobradas por la fuerza a ningún estado soberano. (265)

El acreedor sabe que contrata con una entidad soberana y, al hacerlo, contrae un compromiso con la condición inherente a toda soberanía. Y, por ende, no puede disponer contra ella un acto que cuestiona su propia existencia.

La "Doctrina Drago" recibió apoyo de encumbrados especialistas en derecho internacional y el consenso político de América Latina. Fue considerada en la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro en 1906 y en la Conferencia Internacional de La Haya de 1907. Allí se aprobó la Convención Porter (propuesta por el general Porter en nombre de los E.E.U.U.) que limita el uso de la fuerza en el cobro de deudas entre Estados, pero no la elimina. En efecto, establece que sólo se podrá usar la fuerza cuando los estados deudores no se hayan sometido al arbitraje o hagan caso omiso de él. (266)

Las repúblicas latinoamericanas objetaron seriamente la nueva versión; sin embargo, Washington no sólo no aceptó la "Doctrina Drago", sino que usó y abusó de la fuerza para asegurarse la satisfacción de sus propias reclamaciones. Máxime que estaba en plena vigencia la *entente* con Gran Bretaña.

A raíz del *affaire* venezolano, un vocero del primer ministro A. J. Balfour declaró en los Comunes: "Si Estados Unidos pudiera ver la manera de que se adoptara algún procedimiento eficaz para que cesaran esas dificultades casi periódicas que surgen entre las grandes potencias y algunos de los Estados de Sudamérica, creo que podría asegurarse que encontraría la mejor acogida en este país". (267)

(265) Alberto Guani, *La solidaridad internacional en América*. Montevideo, Ed. Claudio García, 1942.

(266) *Ibid.*

(267) Cit. por Bemis, *op. cit.*

Con el apoyo británico, las manos de la Unión quedaban enteramente libres en el Caribe.

Santo Domingo

Más arriba nos ocupamos de las tentativas del presidente Grant en torno a Santo Domingo. Antecedente interesante de la "Diplomacia del dólar" en la desdichada tierra dominicana.

En 1893 la "Santo Domingo Improvement Co.", empresa yanqui de New York, compró los derechos de una deuda que el gobierno de la isla había contraído con una firma holandesa. Ello le dio acceso al cobro de los impuestos aduaneros de la República Dominicana.

En 1902 el presidente Jiménez designó una comisión de su confianza para entenderse con las aduanas, lo que motivó que el consorcio reclamara la asistencia del Departamento de Estado.

En ese momento circularon rumores sobre el arribo de barcos franceses e italianos con el fin de imponer, por la fuerza, el cobro de deudas contraídas con sus connacionales. (268)

El Secretario de Estado, Hay, realizó las precisiones necesarias para que el gobierno dominicano accediera a que los Estados Unidos asumieran el control de las aduanas y supervisaran el pago de las deudas con extranjeros. Si bien el Senado no aprobó el convenio firmado en ese sentido, Roosevelt lo sustituyó por un arreglo similar *de facto*. En 1907 el Senado sancionó un nuevo tratado que no sólo dejaba en manos norteamericanas las recaudaciones, sino que permitía al recaudador emitir bonos por 20 millones de dólares, cuyas obligaciones serían cubiertas por las rentas aduaneras. La banca Kuhn, Loeb and Co. tomó a su cargo el negocio. Otros bancos acudieron a la presa.

El National City Bank prestó a Santo Domingo un millón y medio de dólares. (269)

Esta situación se trastocó en intervención armada, cuando en 1916, una insurrección en la República Dominicana derivó en el desembarco de los *marines* —la célebre y siniestra Infantería de Mari-

(268) Nearing y Freeman, *op. cit.*

(269) *Ibid.*

na, el ejército colonialista de los EE.UU.— el 4 de mayo de ese año. Corría ya el período del Presidente Woodrow Wilson y Bryan era Secretario de Estado. La política exterior de Wilson es muy compleja; exhibe, incluso, rasgos contradictorios y debe ser atentamente analizada. Lo hacemos en la Tercera Parte de esta obra. Por ahora nos limitamos a considerar sus decisiones en el Caribe, que continuaban la línea de Roosevelt y Taft. En uno de sus más difundidos discursos, el primero definió su conducta para con los países atrasados y revueltos: "Habla quedamente y lleva un buen garrote (*big stick*), y así llegarás lejos"¹. (270)

En efecto, más de una vez blandió el *big stick* en el Caribe. Pues bien, ni Taft ni Wilson le hicieron ascos al *big stick*.

En lo que concierne a la nación dominicana, Bryan designó su representante en Santo Domingo, con la guerra civil en ciernes, a James M. Sullivan. Era un ex promotor de peleas en New York habituado del mundillo del hampa e íntimamente conectado al grupo financiero neoyorkino que poseía el control del Banco Nacional dominicano y tramaba apropiarse de los depósitos de la receptoría de aduanas norteamericana en el país.

La designación no auguraba nada bueno y nada bueno ocurrió para el pueblo dominicano.

Sullivan fue nominado por la presión de los intereses a quienes servía; allí se comportó como un agente de la banca yanqui y su mayor preocupación fue su propia fortuna. Su primo Timothy J. Sullivan se convirtió en aprovechado concesionario del Departamento de Obras Públicas. Los manipuleos e intrigas del diplomático le rindieron pingües utilidades, según denuncias irrefutables del *World* de Nueva York. (271)

Ante la intervención directa de los *marines* el presidente Jiménez dimitió y Washington se negó a reconocer a su sucesor, a menos que aceptara un nuevo y leonino tratado.

Las exigencias norteamericanas fueron resistidas. El capitán de *marines* H.S. Knapp instauró la ley marcial, destituyó a las auto-

(270) Flagg Bemis, *op. cit.*

(271) Arthur S. Link, *La política de Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*. México. Fondo de Cultura Económica, 1960.

ridades legales y organizó una dictadura militar que duró hasta 1924. (272)

Los banqueros beneficiarios de la intervención armada, propagandeaban sus valores exhibiendo, con descaro, sus connivencias con aquélla. Speyer and Co., la Equitable Trust Co, Lee, Higgison and Co., etc., se dedicaron a la lucrativa sangría de los recursos dominicanos al amparo de las bayonetas americanas. (273)

El dólar y la bandera de la mano.

Haití

Estados Unidos ya había obtenido la posesión de la bahía de Samaná en la costa oriental de Haití y el muelle de San Nicolás en el noreste, cuando el National City Bank comenzó sus operaciones en la isla.

Bancos franceses estaban a punto de apoderarse del control del Banco Nacional de Haití, cuando el Secretario Knox, durante la presidencia de Taft, intervino reclamando la participación de intereses norteamericanos. De una conferencia de banqueros en New York resultó la participación del National City Bank, Hallgarten, Speyer y Thallman en el capital del nuevo banco. Corría el año 1911. (274) Con la presión asociada del Departamento de Estado, el National City Bank se apropió del total en 1917.

Su meta era el control de las aduanas haitianas, pero el gobierno resistía porfiadamente la pretensión. En ocasión de una rebelión interna en el Norte, la intervención de los *marines* se precipitó. Puerto Príncipe fue ocupada, la caja del Banco Nacional saqueada y sus 500.000 dólares depositados en las arcas del National City en New York. Algún tiempo antes el gobierno había reasumido el control del Banco Nacional. Se inician negociaciones en busca de una salida al embrollo, cuando estalla la insurrección en la propia capital. Nuevo desembarco de *marines* al mando del almirante Caperton. En nota explicativa enviada a sus superiores culpa de los endémicos desórdenes haitianos a una especie de mer-

(272) Nearing y Freeman, *op. cit.*

(273) *Ibid.*

(274) *Ibid.*

cenarios llamados "caos" y propone la ocupación militar en toda la región. (275) El almirante impuso un presidente dócil, Sudre Dartiguenave, quien devolvió el Banco Nacional al National City. Las fuerzas americanas se apoderaron de las aduanas y de los diez principales puertos, y declararon la ley marcial.

En tales condiciones se firma el tratado tutelar del 16 de setiembre de 1915. Su texto institucionalizaba la ocupación yanqui de la economía haitiana. En 1920 se firmó un nuevo convenio que perfeccionaba el vasallaje y erigía al City en eje financiero del país. (276) La marina norteamericana estimó en tres mil los muertos a raíz de la resistencia a la ocupación. Se desarrolló el antiguo derecho de *Corvée* o "Ley del Camino", que obligaba a los ciudadanos a trabajar por un cierto tiempo en los trabajos públicos. Condiciones tan opresivas motivaron la rebelión encabezada por Charlemagne Peralte, que fue muerto, mientras se reprimía sangrientamente a sus partidarios. (277)

Nicaragua

El gobierno liberal de José Santos Zelaya resistió las presiones americanas sobre la bahía de Fonseca, así como los derechos para abrir un canal interoceánico y ventajas para los inversores del Wall Street. En 1909 estalla una insurrección anti-zelayista acaudillada por Adolfo Díaz, empleado local de la Cía. "La Luz y los Angeles" del grupo Fletcher. Aporta a la revolución 600 mil dólares y cuenta con el apoyo del Cónsul Thomas C. Moffat. (278) El agente especial designado por el Departamento de Estado, Thomas C. Dawson, reunió en un barco de guerra a diferentes líderes de la rebelión triunfante y convino con ellos un arreglo llamado el "Pacto Dawson". De acuerdo a sus estipulaciones se instaure un nuevo gobierno presidido por Estrada y se designa perito financiero yanqui a Ernesto H. Wands, cuya misión era el control de las recaudaciones aduaneras para garantizar los créditos de la banca americana. El Partido Liberal publicó el texto

(275) *Ibid.*

(276) *Ibid.*

(277) *Ibid.*

(278) *Ibid.*

secreto del "Pacto Dawson" y agitó a las masas en su contra. Una Constituyente muy sensibilizada por dicha campaña, aprobó una Constitución que aseguraba la independencia de la República. Rechazada por los yanquis, aparejó la renuncia de Estrada (que había disuelto la Constituyente y anulado su obra) y el acceso a la presidencia de Adolfo Díaz.

El senado norteamericano se negó a ratificar el convenio Knox-Castrillo, por considerarlo un despojo inaudito. Pero los banqueros lograron, de cualquier modo, imponer el llamado "convenio de Billetes del Tesoro"; merced al que Brown Brothers y Seligman prestaban a Nicaragua 1.500.000 dólares, pasaban a controlar el 51% de las acciones de un Banco Nacional a constituirse y recibían como garantía los derechos aduaneros a cargo de un recaudador designado por ellos. (279)

Nicaragua tuvo su nueva Constitución con algunas normas nacionalistas, pero los banqueros yanquis y el presidente Díaz, sostenido por un barco americano, hicieron caso omiso de ellas.

El 26 de marzo de 1912 firmaron un contrato por un empréstito de medio millón de dólares, garantizado por los ferrocarriles, las líneas de navegación y el reclamo que el gobierno había entablado contra el Sindicato Ethelburga de Londres, por otro viejo empréstito no cumplido. (280)

Todos los ferrocarriles y líneas navieras del país se transfieren a una corporación cuyo capital accionario se pone a disposición de los banqueros.

El 29 de julio los liberales se levantaron contra el régimen. Los banqueros solicitan protección al Departamento de Estado y el 15 de agosto desembarcan los *marines* al mando del comandante Butler. La represión de la revolución no fue fácil. Se requirieron más de 2.500 hombres, provenientes de ocho barcos de guerra. (281)

Managua fue bombardeada, rindieron al general Mena y a su ejército rebelde y ganaron la decisiva batalla de Coyotepe. En nuevas elecciones, controladas por los ocupantes, Díaz fue ree-

(279) *Ibid.*

(280) *Ibid.*

(281) *Ibid.*

lecto. Los gastos de la guerra civil se cubrieron con otro empréstito de medio millón de dólares cedido por los banqueros neoyorquinos.

El 8 de octubre de 1913 se firmó un nuevo contrato. Esta vez fue por un millón y los banqueros compraron el 51% de las acciones del Banco Nacional. Paralelamente se desarrollaban negociaciones para que Estados Unidos obtuviera las concesiones imprescindibles para construir un canal interoceánico por tierras nicaragüenses, por 3 millones.

De ese modo serían reembolsados los banqueros prestamistas. Negocio redondo como una rueda.

El 18 de febrero de 1916 culminaron las conversaciones. Washington, a cambio de los tres millones, adquiere el derecho de abrir un canal en la ruta de San Juan y el Gran Lago, o en otra cualquiera, Arrienda por 99 años las islas de Great Corn y Little Corn y una base naval en el Golfo de Fonseca. Es el tratado Bryan-Chamorro. Costa Rica y El Salvador entendieron que lo convenido atentaba contra sus soberanías y reclamaron en el Tribunal de Justicia Centroamericano, que les dio razón. Pero por presión yanqui, Nicaragua se desentendió del Tribunal, que fue disuelto. (282)

En los hechos, Nicaragua, como Haití y Santo Domingo, se convirtieron en protectorados americanos. O cuasi-protectorados, como le gusta decir a Link. (283) El Almanaque de Gotha los designa de ese modo, pese a las protestas de la prensa yanqui.

De ese modo, basta una ojeada al mapa para comprobarlo; el Mar Caribe se convirtió en el "Mare Nostrum" norteamericano. Los procedimientos no fueron muy rectos, no les sobró sustento ético, pero fueron efectivos. El general Smedley D. Butler, activo oficial de los *marines*, ha confesado: "Fui, en suma, un pandillero del capitalismo". (284)

(282) *Ibid.*

(283) Link, *op. cit.*

(284) Cit. por Leo Huberman, *Nosotros, el pueblo*. Buenos Aires, Ed. Palestra, 1965.

Los orígenes del panamericanismo

James G. Blaine —presidencia de Garfield— convocó en 1881 a la primera Conferencia Panamericana, con el objetivo de crear una unión aduanera con los americanos del sur.

La muerte del presidente frustró la tentativa, pero Blaine (presidencia Harrison) reunió la primera conferencia en 1889 (asistieron 18 naciones) en Washington. (285) Los latinoamericanos rechazaron sus propuestas; sin embargo, el camino quedó abierto para el futuro.

12. RETORNO A MEXICO

La Revolución Mexicana de 1910 es parte del período crítico que precede a la Primera Guerra Mundial y al cual pertenecen, también, la crisis de 1907, la Revolución China de 1910, las guerras balcánicas, etc.

Al tiempo que maduraba la primera de las grandes crisis históricas que el sistema imperialista ha sufrido en este siglo, el capitalismo monopolista maduraba desigualmente en las distintas potencias. Tendiendo al estancamiento, a la esclerosis, en Inglaterra y Francia; joven, vigoroso, pujante en los Estados Unidos, Japón y Alemania.

En 1911, el llamado Comité Pujo arribó a conclusiones explosivas, luego de hondas indagaciones en los laberintos de las altas finanzas neoyorkinas. (286)

(285) Morison y Commager, *op. cit.*

(286) Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

Los directores de los gigantes financieros de Wall Street, Morgan y Rockefeller, ostentaban 118 puestos directivos en 345 bancos y compañías fiduciarias con recursos por 2.679 millones de dólares; además, 30 puestos directivos en 10 compañías de seguros con un activo de 2.293 millones de dólares.

Si les sumamos los puestos en directorios de compañías comerciales, industriales, ferrocarriles, etc., son 341 en 112 compañías con un capital de 22.245 millones.

Entre tanto, el grupo del National City Bank of New York controla 150 puestos directivos en 110 de las más grandes empresas. (287)

Es el apogeo del banquero inversor; el capital financiero está en el cenit y, por ende, es natural que, aceleradamente, se sienta miembro del *statu quo* mundial, miembro del selectísimo "Club" de las potencias satisfechas. Vale decir, que ve a las revoluciones populares como un ataque intolerable contra sus ricos baluartes.

Desde ese ángulo, vieron a la Revolución Mexicana de 1910 como un acontecimiento repudiable. Tanto más que los Estados Unidos ya han impuesto su hegemonía en la región caribeña, el Canal de Panamá pronto será habilitado y el "destino manifiesto" habrá dado un inmenso salto hacia su culminación. ¡Cómo no indignarse con esos harapientos peones mexicanos que han derrumbado el aparentemente sólido y dócil régimen de Porfirio Díaz, en que las inversiones extranjeras eran dueñas y señoras!

Pero la década iniciada en el 10 es muy complicada; son tiempos de declinación económica y de sombrías perspectivas en Europa y Asia. ¡Como para pensar en nuevas y fulminantes aventuras expansionistas! Washington y Wall Street se aferran al mal menor en México: el gobierno de Madero.

Taft recibió complacido sus declaraciones del 16 de febrero de 1912, acerca de "aplicar medidas más estrictas" contra el movimiento revolucionario. (288)

Las relaciones de los EE.UU., con el régimen maderista son ambiguas, ambivalentes. Por un lado lo apoyan, por el otro arman

(287) *Ibid.*

(288) M. S. Alperovich y B. T. Rudenco, *La revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*. México, Ed. Popular, 1960.

a los norteamericanos residentes y en setiembre de 1912 Taft reclama contra el desorden y los riesgos que corren sus compatriotas en tierras aztecas. (289)

Veracruz

En ese momento las inversiones yanquis en México son el 40% del total invertido en el extranjero. México importa mucho.

La reacción conspira contra el gobierno legal y la embajada norteamericana no es ajena a ello. Cuando envía la nota de advertencia de setiembre, le explican al embajador Henry Wilson que es de enorme "importancia [...] que esta nota sea entregada [...] antes de que se pueda producir el golpe de Estado del que el Departamento de Estado ha tenido conocimiento últimamente". (290)

A principios de febrero de 1913 el general Victoriano Huerta se subleva contra Madero. La participación yanqui en la caída del régimen legal es inocultable. Wilson encabeza al cuerpo diplomático para solicitar la renuncia de Madero y se concierta, para el mismo fin, con el ministro Lascuráin.

A esa altura ya Wilson se mantenía en contacto con Huerta por medio de un tal Enrique Cepeda. (291) Las fuerzas motineras reducen a prisión a Madero y a sus más fieles colaboradores. Pero surgen desavenencias entre Huerta y su compinche de conjura, el general Félix Díaz. Wilson los reúne en su sede diplomática y promueve el arreglo; Huerta será presidente y Díaz presentará su candidatura para el próximo período. Es el "Pacto de la Embajada". (292)

Cuando se habla, entre los diplomáticos, de interceder por la vida de Madero, Wilson declara que no deben inmiscuirse en los asuntos internos de México. Madero fue asesinado el 22 de febrero.

Muy pronto la dictadura huertista levanta tremendas resis-

(289) Arthur S. Link, *La política de Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

(290) Morison y Commager, *op. cit.*

(291) *Ibíd.*

(292) *Ibíd.*

tencias. Pancho Villa se rebela en el norte y Emiliano Zapata en Morelos. También lo hace Venustiano Carranza, con mucho arraigo en el ejército, que publica su Plan de Guadalupe. (293)

Huerta es el abanderado de las antiguas fuerzas porfiristas: los terratenientes, el clero, los militares reaccionarios y los inversores extranjeros.

Aun en el marco de la *entente* anglo-norteamericana, las contradicciones no han cesado. En 1913, y de manera brusca, los intereses británicos predominan. Sus inversiones suman 807.622.000 dólares contra 800 mil de los americanos. (294)

Huerta se apoya, principalmente, en los ingleses. El petrolero británico lord Cowdrey, antiguo favorito de don Porfirio, contribuye a la financiación de la revuelta, se erige en consejero inmediato del presidente y recibe, en pago, numerosas concesiones. Esa es la raíz de la oposición norteamericana al nuevo régimen, durante la administración de Woodrow Wilson, aunque no hay que subestimar el calvinismo moral que nutre las concepciones wilsonistas y que lo inducen a condenar el origen espurio y la conducta siniestra de la dictadura mexicana.

Es una coyuntura singular desde el punto de vista del petróleo. De acuerdo al plan de W. Churchill y Fisher, la armada británica ha resuelto adoptar el oro negro como combustible. La política pro-huertista se oficializa. Todo ello preocupa, y con razón, a los petroleros norteamericanos y especialmente a míster E. Doheny. Su influencia es decisiva en el Departamento de Estado, donde confluyeron los escrúpulos morales del presidente Wilson con los intereses imperiales americanos.

Pero no todos los inversores yanquis coinciden en el antihuertismo. Los hay, industriales y comerciantes, a quienes el duro freno contrarrevolucionario de la tiranía les conviene. Es a esos intereses que responde, precisamente, el embajador Henry Wilson.

De ahí su retiro de sus funciones y el acercamiento norteamericano a Carranza.

Vale decir que retornaban a la táctica del mal menor. Carranza, reformista moderado, muy vinculado a los sectores más activos

(293) Link, *op. cit.*

(294) Morison y Commager, *op. cit.*

de la burguesía nacional era, desde la óptica del Departamento de Estado, preferible al radicalismo popular de Villa y Zapata.

Las presiones intervencionistas se multiplicaron en U.S.A.

No sólo los grupos petroleros deseaban que se les desbrozara el camino, sino que la opinión pública fue encendida con los relatos de las atrocidades huertistas y se entusiasmó con las hazañas de los peones villistas y zapatistas. La figura de Emiliano Zapata, austero, valeroso, carismático, destellaba romanticismo y autenticidad. Héroe a propósito para el democratismo ético e idealista, que siempre ha inspirado a grandes capas del pueblo norteamericano.

Pero la pugna con Inglaterra frenaba al intervencionismo, hasta que se presentó la ocasión de un oportuno arreglo.

El tratado Hay-Pauncfote estipula tratamiento tarifario igual a Estados Unidos y a las potencias europeas, pero una ley aprobada por el Congreso en 1912 otorgó privilegios a los yanquis. Londres protestó y el coronel House, colaborador de extrema confianza del presidente Wilson, pactó con el Canciller Grey un convenio por el cual la Unión cedía en Panamá a cambio de que el gobierno de Su Majestad retirara su apoyo a Huerta. (295) Dicho y hecho: la ruta de la intervención quedó expedita. Si bien Alemania y Japón se acercaron al gobierno mexicano, éste acusó el golpe de la nueva actitud británica. Su sistema financiero se desmoronó, el peso mexicano bajó de 45 centavos de dólar a 29 en cuatro meses. (296)

El 9 de abril de 1914 desembarcan en Tampico, sitiado por los constitucionalistas de Carranza, un oficial y siete marinos del crucero *Dolphin*. Como el desembarco de marinos extranjeros estaba prohibido, la administración huertista los aprehendió, y pese a que el jefe de las tropas en Tampico, el general Zaragoza, dispuso su inmediata libertad y pidió excusas, el intervencionismo estalló ruidosamente.

Wilson se salió de las casillas al referirse al incidente en el Congreso, y en una reunión en la Casa Blanca con sus principales allegados se decidió la ocupación del puerto de Veracruz. Tres

(295) *Ibíd.*

(296) *Ibíd.*

barcos de guerra desembarcaron 800 infantes y fueron ocupados los ferrocarriles, el correo, el telégrafo y los depósitos. (297)

Las baterías del fuerte de San Juan de Ulúa abrieron fuego, mas fueron silenciadas por la artillería enemiga. Las tropas huertistas evacuaron Veracruz. Sin embargo, la resistencia popular continuó. Los jóvenes cadetes de la Escuela Naval, al mando del capitán Rafael Carrón, lucharon bravamente. El bombardeo fue despiadado y más de 300 mexicanos perdieron la vida. La bandera de las barras y las estrellas ondeó triunfal y el general Fenston llegó para hacerse cargo de la ciudad.

Las arcas de Veracruz fueron saqueadas y sus escuelas transformadas en cuarteles.

Carranza protestó airadamente contra la ocupación extranjera y América Latina fue sacudida por una marejada de antiimperialismo en la que Manuel Ugarte hizo oír muy claramente su voz.

Se inician negociaciones y Washington exige la renuncia de Huerta. Entre tanto, la victoria de los carrancistas se precipita y el general Obregón toma México el 15 de agosto. La caída de Huerta esfuma el motivo declarado de la intervención, a lo que se suma la enérgica demanda de Carranza contra ella.

Finalmente, el 23 de noviembre de 1914 Veracruz fue definitivamente desocupada.

Persiguiendo a Pancho Villa

La guerra civil siguió asolando a la tierra azteca. Carranza, Villa y Zapata no se entienden y luchan entre sí. En 1915 se puede decir que las fuerzas se disponían de la siguiente manera: Carranza controla Veracruz y Tampico, Zapata, México y Villa el norte. El fantasma de la revolución nacionalista, popular y antiimperialista en México ensombrece las discusiones en la Casa Blanca.

El gobierno de Carranza empieza a adoptar decisiones inequívocamente perjudiciales para el capital extranjero. Se triplican los impuestos a las empresas petroleras, se anuncia que serán revisadas las concesiones, se obliga a los terratenientes "gringos" a declarar el valor de sus tierras. Eso significa un brete para ellos;

si declaran un valor alto, deben pagar impuestos elevados, si declaran un valor bajo, pueden ser expropiados por poca plata.

Por primera vez se hace diáfano ostensible una línea de la política exterior norteamericana que irá desarrollándose, paulatina e inexorablemente, hasta ser su eje principal después de la segunda guerra mundial: su rol contrarrevolucionario. William Appleman escribe al respecto: "...su (de Wilson) filosofía expansionista de la historia, su calvinismo y su nacionalismo —que también eran parte integrante de su liberalismo— lo impulsaron a oponerse a las revoluciones como barricadas en el camino de Norteamérica hacia el bienestar nacional y la hegemonía mundial". (298)

La causa real de la nueva intervención armada del sur del Río Bravo, es el propósito de decapitar a la revolución popular mexicana. Pero otro será el pretexto. México no tiene un gobierno único y responsable. Está desgarrado por ejércitos rivales que se destrozan entre sí, lo que, arguye Washington, pone en serio peligro los intereses y las vidas de los residentes norteamericanos.

El primer envite consistió en escudarse tras un planteo del ABC latinoamericano —Argentina, Brasil y Chile, apoyados por Uruguay, Bolivia y Guatemala— inspirado por el Departamento de Estado. Los representantes de dichos países y Lansing envían a Carranza, Villa y Zapata lo que se conoce como "Nota Panamericana". En ella se ofrecen como mediadores para establecer un gobierno único y apaciguar a la República Mexicana. El gobierno de Carranza rechaza la nota por ser una indebida intromisión en los asuntos internos de México y la misma levanta protestas en las propias repúblicas signatarias.

El doctor Luis Alberto de Herrera interpela al canciller uruguayo con ese motivo. (299) Por otra parte, de a poco, pero con solidez, Carranza se va haciendo con el control del país.

Washington ve cómo su pretexto se le escabulle de los dedos.

(298) William Appleman Williams, *La tragedia de la diplomacia norteamericana*. México, Ed. Grijalbo, 1960.

(299) Alberto Guani, *La solidaridad internacional en América*. Montevideo, Ed. Claudio García, 1942.

Entonces un incidente, de los muchos que se suceden en la frontera entre villistas y yanquis, da pie a la intervención.

Un destacamento de 500 villistas ataca Columbus el 9 de marzo de 1916. Son muchos los historiadores que afirman que el ataque fue provocado. Lo cierto es que llama la atención que sólo haya habido 15 víctimas americanas y, en cambio, los mexicanos dejaron más de 200 muertos en la acción.

La cubierta para la invasión se ha configurado. El 15 de marzo el general Pershing, al mando de 12.000 hombres, cruza la frontera para castigar a Villa.

Lansing escribe a su presidente: "Tengo la opinión de que debemos evitar el empleo de la palabra «intervención» y rechazar que cualquier incursión a México sea producto de la intervención".

La opinión antiimperialista de los EE.UU., no se dejó engañar. El *New York Call* escribió: "los capitalistas norteamericanos no quieren que los mexicanos dispongan de sus yacimientos de oro y plata, de sus fuentes de petróleo, de su henequén, sus bosques y sus tierras [...] Si este país comienza la guerra contra México, no será a causa del ataque a Columbus [...] El motivo lo será las enormes riquezas de México. Si los soldados norteamericanos van a morir a México, será para que los capitalistas yanquis puedan disponer de las colosales riquezas de México". (300)

Los yanquis son muchos, bien armados y provistos, pero Villa tiene gran apoyo popular y es un verdadero demonio a caballo.

Times decía: "Mientras más avanza el general Pershing se palpa con más evidencia que el pueblo apoya a Villa". (301)

Es que el odio mexicano a los "gringos" se arraiga en demasiadas humillaciones y desprecios, es el fruto de la inicua explotación de sus recursos y de sus trabajadores por el capital del norte; nadie en México puede mantener una pizca de popularidad si se aviene a la intervención.

Carranza exige el retiro de los invasores y declara que la soberanía nacional ha sido violada. Se inician negociaciones para dirimir el problema crónico de los incidentes fronterizos (en ellos se basó U.S.A. para invadir), pero Obregón reclama la inmediata

(300) Cit. por Morison y Commager, *op. cit.*

(301) Cit. por Morison y Commager, *op. cit.*

evacuación del territorio nacional para negociar. El 18 de junio el régimen carrancista presenta un ultimátum: si en una semana las tropas americanas no se retiran, será la guerra.

Mientras, se siguen concentrando tropas yanquis en la línea.

Se ha llamado a 143 mil milicianos a filas y 108 mil se agrupan en la frontera.

Sin embargo, Estados Unidos tropieza con graves dificultades, derivadas no sólo de la ubicua y efectiva resistencia villista, sino de su propia desorganización y carencias. Springs Rice, embajador inglés en México, sostiene que los americanos no disponen de transportes, ni de un sistema de aprovisionamiento adecuado para una guerra seria en México.

La guerra mundial se ahonda, la intervención americana parece irremediable. Alemania intriga en México, aprovechando las brechas que abre la guerra intervencionista. Pese a que Carranza mantiene impertérrito la neutralidad, los alemanes no cejan.

El horno no está para bollos y Washington decide suspender las hostilidades el 4 de marzo.

Comienzan nuevas conversaciones, pero sin éxito. Las contradicciones interimperialistas acucian a Wilson y, finalmente, el 2 de enero de 1917, Pershing recibe la orden de evacuación. Para el 5 de febrero no quedan soldados norteamericanos en México.

Los orígenes de la rivalidad con Japón

En época tan lejana como 1853, el Comodoro Matthew Calbraith Perry ancló en Uraga, costas niponas, con una escuadra bastante poderosa. Ya tenía mentas de las resistencias y mal trato con que los japoneses recibieron a otras misiones occidentales.

De ahí que actuara con no poca altanería al exigir ventajas comerciales y ayuda para los barcos o naufragos americanos en los puertos y costas del Japón. Mucho se discutió qué hacer frente al insolente y bien armado intruso, pero los cañones de los barcos de Perry fueron decisivos. En febrero de 1854 volvió y logró un convenio en que, si bien no obtuvo privilegios comerciales que tampoco le interesaban mucho arrancó, en cambio, todo lo que pedía en materia marítima. (302)

(302) W. G. Beasley, *Historia moderna del Japón*. Buenos Aires, Sur, 1963.

Cuando Japón emergió como potencia mundial, después de la guerra chino-japonesa de 1895, contaba con el apoyo de Estados Unidos en el marco de la alianza que unía a Tokio con Londres.

Tal como lo hemos dicho, la *entente* anglo-norteamericana significaba manos libres para la Unión en el Caribe y manos libres para el Imperio inglés en el Lejano Oriente.

Fue Theodore Roosevelt quien medió en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 y por sus gestiones se firmó el tratado de paz de Portsmouth. Paradójicamente, su texto es la raíz de la rivalidad nipo-americana en el Pacífico, que un día explotaría, con estruendo, en Pearl Harbor. Los japoneses quedaron descontentos con el tratado, porque no obtuvieron indemnización de guerra y sólo una parte de Sakalin. El chauvinismo militarista promovió disturbios tales, que hubo que implantar la ley marcial. (303)

Japón consolidaba sus posiciones en Manchuria y desde Washington se veía con muy malos ojos su éxito. Las dificultades para imponer la política de "puertas abiertas" en China eran cada vez mayores. Taft propuso un consorcio de banqueros, con intervención de Wall Street, para financiar el ferrocarril chino del valle del Yangtsé. Pero Wilson, su sucesor inmediato, lo vetó.

En 1911 se había pretendido vender la bahía de Magdalena, en la Baja California, a intereses pesqueros japoneses, pero la administración Taft se opuso. Su secretario de Estado, Lodge, redactó entonces lo que se conoce como "corolario Lodge" de la doctrina Monroe.

La compra o control por parte de una potencia extracontinental de territorios americanos, será considerada un acto inamistoso para con los EE.UU., lo que, por supuesto, no contribuyó a aliviar las ya existentes tensiones con Tokio. Lo mismo acaeció con las primeras disposiciones para limitar la emigración de hombres de raza amarilla al territorio de la Unión. (304)

También correspondió a Roosevelt tentar los primeros pininos en el escenario de la política europea. Por su iniciativa se realizó

(303) *Ibid.*

(304) Morison y Commager, *op. cit.*

la conferencia de Algeciras para poner término a la puja franco-germana en el norte de Africa. El acuerdo final debe mucho al representante americano Henry White.

SEGUNDA PARTE

LA HEGEMONIA

LA GUERRA, LA PROSPERIDAD Y LA HEGEMONIA

1. ESTADOS UNIDOS Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Las causas de la entrada de la Unión en la primera guerra mundial fueron investigadas oficialmente por el Senado. La Comisión presidida por el senador Nye indagó la relación de los intereses financieros, comerciales e industriales con la guerra y sus conclusiones no pueden minimizarse, como lo intentan algunos historiadores americanos y europeos. Son, además, concluyentes: EE.UU. declaró la guerra a Alemania porque todo su sistema económico-financiero estaba sustantivamente comprometido con la victoria de los aliados. (1) Son demasiado candorosos los argumentos de Duroselle sobre la aversión del presidente a los "Special Interests". Y su afirmación de que el motivo principal de la entrada de los Estados Unidos en el conflicto es la "voluntad de Wilson" es, en verdad, insostenible. (2) No hay dirigente capaz de llevar a una hecatombe de millones de hombres a la nación que conduce, si no se apoya en las fuerzas internas y muy vigorosas, para las cuales la guerra es el camino indicado.

Tampoco es aceptable la argumentación de Morison y Commager sobre el neutralismo de la comunidad financiera, puesto que la neutralidad le permitía obtener las utilidades de la guerra, sin sus compromisos y riesgos. (3) Y no lo es, porque eso podía argüirse en

(1) Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

(2) J. B. Duroselle, *Política exterior de los Estados Unidos (1913-1945)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

(3) Morison y Commager, *op. cit.*

1916, pero no en 1917, cuando Alemania estuvo a punto de ganar y puso en peligro de zozobrar a toda la economía capitalista norteamericana. Entonces el neutralismo no sólo no era un buen negocio, sino que estaba al borde de la catástrofe.

Wall Street y la guerra

Por otra parte, Woodrow Wilson es un hombre muy representativo de la formación económico-social de la nación que lo eligió presidente. No sólo expresa cabalmente los intereses del capitalismo monopolista y del imperialismo —como veremos—, sino que los expresa en su singular coyuntura: la aguda crisis que afecta a todo el sistema capitalista internacional.

Las facetas de idealismo, de calvinismo austero y militante, los sesgos eticistas de su política y de su conducta, no son contradictorios, ni mucho menos, con lo anterior.

Lo dicho alcanza para mostrar cómo la voluntad y la política del presidente eran muy expresivas de la sociedad capitalista americana, ante el tremendo desafío de la guerra de redivisión.

En rigor, si bien se pueden detectar etapas de neutralidad *política* en el proceso que condujo a la Unión al conflicto, desde muy temprano dejó de ser neutral en lo que tiene que ver con lo *económico*.

Las empresas yanquis vendían a unos y otros contrincantes, pero eso era una *apariencia* de neutralidad. En efecto, el severo e inteligente bloqueo impuesto por los aliados (inteligente en la medida en que no era absoluto y que dejaba pasar, por ejemplo, el algodón para satisfacer a los intereses del Sur), aisló totalmente a Alemania y a sus compinches de los circuitos del comercio internacional, mientras las mercaderías y abastecimientos de origen norteamericano aflúan a Inglaterra y Francia en alud.

El Cuadro 10 muestra la evolución del comercio con los beligerantes.

En materia de comercialización de proyectiles la desigualdad era, si se quiere, más flagrante. Teóricamente, las municiones americanas estaban a disposición de ambos bandos, pero el bloqueo las hacía inaccesibles para los alemanes, entre tanto los aliados compra-

CUADRO N° 10 (4)

Comercio con los aliados:

1914:	884 millones de dólares
1915:	1.001 " " "
1916:	3.218 " " "

Comercio con las potencias centrales:

1914:	169 millones de dólares
1915:	11 " " "

Comercio con los neutrales:

(Dinamarca, Holanda, Noruega, Suecia):

1914:	187 millones de dólares
1915:	330 " " "
1916:	279 " " "

ban sin restricciones. En 1914 la Unión exportó 40 millones de dólares en municiones y en 1916 exportó 1.290 millones. (5)

Estados Unidos dejó de ser deudor, para convertirse en acreedor de Europa. En julio de 1917 Lord Northcliffe, ministro de hacienda inglés, informó al coronel House: "Nuestros recursos financieros para pagos en América se han extinguido. A menos que el gobierno de Estados Unidos pueda encargarse totalmente de nuestros gastos en América [...] todo el edificio financiero de la alianza se derrumbará". (6)

A esta situación extrema, a este *plafond* financiero, no se llegó de golpe. Antes los aliados habían echado mano de sus reservas monetarias y de sus inversiones en Estados Unidos. Obligaciones de empresas yanquis en manos europeas fueron transferidas a los Estados Unidos por un monto de 10.000 millones de dólares. (7)

(4) Duroselle, *op. cit.*(5) Morison y Commager, *op. cit.*(6) Cit., por Morison y Commager, *op. cit.*(7) E. Tarlé, *Historia de Europa (1871-1919)*. Buenos Aires, Futuro, 1960.

Pero luego hubo que abrir la espita de los créditos.

Wilson, por temor a los *Spécial Interests*, había considerado la inconveniencia de conceder créditos a los aliados en 1914.

A los banqueros se les comunicó su decisión, fundándola en la neutralidad del gobierno.

Pero ya a fines de 1915 la situación había cambiado drásticamente. De 1911 a 1913 se vivió una recesión que no era otra cosa que el ahondamiento de la declinación económica iniciada en 1907.

En 1914 hubo un breve repunte, pero en 1915 el espectro de la crisis estaba rondando de nuevo las ventanas de Wall Street. El secretario Mc Adoo advirtió a Wilson que el país "estaba enfrentado con una situación que parecía ser económicamente crítica". (8)

El embajador inglés Cecil Spring-Rice escribía en noviembre de 1915: "El hecho brutal es que este país ha sido salvado, por la guerra y por nuestra demanda, de una gran crisis comercial...". (9) El torrente de exportaciones americanas a Europa se hubiera detenido sin crédito y eso significaba la depresión. Wilson, por ende, depuso su negativa. Ya J. Pierpont Morgan estaba esperando y alerta.

Al 1o. de enero de 1919 los principales deudores de la Unión estaban determinados por el siguiente cuadro:

CUADRON° 11 (10)

Deudas en dólares

Inglaterra y Canadá	4.429.000.000	
	462.000.000	4.891.000.000
Francia		2.705.000.000
Italia		1.051.000.000
Bélgica		171.000.000

(8) Cit. por Morison y Commager, *op. cit.*

(9) Cit. por Morison y Commager, *op. cit.*

(10) Cit. por Tarlé, *op. cit.*

El conjunto de la economía norteamericana, el propio sistema capitalista monopolista de la Unión, estaba comprometido con la suerte de los aliados al alborear el dramático año 1917.

Argumentando en favor de los empréstitos a los aliados, Roberto Lansing decía:

"Desde el 1o. de diciembre de 1914 hasta el 30 de junio de 1915, nuestras exportaciones han excedido a nuestras importaciones en casi un billón de dólares [...] En lo que atañe al año 1915, ese exceso será de aproximadamente dos billones y medio de dólares [...] ¿Podemos permitirnos el lujo de dejar que una declaración acerca de nuestro concepto sobre "el verdadero espíritu de la neutralidad", efectuada en los primeros días de la guerra, se interponga en el camino de nuestros intereses nacionales, que parecen seriamente amenazados?" (11)

Walter Hines Page escribió confidencialmente a Wilson el 5 de marzo de 1917 y en su carácter de embajador en Londres: "Quizá nuestra entrada en la guerra sea la única forma según la cual nuestra presente posición de preeminencia comercial pueda ser mantenida, evitándose un pánico". (12)

Si los aliados perdían la guerra, no hay duda de que el trance sería muy duro para el *business* y tampoco hay dudas de que al despuntar 1917 las posibilidades de una victoria germana ensombrecían el horizonte de las potencias satisfechas. Morison y Commager resumen la situación:

"La revolución rusa apartó de la guerra a aquel país. La campaña submarina estaba destinada a derrotar a Inglaterra por hambre, en breve plazo. Francia, incapaz de rechazar a los ejércitos alemanes más allá de la línea Hindenburg, estaba exhausta; después de la entrada en guerra de los Estados Unidos, hubo motines en el frente

(11) Cit. por Leo Huberman, *Nosotros, el pueblo*. Buenos Aires, Palestra, 1965.

(12) Cit. por Huberman, *op. cit.*

El "telegrama Page" es un documento de extraordinaria relevancia. Sólo fue transmitido por la United Press, pero por ninguna otra agencia de noticias norteamericana. Apenas si cuatro de los veinte principales diarios de U.S.A. publicaron su texto.

Según George Seldes en su clásico *Mil norteamericanos* (Ed. Triángulo, Buenos Aires), jugó un papel decisivo para inclinar a Wilson hacia la tesis belicista.

occidental. Sin la entrada de los Estados Unidos, Alemania hubiera ganado y de la paz hubiera salido Alemania Imperial... como un coloso dominando el mundo'. (13)

Es en estos hechos donde hay que buscar las causas reales de la entrada de la Unión en el conflicto.

Los resultados de la guerra son una manifestación exuberante de la ley del desarrollo desigual, lo que no debe asombrarnos.

Sus párrafos principales son:

"Al Presidente: Las averiguaciones que he hecho sobre la situación financiera revelan un panorama muy alarmante para las perspectivas financieras e industriales de Estados Unidos.

"Gran Bretaña no sólo tiene que pagar sus propios gastos de guerra, sino subvenir a los de los aliados. Hasta el momento ha cumplido tales funciones con sus capitales. Pero no podrá mantener sus amplias compras en Estados Unidos sin enviar oro para pagarlas y existen dos motivos para que no pueda remitir grandes embarques de ese metal. El primero es que tanto Gran Bretaña como Francia deben conservar parte del oro en su poder para mantener a la par sus emisiones de papel moneda. El segundo es que tales actividades de los submarinos alemanes hacen peligroso el envío de oro, aunque hubiera reservas para exportar. Por tanto, existe el inminente peligro de grandes perturbaciones en el intercambio franco-norteamericano, cuyas consecuencias inevitables serán la reducción al mínimo de las órdenes de los aliados y la virtual paralización del comercio transatlántico. El resultado de esta paralización será un pánico en Estados Unidos. El mundo quedará dividido en dos hemisferios. Uno, el nuestro, tendrá el oro y los productos principales. El otro, el de Gran Bretaña y Europa, necesitará esos productos, pero no tendrá medios de pago. Además, virtualmente carecerá de productos para trocarlos por los nuestros.

"Los resultados financieros y comerciales serán tan malos para Estados Unidos como para Europa. Y pronto llegaremos a esa situación, si no tomamos rápidas medidas para impedirlo. Gran Bretaña y Francia deben recibir de Estados Unidos un crédito suficientemente grande para impedir el colapso del comercio mundial y de toda la estructura financiera de Europa".

Luego de argumentar sobre la conveniencia de abrir ese gran crédito a los aliados, Page continúa:

"Es claro que no podremos conceder un crédito de tanta importancia si no declaramos la guerra a Alemania".

Y finaliza:

"La presión de esta crisis próxima, estoy seguro, ha superado la capacidad del organismo financiero establecido por Morgan para los gobiernos de Francia y de Gran Bretaña.

"Las necesidades financieras de los Aliados son demasiado grandes y urgentes para que puedan ser satisfechas por un organismo privado, porque éstos deben superar rivalidades comerciales y antagonismos locales. Es probable que la única forma de mantener nuestra destacada posición comercial y evitar un pánico es declarar la guerra a Alemania. Los submarinos han agregado el último factor al peligro de una crisis financiera mundial" (Gregorio Selser, *Diplomacia, garrote y dólares en América Latina*, (Buenos Aires, Palestra, 1962).

(13) Morison y Commager, *op. cit.*

La conflagración tensó las fuerzas económico-sociales al máximo, ahondó hasta el hueso las principales contradicciones internas de cada beligerante. Entre las potencias combatientes había quienes estaban en mucho mejores condiciones de soportar la prueba que las demás. Hubo, incluso, quien extrajo de la hecatombe riqueza y poder no soñados pocos años antes.

Desde esta óptica podemos distinguir tres grupos de naciones y dentro de ellos algunos sub-grupos.

a) Las potencias que participaron en la guerra desde una posición periférica, cuyos territorios no fueron tocados y comprometieron, relativamente, escasas fuerzas militares en la contienda. Potencias nuevas y pujantes, en ascenso, como Estados Unidos y Japón. Aunque para ambas la situación es semejante, se diferencian bastante en el *quantum* de los provechos aparejados por la guerra. La Unión era ya la nación más rica de la tierra; el conflicto fue para ella casi como una gran aventura colonial de gran envergadura que incrementó su riqueza y poderío inusitadamente. Salió de aquél convertido en el centro financiero del capitalismo internacional y con las riendas del equilibrio de poderes en las manos. En suma, y en más de un sentido, suplantó a Inglaterra en su sitial hegemónico detentado desde el fin de las guerras napoleónicas.

b) Las potencias incorporadas sustancialmente al esfuerzo bélico y desde un principio y para quienes la lucha fue de vida o muerte; sufrieron grandes pérdidas humanas y materiales, pero resultaron vencedoras. Gran Bretaña, Francia e Italia están en ese caso, pero con diferencias apreciables, entre ellas. Inglaterra conserva gran parte de su imperio, aunque la guerra la ha debilitado mucho y su territorio no fue escenario del combate. Francia sufrió más destrucción y pérdidas que Inglaterra: en su espacio nacional se disputaron las más furiosas batallas. Italia no sufrió excesivamente, pero no extrajo ventajas sensibles de la victoria. Como dice Sternberg, es un vencedor con trato de vencido. (14) Su situación se acerca más a la de los derrotados.

c) El Imperio Austro-húngaro que se desintegró, y Alemania que quedó fuera del centro de la escena histórica hasta los 30. Tan-

(14) Fritz Sternberg, *Capitalismo o socialismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

to Italia, Austria-Hungría como Alemania, experimentan tremendas convulsiones internas, viven un tiempo caótico al borde de la revolución social y sus burguesías recurrirán, finalmente, al fascismo.

Rusia queda fuera de nuestro análisis, puesto que su régimen no resistió la prueba y experimentó un profundo cambio revolucionario.

Según Sternberg, el capitalismo se estancó, se detuvo en su crecimiento en Europa. (15)

En cambio siguió desarrollándose en Estados Unidos y Japón, aunque desigualmente; mucho más en el primero.

Otra vez la Unión es la gran favorecida por el desarrollo desigual.

De acuerdo a Sternberg la capacidad productiva del capitalismo europeo disminuyó, a raíz de la guerra, *en más de un tercio*; cerca del 40%. (16) Jamás, por ningún otro motivo, como consecuencia de guerras o depresiones, había descendido más de un 20%. Y no se trata sólo de las destrucciones propias de la guerra. Esa es la causa menor en el deterioro de la economía capitalista en el viejo continente.

Agrega Sternberg sobre el tema:

"Las inversiones en municiones para proseguir la guerra, inversiones que en su mayoría se esfumaban, literalmente, fueron tan grandes, que no se pudo sustituir la maquinaria vieja durante la guerra, con el resultado de que las inversiones se invirtieron en una cantidad negativa. Como era imposible conservar el aparato productor en buen estado sin inversiones adecuadas, la producción industrial disminuyó año tras año en todos los países industriales de Europa durante la guerra". (17)

Causas como la descrita explican, pues, el deterioro de la capacidad productora. Para Sternberg es una crisis de *subproducción*.

En cambio, la Unión se enriqueció y fortaleció su capacidad productiva merced a la guerra. Desde su existencia hasta 1914—125 años de historia— el saldo de la balanza comercial norteamer-

(15) Morison y Commager, *op. cit.*

(16) Sternberg, *op. cit.*

(17) *Ibid.* (El subrayado es nuestro)

ricana fue favorable en 9 mil millones de dólares, en tanto que desde agosto de 1914 a noviembre de 1918, el saldo fue positivo en 10,9 mil millones de dólares; más, en cuatro años y tres meses, que en 125 años anteriores. (18) Las reservas monetarias americanas eran de 1.887 millones de dólares en oro en 1914 y ascendían a 3 mil millones en 1919. La riqueza nacional era de 186.3 mil millones de dólares en 1912 y subió a 320,8 mil millones de dólares en 1922. (19) El ingreso nacional fue de 33 mil millones de dólares en 1914, 45 mil millones en 1916 y 72 mil millones en 1920. (20) Se duplicó durante la guerra.

Al terminar la contienda, los Estados Unidos no tenían deudas con el exterior, pero sus inversiones en el extranjero ascendieron de 2.5 millones de dólares en 1914 a 3.993 millones en 1920. (21) En 1909 la industria norteamericana ocupaba 6.3 millones de obreros al año y en 1919, 8.4 millones. El valor de la producción era de 19,9 mil millones en 1909 y de 60 mil millones en 1919. (22)

En 1913 las exportaciones americanas son el 17,7% del total mundial y las importaciones el 11,4%; en 1920 las primeras ascienden al 37,6% y las segundas al 34,7%. (23)

Veamos el endeudamiento que el conflicto ocasionó a las principales potencias:

CUADRON° 12

Deuda interna y externa en millones de dólares ²⁴

	1914	1919
Gran Bretaña	3.458	36.457
Francia	6.598	30.494
Italia	2.632	12.177
Alemania	1.165	38.531
E.E.U.U.	1.208	23.267 (sólo deuda interna)

(18) Tarlé, *op. cit.*

(19) Duroselle, *op. cit.*

(20) *Ibid.*

(21) *Ibid.*

(22) Eugenio Varga, *Problemas fundamentales de la economía y de la política del imperialismo*. Buenos Aires, Cartago, 1959.

(23) Tarlé, *op. cit.*

(24) *Ibid.*

A raíz de la guerra la ley del desarrollo desigual se ha profundizado a grados extremos, violentos; como consecuencia, los "eslabones débiles" del sistema imperialista estallan uno tras otro. Por otro lado, y tal como lo demuestran las cifras precedentes, Estados Unidos resulta abrumadoramente favorecido por su vigencia.

La primera crisis histórica del sistema imperialista en el siglo XX

Ya en las lindes del último cuarto del siglo XX, la perspectiva histórica permite extraer algunas conclusiones acerca de su dramático proceso histórico. El panorama global de los sucesos ofrece los lineamientos generales de su curso, las bases para formular las leyes históricas que lo regulan.

Desde un enfoque de conjunto, que abarque la totalidad del acontecer, se aprecian tres épocas de aguda crisis del sistema, en que éste se debilita tangiblemente y en las cuales se insertan pujos revolucionarios y liberadores populares de excepcional vigor.

La primera de esas épocas críticas tiene por eje a la primera guerra mundial, la segunda, a la segunda guerra mundial y la tercera se inicia en la década de los 70 y exhibe singularidades que analizaremos en su momento.

Entre la primera y la segunda grandes crisis históricas se intercala una época de recuperación, de prosperidad y expansión del sistema imperialista y en ella predominan las victorias reaccionarias.

Son años de reflujo de los movimientos revolucionarios y liberadores. Entre la segunda y la tercera crisis también se intercala un lapso de extraordinaria prosperidad, expansión y poder del imperialismo, con la consiguiente secuela de sucesivos y tremendos golpes contrarrevolucionarios en todo el mundo.

En los inicios de la tercera crisis del sistema, por supuesto, los hechos muestran, inequívocamente, el signo predominantemente liberador del desarrollo histórico.

Nos abocamos a considerar la primera de esas épocas críticas y los efectos que tuvo en el desenvolvimiento del imperialismo norteamericano.

Comencemos por enumerar los rasgos generales y comunes de las "épocas críticas", para luego pasar a las características particulares de la primera.

Lenin define lo que es una época histórica: "Una época se llama así, precisamente porque abarca el total de *fenómenos diversos y guerras*, típicas y no típicas, grandes y pequeñas, algunas propias de países avanzados, otras de países atrasados". (25)

O sea, *fenómenos diversos y guerras*; un haz de hechos críticos, cuestionantes del sistema dominante, con un denominador común, con un significado común que consiste, justamente, en su carácter negativo, en sus efectos debilitantes, deteriorantes del imperialismo.

Sus rasgos genéricos principales son:

1) Se enlazan intrincadamente crisis económicas, conmociones sociales, revoluciones contra el *statu quo*, guerras interimperialistas y guerras coloniales.

2) Las contradicciones internas de cada sociedad involucrada se agudizan al rojo vivo.

3) La vigencia del desarrollo desigual se ahonda hasta sus extremos límites.

4) Los "eslabones débiles" del sistema no resisten la prueba y se quiebran uno tras otro.

5) El conjunto de la época se traduce en una resultante, en un balance que implica un cambio irreversible en la correlación de fuerzas a nivel mundial; el sistema imperialista retrocede y las fuerzas revolucionarias conquistan posiciones definitivas.

6) El desarrollo desigual favorece exultantemente a algunas potencias capitalistas (así ocurre con U.S.A. y Japón en la primera), y perjudica drásticamente a otras, pero, sobre todo, empina hacia su hegemonía, sobre el conjunto del sistema, a Estados Unidos.

7) Cada nueva época crítica involucra, conmueve a más naciones y regiones que la anterior, lo que no debe extrañarnos, dada la tendencia irrefrenable del proceso histórico hacia una creciente integración.

A estos rasgos de las épocas críticas, debemos agregar otros que atañen al proceso dialéctico global.

8) Las leyes históricas no son exactas, no son leyes matemáticas, ni físicas; son *tendenciales*. Cuando decimos de una época que es crítica para el sistema imperialista, no queremos decir que *todos* sus acontecimientos son negativos para aquél, sino que éstos *predominan*.

9) Cuando al flujo revolucionario de una época crítica sucede el reflujo de una época de prosperidad y expansión imperialista, los avances liberadores insertos en la primera son frenados, algunos destruidos y otros obligados a retroceder, pero el *saldo* es definitivamente favorable a las fuerzas revolucionarias. De modo que cuando comienza la nueva época crítica, después del auge imperialista, lo hace desde una situación mejor que la anterior, con una correlación de fuerzas más favorable. De donde resulta un proceso revolucionario quebrado, pero *acumulativo*.

10) Una época crítica no se deslinda de una época expansiva para el sistema imperialista por un hecho, o una serie de hechos nítidos y tajantes. No existen en la historia límites de ese tipo, de esa claridad. Entre una época y otra existe una frontera donde el signo de una se entremezcla con el de la otra. En el lapso inmediato a la crisis, los sucesos siguen siendo predominantemente negativos, pero no tanto como en la plenitud de aquélla. En el lapso más cercano a la nueva época expansiva, ya empiezan a menudear los hechos con signo contrario.

11) Al iniciarse una época crítica sus consecuencias políticas no son inmediatas; las contradicciones deben madurar, las tensiones caldearse, para que los sucesos cambien de significado, pero entre tanto siguen acaeciendo con el signo de la época anterior.

Veamos ahora, concretamente, la primera crisis histórica. En general y sin descartar lo inevitablemente subjetivo y arbitrario en la fijación del comienzo y el fin de una época histórica, comprendo: la crisis económica de 1913, la primera guerra mundial, la revolución rusa de 1917, las revoluciones en Alemania y Hungría, las rebeliones en Austria, China, la India, las conmociones en Italia, Inglaterra, EE.UU., etc., el encumbramiento de esta última potencia a la condición hegemónica y acreedora con respecto a Europa y la recesión de 1919-1921.

El principal hecho del flujo revolucionario es, por supuesto, la revolución rusa de 1917. Pero no es el único, ni mucho menos.

Estallan revoluciones en Alemania y Hungría (con el breve régimen obrero de Bela Kun) y se viven situaciones revolucionarias en Austria e Italia. En Francia y Gran Bretaña las agitaciones sociales alcanzan violenta expresividad.

En Asia asistimos a un vigoroso empuje de la insurgencia nacionalista acaudillada por Gandhi, al punto que los ingleses deben decretar el estado de sitio, al que no recurrían desde la rebelión de los cipayos en 1857. La revolución china se ahonda desde su explosión en 1911 y madura en las jornadas turbulentas de mayo de 1919.

En Persia y Afganistán hay levantamientos. En Japón estallan los llamados "motines del arroz". En Corea hay sacudidas amenazantes. El Medio Oriente es perturbado por graves conmociones populares en Irak y Transjordania (1921) y luego en Siria.

En América Latina la Revolución Mexicana, iniciada en 1910, supera el período contrarrevolucionario de Huerta y la intervención americana; las victorias de Carranza, Villa y Zapata posibilitan la avanzada Constitución de 1917.

En el Uruguay José Batlle y Ordóñez encabeza un gobierno progresista y transformador (1911-15), similar al que presiden Hipólito Yrigoyen en la Argentina (1916-1922) y Alessandri en Chile (1920). El desarrollo desigual explica las disimilitudes entre estos movimientos, pero todos son inequívocamente cuestionantes del sistema imperialista.

Estados Unidos se enriqueció con la guerra y emergió como la potencia más poderosa del mundo, pero no por ello escapó al agudizamiento de sus contradicciones internas y a las tensiones sociales consiguientes. Especialmente durante la depresión de la inmediata postguerra. De 1914 a 1919 el costo de la vida aumentó en un 99% y en 1920 el 83% de los trabajadores obtenían ingresos por debajo del mínimo vital establecido por el Departamento de Trabajo. En 1919 estallaron huelgas en todas las industrias. La cifra total de huelgas fue 3.630 y el número de huelguistas estuvo cerca de los 5 millones. (26)

(26) N. Iakovlev, *Historia contemporánea de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Futuro, 1965.

Un millón de obreros se afiliaron a los sindicatos y se multiplicaron las huelgas "salvajes", es decir, sin la autorización de las muy moderadas direcciones sindicales. El sistema fue debilitado por un lapso breve, pero lo bastante como para que sus dirigentes se sintieran amenazados. La Comisión Lask, encargada de estudiar los actos subversivos en New York, concluyó: "Los actuales desórdenes sociales y sus consecuencias revolucionarias no responden a razones económicas. El ascenso del movimiento radical y revolucionario es en primer lugar el producto de la propaganda". (27) Es un síntoma de lo que vendría en cuanto la prosperidad retornara y los empresarios y políticos se sintieran otra vez seguros y fuertes: el uso abusivo e intolerante del "peligro rojo", del anticomunismo delirante y exacerbado que caracterizará a la larga década de auge y expansión que se inaugura apenas absorbida la recesión de posguerra.

2. PROSPERIDAD, REACCION, AISLAMIENTO E IMPERIALISMO

El *boom* económico de la guerra en U.S.A. —mientras la economía europea se derrumbaba— dio sus últimos respingos en 1919.

Ese año las exportaciones superaron en 1.800 millones de dólares las de 1918. U.S.A. exportó el 16.3% de toda su producción industrial, cuando en 1914 había exportado el 2,1%.

Los empréstitos siguieron fluyendo hacia Europa hasta noviembre de 1920: Inglaterra y Francia recibieron, después del armisticio, 2.200 millones de dólares. (28)

Apenas aflojadas las restricciones bélicas, el mercado americano se abrió al comercio mundial con una capacidad adquisitiva muy

(27) Cit. por Iakovlev, *op. cit.*

(28) N. Iakovlev, *Historia contemporánea de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Futuro, 1965.

acrecida. En efecto, las utilidades de la guerra se tradujeron en un ascenso del crédito interno que, de mayo de 1919 a mayo de 1920, subió en un 25%. Los precios y la especulación se fueron a las nubes.

La paz demostró hasta qué punto la economía capitalista se había internacionalizado y cómo la expansión de unos no podía estar acompañada eternamente por la involución de los otros. Agotada la capacidad de Europa para absorber créditos, sus importaciones se desmoronaron. En 1920 el comercio exterior norteamericano cifraba 13.500 millones de dólares. En 1921 descendió a 7.000 millones.

Hubo quiebras y desocupación agravada por la desmovilización; el salario real disminuyó entre un 25 y un 50%. (29)

Fueron años difíciles, más para el capitalismo europeo enfrentado con la clase obrera sublevada, que para el capitalismo yanqui; pero breves, especialmente para éste.

Según Huberman y Sweezy, en 1923 la revolución en Europa había abortado (con la derrota del levantamiento de Hamburgo) y algo después se frustraba en China con el golpe contrarrevolucionario de 1927.

La prosperidad económica retornó vertiginosamente en Estados Unidos y superó marca tras marca en los años siguientes.

En Europa hubo apenas reconstrucción y estabilidad, pero alcanzó para revitalizar el sistema imperialista tan mal herido por la guerra y la crisis económica.

A mediados de los 20 la onda expansiva está en pleno vuelo.

Es la *Age of Business* (la "edad de los negocios"); (30) tiempos de dinero fácil, de egoísmo, de despilfarros, de arrogancia, de mediocridad, de reacción virulenta, de desenfreno y delincuencia.

Los han llamado los "años locos", aludiendo a la ligereza e irresponsabilidad imperantes, pero eso significa ver una sola cara de un período complejo y multifacético. También fueron años del Ku Klux Klan, de persecuciones a los radicales y progresistas, de *gangsters* y de prepotencia fuera de fronteras.

(29) *Ibid.*

(30) J.B. Duroselle, *Política exterior de los Estados Unidos* (1913-1945). México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

Las sucesivas administraciones republicanas, en la década de los 20, realizan una consecuente política de apoyo a las grandes corporaciones. Se reducen los impuestos y, por otro lado, se encara un agresivo proteccionismo de la industria americana. La Tarifa Fordney-Mc Cumber y ya en plena crisis, el Arancel Hawley-Smoot, expresan, en el plano económico, el nacionalismo y el aislamiento que caracteriza a los gobiernos republicanos. (31)

Las leyes anti-trust dejan de aplicarse y, en general, se sostiene firme y entusiastamente la política que Hoover definió como "alianza con las grandes asociaciones comerciales y las compañías poderosas". (32)

Naturalmente, esta política tuvo importante incidencia en la expansión que experimentó la economía norteamericana entre ambas guerras. Si tomamos índice 100 para 1935, para la producción industrial, en 1919 tenemos 72, en 1922-74, en 1925-90, en 1928-99 y en 1929-110. En tanto, las potencias europeas se esforzaban por recuperar los niveles de preguerra. En las vísperas de la gran depresión, la producción industrial había duplicado la cifra de 1914. (33)

La relación porcentual de la producción industrial alemana con respecto a la de Estados Unidos, muestra al desnudo la vigencia del desarrollo desigual.

CUADRO N° 13

Producción industrial de Alemania como porcentaje de la de E.E.U.U. ³⁴

1870	90
1900	48
1913 (antiguas fronteras)	40
1913 (nuevas fronteras)	36
1929	23,9

(31) Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

(32) Cit. por Morison y Commager, *op. cit.*

(33) Fritz Sternberg, *¿Capitalismo o socialismo?* México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

(34) *Ibid.*

En 1900 la riqueza de Estados Unidos se estimaba en 86.000 millones de dólares; en 1929 ascendía a 361.000 millones. (35)

Es muy importante subrayar que la pujante prosperidad norteamericana de los 20 es un fruto flagrante del desarrollo desigual; es verdad que también el Japón crece económicamente, aunque bastante menos, pero en Europa el capitalismo se atasca gravemente. Nada mejor que las cifras del comercio mundial para apreciar este fenómeno con claridad.

CUADRO N° 14

Volumen del comercio mundial ³⁶
Índice: 1913-100

Años	Volumen total	Porcentajes del nivel de 1913	
		Manufacturas	Materias Primas
1921-1925	82,3	76,6	85,8
1926-1930	110,1	103,4	114,1

De modo que en la fase culminante de la recuperación, en vísperas del *crack* mundial, el comercio internacional apenas si superaba en algo más del 10% los niveles de 1913.

Pero si recordamos los índices impresionantes de la expansión del comercio exterior yanqui y les agregamos los también elevados del nipón, nos queda en las manos la seria situación de estancamiento de Europa y un saldo muy esmirriado para el conjunto del sistema imperialista. Ello no es ajeno al impacto brutal de la depresión de 1929.

La crisis endémica europea de estos años se debe a más de una causa, sin contar el deterioro debido a la guerra. Por un lado, la pérdida de un mercado de la magnitud de Rusia, luego la aguda crisis de las naciones centroeuropeas y balcánicas, antaño reservorios lucrativos del capitalismo anglofrancés y alemán.

Pero tal vez, lo más significativo sea el reflujo imperialista en las colonias y semicolonias. Por un lado, porque el ascenso de los

(35) Leo Huberman, *Nosotros, el pueblo*. Buenos Aires, Palestra, 1965.

(36) Sternberg, *op. cit.*

movimientos de liberación fue tal que, por lo menos, alcanzó a neutralizar buen número de las ventajas del colonialismo; y por otro, porque U.S.A. y Japón aprovecharon la debilidad de sus rivales para desplazarlos de sus viejos reductos. Esto es especialmente cierto para algunos dominios británicos como el Canadá y para América Latina, que se trasladaron (con excepción de los países rioplatenses) de la órbita inglesa a la yanqui. En 1925 hay en Canadá más inversiones americanas que británicas.

Al filo de la Gran Depresión las inversiones norteamericanas en el mundo se distribuyen como sigue:

CUADRO N° 15

Inversiones norteamericanas en el extranjero (1930) ³⁷ en millones de dólares

Europa	4.929
Canadá	3.942
América del Sur	3.042
Antillas	1.233
Asia	1.023
México y América Central	1.000
Oceanía	419
África	118

Por otra parte se ha iniciado, balbuceante, la internacionalización del capitalismo norteamericano. La General Motors compró la Adam Opel Company, que producía casi la mitad de los automóviles de Alemania y la Ford Co. instaló varias plantas en Europa. En 1929 la Woolworth Co. poseía 130 comercios en Canadá, 350 en Gran Bretaña, 36 en Alemania y 8 en Cuba. (38)

No olvidemos que en 1913 la Unión era un país deudor de Europa y que en 1920 sus inversiones extranjeras rozaban los 4 mil millones de dólares; menos que la cifra correspondiente sólo a Europa nueve años después.

La prosperidad norteamericana va de la mano con la concentración del capital; la gran corporación emerge como la estrella rutilante de su economía.

(37) Huberman, *op. cit.*

(38) *Ibid.*

El desarrollo desigual se manifiesta, aquí, en la intimidad de la nueva potencia dominante. Las grandes corporaciones crecen mucho más que el resto de la economía.

De 1924 a 1928 crecieron a un promedio anual de 7,7%, mientras el crecimiento del conjunto fue del 4,9% y el de las empresas por debajo del nivel de las 200 mayores, 2,6%. (39).

En la década de los 30 el Comité de Recursos Nacionales encargó a Paul M. Sweezy un trabajo sobre los grupos de intereses en la economía americana. Es un ensayo breve y muy jugoso, hoy clásico en la materia. De sus conclusiones extraemos la siguiente síntesis. El conjunto de las empresas analizadas, manejadas sólo por ocho grupos de intereses, controlan el 34% de todas las corporaciones industriales, el 48% de todos los bancos comerciales, el 75% de todos los servicios públicos y el 95% de todos los ferrocarriles. (40) Esos ocho gigantes son: 1) Morgan-First National; controla compañías y bancos por valor de 30.210 millones de dólares; 2) Rockefeller; controla compañías y bancos por 6.613 millones de dólares; 3) Kuhn Loeb controla compañías y bancos por 10.853 millones de dólares; 4) Mellon; controla compañías y bancos por 3.332 millones de dólares; 5) grupo de Chicago; controla compañías y bancos por 4.266 millones; 6) Du Pont; controla compañías y bancos por 2.628 millones; 7) Cleveland; controla compañías y bancos por 1.404 millones y 8) grupo de Boston; controla compañías y bancos por 1.719 millones. (41)

Es la apoteosis de la casa Morgan. Su fundador J. Pierpont Morgan, murió en 1913 dejando los cimientos de la gran construcción financiera que se convirtió en el eje de la financiación no sólo de la primera guerra mundial, sino de la reconstrucción europea de posguerra. (42) Ya veremos la incidencia Morgan en los créditos abiertos a Alemania.

Sin embargo, la causa principal del auge, de lo que los americanos llamaron la "prosperidad Coolidge" (Coolidge es el presi-

(39) Sternberg, *op. cit.*

(40) Paul M. Sweezy, *Capitalismo e imperialismo norteamericano*. Buenos Aires, Jorge Alvarez Editor, 1963.

(41) *Ibid.*

(42) Victor Perlo, *El imperio de las altas finanzas*. Buenos Aires, Platina, 1962.

dente hasta 1928, o sea los años de oro), es la aparición y desarrollo del automóvil en la economía. Tal la tesis de Baran y Sweezy. (43) La guerra enjugó la crisis que asomaba en 1913 y ya en 1915 la producción de automóviles está en pleno *crescendo*. No se trata de la producción *estricta* de automóviles, que pasa apenas de 3,6 millones de unidades en 1923 a 4,5 millones en 1929. Lo que realmente provoca la prosperidad es el *efecto inducido* de la cifra de autos en *circulación*; consumo de combustible y lubricantes, carreteras, repuestos, llantas, gomas, accesorios, urbanización de lugares cada vez más lejanos del centro de las grandes ciudades, etc. Esa cifra es de 2,3 millones en 1915 y 23,1 millones en 1929 (se multiplica por 10). (44) Salvo casi imperceptibles inquietudes en 1924 y en 1927, la curva de la prosperidad es ascendente y sostenida hasta los propios lindes de la Gran Depresión. El auto y la radio fueron los símbolos de esa expansión. En 1922 se vendieron 60 millones de dólares en aparatos de radio; en 1929, 842,5 millones.

Para la gente de los "años locos" el bienestar no tendría fin. Era una apreciación equivocada y superficial. Ya había millones de seres en U.S.A. para quienes las cosas no tenían ese tinte rosa. Los 20 fueron años de crisis agrícola. En 1920 el agricultor apenas recibía el 15% de la renta nacional; a fin de los 20 era sólo el 8%. Las exportaciones agrícolas cayeron a menos de la mitad (seguramente una secuela del proteccionismo agresivo de los republicanos). (45)

La superficie cultivada disminuyó: de 1910 a 1924 fueron 5,2 millones de hás. menos. (46) La población del campo descendió en un millón de personas. Es el desarrollo desigual interno. Y no sólo se expresa en la disparidad entre industria y agricultura. La distribución de la renta es pronunciadamente desigual.

De 1923 a 1928 el índice de los salarios subió de 100 a 112, pero el de los beneficios especulativos creció de 100 a 410. (47)

He ahí dos flancos débiles en el augo brillante de la era republi-

(43) Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *El capital monopolista*. México. Siglo XXI, 1968.

(44) *Ibíd.*

(45) Sternberg, *op. cit.*

(46) *Ibíd.*

(47) *Ibíd.*

cana, a los que debe sumarse el siguiente: en 10 años el comercio exterior dejó a la Unión 8.000 millones de dólares; entre tanto, las exportaciones de Inglaterra y Alemania no arañaban siquiera los niveles de preguerra. (48)

A esta altura no es posible sostener la prosperidad de la potencia hegemónica en un mundo en receso o estancado.

El desarrollo desigual ha encumbrado a los E.E.U.U. a riquezas jamás imaginadas. También el desarrollo desigual gestaba la crisis y la guerra.

La reacción política

La reacción política es el acompañamiento de la recuperación económica y de la estabilidad del sistema imperialista. No sólo es un fenómeno condicionado por la formidable expansión económica en Estados Unidos, sino que se trata de una evidente y honda tendencia con pocas excepciones que la confirman.

En octubre de 1922 Mussolini ha conducido, con suceso resonante, la "marcha sobre Roma"; accede al gobierno, las elecciones le otorgan un triunfo espectacular.

El 10 de junio de 1924 es asesinado Giacomo Matteotti; de ahí a la cruel dictadura fascista en Italia, sólo hay un paso.

Claude Klein llama al período 1924-1929 en Alemania, la pseudoestabilidad. (49) Al socaire de la ayuda financiera norteamericana hay visible recuperación económica, y, a la vez, la República de Weimar se precipita a la derecha. Hindenburg gana las elecciones presidenciales de 1925. La gran burguesía controla el gobierno mediante sus directos mandatarios.

Stressemann ha salido de la Dirección de las organizaciones de empresarios; lo mismo puede decirse de Hugo Stinnes y de Hugenberg. Un oportuno y cuantioso regalo en tierras de los junkers, convierte a Hindenburg en uno de los suyos. (50)

(48) *Ibid.*

(49) Claude Klein, *De los espartaquistas al nazismo: la República de Weimar*. Barcelona, Península, 1970.

(50) *Ibid.*

Entre tanto Hitler ha fundado su partido, ha aprovechado su "cómoda" prisión para escribir *Mein Kampf* y está preparado para el recambio que el capital financiero requerirá, con urgencia, en cuanto el *crack* del 29 arrase con la contabilidad weimariana. En Francia hay giro a la derecha con Poincaré, en Gran Bretaña se asiste al ocaso del Partido Liberal de Lloyd George y se abre un largo dominio conservador interrumpido, fugazmente, por dos experiencias frustradas del laborismo.

En Hungría, Horthy se apodera de las riendas del poder, en Rumania es tumbado el régimen democrático de Stambuliski y se inaugura el ferozmente represivo gobierno de Zankoff. En Yugoslavia impera la dura dictadura monárquica de Alejandro I y en 1926 Pilsudski instala la dictadura en Polonia. (51)

La prosperidad japonesa de los 20 significa la madurez y consolidación de los "zaibatsu" (grandes grupos financieros e industriales). Mitsui, Mitsubishi, Yasuda y Sumitomo dominan toda la vida económica y social. Muy pronto su encuentro con las fanáticas corrientes del ejército dará nacimiento al fascismo japonés. (52)

En China, Chiang Kai Shek gobierna con mano temible después de su artero golpe contra los comunistas. En América Latina varios dictadores se entronizan, por años, en el gobierno.

La vida norteamericana de los 20 fue distorsionada, intoxicada, filtrada de sordidez por lo que Frederick Lewis Allen llama "el espantajo rojo". (53) La siguiente es una elocuente, brillante página suya sobre ese clima emponzoñado que envolvió a la nación:

"Pero el hombre de negocios norteamericano no se encontraba de humor para considerar si se trataba de un núcleo reducido o no.

"También él había salido de la guerra con su sangre combatiente enardecida, pronto a derribar cualquier cosa que le impidiese avanzar. Quería volver a sus negocios y gozar de sus ganancias. Los trabajadores se interponían en su camino y ponían en peligro su propósito. Había salido de la guerra con un patriotismo militante, y

(51) Ernest Nolte, *El fascismo en su época*. Madrid, Península, 1967.

(52) W.G. Beasley, *Historia moderna del Japón*. Buenos Aires, Sur, 1968.

(53) Frederick Lewis Allen, *Apenas ayer*. Buenos Aires, Eudeba, 1957.

mezclando sus motivos idealistas con sus motivos egoístas, como lo hacen los hombres de todos los tiempos, desarrolló la ferviente creencia de que el norteamericanismo al ciento por ciento y el Bienestar del País de Dios y la Lealtad a las Enseñanzas de los Padres Fundadores, implicaban el derecho de los hombres de negocios a expulsar de su taller al organizador sindical. Había llegado a desconfiar de todas y cada una de las cosas que eran extranjeras, y ese extremismo era para él el fruto de los esclavos de cabellos largos y de los judíos mal lavados del East Side". "...Su credulidad había crecido hasta el punto de que estaba completamente dispuesto a creer que una lucha de trabajadores norteamericanos por mejores salarios era el comienzo de una rebelión armada dirigida por Lenin y Trotsky, y que detrás de cada inocente profesor que afirmaba la existencia de argumentos en favor y en contra del socialismo existía un bribón barbudo de Europa oriental, con una bolsa en una mano y una bomba en la otra". (54)

¿Cómo extrañarnos de que en esa atmósfera enrarecida prosperara el siniestro Ku Klux Klan (mezcla de negociantes bribones y fanáticos ignorantes, solemnizados por el ritual y los disfraces), que llegará a reclutar más de cuatro millones y medio de miembros? Muchos vieron en él la base de masas para un fascismo americano.

Comunistas y socialistas fueron puestos fuera de la ley; el Sur retornó al más crudo "Jim Crow". El asesinato brutal y oficial de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, no es más que el fruto escogido de una época intolerante, corrupta y deshumanizada.

Puesto que no hay que olvidar que el anticomunismo y el antiprogresismo van de la mano con las trapisondas de la "banda de Ohio", (55) como se designó a los más allegados colaboradores y amigos del presidente Harding, con el auge del *gang* y el imperio de Al Capone.

Es un tributo elocuente a la profunda raigambre de las corrientes democráticas en la vida política norteamericana, la votación de

(54) *Ibid.*

(55) Morison y Commager, *op. cit.*

casi cinco millones de sufragios para La Follete en los comicios de 1924 y, sobre todo, el millón de votos para el candidato socialista Eugene V. Debs, quien se encontraba en la cárcel purgando una condena de sedición, en 1920. (56)

El reaccionarismo político es, por cierto, inseparable de la política aislacionista e imperialista que los republicanos impulsaron desde la Casa Blanca.

Aislacionismo e imperialismo

En cada crisis histórica del siglo, en cada torbellino que ha corroído y aflojado el esqueleto de su sistema, la sociedad capitalista norteamericana ha producido conductores políticos apropiados, a la altura de los acontecimientos y del peligro, hábiles defensores del *statu quo*.

Ello es especialmente ostensible para las épocas de la primera y de la segunda guerras mundiales; Woodrow Wilson y Franklin D. Roosevelt ejemplifican espléndidamente ese tipo de dirigentes.

Veamos, ahora, el caso de Wilson y su política.

Las condiciones que enmarcan su gestión pueden resumirse así:

1) Es elegido al agotarse el auge económico, en medio de una avalancha de votos progresistas y cuestionantes del régimen que ha cesado de garantizar el bienestar generalizado de años anteriores. Presidirá a Estados Unidos hasta los umbrales de la prosperidad que se inicia, vigorosamente, con la guerra, pero que se interrumpe abruptamente en 1919-21.

2) Ocupa su cargo en la instancia en que se producen cambios profundos en el mundo. Gran Bretaña pierde su secular hegemonía y U.S.A. ocupa su lugar. Pero, a la vez, el clásico liberalismo manchesteriano cultivado desde la City, es desplazado por el capitalismo monopolista, los precios cartelizados y las ganancias exorbitantes.

Wilson es un firme partidario del régimen capitalista tal como ha fructificado en la Unión. Pero tiene lúcida y, aun, dolorosa

conciencia, de que el mismo está seriamente jaqueado por la crisis, la rebelión de los pueblos coloniales, la guerra entre las potencias y el descontento interno. Entiende a la perfección que no puede persistirse en viejas y rígidas recetas represivas y prepotentes. Deben introducirse cambios y cambios importantes, si quiere preservarse la sustancia del sistema. Tal la raíz de su reformismo; conceder aquí, ceder allá, retocar acullá, para que, en esencia, todo siga igual. Esa ha sido, y será la filosofía política de los conservadores lúcidos en tiempos de turbión. La fórmula lampedussiana ha de ceñir muy bien el carozo de tal estrategia: "que haya cambios, para que todo quede como está".

Wilson es un intransigente partidario del liberalismo económico y político, pero muy sagaz para no comprender que requiere ajustes impostergables. Se apresura a efectuarlos.

En lo interno, el equilibrio debe ser el resultado no del pluralismo infinito de las empresas y de los trabajadores independientes, sino del acuerdo entre las grandes corporaciones y las poderosas y modernas organizaciones sindicales. En lo internacional, el pluralismo atomístico de *todas* las naciones, debe ser suplantado por una nueva concepción del equilibrio: el consenso de las grandes potencias.

Su reformismo no es pura estrategia. Esto es trascendente y debe ser subrayado. Wilson entiende que en el funcionamiento actual del sistema existen demasiadas injusticias, altanerías y desigualdades. Aspira a un régimen reformado no sólo para salvarlo del embate revolucionario, sino, también, por razones éticas y religiosas. Su calvinismo austero y severo no es una impostura; es parte de su concepción, que él juzga absolutamente coherente.

Sobre estas sucintas bases, apreciaremos que pueden explicarse con facilidad las aparentes contradicciones de la política wilsoniana.

Hacia adentro trata de corregir las peores consecuencias de la implacable trustificación de la economía con la ley antitrust Clayton; favorece al consumo popular suavizando el agresivo proteccionismo republicano con el nuevo arancel Underwood. (57)

En lo internacional, se ha apuntado a la flagrante antinomia

entre su famoso discurso antiimperialista de Mobile y las intervenciones que decretó en México y en el Caribe. No hay tal contradicción. Wilson fue un consecuente partidario de la expansión imperial. "Nuestras industrias —decía— se han expandido hasta tal punto, que harán estallar sus ropas si no encuentran una salida libre hacia los mercados del mundo. Nuestros mercados nacionales no son suficientes. Necesitamos mercados extranjeros". (58)

En otra ocasión afirmó: "Las concesiones obtenidas por los financieros deben ser salvaguardadas por los ministros de Estado, aunque con ello se lesione la soberanía de las naciones que no acepten este punto de vista. Es preciso obtener o crear colonias, a fin de que ningún rincón útil del mundo quede desaprovechado o en desuso. La paz misma se convierte en una cuestión de conferencias o combinaciones internacionales". (59)

Esa es su visión; un mundo abierto, un gran mercado, un gran coto de caza financiero donde triunfará el más apto, y el más apto es Estados Unidos.

Cuando Wilson afirma: "Tenemos que hacer que el mundo resulte seguro para la democracia", (60) no piensa en la democracia como la conciben los demás, sino como se la practica en la Unión.

Democracia *ad usum* norteamericano, fundada en la libre empresa, en el *big business*. Como dice William Appleman: "Democracia à l'américaine, con todo lo que ella significará en el plano económico, político y social". (61)

Raymond Robins comenta, no sin razón: "Wilson fue un gran hombre, pero tuvo un defecto fundamental: estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por la gente, menos bajarse de encima de ella y permitirle vivir su propia vida". (62) Lejos de ser un capricho, era un razonamiento riguroso; cuando los pueblos no aceptan el mesianismo americano, cuando se disponen a "vivir su propia vida", destruyen la hegemonía económica de Wall Street.

(58) Cit. por William Appleman Williams, *La tragedia de la diplomacia norteamericana*. México, Grijalbo, 1960.

(59) Cit. por Appleman Williams, *op. cit.*

(60) Cit. por Appleman Williams, *op. cit.*

(61) Appleman Williams, *op. cit.*

(62) Cit. por Appleman Williams, *op. cit.*

De ahí la participación de Estados Unidos en las intervenciones contrarrevolucionarias. En Siberia contra los bolcheviques, aunque —es bueno decirlo— no sin manifiestas reticencias. En Hungría ayudando abiertamente y con éxito a los grupos reaccionarios. En México hostilizando a su gobierno, invadiendo su territorio, aplastando a su pueblo que se negaba a aceptar la explotación económica impuesta desde el Norte.

Y esto no contraría la idea fundamental de Mobile. Allí se pronunció contra las guerras de conquista, contra la adquisición brutal de territorio ajeno, al estilo de las invasiones a México a mitad del siglo XIX. Eso es lo que hay que evitar, eso es un exceso que los pueblos ya no consienten. Hay que renunciar a ese *tipo* de expansión. Pero no renunciar a la *expansión*.

Tanto más que su propia experiencia le ha probado que expansión económica y prosperidad interna van de la mano. Más; prosperidad interna y democracia interna van de la mano.

Hablando de wilsonismo, se han usado expresiones como "imperialismo moral", o "imperialismo del espíritu" o "diplomacia misionera". (63) Aluden a otro rasgo ya señalado en su concepción. El reformismo no sólo es conveniente y necesario para preservar al sistema, sino que es moral y justo en sí mismo. Este ajuste entre idealismo y realismo es corriente en los grandes dirigentes nacionales, cualquiera sea su signo ideológico, aunque en Wilson adquiere una tónica febril, un toque de predicador, una severidad calvinista singular.

Es muy claro que él aspira, es casi como un mandato de Dios, a que Estados Unidos sustituya a Inglaterra en su rol dominante y regulador en el mundo.

El "modo político" de Londres fue el "equilibrio de poderes". Para Wilson ya no es suficiente; no en el mundo de las revoluciones populares antiimperialistas y de las guerras entre potencias por mercados y zonas de influencia. El poder de la potencia timón debe ejercerse más planificadamente, dejando menos cosas al azar, regulando con más persistencia, vigilancia y cuidado. De ahí su gran idea de la Sociedad de Naciones, una institución destinada a organizar el equilibrio de poderes, a evitar sus estallidos, en una palabra y en rigor, a sustituirlo.

(63) Appleman Williams, *op. cit.*

Wilson propuso sus famosos "14 puntos", como bases para edificar un nuevo consenso internacional. Justamente, el punto 14 consiste en el establecimiento de una Sociedad de Naciones, entidad supranacional destinada a suplantarlo, con ventajas a los ojos del presidente, el viejo equilibrio de poderes.

Si se analizan con cierto detenimiento los "14 puntos", se descubren en ellos las vertientes primordiales de la concepción wilsoniana ya expuesta, aun para los de más alabado contenido idealista.

El 2, "Libertad de los mares lo mismo en la paz que en guerra", favorece ampliamente a los Estados Unidos, que emergen de la guerra como la primera potencia naval —igual a Inglaterra, en rigor, pero con posibilidades mucho mayores— del orbe.

El 3, "Remoción de todas las barreras económicas y establecimiento de condiciones iguales", abre el mundo a la avasallante penetración económica yanqui; es la política de "puertas abiertas" a nivel internacional.

El 5, "Reajuste de todas las reclamaciones coloniales, en el cual los intereses de las poblaciones interesadas han de pesar lo mismo que las aspiraciones de los gobiernos cuyos títulos deban determinarse", es una concesión a los ebullentes movimientos antiimperialistas. Es una concesión inspirada por realidades golpeantes como las revoluciones china, mexicana, turca, rusa; pero se realiza a *expensas* de las *otras potencias* que han practicado el colonialismo a la vieja usanza.

Otros como la evacuación de Bélgica, la devolución a Francia de Alsacia y Lorena, la autodeterminación para los pueblos del esclerosado Imperio Austro-Húngaro, etc., son también concesiones justas destinadas a apaciguar, a contener los agudos cuestionamientos de la crisis al *statu quo*, pero no a *expensas* de la Unión.

Por supuesto que no descartamos que la agria, hirsuta realidad con que Wilson se tropezó en Versalles —donde debió transar una y otra vez con sus voraces aparceros de victoria bélica—, haya fomentado en él una amarga decepción y que ésta influyera en su casi inhumana intransigencia por imponer su Sociedad de Naciones al mundo capitalista. Wilson descubrió, en esta breve e intensa experiencia, la verdadera naturaleza de la guerra de redivisión. En St. Louis, el 5 de setiembre de 1919, expresó:

¹¹ *¿Hay aquí un hombre o una mujer —y hasta diría un niño— que no sepa que el germen de las guerras en este mundo está en la rivalidad industrial y comercial? El verdadero motivo de la guerra que recién concluye fue el temor de Alemania de que sus rivales comerciales la aventajaran y la razón de que algunas naciones declararan la guerra a Alemania fue que temieron que ésta obtuviera ventajas comerciales. El germen de los celos, el germen del odio fue la intensa rivalidad comercial e industrial". (64)*

Tales ideas no podían dejar de incidir en su conducta política. El wilsonismo fue dramáticamente derrotado. El Senado rechazó el Tratado de Versalles y la Sociedad de Naciones, y los republicanos ganaron ampliamente los comicios de 1920 al grito de "¡Vuelta a la normalidad!".

Es, incluso, un corolario sugestivo de la derrota, que Wilson el intelectual, el universitario, el "idealista", haya sido sustituido en la Casa Blanca por Harding el mediocre, el palurdo, el jefe de la "banda de Ohio".

Wilson fue vencido por una coalición de políticos inspirados por distintos motivos. De ellos nos interesan los que marcan las pautas de la política exterior republicana en la década de los 20: los llamados "Aislacionistas".

Henry Cabot Lodge fue la figura opositora sobresaliente en el Parlamento, pero por las responsabilidades asumidas después, conviene mencionar a Harding, Coolidge y Hoover como presidentes, o Hughes, Kellog y Stimson como secretarios de Estado.

No todos piensan igual, pero hay entre ellos lo suficientemente común para garantizar la continuidad de una política.

¿En qué se acercan a Wilson y en qué se distancian de él?

En rigor, las coincidencias son muchas y muy importantes:

- a) Son expansionistas e imperialistas.
- b) Entienden que Estados Unidos debe ocupar el sitio hegemónico que deja Inglaterra.
- c) Aprueban que Estados Unidos participe en los asuntos mundiales, ya que se ha convertido en el eje de la economía mundial.

(64) Cit. por Gregorio Selser, *Diplomacia, garrote y dólares en América Latina*. Buenos Aires, Palestra, 1962.

d) Son furiosamente contrarios a las revoluciones obreras y populares.

¿Cuáles son las diferencias?

Los llamados "aislacionistas" no desean, como Wilson, comprometer a la Unión en tratados o sociedades internacionales que les aten las manos y les resten eficacia en la consecución de las pingües utilidades que el mundo promete.

Aunque en el marco de condiciones muy distintas, son fieles al consejo de Washington, que Wilson habría desoído, acerca de no enredarse en los embrollos europeos.

La perspectiva de Wilson está condicionada por los sacudimientos de la crisis y del peligro, la de los "aislacionistas" —en rigor, lo son sólo en un sentido muy especial— por los tonos rosados de la prosperidad y por los tentadores llamados de mil y una oportunidades para el *big business*.

"Aislacionismo" es, pues, imperialismo y nacionalismo agresivo y conquistador; egoísmo supremo de una nación prepotente y orgullosa de su poder.

Harding, en medio del galimatías de sus discursos, lo definió muy bien para el americano medio, para el "Babbit" de los 20: *America First (América primero)*. (65) "Proteger antes que nada a los Estados Unidos", "Pensar antes que nada en los Estados Unidos", "Exaltar antes que nada a los Estados Unidos".

3. LA PUJA POR EL PACIFICO Y LA ESPECULACION FINANCIERA EN EUROPA

El triunfo de los "aislacionistas" impuso una concepción del rol de Estados Unidos en el conjunto de las fuerzas mundiales, en que el equilibrio de poderes seguía siendo principio rector y en que, por ende, su situación se asimilaba a la de Inglaterra en el siglo XIX. Pero, naturalmente, con significativas diferencias.

(65) "Babbit": personaje célebre de Sinclair Lewis, que simboliza al norteamericano medio.

El juego equilibrante del Foreign Office fue singularmente europeo, se dirigió a Europa principalmente y se aplicó sólo como ordenamiento regional, en otras partes del mundo (caso del Río de la Plata); pero siempre como una pieza de un balance de poder cuyo eje radicaba en el Viejo Continente.

Después de la primera guerra mundial el orbe entero, prácticamente, es un solo campo de fuerzas. N. Spykman distingue tres polos de poder en él: el Lejano Oriente, Estados Unidos y Europa. (66) Desde su cara atlántica los Estados Unidos juegan con respecto al conjunto Gran Bretaña-Europa, el mismo papel que Inglaterra jugó con respecto al continente antes. Desde su cara al Pacífico el equilibrio de poderes presenta otros problemas. Allí es Japón el que juega, con respecto a la masa continental asiática, el rol que Inglaterra desempeñó con respecto a Europa. Estados Unidos es con relación al conjunto Japón-Asia, lo que Japón es con respecto al continente asiático. Pero el desarrollo desigual ha creado coyunturas disímiles a uno y otro lado. Inglaterra declina irreversiblemente en el Atlántico y deja su sitio a la Unión.

No ocurre lo mismo en el Pacífico, donde Japón se sigue desarrollando exitosamente como potencia capitalista joven, vigorosa y voraz.

De modo que la organización del equilibrio de poderes implica soluciones diferentes para la potencia hegemónica, según lo encare con respecto a Asia, o con relación a Europa.

En el primer caso debe pasar por el espinoso proceso de rivalidad con el Japón por el dominio del Océano Pacífico.

La rivalidad Estados Unidos-Japón

Como quedó dicho, entre tanto el capitalismo se estancaba en Europa, continuó creciendo en Estados Unidos y en el Japón.

Si tomamos un índice 100 para 1910-14, la industria japonesa (especialmente textil) logró un promedio de 160 para 1915-19 y 313 para 1925-29, mientras su comercio exterior, con un índice 100 para 1913 (importaciones por volumen), pasó a 126 en 1919 y a

(66) Nicholas J. Spykman, *Estados Unidos frente al mundo*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica.

199 en 1929 y las exportaciones por volumen pasan de 127 a 205. (67)

Es un crecimiento relevante, pero no puede compararse con el de Estados Unidos.

En primer lugar por las diferencias abismales en cifras absolutas; además, por las graves carencias del Japón. Sus necesidades de carbón, hierro y petróleo están muy lejos de ser satisfechas. Es en esos aspectos, importador y vulnerable.

La política exterior nipona giraba en torno a su tratado con Gran Bretaña, que le había dado manos libres en China. A su amparo entró junto a los aliados en la guerra y se dedicó a ocupar las viejas posesiones germanas en la península de Shantung.

En enero de 1915, su apetito ya muy despierto, presentó a China las célebres 21 condiciones que, aparte de legitimar la ocupación de los antiguos territorios alemanes, convertían a la novel y desgarrada gran república en una especie de protectorado.

Era una violación flagrante del acuerdo Root-Takahira de 1908, con el cual se había zanjado el primer round de la rivalidad yanqui-nipona. (68) Washington protestó con energía, aunque en la propia protesta se reconocía que Tokio tenía "intereses especiales" en territorios contiguos como Shantung, Manchuria y Mongolia. (69)

En rigor, existían pactos secretos entre los aliados europeos y Japón, por los cuales se le garantizaban las posesiones de Shantung y de las islas alemanas del Pacífico.

De tal modo, la diplomacia nipona sorteó con cierto cuidado la nota-protesta del Departamento de Estado y siguió adelante con las 21 condiciones.

Para apaciguar a Washington envió al vizconde Ishii, quien firmó el convenio Lansing-Ishii del 2 de noviembre de 1917. (70)

Cada parte lo interpretó a su manera y las aguas se aquietaron.

En él se garantizaba la integridad territorial de China pero se

(67) W.G. Beasley, *Historia moderna del Japón*. Buenos Aires. Ed. Sur.

(68) Morison y Commager, *op. cit.*

(69) Spykman, *op. cit.*

(70) *Ibid.*

reconocían los intereses especiales que implicaban la contigüidad de ciertos territorios ya pertenecientes al Japón.

En Versalles, Tokio condicionó su entrada a la Sociedad de Naciones a que se cumpliera la promesa de entregarle Shantung y el mandato de las islas alemanas en el Pacífico. Wilson entendió muy bien que era una pretensión funesta para sus 14 puntos, a los que el gobierno chino se aferraba con desesperación. Pero tuvo que transar porque una Sociedad de Naciones sin Japón no podía sustituir al antiguo equilibrio de poderes regido por los ingleses.

Las cosas se complican mucho más en 1918 cuando, a pretexto de la lucha antibolchevique, los japoneses invaden Siberia Oriental. También Wilson decide intervenir, pero hay que reconocer que, en buena medida, lo hace para controlar la ocupación japonesa.

La rivalidad con Japón en el O. Pacífico es inseparable del poder marítimo norteamericano. Los grandes trusts del acero y los capitostes de la marina procuran aprovechar la debilidad británica para erigir a Estados Unidos como la primer potencia naval del mundo. Pero otra tesis se opone. Postula un *Naval Holiday* (cese en las construcciones navales) y un acuerdo con Inglaterra y las otras potencias marítimas. La opinión pública reaccionó contra los presupuestos monstruos de la época bélica, hubo una ofensiva periodística antinaval y el Congreso recortó drásticamente el monto destinado a fortalecer la Armada.

La ocupación de los archipiélagos alemanes significaba a Japón la posesión de la isla de Jaluira, a 2 mil millas de Hawaii.

En Saipán la flota nipona estaba a pocas horas de Guam y poseía Yay, por donde pasaba un importante cable norteamericano. (71)

Tal el origen de la Conferencia de Washington en 1921. En ella confluyen la "cuestión naval" y el "peligro amarillo".

En Washington se reunieron las grandes potencias navales: Estados Unidos, Inglaterra, Japón, Francia e Italia, más China, Holanda, Portugal y Bélgica. Dos grandes temas se abordaron: a) la cuestión naval, y b) la cuestión del Lejano Oriente.

(71) J.B. Duroselle, *Política exterior de los Estados Unidos* (1913-1945). México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

El primer hecho significativo fue el estallido de la vieja y tradicional alianza nipo-británica. Un nuevo alineamiento con U.S.A.-Gran Bretaña, la sustituyó.

Así fue posible firmar el *Tratado de los Cinco* el 6 de febrero de 1922.

Por él se impuso la ecuación proporcional de 5-5-3-1,75-1,75 para medir la potencialidad relativa de las flotas de Inglaterra, E.E.U.U., Japón, Francia e Italia respectivamente. O sea, las dos sajonas se igualaban y Japón quedaba dos quintos por debajo de ese nivel común; el resentimiento de la armada japonesa y su consiguiente revanchismo fueron resultados palpables del acuerdo.

Se establecía un *Naval Holiday* por diez años y se congelaba el *statu quo* de las fortificaciones del Pacífico. Con respecto al Lejano Oriente se firmó el *Tratado de los Cuatro* el 13 de diciembre de 1921, que recogió las firmas de Inglaterra, Estados Unidos, Japón y Francia. Por él se garantizan mutuamente las posesiones en el Pacífico (lo que era muy importante para el Japón una vez rota su alianza con los ingleses) que no serán fortificadas. Las islas Marshall, Marianas y Carolinas pasan como mandatos al Japón; en los hechos significa una zona de seguridad para los nipones.

En lo que respecta a China se suscribió el *Tratado de las Nueve Potencias* el 26 de febrero de 1922. Se garantiza la integridad territorial y la soberanía de China, se reconocen las "puertas abiertas", se condenan las "esferas de influencia" y Japón se compromete a no procurar privilegios especiales en China.

Quedaba el problema de Shantung, cuya evacuación fue aceptada por los japoneses en un convenio chino-nipón forzado por los americanos. También la presión de éstos obligó a Tokio a desocupar Sakalin en Siberia. (72)

Por entonces había triunfado en China la pandilla pro-norteamericana de Chu Yi-Li, lo que permitió al Departamento de Estado manejar la delegación china a su gusto (los delegados de Sun Yat-sen no fueron admitidos). (73)

(72) *Ibid.*

(73) N. Iakovlev, *Historia contemporánea de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Futuro, 1965.

En 1920 se constituyó un consorcio bancario —Estados Unidos, Japón, Inglaterra y Francia— para controlar las finanzas chinas; es, tal vez, el trasfondo de los acuerdos de Washington. En él gravitan 37 bancos americanos, con Morgan, National City, Chase National Bank y Kuhn Loeb a la cabeza. (74)

Sin embargo, las 21 condiciones no fueron desmanteladas del todo.

Las posiciones de Japón en China siguieron muy fuertes y su resentimiento se encendió no sólo por la humillación del 5-5 y 3, y por la ruptura de la alianza con Gran Bretaña, sino también por las medidas racistas de la administración estadounidense.

En 1907 la inmigración japonesa ya había sido reglamentada y restringida, pero en 1924 fue *suprimida*. Chinos y japoneses no podían obtener la ciudadanía americana. El embajador Hanihara protestó iracundo: "Hay una cuestión importante: saber si Japón como nación tiene o no tiene el derecho al respeto y la consideración de las demás naciones". (75) Así se alimentaba la futura hoguera de Pearl Harbor.

Europa: equilibrio de poderes y el asalto de los banqueros

En Europa los Estados Unidos ensayan su recién estrenada hegemonía.

Tres grandes líneas de acción se destacan en el período interguerras;

- 1) Oposición por los más diversos medios a las revoluciones proletarias y populares.
- 2) Primeras tentativas para manipular el equilibrio de poderes desde una óptica americana.
- 3) Aprovechar al máximo las oportunidades que el mercado financiero del viejo continente ofrece al dólar.

La "diplomacia de la contrarrevolución" fue inaugurada por Wilson y se ejerció contra la revolución bolchevique de Rusia y las demás intenciones del proletariado.

(74) *Ibid.*

(75) Duroselle, *op. cit.*

La hostilidad a la República Soviética continuó en la forma del "no reconocimiento" y de la más absoluta oposición a concederle cualquier tipo de ayuda económica, pese a que algunos banqueros y hombres de negocios se interesaron en ciertas operaciones ventajosas. Muy poco fue lo que se autorizó. En cambio, Washington se opuso a los planes de las otras potencias intervencionistas tendientes a dividir el territorio soviético. Su oposición no fue una cuestión de simpatías a principios. Desde Wilson la aversión al bolchevismo no hizo más que subir de temperatura, pero se entendía que una Rusia dividida y una Alemania debilitada no equilibraban suficientemente la voracidad del imperio japonés, ni a las demás potencias en Europa. Su ideal era una república rusa burguesa, fuerte, unida y cliente.

Según William Appleman fue en Hungría, contra el efímero régimen de Bela Kun, donde los afanes antirrevolucionarios del Departamento de Estado tuvieron mayor éxito.

En cuanto al equilibrio de poderes y a la especulación de los banqueros, son tópicos que, en rigor, no pueden deslindarse.

En este aspecto es primordial lo ocurrido en Génova en 1922. En abril, allí se reúne el más alto nivel político, diplomático y financiero de Europa. Concurren Lloyd George por Gran Bretaña, Barthou por Francia, el Canciller Wirth por Alemania y Tchitcherine por la Unión Soviética, más batallones de expertos.

Dos muy importantes e inesperados acontecimientos se registran en torno a este cónclave internacional, llamados a tener insospechadas repercusiones en el futuro.

Por un lado, los representantes de Alemania y Rusia se trasladan a Rapallo y allí firman el Tratado de ese nombre por el cual Berlín reconoce *de jure* al régimen bolchevique y se compromete a no reclamar nada por las expropiaciones de propiedades alemanas que aquél haya realizado. De un golpe se ha roto la "cuarentena" de la Unión Soviética y Alemania ha adquirido mayor independencia ante las potencias del oeste.

El otro hecho es la resolución del Comité Financiero de la Sociedad de Naciones recomendando la adopción del *Gold Exchange Standard* (o patrón de cambio oro), por primera vez en la historia contemporánea. Para calibrar la trascendencia de esta decisión citemos largamente a Jacques Rueff, asesor monetario del general

De Gaulle y empeinado defensor del patrón oro. La cita no tiene desperdicio: "En su resolución novena recomendó la adopción de una política que tendiese «a la economía en el uso del oro mediante el mantenimiento de reservas bajo la forma de balances extranjeros»".

Este texto parece oscuro, pero a pesar de ello ha tenido consecuencias muy precisas. Antes de él, los bancos de emisión sólo podían tener en sus reservas oro o documentos de crédito en moneda nacional. La recomendación referente a la economía en el uso del oro pedía a las naciones que autorizasen a sus respectivos bancos de emisión a mantener, además, en sus activos divisas pagaderas en oro; es decir, de hecho, libras esterlinas y dólares.

"...En el sistema *gold-standard*... los capitales pueden entrar en un país sin abandonar su procedencia". (76)

En efecto, el torrente de créditos en dólares que recibieron los países europeos, pero sobre todo Alemania, podía ser reinvertido en los bancos yanquis, mientras se emitía moneda nacional del país receptor para inversiones, compras, pagos, etc.

Las consecuencias están a la vista: Europa conoció su primera "dolarización", su primera "brecha" de dólares que venía a calmar el hambre de esa divisa que atenazaba a las economías castigadas por la guerra.

Sobre el régimen del *Gold Exchange Standard* se montó una gigantesca especulación financiera internacional que, según Rueff, es una de las causas de la crisis de 1929. Pero entre tanto, los banqueros americanos realizaron suculentas utilidades. No sólo prestaban con altos intereses miles de millones de dólares en Europa, sino que estos montos fueron reinvertidos en la propia plaza financiera americana, que pudo utilizarlos de continuo, en una especie de calesita sin fin.

La "dolarización" de Europa es indesligable de la cuestión de las reparaciones y las deudas de guerra. Los aliados se resistían a pagar, puesto que entendían que los créditos se habían gastado en Estados Unidos y que sus corporaciones habían realizado pingües ganancias. Eran frecuentes las amargas comparaciones entre la sangre vertida por los franceses o ingleses y los dólares gas-

tados por los yanquis. Paralelamente la deuda crecía. En 1919 los aliados debían 9.500 millones de dólares; en 1921 eran 11.700 millones. (77) El Departamento de Estado asumió una política restrictiva de acuerdo a la popular convicción norteamericana: "el que debe, tiene que pagar". Fueron prohibidos todos los nuevos créditos y los europeos resintieron el impacto.

Inglaterra claudicó en 1923. Adeudaba 4.100 millones de dólares; convino en pagar 11.100 millones en 62 años. (78)

Una tras otra fueron firmando acuerdos de ese jaez las demás potencias. En el lote se destaca la rigidez para con Francia y la blanda para con la Italia fascista. El interés le fue rebajado del 3,3% al 0,4%, mientras Francia debía atenerse a su 1,6%. En rigor, Mussolini firmó el convenio, para poder recibir un cuantioso crédito del grupo Morgan.

La operación fue muy discutida, pero en 1926 Italia fue agraciada con un préstamo por 142 millones de dólares. Comenta Iakovlev: "En opinión de personas enteradas de la situación en Italia, salvó al régimen de Mussolini". (79)

El caso de Alemania era distinto. Sus deudas provenían de las reparaciones de guerra, sin monto determinado y que, en definitiva, dependían de la decisión política de los vencedores.

Washington se guió por un enfoque consecuente; impedir el desmembramiento y anemia de Alemania, que descuajara el equilibrio de poderes europeo.

La intervención americana se procesó directamente, a través de los banqueros, especialmente del general Charles Dawes y de Owen G. Young; tras ellos estaba Morgan.

En 1924 fue aprobado el Plan Dawes. La cifra total de las reparaciones no se menciona. Alemania se compromete a pagar 1.000 millones de marcos anuales y a partir de 1928, 2.500 millones. A cambio se le concede un préstamo internacional de 200 millones de dólares, de los que 110 provienen de Estados Unidos.

Como garantía se establecen derechos e impuestos aduaneros bajo fiscalización aliada. También deben concurrir al pago de las re-

(77) Iakovlev, *op. cit.*

(78) *Ibid.*

(79) *Ibid.*

paraciones las ganancias de la industria pesada. Se crea un banco de emisión bajo control americano y las compuertas quedan abiertas para el capital extranjero; vale decir, yanqui.

De inmediato Alemania fue admitida en la Sociedad de Naciones y en 1925 se firmó el pacto de Locarno como respuesta al de Rapallo. En Locarno se otorgaban garantías a Alemania sobre sus fronteras en el oeste, pero no se mencionaban sus fronteras en el este; de modo que quedaba con las manos libres en relación con la Unión Soviética. Locarno va acollorado con el Plan Dawes.

Así lo confiesa Kellog: "La Conferencia de Locarno fue una notable conquista, continuación de los trabajos del Comité Dawes en las Conferencias de Londres y París y llevó a su término el trabajo realizado en ellas". (80)

Ernst Thaelmann declaró en el Reichstag:

"Los representantes de la burguesía norteamericana, es cierto, no han firmado el pacto. Pero el capital financiero norteamericano, que considera a Europa como una gran colonia de la cual puede extraer enormes ganancias, se ha esforzado denodadamente para que aquél se firmara. En los despachos de los bancos los representantes del gran capital financiero norteamericano hicieron entender en forma inequívoca a los industriales y terratenientes que el imperialismo norteamericano está a favor de Locarno". (81)

De este modo, Plan Dawes y Locarno de por medio, se apuntalaba a Alemania para que recuperara su condición de gran potencia y se introducía una cuña en sus relaciones con Rusia.

Más tarde, el Plan Young ratificaría y ampliaría esta política, facilitando la solución del problema de las reparaciones y garantizando apetitosos mercados a los banqueros de Wall Street.

Las relaciones entre los más conspicuos grupos financieros norteamericanos y los amos de los trusts germanos se estrecharon y ramificaron; un alud de dólares nutrió la recuperación de Alemania. Unos 180 créditos por 8 mil millones de dólares fueron contraídos oficialmente, más 1.500 millones por vía privada. (82)

(80) Cit. por Iakovlev, *op. cit.*

(81) Cit. por Iakovlev, *op. cit.*

(82) Duroselle, *op. cit.*

Siempre se ha comentado que con los dólares americanos Alemania pagaba las reparaciones a los europeos y éstos con esos mismos dólares pagaban sus deudas a los Estados Unidos y que esto era un círculo vicioso engañoso. Por cierto que en ese malabarismo financiero hubo un gran ganancioso: la banca de Wall Street.

No olvidemos que cada crédito podía multiplicarse operativamente en virtud del *Gold Exchange Standard* aprobado en Génova, y que por cada operación los banqueros cobraban muy buenos intereses. No hay duda de que la especulación financiera desatada sobre Europa concurrió a desquiciar la economía capitalista; pero tampoco hay dudas de que la banca yanqui hizo su agosto.

En esos años Wall Street gustó el grato sabor de lo que luego de la segunda guerra iba a devorar con gula insaciable: la aplicación internacional del principio de que "el dólar es tan bueno como el oro".

A Estados Unidos le basta con emitir su verdosa divisa, sin necesidad de respaldo alguno, sin arriesgar nada, y con los infinitos fajos de dólares comprar lo que se le antoje en el exterior, pagar sus deudas, invertir, especular, etc.

Es claro que, en la coyuntura que atravesaban, hambrientas de dólares en la cuesta arriba de la penosa recuperación económica, las burguesías europeas fueron cómplices de la funambulesca feria de dólares que la banca yanqui manipulaba en tierras del viejo continente y que contaba a Morgan como rey indiscutido.

El Secretario de Estado Hughes declaró: "La prosperidad de los Estados Unidos, depende en gran medida de los arreglos económicos que puedan hacerse en Europa". (83)

No le faltaba razón. Ese torrente de intereses y comisiones forma parte importante de las notables utilidades de Wall Street en los años 20.

No pocas veces los créditos fueron forzados, o estimulados como tentaciones del diablo. A una aldea bávara que pidió 125 mil dólares, se le convenció que tomara 3 millones. (84)

En 1927 arribaron para entrevistarse con la Reserva Federal

(83) Cit. por Duroselle, *op. cit.*

(84) Duroselle, *op. cit.*

Montagu Norman —Gobernador del Banco de Inglaterra—, Hjalmar Schacht —Gobernador del Reichsbank— y Charles Rist —Gobernador del Banco de Francia—, los "tres augustos peregrinos", como los llama Galbraith, querían más dólares, una corriente más fluida de divisas americanas, menos intereses. La Reserva Federal fue complaciente; redujo el interés del 4% al 3,5%. (85)

El crédito así movilizado, los fondos de esa manera liberados, engrosaron el chorro prometedor.

Más de un economista afirma que toda esta alegre política precipitó el aclago octubre de 1929. Galbraith comenta: "No ha sido refutado seriamente hasta el momento". (86)

En el marco de tales condiciones económico-financieras es fácil concebir la firma del Pacto Briand-Kellog, el 27 de agosto de 1928.

La propuesta original es de Briand y consiste en condenar la guerra como práctica internacional, en crear un estado jurídico de paz por compromiso, al margen de la Sociedad de Naciones. Francia inflama la idea por razones de prestigio y en Estados Unidos encuentra inmenso eco en las infinitas organizaciones cívicas pro-paz. El tópico se torna popular, buen bocado para los candidatos en los próximos comicios.

Además, las altas finanzas neoyorquinas quieren un mundo en paz: es el ámbito propicio para las "puertas abiertas", es la atmósfera ideal de la "dollar diplomacy".

Taft la había definido con precisión: "Esta es una política que consiste en reemplazar las balas por dólares..." (87)

Kellog formuló su contrapropuesta y el pacto se firmó. Declara a la guerra "fuera de la ley" y sus signatarios se comprometen a no recurrir a ella para sustanciar sus litigios. (88)

Es claro que en tan preciosa armonía no entran las intervenciones imperialistas de los *marines*, ni las guerras para sofocar revoluciones populares. El Presidente Coolidge lo había aclarado: las intervenciones emprendidas "para desalentar revoluciones" no

(85) J. K. Galbraith, *El crack del 29*. Barcelona, Seix Barral, 1965.

(86) *Ibid.*

(87) Cit. por Jakovlev, *op. cit.*

(88) Jakovlev, *op. cit.*

son guerras; "del mismo modo que un policía de la calle no hace la guerra contra los transeúntes".

Una tras otra muchas naciones adhirieron al Pacto Briand-Kellog. Estados Unidos lo manejaba y la Sociedad de Naciones quedó a la vera.

4. DOLARES EN EL MEDIO ORIENTE Y EN AFRICA.

Las casi legendarias escaramuzas con los piratas berberiscos en el siglo XIX, eran los únicos antecedentes del dólar en el Mar Mediterráneo. Pero en la época inicial de su hegemonía, en la interguerra, habría de abrir las primeras y anchas brechas para su futuro y pujante fluir.

Dólares y petróleo

Al terminar la primera guerra mundial y excluido el petróleo soviético del mercado capitalista, se produjo una aguda escasez que infló los precios en un 50%.

La situación entonces era paradójal. Estados Unidos con su propia producción cubría el 65% del total mundial, pero lo atenaceaba el miedo de que muy pronto se agotaran sus reservas. Por el otro lado, Gran Bretaña controlaba casi todas las fuentes ultramarinas.

Idas con el viento las promesas que Lawrence formulara a los árabes sobre su independencia, y pese a sus esfuerzos y al alto costo de sus vidas con que se combatió a los turcos, las ex posesiones del Sultán se dividieron, bajo el eufemismo de "mandatos", entre Inglaterra y Francia. Por esos caprichos del destino, a Francia no le tocaron yacimientos de petróleo, pero a Gran Bretaña sí, y abundantes.

El renombrado banquero del petróleo Sir Edward Mackay Edgard, exclamaba con alborozo: "La posición británica es inexpug-

nable. Todos los campos petrolíferos conocidos, todos los campos petrolíferos probables o posibles, fuera de los Estados Unidos propiamente dichos, se hallan en manos británicas o bajo manejo o control británico, o financiados por capital británico". (89)

Las empresas yanquis sentían urticantes escozores. La Standard de Nueva Jersey, una de las compañías en que se dividió el trust Rockefeller luego del fallo judicial adverso de 1911, compró el 50% de los intereses de los Nobel en Rusia, esperando que el régimen bolchevique se derrumbara. Pero la Unión Soviética salió adelante y como los Nobel eran ciudadanos rusos, ni siquiera les asistía el derecho a indemnización.

Herbert Hoover, Ministro de Comercio, tomó a su cargo el embate americano en el Medio Oriente. El argumento era simple: los aliados habían ganado la guerra; los aliados debían recoger los frutos de la victoria con equidad. En otras palabras: "puertas abiertas" en el petróleo levantino.

A instancias del ministro, las siete principales compañías yanquis constituyeron un solo frente; lo integran la Standard Oil de New Jersey, la Standard Oil de New York, la Gulf, la Texas, la Sinclair, Atlantic y Mexican. (90) En 1922 se inician negociaciones para que los intereses americanos participen en la Turkish Petroleum (más tarde Iraq Petroleum). Los tira y aflojas duraron seis años. Finalmente los representantes franceses propusieron el llamado "acuerdo de la Línea Roja", trazando una línea roja en torno a las ex posesiones turcas y sugiriendo que se concretara el trato sobre todo el petróleo extraído dentro de ella. Se creó la Iraq Petroleum y cada compañía recibió el 23,75 de las acciones; en tanto Mr. Gulbenkian, el esotérico armenio que negoció las concesiones con el Sultán, recibía un 5%. (91)

Ese 5% se hizo constante y, más de una vez, el astuto negociante amenazó con revelar inconvenientes secretos si no se le concedía. De ahí su apodo: "Mr. Cinco por Ciento".

Pronto la Standard de California descubrió petróleo en Bahrein

(89) Cit. por Harvey O'Connor, *El imperio del petróleo*. Buenos Aires, Platina, 1958.

(90) Christopher Tugendhat, *Petróleo: el mayor negocio del mundo*. Madrid, Alianza Editorial, 1973.

(91) *Ibid.*

y como no tenía capacidad distribuidora formalizó un acuerdo con la Texas Co.; el resultado fue la Caltex.

Pero lo más importante son las concesiones obtenidas por el rey Ibn Saud, en tierras que éste había arrebatado a los beduinos.

Ese es el origen de la Arabian Oil Co. (ARAMCO), constituida por la Texas, la Standard de California, la Standard de New Jersey y la Socony Vacuum. (92)

A la escasez de oro negro, pronto —con tanto descubrimiento— sucedió una gran abundancia y la consiguiente guerra de precios.

Sir Henry Deterding, capitosté de la Royal Dutch Shell, boicoteaba airadamente el crudo soviético (sus posesiones habían sido nacionalizadas por el nuevo régimen), pero la Socony americana lo necesitaba y con él competía en el mercado mundial.

Finalmente Deterding invitó a los tres grandes, Standard de N. Jersey, la Anglo-Iranian y su propia compañía, a reunirse en su castillo escocés de Achnacarry para cazar faisanes. Junto al poderoso anfitrión se unieron allí Sir John Cadman, de la Anglo-Iranian, y Walter C. Teagle, de la Jersey. No se sabe cuántos faisanes cazaron, pero sí que de sus pláticas emergió el trust internacional del petróleo. Minucioso reparto de regiones y mercados, cuyo eje es el llamado “precio del como si”. O sea, que los signatarios se comprometen a vender su petróleo, lo hayan extraído donde lo hayan extraído, como si fuera del Golfo de Texas que es donde resulta más costoso. (93)

La República Firestone

En la Costa de la Pimienta, Africa, la Sociedad Americana de Colonización fundó una colonia para negros libertos americanos.

El fin no era tan piadoso como parece. Los esclavistas querían que los libertos emigraran, porque eran muy mal ejemplo para sus hermanos esclavos. Las tierras fueron adquiridas a los reyezuelos tribales por seis mosquetes, una caja de cuentas de vidrio, dos barriles de tabaco, un casco de pólvora, seis barras de hierro, seis piezas de tela azul, tres pares de zapatos, una caja de jabón, un barril

(92) O'Connor, *op. cit.*

(93) *Ibid.*

de ron, una docena de cuchillos y tenedores, diez ollas de hierro y una docena de cucharas. En rigor, de Estados Unidos no arribaron ni 15 mil libertos y la colonia languideció en la mayor miseria y desamparo hasta que la Sociedad se retiró. Liberia se convirtió en república y franceses e ingleses fueron mordiendo sus fronteras hasta quitarle casi la mitad del territorio. (94)

Hasta que en 1920 la Firestone, uno de los gigantes del neumático, se trasladó a Liberia. El hambre americana por el caucho había despertado voraz y Harvey S. Firestone, fundador de la Firestone Tire & Rubber co., deseaba independizarse de los clásicos proveedores ingleses y holandeses. En 1926 arrendó un millón de acres, a seis centavos la unidad explotada y por 99 años. La semilla fue traída de Brasil. Pronto había allí una plantación considerada la más grande del mundo. (95)

La Firestone controla el 95% de la producción liberiana.

La Corporación Financiera de América, su subsidiaria, prestó a Monrovia (capital de la joven república) 5 millones de dólares durante 40 años y al 7% anual. Sólo se hizo efectiva la mitad del préstamo, y en secreto. Liberia gastó los 2:500.000 dólares en pagar deudas, y los servicios de la deuda más el sueldo de los asesores, le significan una erogación de 270 mil dólares al año (El 50% de sus ingresos totales en 1931). (96)

Es claro, era la edad dorada de la diplomacia del dólar.

5. AMERICA LATINA: EL APOGEO DE LA "DOLLAR DIPLOMACY"

La primera guerra lesionó gravemente la capacidad expansiva británica. La ausencia de exportaciones europeas a América Lati-

(94) John Gunther, *El drama de Africa*. Buenos Aires, Ed. Peuser, 1960.

(95) Gunther, *op. cit.*

(96) *Ibid.*

na acumuló créditos en algunos países —como Argentina— contra las potencias del viejo continente y, especialmente, Gran Bretaña.

Por otra parte, en la quiebra de poder imperial que la crisis y la guerra produjeron, se insertan interesantes movimientos nacionalistas, como el batllismo en el Uruguay, el yrigoyenismo en Argentina, el alessandrismo en Chile, etc.

Hay nacionalizaciones, proteccionismo, rescate de la deuda externa. Las inversiones europeas en general y las inglesas en particular, retroceden.

Las condiciones son ideales para un avance sustancial de los capitales norteamericanos. América Latina es su espacio de expansión natural, integra su ecuación geopolítica, es parte de su esquema estratégico.

Al filo del siglo hizo del Mar Caribe su "Mare Nostrum". No es de extrañar que la penetración continuara al Sur y fuera desplazando, inexorablemente, a sus rivales.

La puja Estados Unidos-Gran Bretaña fue singularmente disputada, pero la City ya no podía con Wall Street. Al fin de los 20 sólo el Río de la Plata (sobre todo, Argentina) siguen siendo baluartes británicos, aunque ya el dólar ha mellado su hegemonía.

Es el desarrollo desigual.

La inversión norteamericana en la interguerra

El siguiente cuadro muestra la evolución de la inversión privada norteamericana en América Latina y en el mundo: en millones de dólares.

CUADRON° 16 (97)

<i>Inversiones</i>				
<i>América Latina</i>				
	<i>Directas</i>	<i>En cartera</i>	<i>Total</i>	<i>Total mundial</i>
1914	1.281	368	1.649	3.514
1919	1.983	418	2.406	6.456
1924	2.819	854	3.673	9.954
1930	3.634	1.610	5.244	15.170

Veamos ahora las inversiones directas por regiones, en millones de dólares.

CUADRON N° 17 (98)

	1914	1919	1924	1919
Cuba y Antillas	281	567	993	1.025
México	587	644	735	709
América Central	90	112	144	251
América del Sur	323	665	947	1.720
Total América Latina	1.281	1.988	2.819	3.705
Total mundial	2.652	3.830	5.389	7.553

Más arriba hemos considerado el alud de créditos, operaciones financieras, colocaciones de bonos y otros valores que la banca yanqui desató sobre Europa en la interguerra.

América Latina no escapó a esa fiebre financiera. En el cuadro siguiente se aprecian los empréstitos latinoamericanos emitidos entre 1921 y 1931. El saldo acreedor positivo, es ganancia para U.S.A.; negativo es pérdida.

CUADRON N° 18 (99)

	<i>Cantidades realmente invertidas</i>	<i>Pago de intereses y amortiz.</i>	<i>Valores de mercado al 31-XII-1935</i>	<i>Saldo acreedor o deudor</i>
Argentina ...	694.859	615.639	258.004	+ 178.784
Uruguay ...	61.805	31.357	19.986	- 463
Brasil	373.253	240.274	72.949	- 60.030
Chile	335.508	163.555	37.947	- 134.006
Perú	89.570	45.033	8.875	- 35.662
Bolivia	58.362	34.925	4.490	- 19.577
Colombia ..	143.380	97.337	18.666	- 27.377
Costa Rica .	9.440	4.539	1.956	- 2.945
El Salvador .	7.439	7.568	1.764	+ 1.893
Guatemala ..	556	312	121	- 123
Panamá	22.773	14.359	11.639	+ 2.955
Cuba	109.692	96.449	37.224	+ 23.931
Rep. Domin.	23.536	18.512	9.937	+ 4.913
Haití	15.440	16.783	7.820	+ 9.163
Total	1.935.612	1.386.011	491.108	- 58.493

(98) *Ibíd.*

(99) W. Fenerlein y E. Hanna, *Dólares en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

En el marco del desastre que produjo la insolvencia de los países deudores a raíz de la depresión de 1929, se anota que en la zona del Caribe —y pese a la mora colombiana— Wall Street obtuvo un beneficio de más de 12 millones de dólares. Mucho más grande fue la ganancia en Argentina, aun siendo reducto de la inversión británica.

En 1929 el grueso de la inversión directa va a la agricultura (885 millones), le siguen el petróleo (706 millones), luego los minerales industriales (698 millones), servicios públicos (576 millones) y las industrias manufactureras han crecido apenas de 37 millones en 1914 a 231 millones en 1929. (100) Con el petróleo constituyen los más elevados ritmos de crecimiento.

Conviene que echemos una mirada a la evolución de las inversiones británicas, para apreciar su retroceso y consiguiente desplazamiento por el torrente de dólares que fluye desde el norte del Río Bravo.

CUADRO N° 19 (101)

Inversiones británicas

Todos los valores en millones de dólares

Libra esterlina - 4,87 dólares

	1913	1930
Argentina	1.453.4	1.653.2
Brasil	720.7	735.3
Totales	3.685.5	3.379.7

Es indudable que la nota sobresaliente y característica de la inversión norteamericana en los veinte radica en la colocación de empréstitos.

El cuadro siguiente muestra los bancos que intervinieron en el negocio, el monto de sus operaciones, sus ganancias brutas y el interés que cobraron de 1920 a 1930.

(100) Naciones Unidas, *op. cit.*

(101) *Ibid.*

CUADRO N° 20 (102)

En dólares

<i>Banco</i>	<i>Valor a la par del total emitido</i>	<i>Ganancias brutas</i>	<i>Margen medio %</i>	<i>Bruto</i>
Hallagarten	253.495.500	10.668.840	4.21	
J. P. Morgan ..	242.800.000	8.145.730	3.35	
Dillon, Read	190.500.000	11.570.000	6.07	
National City	167.912.000	6.898.830	4.11	
Kuhn, Loeb	130.000.000	5.025.000	4.87	
Blair	127.072.000	8.803.360	6.93	
J. & W. Seligman	115.500.000	6.730.000	5.83	
Chase Securities .	109.060.000	3.906.700	3.68	
Speyer	82.500.000	5.289.000	6.41	
Lee, Higginson ...	49.750.000	2.705.750	5.43	
Blythe-Witter	45.000.000	3.771.250	8.38	
Stifel-Nicholaus ...	29.000.000	2.435.000	8.40	
First National	24.121.000	1.869.377	7.75	
F. J. Lisman	16.500.000	1.875.000	11.36	
W. A. Harriman ..	14.600.000	567.500	3.87	
Harris, Forbes	5.943.000	475.440	8.00	
Central Trust	3.000.000	240.000	12.60	
Equitable Trust ...	2.885.000	234.850	8.00	
Marshall Field, G.	2.500.000	315.000	8.14	
Totales	1.612.038.500	81.531.627	6.65	

Es de imaginar que esta jungla de bonos y negocios fuera caldo de cultivo propicio para la corrupción y el escándalo. Se designaron comisiones investigadoras parlamentarias que pusieron al desnudo muchas trapisondas:

“La avidez de ganancias envolvió el juicio de los banqueros o acalló sus conciencias, y la deshonestidad o la falta de experiencia en altas finanzas, por parte de los agentes financieros iberoamericanos, condujeron a la aceptación de contratos que debieron haber sido rechazados. Los acuerdos de crédito no contenían cláusulas que limitasen las excesivas ganancias de los banqueros. Los banqueros inversionistas quedaron en libertad de embolsarse cuanto importe

(102) Gregorio Selser, *Diplomacia, garrote y dólares en América Latina*. Buenos Aires. Pa-
lestra, 1962.

superior a los precios de compra originales pudieran los listos vendedores extraer a los inversores". (103)

Las *coimas* para obtener los créditos corrieron como agua y el despilfarro fue mayúsculo. Es una larga y sórdida historia de turbios manejos y escándalos públicos que envolvieron a empingorotados personajes de la política, los negocios y la diplomacia. Entre ellos, la *coima* de 415.000 dólares que cobró el hijo del presidente Leguía del Perú, para facilitar la firma de un compromiso con su gobierno. (104)

La penetración en América del Sur

El petróleo es el gran objetivo de la interguerra. Las filtraciones de sal en los yacimientos mexicanos y el descubrimiento de oro negro en la playa del lago de Maracaibo, convirtieron a Venezuela en el principal productor fuera de los Estados Unidos.

La Shell ya estaba sólidamente instalada, cuando la Standard Indiana obtuvo las primeras concesiones en suelo venezolano. Luego fue la Gulf, propiedad de Mellon, Secretario del Tesoro, quien obtuvo concesiones junto a las de la Indiana. En 1932 las concesiones de la Indiana pasaron a su hermana mayor, la Standard Oil de New Jersey.

En 1973 Venezuela acaparaba el 40% de las exportaciones mundiales; la mitad en manos de la Jersey (Creole en Venezuela), un tercio para la Shell y el resto para la Gulf.

La larga y cruel dictadura de Juan Vicente Gómez fue el hada madrina de las petroleras yanquis.

Venezuela no poseía leyes sobre petróleo. Las concesiones se distribuían por el anacrónico Código de Minería, cuando el Congreso digitado por Gómez dictó una ley con ciertos pujos nacionalistas en 1920.

Escribe Rómulo Betancourt: "La primogénita de entre las leyes petroleras de Venezuela, nació para morir asfixiada en la cuna. Tenía un grave defecto: no era del agrado de las compañías extran-

(103) *Ibíd.*

(104) *Ibíd.*

jas". (105) Las empresas impugnaban al ministro de Fomento, Gumersindo Torres, y éste fue destituido. Según Betancourt, Gómez llamó a los representantes de las compañías y les manifestó: "Ustedes saben de petróleo. Hagan ustedes las leyes. Nosotros somos novatos en eso" (106). Así nació la ley de 1922, redactada por Rafael Hidalgo Hernández, abogado de las empresas.

En un célebre Memorándum de 1930, Gumersindo Torres demostró que en los últimos siete años la industria petrolera se había beneficiado con exoneraciones aduaneras por 219 millones de bolívars.

En ese mismo lapso el fisco les había cobrado 187 millones de bolívares de impuestos. Era preferible no cobrarles impuestos y hacerles pagar los derechos de aduana. Torres resume las relaciones entre el Estado y los petroleros: "Las compañías se llevan el petróleo y el Gobierno de Venezuela les paga para que se lo lleven", (107)

En Perú las cosas eran semejantes.

En 1911 Ricardo Destua denunció que la London and Pacific —que extraía petróleo de una antigua e ilegal concesión de brea— explotaba, en la hacienda "Brea y Pariñas", 41.614 pertenencias, cuando sólo tenía a derecho a 10. El gobierno reclama, pues, 120 mil libras anuales, en lugar de las ridículas 30 que la empresa pagaba. (108)

La compañía ya era una filial de la International Petroleum y ésta, a pesar de estar radicada en Canadá, era subsidiaria de la Standard Oil de N. Jersey.

Doble presión se hizo sobre el Palacio Pizarro; los embajadores de Londres y Washington golpearon a la vez. Por ley la cuestión se sometió al arbitraje de un Tribunal de tres miembros; uno por cada parte y el Presidente de la Corte Federal de Suiza.

Pero en 1919 Leguía se alza con el poder con un tradicional gol-

(105) Rómulo Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

(106) *Ibíd.*

(107) Cit. por Betancourt, *op. cit.*

(108) Vivian Trías, *Perú: revolución y fuerzas armadas*. Montevideo, Ed. Banda Oriental, 1971.

pe de estado y el Perú se abre, sin reticencias, al capital extranjero. Se firma un acuerdo por delegados no autorizados del Perú y representantes de la empresa. Lo grave es que el mencionado Tribunal adopta este acuerdo como si fuera su fallo. Es el famoso laudo de París del 24 de abril de 1922. Nunca han podido verse los originales del laudo. Su texto condena al Perú a perder su petróleo por un menguado puñado de libras: 3 libras peruanas anuales por pertenencia de 40 mil metros cuadrados. (109)

A partir de entonces comienza la lucha del pueblo peruano contra los latrocinios de la International Petroleum. Sólo terminará con la revolución militar de octubre de 1968.

Ya en 1913 la Kennet Copper Corp. y la Anaconda Copper Co. habían echado mano al cobre chileno. Pero es después de la primera guerra mundial que el imperialismo norteamericano suplanta al británico en la satelización de la economía del país andino. En 1915 Inglaterra participaba en un 31% en el comercio exterior de Chile, Alemania en un 2% y Estados Unidos en un 39%. En 1918 Inglaterra baja al 22%, Alemania al 0,002% y U.S.A. asciende al 56% (110).

En los años 20, la compañía Grace está construyendo por toda la costa del Pacífico, su gran imperio naviero, comercial, industrial y financiero.

A fines de la década las finanzas norteamericanas han envuelto el suculento negocio cafetero en el Brasil. Una subsidiaria brasileña de la Great Atlantic & Pacific Tea Company, con el nombre de American Coffee Corporation, controla la mayor parte de la exportación de café de Brasil, lo industrializa y distribuye en Estados Unidos al consumo. También la producción brasileña de algodón cae en manos de la Anderson, Clayton & Cía. y de la Mc Fadden & Cía., empresas norteamericanas que operan en otros países latinoamericanos. (111)

Aun en el Río de la Plata, última trinchera del capital británico,

(109) *Ibid.*

(110) Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, Santiago, Austral, 1960.

(111) Caio Prado Junior, *Historia económica del Brasil*. Buenos Aires, Futuro, 1960.

los "Big Four" de Chicago, Armour, Swift, Wilson y Cudahy, se han consolidado firmemente en la industrialización de carnes.

Se entabla una dura lucha entre frigoríficos americanos e ingleses hasta que, siguiendo las normas del capitalismo monopolista, se llega a un acuerdo en la primera Conferencia de Fletes de 1911.

En rigor, es una distribución del mercado de materia prima rioplatense de acuerdo a los siguientes porcentajes:

<i>Grupo exportador norteamericano</i>	41,35%
<i>Grupo exportador inglés</i>	40,15%
<i>Grupo exportador anglo-argentino</i>	18,50%

Se sucede una ruptura del convenio, una nueva guerra de precios y una nueva Conferencia de Fletes en 1913, con la siguiente distribución:

<i>Grupo americano</i>	58,50%
<i>Grupo inglés</i>	29,64%
<i>Grupo anglo-argentino</i>	11,86%

En la década de los 20 otra guerra de precios culmina en la tercera Conferencia de Fletes de 1927; ahora los porcentajes son:

<i>Grupo americano</i>	69,90%
<i>Grupo inglés</i>	25,20%
<i>Grupo anglo-argentino</i>	8,00%

Es muy claro el creciente predominio de las empresas norteamericanas sobre las británicas.

El "Imperio del Banano"

A fines del siglo XIX el negocio del banano estaba en plena expansión en el Caribe. (112)

Unas veinte compañías compraban el fruto a los plantadores, lo transportaban al mercado norteamericano y allí lo vendían. Entre ellas se destacaban la Boston Fruit co., importante en la exportación de bananos en Cuba, Jamaica y Santo Domingo y los tres hermanos Henry Meiggs Keith, Minor Cooper Keith y John Keith, muy

(112) Vivian Trías, *Reforma agraria en el Uruguay*. Montevideo, El Sol, 1962.

interesados en cultivarlos en Colombia y Costa Rica. Estos grupos se unieron en 1899 y constituyeron la United Fruit Company.

Al alborear el siglo XX, cerca del 80% del comercio del banano estaba en manos de la nueva compañía. (113)

En 1900 su capital ascendía a 11:230.000 dólares; en 1930 se elevaba a 205.942.851 dólares. Sus ganancias han sido pingües.

Cada acción de 100 dólares de 1900, se ha multiplicado por siete y el promedio de dividendo anual ha sido del 17%. Sólo 41 millones de dólares fueron realmente aportados por la United Fruit: el resto es la simple acumulación de lo ganado en tierras caribeñas. Otras tres compañías actúan junto a ella en los años 20: la Standard Fruit, la Atlantic Fruit and Sugar y la Di Giorgio Fruit.

Pero la United es, de lejos, la más poderosa. Posee 1.382.461 hectáreas de tierras en cultivo o sin cultivar (estas últimas son más del 80%), distribuidas en Honduras, Guatemala, Panamá, Nicaragua, Costa Rica, Jamaica, México y Cuba, que fueron adquiridas por muy poco o nada. Muchas fueron recibidas como compensación por la construcción de líneas férreas para su propio uso (de 250 a 500 has. por km. de vía), otras a precios risibles, otras por *mercedes*.

En 1930, de 103 millones de racimos de bananos exportados, 65 millones lo fueron por la United Fruit y 38 millones por las otras empresas citadas. (114)

En esa fecha, la United Fruit posee 1.512 millas de ferrocarril, 200 locomotoras y siete mil vagones para el transporte ferroviario. Es dueña de la Gran Flota Blanca; un centenar de pequeños navíos de 7.200 toneladas cada uno, a lo que se suman 3.500 millas de líneas telefónicas y telegráficas y 24 estaciones de radio. (115)

En el Cuadro 21 exponemos las exportaciones totales de bananos de los países donde actúan las fruterías y las cifras de exportación correspondientes a la United Fruit y a la Standard Fruit.

Es fácil apreciar el dominio monopolista que las empresas yanquis ejercen sobre la economía del banano, prácticamente monocultivo de varios países del Caribe.

(113) Ch. D. Kepner Jr. y J.H. Soothill, *El imperio del Banano*. Buenos Aires, Triángulo, 1957.

(114) *Ibid.*

(115) *Ibid.*

CUADRO N° 21 (116)

En racimos - 1932

	<i>Exportaciones Totales</i>	<i>Standard Fruit</i>	<i>United Fruit</i>
Colombia	7.363.000	6.900.000	
Costa Rica	4.313.000	4.100.000	
Guatemala	9.248.000	9.200.000	
Honduras	27.896.000	20.200.000	5.076.920
Jamaica	20.360.000	10.500.000	3.582.866
Nicaragua	3.378.000	1.100.000	1.621.340
Panamá	3.600.000	3.000.000	546.269

Desde los viejos tiempos de los Keith al cenit de la U.F.CO. en los comienzos de los 30, pasó mucha agua bajo los puentes y en la correntada emergió un personaje capital: Samuel Zemurray.

Emigrante de Besarabia, comerciaba en frutos en Mobile cuando descubrió que la United Fruit arrojaba enormes cantidades de bananos maduros al mar porque se echaban a perder antes de que llegaran a los mercados del interior. Zemurray formalizó un contrato para comprar a muy bajos precios los racimos descartados, pero sin decir para qué los quería. La gente de la frutera pensó que fabricaría alcohol o algún otro subproducto, pero el astuto mercader empezó a vender la fruta en el mercado local tan barata que arruinó el negocio de la compañía. Hizo valer su contrato y se mantuvo en sus trece hasta que entendió que le sería más provechoso entenderse con la United. Esta lo respaldó para que comprara la empresa y las concesiones en Honduras, de un competidor, Streich, que se encontraba en dificultades financieras.

Así fue como en 1911 formó la Cuyamel Fruit Company con 5 millones de dólares de capital. Al poco tiempo la lucha entre la Cuyamel y la United Fruit era a muerte. (117)

A fines de la década de los 10, Honduras estaba por firmar un contrato de crédito con la banca Morgan, auspiciado por el Secre-

(116) *Ibíd.*(117) *Ibíd.*

tario de Estado Knox, que, como era habitual, entregaba el control de los impuestos hondureños a representantes norteamericanos.

Contra el contrato o con pretexto del contrato, se produce un levantamiento encabezado por el ex presidente y general Manuel Bonilla. Zemurray, que aspiraba a construir un ferrocarril en Honduras y gozar de generosas exenciones impositivas, comprendió que Morgan no accedería a sus aspiraciones y apoyó decididamente a Bonilla.

Finalmente el embajador norteamericano, Thomas G. Dawson, reunió a bordo del *Tacoma* a delegados de ambos bandos y el Presidente Dávila convino en renunciar en beneficio del doctor Francisco Bertrand, que contaba con la aquiescencia de los rebeldes. (118)

Poco después Bonilla era elegido presidente. Zemurray entró, pues, en pleno goce de los favores del poder. Las concesiones y beneficios en su favor se multiplicaron. En la década de los 20 la United Fruit y sus subsidiarias, la Tela Railroad Co. y la Trujillo Railroad Co., la Standard Fruit de los hermanos Vaccaro y la Cuyamel, estaban unidos en un *cartel* que dominaba ampliamente el mercado frutero.

El arreglo no excluía, por cierto, las pugnas abiertas o subrepticias. La lucha política en Honduras encubría, en definitiva, la rivalidad entre la Cuyamel, que apoyaba a los liberales, y la United Fruit, que apoyaba a los conservadores.

Incluso los pleitos fronterizos entre las naciones centroamericanas eran la consecuencia de la rebatiña entre las fruterías.

Por ejemplo, la puja entre Guatemala y Honduras era azuzada por la Cuyamel que apoyaba las reivindicaciones hondureñas, y por la United Fruit que apoyaba las de Guatemala; en medio, una rica zona bananera a la que ambas aspiraban. En cambio, en otra zona en disputa entre Honduras y Nicaragua Zemurray sustentaba a Nicaragua a través de su subsidiaria, la Louisiana Nicaragua Lumber Co. (119)

En 1929 la United Fruit compró a Zemurray la Cuyamel por 300.000 acciones de la primera, cuyo valor se estimaba en 32 mi-

(118) *Ibid.*

(119) *Ibid.*

llones de dólares. A raíz de la crisis de 1929 las acciones de la United se precipitaron en caída. Zemurray estimó que sus ejecutivos no sabían desenvolverse en la tempestad y maniobrando agresivamente sobre la base de sus 300.000 acciones, copó la compañía expulsando a su viejo rival y presidente Víctor M. Cutter y suplantándolo por un amigo suyo, banquero de Boston, Francis Russell Hart. En rigor, Zemurray se convirtió en el auténtico poder tras el trono. (120)

Las compañías y especialmente, la United Fruit, reorganizan las estructuras económico-sociales de las repúblicas centroamericanas.

Les imponen la rígida ortopedia de la monocultura bananera (o con alguna diversificación hacia el café o el azúcar), modernizan sus puertos y caminos, construyen ferrocarriles, telégrafos, todo ello orientado a remachar su subdesarrollo, a acentuar su dependencia, a consolidar su satelización. No es exagerado afirmar que son las corporaciones fruteras las que incorporan, definitiva y orgánicamente, a las repúblicas centroamericanas al sistema imperialista; por supuesto, en el área del dólar.

Las estructuras diseñadas en torno a los intereses de las bananeras exigían, naturalmente, superestructuras políticas y jurídicas adecuadas.

En primer lugar, los países caribeños fueron orientados hacia el mercado internacional, como exportadores de materias primas, monocultores, importadores de manufacturas. Era esencial para las empresas desalentar, matar en el nido toda tentativa de unir a Centroamérica en una única y gran nación, con un mercado suficiente para nutrir su propia industria, diversificar su economía y liberarse de la tutela imperialista.

La verdad es que la tradición unionista es muy fuerte. En época del coloniaje español todo el territorio estuvo integrado en la Capitanía General de Guatemala. De 1821 a 1839 vivieron como una unidad histórica: la Federación de Centroamérica.

La lucha contra el atraso y la tiranía siempre ha estado vinculada a la lucha unionista. Varias de las comunidades que se conjugaron en una nación, son realidades vivas en la región. Existe una co-

munidad territorial inequívoca que se extiende desde Tehuantepec a Darién. Las naciones poseen comunidad idiomática y cultural heredadas de España y no les falta comunidad de tradiciones históricas acuñadas en los años coloniales y en las luchas comunes. La unidad tiene su héroe y caudillo, el liberal Francisco Morazán, derrotado por el reaccionarismo de Carrera y fusilado por la oligarquía de Costa Rica.

La integración centroamericana siempre ha tropezado con los intereses imperialistas, afanosos en la balcanización para facilitar la explotación de sus recursos y de sus pueblos. Aliados a las oligarquías terratenientes, a la Iglesia conservadora, a los crueles tiranuelos que conciben a sus pequeñas patrias como feudos personales, los agentes de Londres y Washington han salido victoriosos en sus propósitos dispersivos. Durante treinta años el dictador Carrera imperó en Guatemala y trabó todo esfuerzo unionista. Su ídolo era la Reina Victoria, a quien llamaba "la niña Toya" y de quien recibió una espada cuajada de diamantes. (121)

Más tarde fue Wall Street la que ocupó el sitio de la City. Estrada Cabrera, dictador de Guatemala, suplantó a Carrera. Pero a su caída en 1920 se dieron condiciones propicias para la integración. El 1o. de diciembre, y por iniciativa de Honduras, se realizó una conferencia en San José de Costa Rica, donde se resolvió la unidad centroamericana con la sola oposición de Nicaragua, digitada por el Departamento de Estado. En 1921 se firmó el Pacto unionista, suscrito por cuatro estados y ratificado por los parlamentos de Guatemala, El Salvador y Honduras. El 9 de setiembre se adoptó una constitución federal. (122)

Pero la International Railways of Central America y la Electric Bond and Share se conjuraron en la intriga contra el régimen guatemalteco, que había cancelado las leoninas concesiones arrancadas a Estrada Cabrera. El 5 de diciembre triunfó un golpe militar en Guatemala y ésta fue retirada de la Federación. Las concesiones fueron restauradas y el Departamento de Estado amenazó con la intervención a El Salvador y a Honduras para que no acudieran en ayuda del gobierno legal depuesto (que formaba parte de

(121) William Krehm, *Democracia y tiranías en el Caribe*. Buenos Aires, Parnaso, 1957.

(122) *Ibid.*

una sola nación integrada por los tres Estados). Así feneció la breve tentativa unitaria. (123)

El ideal morazanico volvió a frustrarse. Es una gruesa ironía que desnuda todo el convulso drama de las repúblicas sometidas al Imperio Bananero, que el monumento erigido a Morazán en Tegucigalpa no sea la efigie del caudillo. La comisión encargada de hacerlo esculpir en Europa se gastó los fondos y compró una estatua del mariscal Ney rechazada por una ciudad francesa. Burla grotesca de las satrapías mediatizadas por el Imperio y enemigas irreconciliables de la unidad nacional centroamericana.

Los 20 fueron todavía años agitados y revueltos. Pero de a poco las fruterías, con la U.F.CO. a la cabeza, fueron corrompiendo y dominando oligarquías y políticos, hasta imponer, en el amanecer de los 30, crueles y duraderas tiranías que pacificaron a las repúblicas bananeras a sangre y fuego e instituyeron la estabilidad y el sosiego que las compañías americanas requieren para digerir las pingües ganancias de su inicua explotación.

En El Salvador se impuso, el 2 de diciembre de 1931 y mediante un golpe militar, la larga tiranía de Maximiliano Hernández Martínez.

Según ya explicamos, durante un tiempo en Honduras la Cuyamel apoyó a los liberales y la United Fruit a los conservadores.

Por entonces, Zemurray se afanaba por legalizar las líneas férreas clandestinas que había construido en su provecho. Tenía a su favor al Presidente Paz Barahona, pero el Presidente del Congreso respondía a la United y bloqueaba todas sus tentativas.

No era otro que Tiburcio Carías Andino. Es durante ese pleito que Zemurray afirmó: "En Honduras una mula cuesta más que un diputado". (124)

En 1928 la Cuyamel impuso la candidatura liberal de Vicente Mejía Colindres contra la conservadora de Carías, sustentada por la United. Sin embargo, como don Tiburcio seguía dominando el Congreso, las cosas no mejoraron para Zemurray. Finalmente, y según quedó dicho, ambas fruterías se fusionaron, o mejor, la United Fruit absorbió a la Cuyamel. Las rivalidades políticas desapare-

(123) *Ibíd.*

(124) *Ibíd.*

cieron. En 1932 Mejía Colindres apoyó a Carías, candidato indiscutido de la U.F.CO. Todo se resolvió de la mejor manera para la frutera y también para Zemurray, que desde ese año pasó a controlarla. (125) Tiburcio Carías gobernó Honduras a su antojo y al capricho de la U.F.CO. de 1932 a 1949.

En Guatemala, la United Fruit no tardó, también, en encontrar a su hombre: Jorge Ubico. En 1930 el presidente Chacón se retiró debido a su mala salud y fue subrogado por un comerciante sin carácter ni vocación política. El vacío de poder pronto fue llenado por el consabido golpe militar, dirigido por el general Manuel Orellana. A Washington no le agradó y mantuvo en suspenso el reconocimiento. La intervención del embajador Sheldon Whitehouse se encaminaba a encumbrar al sillón presidencial a un viejo general analfabeto e incondicional amigo de la embajada, José Reyes.

Pero una comisión de notables visitó a Whitehouse y le explicó que no admitiéndose en Estados Unidos el voto de los analfabetos, estaba realmente mal designar presidente de Guatemala a quien no sabía leer, ni escribir. El embajador accedió, pero con la condición insoslayable de que Ubico fuera el futuro presidente.

El 14 de febrero de 1931 fue elegido y la United Fruit respiró aliviada. (126) Las concesiones le llovieron durante los muchos años del despótico régimen, que aquél instauró en la desdichada república bananera.

Pero, sin duda, el caso más dramático es el de Nicaragua.

Sandino

Desde el infausto Tratado Bryan-Chamorro, la dinastía Chamorro fue dilecta para los Estados Unidos. Sin embargo, en 1924 un ala del partido conservador se escindió, se unió a los liberales y llevó al triunfo a la fórmula Carlos Solórzano-Juan Bautista Sacasa. Naturalmente, los Chamorro se sublevaron. El 26 de octubre Emiliano Chamorro capturó el fuerte que domina Managua y un año después era el nuevo presidente. Pero Chamorro significaba la gue-

(125) *Ibíd.*

(126) *Ibíd.*

rra civil económica y Washington lo convenció de que dejara el poder a su antigua marioneta Adolfo Díaz. El vicepresidente Sacasa, apoyado por México, no se avino, desembarcó su gente en Puerto Cabezas y formó su propio gobierno. El general José María Moncada, pequeño y bebedor, comandaba las fuerzas sacasistas y victoria tras victoria fue arrinconando a los conservadores. (127)

Intervinieron los *marines* y el coronel Henry L. Stimson, representante del presidente Coolidge, invitó a Moncada a una conferencia con los conservadores, en busca de un arreglo.

Moncada accedió, a cambio de diez dólares por cada rifle que entregara. Para salvar la cara permitió a los *marines* ocupar las alturas de Tipitapa. De ese modo la traición tomaba la figura de la derrota. Se firmó un convenio estipulando elecciones y la formación de una guardia de entrenamiento norteamericana, que reunía en sí las funciones de ejército y policía.

Pero uno de los tenientes de Moncada no se resignó a dejar las armas, mientras tropas extranjeras ocuparan Nicaragua: Augusto C. Sandino.

Joven, intrépido, valeroso, patriota, acaudilló la guerra de guerrillas contra la intromisión extranjera. Durante siete años luchó heroicamente con armas robadas al enemigo, granadas case-ras fabricadas con latas de sardinas y un inmenso y delirante apoyo popular. Hubo de enfrentar a los *marines*, a la aviación yanqui y a la Guardia Nacional. Sandino definía su lucha como una "guerra que estamos destinados a perder y... a ganar". Su objetivo era resistir y encender de fervor antiimperialista al continente entero. Lo consiguió. Las juventudes, los trabajadores, los intelectuales, las fuerzas políticas progresistas lo proclamaron su héroe y su símbolo. (128)

Paralela a la carrera legendaria de Sandino, es la de Anastasio Somoza, nieto de un bandolero sanguinario, del cual se decía que necesitaba muchos pañuelos para limpiar la sangre de sus manos. "Siete pañuelos" fue su apodo y murió colgado en la ciudad de Rivas. Somoza, "Tacho" para sus amigos, casó con Salvadora De-

(127) Gregorio Selser, *Sandino, General de los hombres libres*. Buenos Aires, Ed. Pueblos de América, 1955.

(128) *Ibíd.*

bayle, de una prominente familia liberal. Fue inspector de la Fundación Rockefeller, fullero, electricista, falsificador de monedas. En 1926 encabezó a un grupo de liberales tratando de capturar su pueblo natal, San Marcos, y desde entonces se autodesignó "general".

Su suerte quedó echada cuando deslumbró al ministro norteamericano Hanna y a su joven esposa. El general Moncada lo designó, acuciado por los esposos Hanna, Jefe de la Guardia Nacional cuando sus instructores consideraron que era tiempo de que la mandara un nativo.

El 1o. de enero de 1933 Sacasa accedió, por fin, a la presidencia y Estados Unidos retiró a los *marines* de Nicaragua. Sandino hizo la paz con el gobierno y empezó a instalar a sus soldados en las tierras vírgenes a lo largo del Río Coco, organizándolos en cooperativas. Sacasa trataba de equilibrar el poder creciente de Somoza con Sandino, cuyo prestigio era inmenso y a quien nombró encargado de cuatro departamentos del norte. Poco después Sandino trajo a Managua unas muestras rocosas de Wiwilí, creyendo que podían contener oro y con el propósito de organizar una mina cooperativa con sus compañeros de lucha. El 21 de febrero de 1934 cenó en el Palacio Presidencial con Sacasa y al salir fue apresado por la Guardia Nacional que lo fusiló de inmediato. La misma noche la Guardia Nacional rodeó el campamento de Wiwilí y perpetró una horrible matanza de sandinistas. (129) El camino quedó libre para Somoza. En 1936 encabezó un golpe de estado y en 1937 fue "electo" presidente. Su dinastía se ha perpetuado hasta hoy. (1977)

La Conferencia de La Habana de 1928

La gesta de Augusto C. Sandino creó el encendido clima antinorteamericano de la Conferencia Panamericana de 1928 en La Habana. El gran tema fue el principio de *no intervención*.

El gobierno norteamericano, previendo la revuelta diplomática latinoamericana, envió una delegación del más alto nivel presidida por el propio Coolidge y constituida por el Secretario de Es-

tado Kellog, por el ex Secretario Hughes, por los embajadores Fletcher y Morrow, etc.

Pese a que el espinoso tema de la "no intervención" fue cuidadosamente depurado de la agenda, se introdujo en forma directa con la fórmula "Ningún Estado puede intervenir en los asuntos internos de otros" como parte del texto sobre derecho internacional para uso de las repúblicas americanas preparado por una Comisión de juristas designada en Río de Janeiro. El representante argentino Pueyrredón llevó la voz cantante, pero firmemente apoyado por El Salvador, Chile y México. (130)

La posición mexicana no hacía otra cosa que reflejar las continuas intromisiones del Departamento de Estado en su vida política, muy frecuentes durante el gobierno de Plutarco Elías Calles.

Kellog lo amenazó públicamente diciendo que su régimen "está ahora a prueba ante los ojos del mundo" y que "no podemos tolerar la violación de sus obligaciones". El Congreso mexicano votó, una tras otra, leyes nacionalistas que declaraban al petróleo propiedad de la nación, prohibían la adquisición de tierras a extranjeros junto a las costas o en las fronteras, etc. Washington protestó agriamente y diversos intereses reclamaron al presidente que retirara el reconocimiento de Calles. (131)

No es de extrañar, pues, la posición antiimperialista de México en La Habana.

Por otra parte, el propio Coolidge había defendido el derecho de intervención en 1925: "Hay una clara y neta obligación para los gobiernos que se respeten de aportar su protección a las personas y propiedades de sus ciudadanos, donde quiera estén". (132)

La absoluta prescindencia de la opinión de las repúblicas del sur en las gestiones de paz de posguerra, era otro motivo de resentimiento según Sumner Welles.

Todo se conjuró para que la delegación norteamericana se las viera en figurillas en la Conferencia. Hughes hubo de hacer prodigios de dialéctica para lograr que el tópico de la "no intervención" se aplazara para la próxima reunión de Montevideo.

(130) J.B. Duroselle, *Política exterior de los Estados Unidos (1913-1945)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

(131) *Ibid.*

(132) Cit. por Duroselle, *op. cit.*

Samuel Flagg Bemis escribe: "Fue en La Habana donde Estados Unidos hizo su última defensa de las intervenciones aún no liquidadas en el Caribe". (133)

Más aún: Kellog pidió al subsecretario Ruben J. Clark que preparara un memorándum sobre la Doctrina Monroe. Este sostuvo que la misma era inaplicable para justificar las intervenciones yanquis en América Latina, con lo que anulaba el tristemente célebre Corolario Monroe.

Es el antecedente directo del reconocimiento de la "no intervención" que el Departamento de Estado realizará más tarde. Aunque los hechos demostrarían que se trataba de mero "progreso manuscrito".

OBRAS DE VIVIAN TRIAS
Serie Ensayos Históricos

TOMO 1:

Los caudillos, las clases sociales y el imperio

(Incluye: I. Artículos periodísticos; II. "Raíces, apogeo y frustración de la burguesía nacional"; III. "Las montoneras y el imperio británico")

TOMO 2:

El imperio británico en la cuenca del Plata

(Incluye: "El imperio británico en América Latina" y "El Paraguay. De Francia, el Supremo, a la Guerra de la Triple Alianza")

TOMO 3:

Juan Manuel de Rosas

TOMO 4 (en dos volúmenes):

Historia del imperialismo norteamericano

INDICE

Prólogo	7
PRIMERA PARTE: LA PUGNA POR LA HEGEMONIA	9
I.	
<i>La acumulación primitiva y la primera expansión imperial.</i>	11
1. La crisis del alumbramiento	11
2. La doctrina Monroe: el rostro y la máscara	28
3. La rapiña de México	47
4. El cazador de soberanías	70
5. Los piratas andan sueltos	81
II.	
<i>El desarrollo del capitalismo monopolista y la "diplomacia del dólar"</i>	89
6. La guerra de Secesión y el desarrollo del capitalismo monopolista	89
7. El primer geopolítico: Alfred Thayer Mahan	109
8. Cuba: la perla y la presa	119
9. China: la política de puertas abiertas	136
10. El tajo de Panamá	145
11. Mar Caribe: Mare Nostrum	154
12. Retorno a México	164
SEGUNDA PARTE: LA HEGEMONIA	175
I.	
<i>La guerra, la prosperidad y la hegemonía.</i>	177
1. Estados Unidos y la primera guerra mundial	177
2. Prosperidad, reacción, aislamiento e imperialismo	190

3. La puja por el Pacífico y la especulación financiera en Europa
4. Dólares en el Medio Oriente y en Africa
5. América Latina: el apogeo de la "Dollar Diplomacy"

Edición amparada en el art. 79
de la ley 13.349
(Comisión del Papel)
D.L. 235.008



Político, ensayista, legislador, VIVIAN TRIAS (Las Piedras, 1922-1980) fue una de las personalidades más originales y creadoras del pensamiento uruguayo de la segunda mitad del siglo veinte.

La producción de Trias se despliega en múltiples facetas: teórico del fenómeno imperialista, estudioso apasionado de los problemas de América Latina, analista de cuestiones geopolíticas y de economía.

Este cuarto tomo de la serie "Ensayos Históricos", dividido a causa de su extensión en dos volúmenes, está dedicado a su "Historia del Imperialismo Norteamericano", libro que publicara (en tres tomos) en Buenos

Aires, durante los años 1975-1977, época en la cual sus publicaciones estuvieron prohibidas en nuestro país, por lo que para la gran mayoría del público uruguayo esta segunda edición constituye una verdadera novedad.

Esta obra culmina un trabajo porfiado y provechoso de investigación medular. Esa que acompañó con el rigor de su capacidad de análisis probada, la pasión que nutrió su vida militante. La escribió en duras circunstancias. Estaba silenciado y acosado. Contempló y desechó, por entonces, la posibilidad de salir al destierro, mientras era posible. Redobló su trabajo. El resultado fue este libro, historia de atropellos y despojos. De invictas resistencias. De un dilema de hierro: liberación o amarga dependencia. Un poder hegemónico, que anuda el predominio en la primera guerra que llamamos mundial en este siglo. Y enfrente un desafío. El de la rebelión de las orillas.